

DRAGONES NEGROS



CLAUDIO VOSCO

A mi silla, por su apoyo.

“Un joven delincuente llamado Dazua atraviesa un bosque nocturno en una carrera desesperada por salvar la vida. Su huida se verá interrumpida por un extraño, que le librerá de sus perseguidores y le hará partícipe de una conspiración urdida para vengar a su familia, asesinada por el monarca de la región. Seis años más tarde, las consecuencias de ese encuentro afectarán las vidas de una serie de individuos escogidos aparentemente por el azar.

Una frenética aventura en la que se narran a tiempo real los cuatro días que cambiaron para siempre el destino de un imperio.”

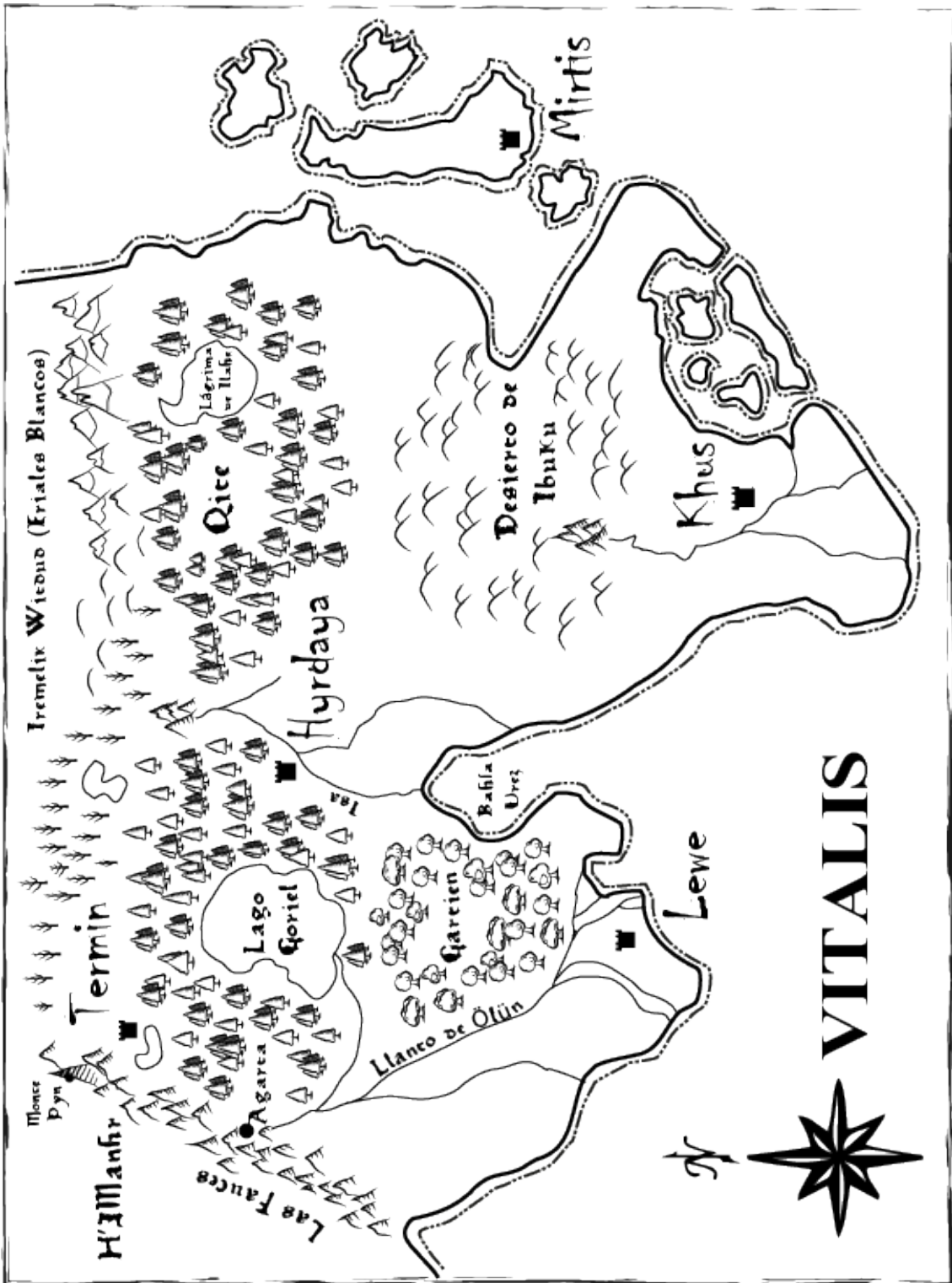
Título original: Dragones Negros

Autor, diseño e ilustraciones: Claudio Vosco

Editor: www.claudiovosco.com

contacto@claudiovosco.com

Copyright © Todos los derechos reservados: Claudio Vosco, diciembre 2015.



Prólogo. Breve encuentro

En aquel momento, el único pensamiento que albergaba su mente era que moriría si dejaba de correr. No recordaba cuánto tiempo llevaba huyendo, atravesando la maleza sin fijarse qué dirección tomaba, e ignorando las numerosas heridas que su avance le infringía.

Cinco minutos, diez como mucho —pensó—, y se acabó. Bien, ya sabía que esta vida no podía durar demasiado; lástima abandonarla sin haber ajustado cuentas con ese bastardo de Brein.

El calor de la noche, sumado al esfuerzo físico, generaba una capa de sudor que convertía su ropa en una segunda piel. Cada inhalación penetraba en los pulmones con un dolor punzante.

Esa luna acaba con cualquier esperanza que tuviera de despistarles —pensó, mirando al cielo—. Con esta luz, hasta un orco sería capaz de descubrirme sin mucho esfuerzo.

Su esperanza residía en alcanzar el cercano río y dejarse arrastrar por la corriente, lejos de allí. El problema era que nunca había sido un gran conocedor de aquellos bosques, ni un buen explorador; y además, dudaba de que sus perseguidores le dieran el respiro necesario para orientar su huida hacia la salvación: cada vez que las fuerzas le flaqueaban y aminoraba la marcha, los ladridos de los perros y los gritos de sus amos le espoleaban a seguir, confiando en que la providencia guiara sus pasos.

Un paso más, vamos, sigue corriendo un poco más. El sudor resbalaba por la frente hasta los ojos, nublándole la visión. Solo un poco más. Sus latidos reverberaban en el palpitante dolor de la brecha que le recorría el muslo. Por favor, aguanta, por favor, un paso más, unos metros más y los despistarás...

La piedra con la que tropezó apenas sobresalía del suelo; en condiciones normales no le habría costado ningún trabajo esquivarla, pero el pánico de correr por su vida seguramente mermara su percepción del entorno. «¡Jod..!» fue todo lo que pudo decir, antes de que el impacto contra el suelo le vaciara de aire los pulmones. La inercia le arrastró un par de metros sobre la hierba, hasta que finalmente se detuvo, exhausto, sangrando por una docena de sitios, e incapaz de realizar el menor movimiento.

Maravilloso —pensó, mientras recuperaba el aliento—. Años de robos impunes, y tengo que morir porque mi compañero valore más las faldas de nuestra última víctima que su lealtad hacia mí. Brein, espero que esa furcia te pase suficientes enfermedades como para que se te pudra la poca hombría que te queda, y el dolor te haga enloquecer hasta ser incapaz de hacer otra cosa que babear sentado sobre tus propios excrementos.

Mientras aguardaba la muerte discurriendo nuevas maldiciones sobre su antiguo amigo, las pulsaciones fueron aminorando y su respiración haciéndose más regular, permitiéndole percibir los sonidos que le rodeaban.

¿Grillos? —pensó extrañado.

Algo no encajaba. Escuchó un poco más, tratando de oír a sus perseguidores: nada, tan solo el chirrido de los grillos y el murmullo de la brisa acariciando la vegetación.

No puede ser, les llevaba unos segundos de ventaja; ya debería tenerlos encima, sirviéndome como aperitivo a sus perros y diciéndome...

—Buenas noches —escuchó a alguien—. Bonito salto, pero deberías mejorar el aterrizaje.

Giró la cabeza en dirección a la voz. Una fogata iluminaba a su interlocutor, sentado sobre un tronco caído y envuelto en una túnica que le ocultaba el rostro; en su mano portaba un báculo de madera rematado por un cristal azul.

—¿Quién demonios...?

—Ven, acércate a la hoguera y descansa. Tengo un poco de vino, por si el ejercicio te ha dado sed.

La mención de la bebida hizo que su garganta se contrajera. Se incorporó con cuidado, descubriendo nuevas formas de dolor en el proceso, y renqueó hacia la figura que le observaba en silencio: aunque la capucha impedía verle el rostro, le dio la impresión de que estaba disfrutando del espectáculo.

Llegó al tronco y se dejó caer con un gruñido. El encapuchado le pasó un pellejo del que bebió con avidez, hasta que se atragantó y tuvo que escupirlo entre toses.

—Tranquilo, bebe con calma —dijo el otro—, no sea que lo que tus perseguidores no han conseguido lo logre un poco de licor.

Cuando las toses cedieron dio un nuevo trago. Sintió el calor bajar al estómago, y expandirse desde allí al resto del cuerpo. En la superficie, la calidez de la hoguera comenzaba a impregnarle las ropas, secando el sudor sobre su piel. Más relajado, devolvió el pellejo y miró a su alrededor.

—¿Qué está pasando aquí, dónde estoy? ¿Y dónde están esos bastardos que me perseguían como si hubiera robado la virginidad de sus hijas en vez de un piojoso collar?

—Estás a salvo —fue la única respuesta.

—¿Sí? ¿Y quién diablos eres tú? —Trató de distinguir sus facciones a través de la oscuridad—. ¿Cómo demonios has conseguido esconderme de ellos?

Un siseo emergió de las profundidades de la capucha y el cristal del báculo brilló en respuesta, iluminando la cara de su dueño.

—Un elfo oscuro —susurró al verle la piel—. Un mago oscuro, mejor dicho. ¿Qué hace alguien como tú tan lejos de su tierra? Hay pena de muerte sobre tu raza en todo el reino de Hyrdaya, y tampoco en Lewe despertáis simpatía, según creo.

—¿Hablas así a todos los que te salvan la vida? —contestó el mago sonriendo.

—Sí, si son de tu calaña; no sois conocidos por vuestro altruismo, así que dime: ¿por qué me has salvado? ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Conciso y directo. —La sonrisa del extraño se acentuó—. Nunca has sido hombre de muchas sutilezas, ¿verdad, Darigaaz?

El nombre le dejó un instante sin respiración.

—Me temo que te confundes, elfo. Mi nombre es Dazua.

—Un sucio seudónimo para ocultar un infausto pasado, Darigaaz. —Estiró el índice en su dirección—. Hijo de Rhadenar, anterior regente de Termin, ejecutado por alta traición al rey. Darigaaz, forzado desde entonces a esconderse en los bosques con su madre, hasta que presencié cómo un grupo de cazarrecompensas la forzaban y capturaban para vender su cabeza.

—Darigaaz de Rhean —prosiguió el elfo, mirándole a los ojos—, que escapó dos veces a la muerte para pasar el resto de su vida vagando entre ciudades bajo una falsa identidad, alternando robos menores con malas compañías y pobres decisiones hasta, finalmente,

eludir por tercera vez a la muerte, gracias a la ayuda de un extraño. Una vida interesante, sin duda; una que ahora me pertenece.

El hombre tragó saliva, incapaz de contestar.

—¿Cómo lo...? ¿Qué...?

—No temas, solo quiero darte algo, un regalo. Mete la mano en el fuego.

Darigaaz alternó la mirada entre su interlocutor y la lumbre, indeciso.

—Hazlo.

Con cautela, aproximó la mano a una hoguera que, para su sorpresa, no desprendía calor. La acercó aún más, hasta que las llamas la lamieron sin quemarla. Su cuerpo pareció actuar por voluntad propia cuando la sumergió en el corazón del fuego y tocó lo que le pareció una especie de mango. Lo agarró con fuerza y, de un rápido movimiento, sacó a la luz un voluminoso mandoble. Levantó la espada ayudándose de ambas manos y la puso a un palmo de su cara, observándola hipnotizado. La hoja tenía grabadas unas runas que desprendían un tenue resplandor azul.

—Es...

—Magia, claro —rió el extraño—. También es una alternativa, un atisbo de esperanza para una vida demasiado carente de ella. Esa espada vale el rescate de tres reyes, puedes venderla y utilizar las ganancias para mantener un estilo de vida con el que hasta ahora solo soñabas, bajo la protección de ese nombre que has aceptado como auténtico. O bien...

Darigaaz se volvió hacia su interlocutor.

—¿Sí?

—O bien puedes conseguir lo que hasta ahora se te ha negado.

—Que es...

—Venganza —escupió el elfo oscuro—. Retribución. Honor para ti y tu familia.

Darigaaz miró pensativo la espada. No guardaba ya recuerdo alguno del desagradable incidente de la noche; salvo el uso que podía dar a la espada en una porción anatómica de su «buen amigo» Brein, su mente estaba ahora llena de promesas de riqueza, mujeres y pasar los días bebiendo para sobrellevar la resaca de la noche anterior. Lentamente, volvía a ser el mismo Dazua de siempre.

—¿Una venganza? ¿Contra quién?

—Contra el asesino de tus padres.

—Yo contra el rey —rió—. ¿Es eso lo que quieres decirme?

—Exacto, solo que seremos tú y nosotros contra el rey.

—¿Vosotros?

El mago subió la manga de su túnica y descubrió un tatuaje a la altura del hombro: la oscura silueta de un pequeño dragón.

—Eres un...

—Sí —contestó bajándose la manga mientras Dazua le observaba, pensativo.

—No sé manejar esta espada —dijo al fin—. No soy un guerrero.

—Lo serás.

—No sé ni por dónde empezar.

—Lo sabrás. —El extraño levantó la mano y señaló a su espalda—. Por ese camino podrás volver a Lewe, donde te comprarán la espada sin problemas. —Movi6 su dedo hacia al oeste—. En la falda de esa montaña se ubica la entrada a un templo ya olvidado. All6 encontrar6s a una persona que te ayudar6 a recuperar lo que es tuyo por derecho. — Baj6 el brazo y qued6 en silencio.

Su interlocutor mir6 en ambas direcciones, dubitativo. Los rumores que hab6a o6do en boca de locos y borrachos en las peores tabernas del reino acababan de hacerse realidad, le hab6an salvado la vida y le hab6an regalado una espada. Aquello era una locura.

Y aun as6...

—T6 eliges, Dazua.

Carg6 la espada al hombro y se gir6 hacia el extraño.

—Darigaaz, no Dazua —le dijo—. Hijo de un padre injustamente asesinado y de una madre violada y decapitada; que sobrevivi6 refugi6ndose en una existencia est6ril bajo una identidad falsa, y que volvi6 a la vida cuando m6s cercana parec6a su muerte. Darigaaz de Rhean —concluy6, alzando el tono—, que desde este momento jura sobre la tumba de sus padres no descansar hasta hacer justicia, sin importar el tiempo que tome ni las vidas que me lleve conmigo.

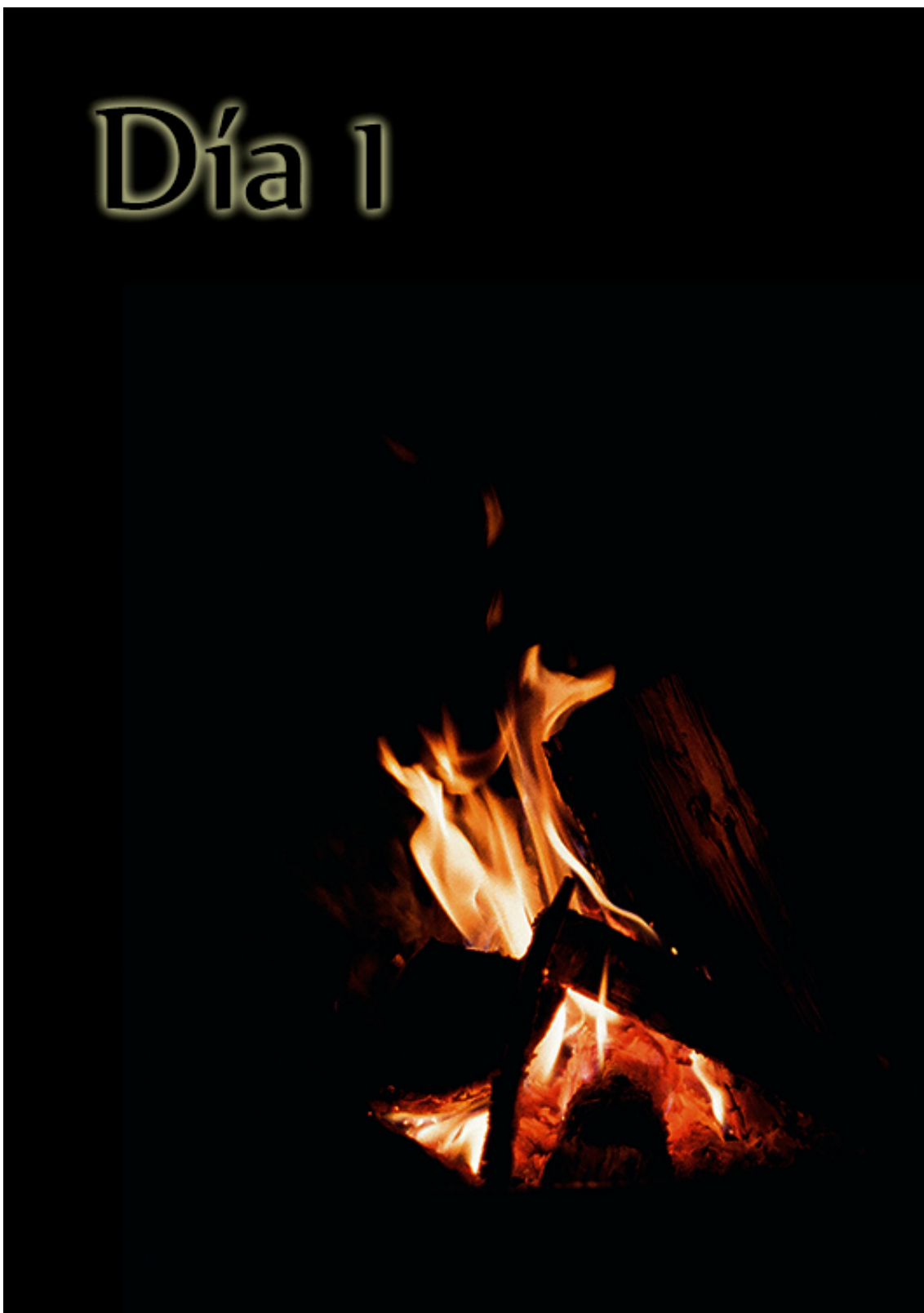
Una vez termin6 de hablar se despidi6 del elfo oscuro y fue hacia el oeste, a la montaña que se recortaba contra el cielo estrellado. El bast6n dej6 de brillar y la hoguera se fue apagando, hasta que solo el resplandor de la luna ilumin6 la escena.

—Buena suerte, Darigaaz... —dijo el mago mientras se ayudaba del b6culo para incorporarse y dirigirse con paso lento hacia el norte; tras avanzar un trecho, se detuvo y volvi6 la cabeza hacia la montaña donde Darigaaz iba a encontrarse con su destino.

—... recuerda que muerto no nos serás de utilidad —concluyó, sonriendo, antes de reanudar su camino.

Un hilo se tensa en la rueca; una piedra echa a rodar por una ladera nevada; un resorte salta, haciendo que dos engranajes se acoplen y comiencen a girar.

Pasan seis años...



01. El Rey

Era dueño y señor de todo lo que alcanzaba su vista. Paseó la mirada por las montañas Sírice, volvió la cabeza hacia los fulgores rojos que surgían del Pantano de Fuego y, por último, fijó la vista en la lejana superficie del lago Goriel, que parecía generar su propio resplandor bajo la luz de la luna llena. Satisfecho, sonrió y se apoyó en la balaustrada.

La noche estaba siendo cálida, acorde con el tiempo que disfrutaban aquella primavera. Ni siquiera a esa altura, en la torre del homenaje del palacio de Hyrdaya, edificado a su vez sobre la colina que presidía majestuosa la capital del reino, era necesario el uso de ropa de gran abrigo. Por desgracia, el protocolo le obligaba a vestir sus mejores galas en presencia de los invitados, por lo que iba esa noche embutido en un traje ceremonial con sobrecubiertas de seda y remaches en oro, cubierto por su capa más rimbombante y con sus mejores joyas rematando el conjunto. Era la séptima recepción que de semejante guisa atendía aquella jornada: quedaban cuatro días para la boda de su hijo, y los representantes de los reinos menores se agolpaban en el castillo, deseosos de ganar su favor. Un largo día de sonrisas forzadas, falsas pleitesías y discursos pomposos que solo era un tenue adelanto de lo que le esperaba. Había decidido que merecía un descanso.

Cerró los ojos para sentir la brisa en el rostro cuando alguien separó las cortinas que aislaban el balcón de la sala de celebraciones. Molesto, oyó cómo el ruido de la fiesta invadía su refugio, cesando de golpe al regresar el cortinaje a su posición natural.

—Majestad —escuchó a la voz de Rishen—, traigo los informes del día.

Se acabó el descanso —pensó, resignado.

—Continúa —contestó sin volverse. Rishen era su criado personal, alguien que poseía un apellido de valor equivalente al excremento de rata, que había pasado la mayor parte de su infancia limpiando las cuadras del castillo y toda su juventud en la biblioteca, adquiriendo los conocimientos para satisfacer a su señor de la mejor manera posible; la nuca del rey era interlocutor suficiente para él.

—Sí, Majestad. —El criado consultó sus escritos—. Los preparativos para la boda siguen su curso sin problemas: casi la mitad de invitados están ya en Hyrdaya, disfrutando de los festejos preparados para esta semana, y el resto ha confirmado su llegada inminente. La guardia ha tenido que redoblar los esfuerzos para mantener la paz estos días, debido a la excepcional aglomeración existente en la ciudad.

—¿Incidentes?

—Varias peleas fruto del alcohol atajadas sin problemas, y multitud de ladrones arrestados cuando trataban de aprovechar el exceso de población en favor de su negocio.

—Cortadles la mano derecha. A los reincidentes, ambas manos. A la altura del cuello, si la víctima era un invitado de palacio. Todo el reino nos está mirando, no podemos dejar que perciban el menor signo de debilidad.

El mandato de su casa era firme, y la hegemonía sobre los reinos menores indiscutible, pero llevaba en política el tiempo suficiente para saber que la autocomplacencia era la primera causa de mortalidad entre los dirigentes. De ahí el empeño en ligar su descendencia con la de la casa regente del segundo reino más importante del continente de Vitalis, Mirtis, formalizando el enlace entre ambas familias por medio del precioso, sagrado y, sobre todo, indisoluble vínculo del matrimonio. De ese modo se aseguraba la transferencia de poder a sus herederos y, de paso, eliminaba la esperanza que pudiera albergar cualquier otra casa de

alcanzar el trono, ya que ni todos sus efectivos serían rival para la coalición forjada en dicha ceremonia.

—Sí, Majestad —continuó Rishen—. También se ha detenido a varias personas acusadas de conspiración contra la corona; la mayoría, insensatos a los que el exceso de vino empujó a expresar sus opiniones sobre la Casa Real demasiado en alto.

—Encerradlos en el castillo y preparadme una lista con sus nombres. Quiero estar presente en los interrogatorios.

Aunque intentaba ser comprensivo con las opiniones discordantes, le costaba asumir el elevado número de personas que mantenían una visión tan negativa de su mandato. Habían pasado nueve años desde que, como señor del insignificante territorio costero de Urek, reuniera a los cuatro Lores más importantes de Vitalis y, con promesas de riquezas y tierras una vez se consumara el magnicidio, maquinara una rebelión que le valió el mando de sus tropas. Nueve años desde que al frente de dicho ejército tomara a sangre y fuego el castillo que ahora habitaba, y ejecutara hasta al último heredero de la familia real. Nueve años desde que traicionara a sus aliados, reclamando la corona y el poder prometidos para sí, asesinando con sus propias manos a los dirigentes que se le opusieron y obligando a los restantes a esconderse. Demasiado tiempo, pensaba; más que suficiente para asumir la realidad, en vez de desperdiciar sus vidas tratando de variar lo inalterable.

—¿Su Majestad desea que vaya redactando sus órdenes de ejecución? Para ganar tiempo, en caso de llegar a necesitarlas.

El rey sonrió. Rishen estaba revelándose como un criado muy capaz, pese a su ínfima casta y su sangre aguada. Sus puntuales exhibiciones de osadía siempre le complacían.

—Sí —contestó—. Si la cifra de disidentes supera la veintena prepara una general.

—Son setenta y ocho, Majestad.

—Hazlo, pues. —Setenta y ocho vidas segadas por una firma: la prueba irrefutable de que la pluma era más fuerte que la espada, por lo menos si era él quien la empuñaba. Continuó sonriendo, divertido por la ironía.

—¿Hay noticias de los embajadores del Tratado?

—No de los enviados a las tierras de los enanos y los elfos, Señor, pero hemos recibido contestación de los orcos: informan a su Majestad que preferirían ser brutalmente penetrados hasta la muerte por un golem de roca a arrodillarse ante un humano.

—¿Eso ha dicho el embajador?

—Eso ponía en la nota incrustada en la cuenca de su ojo derecho; encontraron su cabeza esta mañana, a los pies del muro exterior.

Era el primero de los siete embajadores enviados a tierras orcas del que habían vuelto a tener noticia. *Bueno, es un avance* —pensó.

Aunque su título le confería poder absoluto sobre los humanos, existían otras razas con las que compartían territorio que poseían formas de gobierno autónomas y, por tanto, no reconocían su autoridad; lo que, según su opinión, constituía una amenaza que debía ser anulada a toda costa. Para ello, había pasado largas temporadas estudiando todo el conocimiento almacenado en palacio sobre dichas razas.

Contando solo aquellas cuyo tamaño era susceptible de alterar el equilibrio de poder, se podía hablar de cinco grandes razas en el continente de Vitalis. La más importante, atendiendo a población y territorio ocupado, era la humana. Su gran adaptabilidad a todo tipo de

terrenos, su avanzada tecnología, y el hecho de poseer una predisposición para el odio y la avaricia mucho más acusada que la de sus competidores, la situaba como favorita en cuestión de expansionismo. En el corazón de sus dominios estaba situada la capital, Hyrdaya, desde la que gobernaba un vastísimo territorio que se extendía por sur y este hasta el mar, y limitaba al norte con los Eriales Blancos, las interminables llanuras heladas que marcaban el final de la tierra conocida.

En las grandes extensiones de bosques, montañas y masas de agua dulce que constituían su reino, los humanos convivían pacíficamente con el resto de razas, salvo una excepción: una que mantenía su residencia al otro lado de las Fauces (la colosal cordillera considerada frontera oeste del reino humano), y que estaba compuesta por unas criaturas de piel verde, físico descomunal y carácter indómito conocidas como orcos.

Autodenominados raza más antigua del continente, los orcos habitaban las llanuras sitas al oeste de las Fauces, constituyendo la región de H'Jmanhr. Organizados en tribus nómadas, y contando con la recolección y la caza como principales formas de sustento, su primitivo vestuario y unos hogares contruidos con pieles y madera le dieron a los exploradores humanos la impresión de encontrarse ante una raza fácil de subyugar; fueron necesarias apenas dos semanas de guerra y más de seis mil bajas para hacerles comprender lo erróneo de su apreciación. A raíz de esas primeras batallas se instauró para siempre en el imaginario colectivo la imagen de los orcos como verdes colosos con más arrojo que cerebro, escasas simpatías hacia el resto de razas (especialmente la humana) y, en resumen, un enemigo muy poco deseable. Desde entonces, ambas razas han mantenido una incómoda tregua, amenazada constantemente por escaramuzas fronterizas e incursiones de saqueo;

dos vecinos vigilándose sin cesar, ansiando la más mínima oportunidad para poner un fin definitivo al conflicto y, de paso, a su adversario.

Ironías de la vida, era justo en el centro de esa vorágine de odio, en el monumental complejo de galerías subterráneas conocido como Agarta y situado en el interior de las Fauces, donde vivía la más pacífica raza del continente, la raza enana. Su fisonomía se asemejaba mucho a la humana con un detalle diferenciador, su reducido tamaño, siendo la altura enana como regla general inferior a la mitad de la humana. La explicación a esa desigualdad variaba según la fuente consultada: habían quienes mantenían que en origen su organismo había sido idéntico al de los humanos, y que su tamaño fue menguando como adaptación evolutiva a las galerías donde transcurrían sus vidas. Otras teorías hablaban de malformaciones congénitas derivadas de la pobreza del aire subterráneo, y también, en los pocos tratados teológicos de origen enano que el Rey encontró, se mantenía que era la suya la forma primordial forjada por el Gran Hacedor, siendo así la humana la mutación imperfecta; pero claro, qué iban ellos a decir.

En cualquier caso, a su rasgo físico más distintivo (si exceptuamos su abundante vello corporal) habría que sumar su gran resistencia física, y su indiferencia ante los conflictos mantenidos por el resto de habitantes del continente. Una postura de fácil entendimiento, si se toma en cuenta que su principal fuente de ingresos era el comercio, de los minerales que excavaban o de los productos que con ellos fabricaban. Eso, sumado al hecho de que nunca habían sido duchos a la hora de criar ganado o trabajar la tierra, hacía indispensable su neutralidad para mantener tratos comerciales con cualquier raza que lo propusiera, y asegurar así su pervivencia. Esta conducta era vista como cobarde y servil por varios miembros del gabinete real, Regente incluido, lo que colocaba a los enanos como segundos en la lista de enemigos de la raza humana.

La cuarta raza no solía comerciar con los enanos porque sus miembros, los elfos de la luz, practicaban una filosofía vital que hacía innecesario el uso de las armas y el metal. Amantes de la paz, y celosos de su intimidad, gustaban de vivir en los bosques, concretamente en lo más profundo e inaccesible de los mismos, donde mantenían una existencia de adoración a la naturaleza y estudio de sus fuentes de poder. A primera vista, su carácter pacífico y endeble constitución física les convertiría en la raza más propensa a una rápida extinción, si no fuera por su profundo conocimiento de la magia y lo recóndito de sus hogares, que a lo largo de la historia habían constituido una última morada para innumerables aventureros, criminales y buscadores de fortuna. Eventualmente, su presencia fue aceptada por sus vecinos como algo inevitable aunque tolerable, pero su naturaleza misteriosa les ha granjeado una desconfianza constante, protagonizando a su pesar multitud de fábulas y leyendas de carácter apócrifo.

Y por último, estaban los elfos oscuros. Reflejo deforme de su raza hermana, los elfos de la luz, y susceptibles de ser encontrados en cualquier zona que contenga pasajes subterráneos, como las ratas y las cucarachas. Y al igual que éstas, cuanto menos tiempo les dedicara en sus pensamientos, mejor.

Su sueño de proclamarse Rey de las Cinco Razas, aunque avanzaba con firmeza, tendría que posponerse un poco más. Confiaba en que los elfos y los enanos cederían, por diplomacia unos y negocios los otros; los orcos no serían rival para un ejército combinado de las tres razas, y los elfos oscuros no se entrometerían en los asuntos de la superficie, no hasta que esos asuntos llamaran a la puerta de sus madrigueras para demolerlas.

Pero lo primero era concluir la cimentación de su dominio sobre el reino humano, comenzando por regresar al salón y continuar disimulando el desprecio que sus supuestos iguales le provocaban.

—Muy bien, puedes retirarte —dijo al criado.

—Con permiso, mi Señor, queda un asunto: se ha informado de la presencia de un extraño acechando la comitiva de Lewe, un elfo oscuro.

—¿En Hyrdaya? —El tono denotaba sorpresa. *¿Por qué arriesgarse a entrar en la ciudad, existiendo pena de muerte contra su raza en todo el reino?*

—Sí, mi Señor: un elfo oscuro de unos dos metros de altura y larga melena blanca —leyó Rishen—. Vestía una capa verde, con la que ocultaba una armadura de cuero tachonada con un dragón negro en el pecho; también hablan de una o puede que dos armas colgando del cinto. Ya he pasado la descripción a la guardia para que le detengan en... cuanto... lo...

El criado enmudeció. Rishen llevaba mucho tiempo sirviendo a su señor, desde que su familia muriera en el asalto que le coronó y empezara con ocho años el servicio al nuevo Rey ayudando a retirar los cadáveres que la batalla había diseminado por todo el castillo. Muchos años de esconderse en las cuadras para eludir los apetitos carnales del encargado de establos, de contemplar innumerables intentos de rebelión atajados a fuerza de potro y hacha, y de refugiarse en la biblioteca cuando el príncipe heredero decidía demostrar su destreza en combate con la colaboración forzosa de los criados.

En toda su vida, Rishen no recordaba haber estado tan aterrorizado como en aquel momento, cuando el Rey, con la cara desencajada por la furia, se giró y, mirándole directamente a los ojos, le preguntó:

—¿Qué llevaba en el pecho?

02. Historia de taberna

—Cuénteme lo sucedido y, por favor, intente ser breve.

Los curiosos se agolpaban a ambos lados de la calle, tratando de atisbar a las figuras que conversaban frente a la taberna a través de los guardias que los rodeaban.

—Sí, señor. —El tabernero alternaba la mirada del interior de su local a la muchedumbre congregada. Se frotaba las manos nervioso, sin decidirse a comenzar.

—Tranquilo, puede hablar con toda libertad, esta conversación quedará entre nosotros. Cuénteme lo sucedido —volvió a pedir su interlocutor.

Aquella estaba siendo una noche muy larga: los festejos por la inminente boda del príncipe habían provocado que la ciudad multiplicara su población durante unos días, lo que unido a la política de austeridad mantenida por sus superiores («¿por qué doblar el número de guardias, pudiendo doblar sus turnos?»), exigía a los mandos un esfuerzo extraordinario para prevenir deserciones y sofocar algún que otro intento de rebelión entre sus subordinados.

Como Capitán de la Guardia de Hyrdaya, Elandir intentaba ser un ejemplo para el cuerpo. Aquel era su octavo turno consecutivo, y uno especialmente agotador, en el que el desgaste de tantos días mediando en innumerables altercados le empezaba a pasar factura. Estaba a punto de terminarlo cuando oyó unos gritos y ordenó a sus hombres que le siguieran para investigar la causa. Ahora lo único que deseaba era resolver la situación para irse a dormir de una maldita vez.

—Bien, sí. Bien, señor —comenzó el tabernero—. Verá, dirijo esta taberna desde hace más de quince años, y siempre ha sido un ejemplo

de orden en la ciudad, un lugar donde la gente puede beber y charlar reposadamente. Un sitio respetable, señor.

Elandir miró hacia el cartel de la puerta, donde sobre el dibujo de una mujer tumbada en posición insinuante figuraba el nombre del local: «El reposo del guerrero».

—Comprendo —dijo al dueño—. Continúe, por favor.

—Sí, señor. No tengo que decirle que esta semana está siendo especialmente buena para el negocio. Los clientes (muchos de ellos, señor, nobles y miembros de la realeza venidos de todos los rincones de Vitalis) abarrotan el local a diario. No hay jornada que cierre antes del alba, y que aun así no lamente el tener que hacerlo. Una semana excelente, sin duda; si la buena fortuna me regalara tan solo un puñado de estas cada año, quizá podría ganar lo suficiente para realizar mi sueño de...

Elandir clavó su mirada en los ojos del tabernero.

—Co-co-cómo decía, señor —balbuceó éste—, teníamos el local atestado cuando entró ese hombre. De haberme fijado, jamás habría permitido su entrada, pero el tener yo que atender a tanta gente le proporcionó acceso franco a la barra, donde se acomodó y empezó a pedir cerveza a las chicas... las camareras, señor.

—Obviamente. Continúe.

—No sabría decirle el tiempo que estuvo allí, bebiendo en soledad; era fácil pasar por alto su presencia, ya que no daba señales de actividad. Por lo menos, no hasta el incidente.

—¿Qué ocurrió con exactitud?

—Bien, señor, como le decía, no es raro la presencia de gente de alta alcurnia en el local. Esta noche, unos nobles de Mirtis, acompañados

por sus escoltas, esperaban mesa mientras mantenían una animada conversación sobre el próximo enlace entre la heredera de su reino y nuestro querido príncipe. En un momento de la charla, el hombre se incorporó y se dirigió hacia ellos.

—¿Y?

—Una vez a su lado, preguntó a uno de los nobles por qué le alegraba tanto que su princesa se casara con un... un bastardo, señor, así lo dijo. Un bastardo sin derecho alguno a sentarse en el trono.

Una osadía que le costara una noche en prisión y una muerte casi segura —pensó Elandir.

—¿Esas fueron sus palabras?

—Sus palabras exactas, señor. Lo sé porque en ese momento yo pasaba cerca y casi se me cayó la bandeja al oírlo. Los nobles le miraron asombrados mientras sus escoltas empuñaban las armas. Intenté calmar los ánimos, ofreciendo cerveza gratis a los presentes y bromeando sobre las inconveniencias que el abuso del alcohol acarrea, mientras indicaba a una de las ch... camareras que preparara una mesa a los señores.

—¿Funcionó?

—Bien, en parte, señor. Los nobles volvieron a sonreír, aceptando de buen grado las bebidas, mientras el extraño regresaba a su rincón; iba a pedir al vigilante que lo echara a la calle cuando uno de los mirtenses exclamó que la pureza de sangre de nuestro querido príncipe le da derecho suficiente a sentarse en el trono.

—¿Y entonces?

El tabernero miró al suelo.

—Entonces fue cuando el hombre se volvió hacia él y le dijo: «La sangre de ese malnacido es tan pura como la meada que echaré mañana al levantarme». Dicho esto, le vació la jarra en la cabeza.

Elandir cerró los ojos y reprimió un suspiro.

—Muy bien, puedo imaginar el resto. Gracias por su cooperación.
—Despachó al tabernero con un gesto y miró hacia el interior del local. Las pocas velas que quedaban encendidas iluminaban a medias el caos reinante: mesas volcadas, botellas rotas, cuerpos desperdigados por el suelo... Apoyado en la barra, el instigador de la pelea, y único integrante de la misma que permanecía consciente, apuraba los últimos tragos de una botella. Era un hombre joven y corpulento, de rizada melena negra; los restos de camisa que habían sobrevivido a la contienda le colgaban a jirones de la cintura, dejándole desnuda la parte superior del cuerpo y descubriendo una extraña erupción que le nacía en el cuello y se extendía por el pecho hasta su brazo derecho.

Pobre diablo. Elandir avanzó en su dirección, deteniéndose al pisar unos cristales. Al oír el ruido, el hombre le miró.

—Buenas noches. Soy Elandir, Capitán de la Guardia de Hyrdaya; en nombre del Rey, queda detenido por destrozar una taberna, agredir a invitados de palacio, y conspirar contra la Corona. Acompáñeme, por favor.

El extraño siguió observándole en silencio hasta que, repentinamente, estalló en carcajadas.

—¿Es una broma? —dijo, recuperando el resuello—. ¿Desde cuándo dejan vestir el uniforme de la Guardia a un jodido come-flores?

Elandir apretó los labios para reprimir su reacción. Aunque aquel no era el primer comentario despectivo que le dedicaban por su procedencia élfica, no podía evitar sentir una pequeña punzada de ira en

todos y cada uno de ellos. *Supongo que uno nunca llega a acostumbrarse al odio que engendra la ignorancia* —pensó.

—La veracidad de mi cargo queda exenta de toda duda por el uniforme que visto y los documentos que porto, firmados por el Rey de Hyrdaya en persona —respondió—. En virtud de dicha condición, le detengo por las faltas anteriormente expuestas y le insto de nuevo a acompañarme, si tiene la bondad...

... so cabrón —añadió para sí.

No tenía sentido perder el control, ya que la extrañeza del hombre estaba justificada: la Guardia de Hyrdaya estaba compuesta casi exclusivamente por humanos, y Elandir constituía la totalidad de ese «casi»; su pertenencia al cuerpo se debía a los contactos diplomáticos mantenidos entre su padre, uno de los Altos Elfos que gobernaban su raza, y el Rey de Hyrdaya.

Hacía ya seis años desde que comenzaron las reuniones entre ambos, en las que el Monarca trataba de engatusar a los elfos sustituyendo las habituales amenazas por promesas de tierras y riqueza. En una de ellas, ofreció como gesto de buena voluntad acoger a un hijo de los Altos en Hyrdaya, donde se le educaría al modo de los humanos. Rechazar dicho ofrecimiento habría sido interpretado como un desprecio a su persona, por lo que Elandir fue escogido como invitado del Rey, alojándose en el castillo desde entonces y liderando la Guardia a los dos años de su llegada.

Esa frase, sustituyendo «invitado», «alojándose» y «llegada» por «rehén», «enclaustrándose» y «condena», resumía su sentir al respecto. El honor y la responsabilidad hacia su pueblo era lo único que le impedía degollar a sus compañeros y huir de ese hediondo avispero sobredimensionado para regresar a su hogar, en el bosque de Qite;

había hecho el juramento, y debía servir hasta su muerte, la del Rey, o el fin de su mandato.

—Mmmmmmm, recuerdo la pelea. Bastante buena, la verdad — dijo el hombre, rascándose el pecho—. Admito también la destrucción de la taberna, aunque ahí he de compartir el mérito con estos parroquianos. —Señaló con la botella los cuerpos en el suelo—. Sin embargo, debe ser por el alcohol, pero no recuerdo ninguna conspiración...

—Un testigo ha informado de duras palabras contra el príncipe, salidas de vuestra boca poco antes de iniciarse la contienda.

—¡Maldita sea! —contestó el otro, riendo—. No sabía que fuera un delito describir a ese bastardo.

—Señor, empeoráis vuestra situación.

—¿En serio? —El desconocido entrecerró los ojos y le miró con la boca quebrada en una sonrisa inquietante—. ¿Usaréis estas palabras contra mí en el juicio?

Por lo menos, su cerebro no está destruido del todo —pensó con tristeza Elandir.

—No me corresponde cuestionar la justicia del Rey, solo asegurarme de su cumplimiento. Por última vez, acompáñeme.

—¿Y si me niego?

—Entonces, tendré que obligarle por la fuerza. —Elandir empuñó su arma, pero no la liberó de la vaina; desde el comienzo de la conversación había algo que le rondaba la cabeza.

—¿Por qué no ha huido? —preguntó al fin—. Ha tenido tiempo de sobra desde el final de la pelea hasta mi llegada. ¿Por qué quedarse aquí?

El desconocido levantó la botella.

—El ejercicio me ha dado sed —dijo, sonriendo de nuevo—. Muy bien, niña; veamos lo que sabes hacer.

De un único y veloz movimiento el hombre tiró la botella, recogió una espada del suelo y se enderezó, listo para el combate. Elandir trató de reaccionar, pero su contrincante fue más rápido: antes de que pudiera desenvainar saltó hacia él, se detuvo a medio camino, vomitó con fuerza y se desplomó; al poco, comenzó a roncar.

Elandir se quedó mirándolo, con la espada adornando su mano. *Un final muy adecuado* —pensó mientras regresaba el acero a la funda—. *Tras esta noche, ni ver a Ölün anidando en mi ventana me extrañaría.* —Llamó a dos de los guardias que esperaban fuera—. Vosotros, llevad a ese hombre al castillo y encerradlo.

—Joder, ¿qué es esa cosa de su pecho? —dijo el primero.

—Yo no toco esa mierda ni por todo el oro de Vitalis —añadió el segundo.

—El próximo que replique lo acompañará a su celda y lo lavará con la lengua —zanjó Elandir—. Yo me retiro por esta noche, quedáis al cargo del prisionero.

En el exterior del local, Elandir observó con extrañeza cómo un mensajero de palacio conversaba con uno de sus hombres.

No. Ambos se giraron hacia él y el guardia le señaló. No puede ser —pensó mientras el mensajero se aproximaba.

—Señor, traigo órdenes del Rey: su Majestad quiere veros en el castillo.

Elandir apenas escuchó las palabras. En su mente, veía la cara del hombre volverse púrpura al estrangularlo con sus propias manos; veía

las puertas de Hyrdaya perdiéndose en el horizonte, mientras huía hacia los bosques de su niñez.

—Muy bien, le acompaño —contestó.

Recuerda, hiciste el juramento —se decía a sí mismo mientras echaba a andar tras el mensajero, retirando poco a poco la mano de la espada.

03. Alfil

Si lo meditara con frialdad no encontraría ningún motivo para seguir viviendo, por lo que intentaba no pensar en ello; en su lugar, pasaba la mayor parte del tiempo rezando. La ausencia de luz natural le impedía establecer ningún tipo de horario, así que comenzaba las oraciones tan pronto se despertaba, y las alargaba mientras su cuerpo lo permitía. Cuando las rodillas comenzaban a palparle de dolor, se levantaba a estirar los músculos; recorría entonces la estancia, rozando las paredes con la mano y contando las piedras una y otra vez, asegurándose de que las cifras se mantenían inalterables. La celda carecía de ventanas y estaba casi siempre a oscuras, pero se acostumbró a la escasez de luz a los dos días de estar allí.

Tras un número indeterminado de vueltas, se sentaba en el mismo sitio en que lo hiciera el día anterior y realizaba cálculos mentales, sonriendo al ver que continuaba obteniendo los mismos resultados que cuando inauguró aquella rutina. A continuación se tumbaba en el suelo y relajaba mente y cuerpo, dejando vagar la vista por el techo. En el tiempo que llevaba allí había sido testigo del casi imperceptible crecimiento y evolución de una flora y fauna sorprendentemente rica: había conocido innumerables generaciones de insectos, visto crecer, reproducirse y morir diversos tipos de hongos, y presenciado el encarnizado enfrentamiento por el control de las esquinas que mantenían las filtraciones de humedad contra el musgo.

Ese día (o noche) presentaba una actividad residual, dejándose ver tan solo un par de escarabajos que identificó como Ron IV y Quelina. Trató de localizar a Ron III, pero se conoce que el patriarca de la familia no se sentía sociable y había preferido permanecer en la madriguera.

El ruido de la bandeja golpeando el suelo solía sacarla de su ensimismamiento. El carcelero era una presencia casi etérea para ella, entrevista apenas unos segundos cada vez. Los primeros días trató de hablarle para averiguar el motivo de su encierro, pero dejó de hacerlo el día que, llevada por la desesperación, sacó un brazo por el ventanuco de la puerta y le agarró de la camisa. El porrazo que recibió, y el quedarse tres días sin comer, la disuadieron de intentar volver a sacarle palabra alguna. Desde entonces, aguardaba en silencio a que se fuera, engullía la comida sin saborearla demasiado, y se dirigía al rincón de la sala donde hacía sus necesidades. Estaba compuesto por un desvencijado tablón colocado sobre un agujero a modo de letrina, con una reja encajada a medio metro de la superficie. Al principio pensó que había sido instalada para evitar que alguien saliera de la celda, pero movimientos furtivos, y el brillo de pequeños ojos observándola desde la oscuridad inferior, le sugirieron que tal vez su función fuera impedir que algo entrara.

Una vez aliviada, se dirigía al camastro situado en el lado opuesto de la celda y que constituía todo el mobiliario de la misma. Tumbada sobre él, mantenía la mente en blanco hasta quedarse dormida.

Los sueños eran sin duda lo peor; los más habituales, escalofriantes pesadillas en las que se encontraba a sí misma tumbada en la oscuridad, incapaz de realizar el más mínimo movimiento, y descubría horrorizada a alguien junto a ella: una presencia que la miraba pronunciando una letanía ininteligible hasta que alargaba una mano para tocarle, momento en el que solía despertarse.

Pero los que de veras le afectaban eran aquellos en los que regresaba a la época compartida con sus hermanas en el templo, y rememoraba los felices años dedicados a sanar a sus semejantes según las enseñanzas de la diosa Ilahe, hasta que sus propios sollozos la despertaban. En esos instantes deseaba con todas sus fuerzas poder

llorar para obtener así algún tipo de desahogo, pero había agotado sus lágrimas mucho tiempo atrás.

Esa noche (o día) reflexionaba sobre aquello echada en su camastro, cuando un ruido al otro lado del muro la sobresaltó. La presencia de un prisionero en las celdas contiguas era inusual pero siempre bien recibida, ya que constituía su única oportunidad de escuchar otra voz humana.

—¿Oiga? Señor —llamó—. O señora... ¿Puede oírme?

Se sentó junto a la pared, esperando respuesta; solo alcanzó a oír gruñidos sobre un tintineo metálico.

—¿Oiga? ¿Se encuentra bien?

—¿Bien? —La voz del hombre resonó en la quietud de los calabozos—. Bueno, la cadena del brazo me aprieta un poco, tengo un chichón que duele como un demonio, y no recordaba estar en una celda la última vez que desperté. Por lo demás —concluyó—, estoy de coña, chiquilla.

Ella se apartó de la pared, sorprendida.

—Lo siento, señor. No pretendía ofenderos.

—No, discúlpame tú a mí: tiendo a ser un poco huraño cuando me despierto maniatado en el interior de celdas oscuras. —El sonido de las cadenas variaba su volumen mientras hablaba—. Bonito sitio —continuó el hombre—. Por el olor a humedad y la falta de luz deduzco que nos encontramos en los subterráneos del castillo, ¿cierto?

—Sí, señor —contestó ella—. En el segundo sótano. ¿Por qué...?

—Estaba inconsciente cuando me trajeron —le cortó el desconocido—. Segundo sótano, un nivel por encima de las alcantarillas, muy apropiado —rió—. ¿Cuánto hace que me trajeron?

—Es difícil medir el tiempo aquí dentro, pero cerca de una hora, tal vez. ¿Por qué motivo le han encerrado?

—Una discusión sobre monarquía en una taberna: mis contertulios se negaban a admitir la irrefutabilidad de mi razonamiento, por lo que cambié la contundencia de mis argumentos por la de mis puños. —La entereza del hombre la desconcertó, ya que estaba más acostumbrada a llantos y balbuceos en los recién llegados—. ¿Y a ti? Tus modales no son los habituales de este tipo de sitios, chiquilla.

—Mi nombre es Ilargia —contestó—. Crecí en un templo en las montañas, al oeste de Mirtis, donde me instruyeron siguiendo las enseñanzas de la Diosa de Plata.

—El Culto Lunar —dijo el extraño—. El más antiguo de esta tierra, anterior incluso a la creación del reino, según dicen.

—Sí, señor. Un día, los soldados del Rey quemaron el templo y capturaron a sus habitantes, encerrándome aquí, pero desconozco qué razón...

—La Purga.

—¿Cómo?

—Es el nombre con el que se le conoce vulgarmente, me extraña que no te suene —contestó el hombre—. Hace un tiempo, se declaró un edicto real por el que quedaba prohibido cualquier tipo de culto, rito o manifestación, tanto religiosas como mágicas, en todo Vitalis. Mucha gente fue detenida por los hombres del Rey, y muchos más desaparecieron sin dejar rastro.

—Pero, ¿por qué? —La voz de ella tembló—. Mi orden es pacífica, nuestro objetivo proteger la vida. ¿Qué motivo podía haber para...?

—Nadie lo sabe —le cortó de nuevo el extraño—. Fue una época sangrienta y confusa, y no hay demasiada gente interesada en escarbar en ella.

—¿Cuánto hace?

—¿Cómo?

—Esa época, la Purga —continuó Ilargia—. Habláis de ella como de algo ocurrido hace tiempo. ¿Cuánto tiempo, señor? ¿Desde cuándo estoy aquí?

Ilargia apoyaba las manos en el muro, esperando con ansia una respuesta que tardaba eones en llegar.

Sintió los ojos arder cuando las lágrimas comenzaron a brotar.

—Por favor, señor...

El hombre comenzó a toser con violencia; Ilargia retrocedió, sobresaltada.

—Señor, ¿os encontráis bien? ¡Señor! —gritó con impotencia—. Carcelero, este hombre se está ahogando. ¡Carcelero!

Un sonido de pasos aproximándose con rapidez llegó desde el pasillo, siendo sustituido por el crujido de una puerta al abrirse.

—¿Qué es este alboroto, escoria? —sonó la voz del carcelero—. ¿Tienes problemas para respirar? Tranquilo, te ayudaré a solucionarlos.

Un golpe seco silenció el escándalo. Ilargia pegó la oreja a la pared, escuchando con atención. Solo alcanzaba a oír un desagradable gorjeo sobre un repicar metálico. Tras unos segundos, el ruido cesó; más pasos y el sonido de la puerta cerrándose fue lo último que oyó.

—¿Señor?

Ningún sonido llegaba ya del otro lado del muro. Abandonó la pared y se sentó en el centro de la celda, con la cabeza entre las rodillas. *¿Cuánto tiempo?* —pensó. Las lágrimas comenzaron a fluir, abriendo surcos en la suciedad de sus mejillas.

La puerta de su celda se abrió. Ilargia dejó escapar un grito y reptó atropelladamente hacia un rincón, huyendo del rectángulo de claridad que se dibujaba en el suelo. Se protegió los ojos mientras sus retinas se ajustaban al resplandor, que cubría la estancia de tal cantidad de nuevos detalles que tuvo la impresión de estar viéndola por primera vez en su vida. Poco a poco pudo dirigir la vista hacia la puerta, en cuyo umbral observó postrado el cuerpo del que, por el uniforme, supuso era el carcelero: la lengua colgaba flácida de su rostro amoratado, y una gruesa cadena le rodeaba el cuello.

Alzó la mirada y descubrió de pie junto al cadáver la silueta de un hombre joven, de constitución robusta y pelo negro rizado hasta los hombros; portaba unos pantalones como única vestimenta, y por su pecho y brazo derecho se extendía una extraña erupción. Al cruzar las miradas, sus ojos le sonrieron.

—Disculpa mis modales, Ilargia: mi nombre es Madt. —Alargó una mano hacia ella mientras la sonrisa se extendía por su boca—. Sería preferible continuar nuestra conversación en un sitio más agradable, ¿no te parece?

04. Reemplazo

La antecámara de las estancias reales bullía con una actividad inusitada para aquella hora de la noche. La sala, diseñada para albergar a grupos reducidos durante breves lapsos de tiempo, se encontraba atestada por una multitud ansiosa de ser recibida por su Majestad para así poder reanudar su descanso o, si la suerte les era esquiva, completar la tarea que les fuera encomendada lo antes posible. Una larga fila de gente esperaba frente a la puerta de la alcoba, pegándose a la pared para evitar a los criados que la atravesaban y recorrían el pasillo a toda velocidad.

Apoyado contra el muro, Elandir aguardaba su turno. Habían pasado casi dos horas desde que acompañó al mensajero hasta allí, y el cansancio, sumado al parsimonioso avance de la fila, le empezaba a hacer mella. No obstante, él era el Capitán de la Guardia Real y un ejemplo de firmeza para sus hombres; no iba a permitir que el desgaste físico mermara su entereza, por lo que se mantenía firme, alerta y dispuesto.

—Señor Elandir. Oiga. ¿Señor Elandir?

Elandir se despertó sobresaltado al notar que le sacudían el hombro.

—Disculpe, señor. —Se trataba de Rishen, criado personal del Rey—. No pretendía interrumpir vuestra meditación.

Parpadeando para despejarse, Elandir creyó ver una sonrisa en los labios del criado, pero cuando fijó la vista no encontró rastro alguno.

—No te preocupes, Rishen. ¿Qué se te ofrece?

—Solo me aseguraba de vuestra comparecencia, señor; al parecer, su Majestad tiene órdenes urgentes para la Guardia.

—Una hora poco usual, cuanto menos. ¿Y qué es todo este alboroto? —Elandir miró a su alrededor—. Rishen, ¿qué le sucede al Rey para que reúna de madrugada a tanta gente en sus aposentos privados?

La cara del criado palideció de repente.

—Él se... alteró mucho al oír noticias de un... extraño... en la ciudad. Lo siento, señor, pero debo marcharme; su Alteza le recibirá en breve.

Rishen regresó a la alcoba real; suspirando, Elandir se recostó de nuevo contra la pared. Para amenizar la espera, se dedicó a observar a las personas allí reunidas: reconoció a varios mandos del ejército de Hyrdaya, así como unos cuantos consejeros del Rey; había también algunos rostros que no reconocía, y muchos otros que desearía poder olvidar. De entre todos ellos, torció el gesto ante dos: un hombre enorme, calvo y con fino bigote, y un hombrecillo enjuto de estatura media, cuyo pelo negro y ralo le caía sobre la cara, ocultándola por entero a excepción de una enorme nariz aguileña.

Elandir los identificó como Grillete y Espolón, respectivamente; apodos para ocultar su verdadera identidad, una práctica habitual entre los cazarrecompensas. Se rumoreaba que Grillete recibió el suyo al matar a un orco cerrándole dicha herramienta al cuello, algo bastante impresionante ya que el diámetro del cuello doblaba con mucho el del susodicho grillete. En cuanto a Espolón, su origen no estaba tan claro: según algunos, provenía de la destreza con la que maneja el puñal, haciéndolo parecer una extensión de su propio cuerpo, pero había quienes lo ligaban a las descomunales dimensiones de su miembro olfativo, no pudiendo confirmarse la veracidad de dicha teoría porque quienes la compartían se guardaban mucho de enunciarla delante de él.

La presencia de cazarrecompensas en palacio, y más de unos con semejante reputación, hizo inquietarse aún más a Elandir.

—Perdona, chico. ¿Es cierto que a los elfos macho os atan un lazo azul cuando nacéis, ya que es la única manera de que los padres puedan distinguiros de vuestras hermanas?

Elandir se giró hacia la voz; la persona que había hablado, un hombre de escaso pelo rubio y barba canosa, le miraba con las manos reposadas sobre una protuberante barriga, que combinada con una cabeza sorprendentemente esférica proporcionaba a su cuerpo una extraña sensación de simetría.

—Señor, mi honor exige contestar esa pregunta en un duelo. Por desgracia —continuó Elandir, palpándole la tripa— no podrá ser, ya que en la Guardia tenemos reglas que nos prohíben golpear a personas en un estado de gestación tan avanzado como el vuestro.

El hombre frunció el ceño y sostuvo su mirada un instante; al poco, rompió a reír a carcajadas.

—¡No está mal, muchacho! —dijo mientras le manoseaba vigorosamente el hombro—. Veo que algunas de mis enseñanzas consiguen penetrar en esas enormes orejas elfas.

—Élficas, Dunrel, élficas. —Elandir se tocó sus puntiagudos pabellones—. Recemos por que tu hijo herede la sabiduría de su madre —finalizó, palmeándole de nuevo la barriga.

Dunrel era el encargado de la guardia durante la noche, su suplente al mando y el primer y único amigo que Elandir había hecho en la ciudad. Servía al Rey desde antes de que subiera al trono, y era el miembro más antiguo del cuerpo. El puesto que ocupaba Elandir le pertenecía por derecho, pero no le guardaba rencor por ello; en la jura de su cargo, Dunrel fue el primero en felicitarle, quizá porque una mirada a

sus ojos le bastó para comprender los sentimientos de Elandir hacia el supuesto honor que el Rey le había concedido. Le acogió desde entonces bajo su tutela, enseñándole todo lo aprendido en más de veinticinco años de servicio, reprendiendo con dureza a los hombres que se negaban a obedecer a un elfo, y compartiendo con él un sinfín de buenos y malos recuerdos.

—¿Vienes de hablar con el Rey? —preguntó Elandir.

—Acabo de terminar. Me requirió con urgencia antes de empezar mi turno. Las cosas andan bastante revueltas por aquí.

—Mucho deben de estarlo para justificar ciertas presencias —respondió Elandir, mirando de reojo a Grillete y Espolón—. Muy bien, ponme al día: ¿qué le pasa a su Majestad?

—Bueno, la boda de un hijo es siempre un quebradero de cabeza para cualquier padre —contestó Dunrel—. Además, dicen que se quiere celebrar un torneo previo a la boda.

—¿Un torneo?

—Eso parece. Hasta ahora solo era una idea propuesta por el enviado de Lewe, pero los de Termin y Khus le están respaldando y, obviamente, al regente de Mirtis le agrada la idea de un torneo en honor a su hija, así que mucho me temo que el Rey acabará por ceder...

—... y el príncipe terminará participando...

—Sí —concluyó Dunrel.

—Eso explica que el Rey ande alterado, pero todo esto me parece excesivo.

—Hay más —continuó su amigo—: se ha visto a un elfo oscuro en la ciudad, y están repartiendo la descripción para que le detengamos en cuanto lo veamos. Vivo.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Elandir.

—¿Y la ley?

—El Rey quiere interrogar a este: lucía un emblema, un dragón negro, que indica su pertenencia a una organización que su Majestad odia con todo su ser.

—La conozco, pero poco sé con certeza, salvo el tatuaje que llevan sus miembros en el hombro derecho: otro grupo de disidentes descontentos con la política actual, que exigen la abdicación del Rey y su sustitución por un monarca respaldado por el favor del pueblo. Una organización poco numerosa, no especialmente activa ni violenta. No entiendo tanto interés por parte de su Majestad.

—Nadie lo entiende, parece algo personal y dudo mucho que lo aclare.

—Un elfo oscuro que se pasea a plena luz con un dragón negro bien visible —rió Elandir—. Parece el día de los suicidas.

—Creo que ahora eres tú el que debe ponerme a mí al día —le recriminó Dunrel.

—Nada importante: pensaba en el individuo que detuve antes de venir aquí, un borracho que insultó al príncipe y provocó una pelea tabernaria. El pobre diablo se dedicó a vaciar las pocas botellas que permanecían intactas mientras yo llegaba, y acabó desplomado en el suelo al intentar evitar su arresto.

—Un loco, seguramente.

—Seguramente, aunque parecía bastante lúcido a pesar del alcohol. —Elandir se quedó pensativo—. Le he estado dando vueltas y sigo sin comprenderlo. Tenía una extraña enfermedad, quizá fuera la causante de su comportamiento.

—¿Enfermedad?

—Sí, una erupción que no había visto nunca. Le recorría el pecho y una buena parte del hombro dere...

Elandir enmudeció. Tuvo tiempo de maldecirse a sí mismo antes de girarse y echar a correr por el pasillo; desgraciadamente, un criado que venía en dirección contraria se interpuso, provocando que ambos colisionaran y cayeran al suelo.

—¡Maldita sea, Elandir! —dijo Dunrel mientras le ayudaba a levantarse—. ¿A qué ha venido eso?

—¿Elandir? ¿El señor Elandir? —preguntó el criado, sin aliento—. A vos os buscaba, señor; vengo de las mazmorras a informaros de una fuga.

Elandir sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

—¿Fuga? —preguntó Dunrel.

—Sí señor: una mujer y el hombre que el señor Elandir detuvo hace pocas horas; forzaron los grilletes, estrangularon al carcelero y desaparecieron.

Elandir estaba paralizado, incapaz de reaccionar. Necesitaba urgentemente algo de tiempo para ordenar sus pensamientos y tratar de...

—Señor Elandir —sonó la voz de Rishen tras él—, su Majestad está listo para recibirlos.

05. Previsión

—Descansemos un poco —dijo Madt—. Estamos fuera de la vista de los guardias, pero queda bastante para que nos encontremos a salvo.

Ilargia se sentó en una roca, exhausta; era el primer descanso en su frenética huida, y su baja forma física se estaba haciendo notar.

Mientras recuperaba el aliento contempló su entorno. En el despejado cielo, las estrellas destellaban desafiantes a la oscuridad que amenazaba con engullirlas, y la luna, llena y majestuosa, rozaba las torres del castillo y arrancaba destellos plateados del río que rodeaba la ciudad. La visión de su Diosa, tras tanto tiempo ausente, mitigó su ansiedad. Escuchó las voces nocturnas del bosque y se deleitó con su fragancia. No existían palabras para describir su felicidad.

Su compañero se sentó en la hierba y comenzó a revisar el contenido de la bolsa sustraída al carcelero. Ilargia lo observaba de reojo mientras recomponía mentalmente los acontecimientos de aquella noche, tratando de asimilarlos.

Volvió al momento en que ese hombre entró en su celda, arrastrando consigo el cuerpo del carcelero; ocultó el cadáver en el camastro y la cogió de la mano para guiarla fuera de allí, pasillo abajo. Ella se encontraba demasiado aturdida para resistirse y, antes de darse cuenta, habían entrado en un pequeño almacén. Madt la soltó para coger una antorcha con la que iluminó la pared mientras recorría los ladrillos con sus dedos.

—Vamos, vamos... —le oía decir—. Tienes que estar por aquí.

—Señor —murmuró Ilargia—. ¿Qué estamos haciendo en este...?

Calló cuando uno de los ladrillos se desplazó, dejando un hueco oscuro en su lugar. Madt la observó con aire triunfal.

—Buscando la salida de esta ratonera, señora —le respondió—. Sujetad esto mientras la agrando.

Ilargia aguantó la antorcha mientras Madt retiraba ladrillos hasta que el agujero tuvo el tamaño suficiente para permitirles el paso. Al iluminarlo, observó un corredor de roca a un nivel inferior de donde se encontraban.

—Esta galería pasa bajo el palacio, siguiendo las alcantarillas. Si la seguimos en ese sentido —señaló Madt—, nos llevará hasta un pozo seco, al otro lado de las murallas de la ciudad. —Le devolvió la antorcha para descender por el agujero; una vez en el túnel la ayudó a bajar y lo recorrieron en silencio.

En el subterráneo se respiraba un aire cargado de humedad. Por el suelo corrían riachuelos de origen incierto que Ilargia evitaba por todos los medios pisar con sus pies descalzos. Al borde de la zona iluminada se sucedían fugaces movimientos, supuso que de ratas sorprendidas por la invasión de sus dominios.

Alcanzaron y ascendieron el pozo que Madt mencionara, que les condujo a una zona agreste a las afueras de la ciudad. Se internaron entonces en el bosque, que atravesaron eludiendo miradas extrañas hasta llegar al claro donde reposaban en aquel momento, y donde Ilargia contemplaba pensativa a su intrigante compañero.

—Señor —dijo al fin—, ¿qué era ese túnel, y cómo conocíais su existencia?

Madt dejó de registrar la bolsa y le miró.

—Señora, ese castillo tiene cientos de años, habiendo quienes afirman que es la primera construcción humana de todo Vitalis. Innumerables Lores lo han habitado desde entonces, reconstruyéndolo y amoldándolo a sus necesidades y caprichos; no existe en todo el continente nadie capaz de trazar un plano completo del mismo, ni tampoco sus actuales dueños habitan ni conocen más que una pequeña parte del total. —Tras decir esto, Madt concluyó el registro de la bolsa conservando una daga y desestimando el resto.

—Pero...

—Y en cuanto a la segunda parte de la pregunta —prosiguió él, ajustando el arma a su cintura—, digamos que no es mi primera visita a esas mazmorras.

Dando por finiquitada la conversación, el hombre escudriñó los alrededores. Ilargia bajó la cabeza, insatisfecha, y se examinó las piernas, asegurándose de que no hubieran sufrido daño en la huida. Su compañero había hecho mucho por ella devolviéndole la libertad, pero no podía obviar que sus intenciones le eran desconocidas y, por tanto, no debía confiar en él. El hecho de que tomara una vida tan a la ligera no ayudaba, ya que chocaba con las enseñanzas que ella recibió en el Templo de Ilahe. «La vida es todo, nada más importa» solía repetir su Madre Argéntea, «debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para protegerla».

—En cuanto os encontréis con fuerzas —dijo él sin dejar de mirar a su alrededor—, proseguiremos nuestra marcha. No falta mucho para que amanezca, y debemos encontrar refugio antes de que eso ocurra. — Empezó a andar hacia el borde del claro—. Conozco una cueva a una hora de aquí, nos permitirá descansar y eludir a nuestros perseguidores.

—¿Perseguidores?

—Somos fugitivos, señora, tened por seguro que el Rey no nos permitirá marchar tan fácilmente. Por fortuna, solo debemos evitarlos durante unos pocos días, hasta que pueda encontrarme con unos amigos que nos ayudarán.

—¿Amigos? ¿Quiénes?

—Personas de mi confianza. —Madt interrumpió su tarea y la miró, tranquilizador—. Nos preocuparemos de eso en su momento. Por ahora, concentrémonos en sobrevivir. Si me disculpáis —concluyó—, hay algo que debo hacer en privado.

Madt continuó andando hasta que desapareció en la espesura, dejándola a solas con sus pensamientos. Su resquemor no había disminuido un ápice pero sus opciones eran limitadas. Ingresó en el templo casi recién nacida, y la identidad de su familia era un misterio para ella; sus hermanas eran las únicas personas con las que había mantenido una relación íntima, y desconocía su suerte. Quizás cuando estuvieran a salvo debería anunciarle a Madt su intención de buscarlas.

Un ruido a su espalda le hizo levantarse.

—Madt, ¿sois...?

Una mano la enmudeció. Trató de liberarse hasta que su asaltante le puso un puñal en el cuello, paralizándola. La mano era enorme, le cubría la cara de la frente a la barbilla; tenía un tacto áspero, como de cuero sin curtir, y desprendía un fuerte olor que le sofocaba. Entre sus bestiales dedos llargia observó a otra figura avanzando hacia la bolsa y agachándose para inspeccionarla. El nuevo habitante del claro debía medir más de dos metros, vestía un mínimo atuendo de pieles e iba armado con una lanza. Poseía un físico descomunal, con abultadas bolsas de músculos sujetas a un inmenso armazón óseo por medio de venas y tendones semejantes a raíces, y su piel era de un brillante color

verde. Ilargia estaba aterrorizada, nunca había conocido seres semejantes.

La criatura se irguió y señaló con la lanza las huellas que se internaban en la espesura. El individuo a su espalda produjo un gruñido gutural y, en respuesta, el coloso verde siguió el rastro hacia el borde del claro, apartando unas ramas para facilitar su avance, momento en el que Madt saltó de entre la maleza y le desarmó por el impacto.

Ambos contendientes cayeron al suelo, donde comenzaron a forcejear. Madt intentaba alcanzar a su adversario con la daga mientras éste le inmovilizaba el brazo del arma con una mano y le asía el cuello con la otra.

Ilargia trató de correr hacia ellos pero su captor se lo impedía, por lo que solo pudo mirar aterrada cómo la manaza de la criatura se cerraba cada vez con más fuerza en torno al cuello de Madt, haciendo que su cuerpo fuera debilitándose hasta quedar al fin inerte, dejando caer la daga. Cuando su oponente trató de recoger el arma, Madt utilizó sus fuerzas restantes para destrabar una de sus piernas y propinarle una fuerte patada en la entrepierna. La criatura, sorprendida, aflojó el brazo un instante que el otro aprovechó para liberarse, recuperar la daga y hundirla en el ojo de su rival, que quedó inmóvil en el acto.

—Vaya, vaya —dijo Madt entre toses mientras se levantaba—, menuda sorpresa: dos enormes cara-musgo por estos bosques. Debería haber notado vuestro hedor a millas de distancia.

El compañero del fallecido bufó de ira e incrementó la presión del cuchillo sobre el cuello de Ilargia.

—Señor —balbuceó ella—, no creo que insultarle sea una buena idea.

—¿Así que entiendes mi idioma, engendro? —Madt levantó la daga—. En ese caso, será mejor que la sueltes si no quieres que haga brotar una segunda boca en tu garganta.

La criatura rió en respuesta, alejándose lentamente de él. Ilargia cerró los ojos anticipando el mordisco del acero cuando su captor rompió a gritar y la soltó. Ella se desligó de su abrazo y se giró para ver la causa de los gritos; atónita, vio a su asaltante tratar de zafarse de un enorme animal que le había hundido los colmillos en la parte trasera de la pierna. Tras eludir varios golpes de daga, la pantera finalmente soltó su presa, llevándose una buena porción de carne en el proceso. Su víctima cayó al suelo, aullando fuera de sí por el dolor, hasta que Madt se abalanzó sobre él y le deslizó la daga por el cuello, poniendo fin a su agonía. Ilargia observó cómo su compañero se levantaba y acariciaba al animal.

—Buena chica —dijo mientras la pantera le lamía la cara con el hocico húmedo de sangre—. Ilargia, esta es Bruma. No podía meterla en la ciudad, así que la dejé en el bosque hasta mi regreso. Estaba buscándola cuando esas bestias os atacaron.

La pantera miró a Ilargia, cuya vista se centró inconscientemente en una hebra membranosa que colgaba de su boca.

—Orcos —continuó él—, es muy extraño verles tan al interior, raramente se aventuran más allá de las Fauces.

Mientras ella reprimía una arcada, Madt registraba a sus agresores.

—Esos gritos se han debido oír en toda la zona, tenemos que apresurarnos. —Tras saquear los restos, echó a andar hacia la espesura—. Aquí, Bruma: nos vamos.

Ilargia se apartó cuando la pantera pasó tras su amo, internándose ambos en el bosque. *Una pantera* —pensó. Bajó la cabeza y observó los

cadáveres de las criaturas. Orcos. Charcos oscuros comenzaban a formarse alrededor de los cuerpos.

Madt reapareció por el borde del claro.

—No quisiera presionar a su alteza ilustrísima, pero a estas alturas es probable que medio Hyrdaya haya iniciado nuestra búsqueda; debemos continuar. —Dicho esto, volvió a desaparecer entre el follaje. Ilargia respiró hondo, echó una última mirada al claro y comenzó a andar tras él.

06. Apertura

En la casa reinaba una silenciosa oscuridad. La claridad filtrada desde la calle desvelaba los furtivos movimientos que, en su búsqueda de alimento, producían los indeseables inquilinos que todo hogar acumula con el paso del tiempo. En el centro de la habitación, uno de ellos localizaba un trozo de pan en mitad de un claro luminoso, más allá de su margen de seguridad. Lo observaba fijamente, manteniendo un conflicto interno entre su instinto de conservación y la necesidad de alimentarse, cuando dicho conflicto fue bruscamente resuelto al abrirse de golpe la puerta principal. El choque de la madera contra la pared provocó decenas de estampidas de los diminutos exploradores retirándose a la seguridad de sus madrigueras.

En el portal, una silueta se agarraba al marco de la puerta mientras trataba de desatarse una bota con la mano libre. Tras varios intentos infructuosos, optó finalmente por arrancársela del pie a tirones y lanzarla contra una de las paredes de la estancia. El sonoro aterrizaje hizo que las pequeñas cabezas que aún observaban con curiosidad al intruso desaparecieran en el interior de sus agujeros. La figura saltaba ahora sobre su pie desnudo, forcejeando con el otro calzado al que recompensó, cuando logró zafarse de él, con un vuelo análogo al de su par pero en dirección contraria. Descalzado al fin, cerró de un portazo y se dirigió hacia la única cama de la estancia, desvistiéndose por el camino. Se derrumbó sobre ella cuan largo era y enterró la cabeza en la almohada. Cualquier observador casual, aunque fuera aquella la primera vez que lo viera, podría deducir sin mucho esfuerzo que, probablemente, aquel no había sido el mejor día en la vida de Elandir.

Tal como había caído, boca abajo y medio desnudo sobre las sábanas, metió las manos bajo la almohada y vació los pulmones en un

largo suspiro. A pesar de una agotadora jornada de trabajo sin haber probado apenas bocado, los últimos acontecimientos le habían quitado el apetito.

Culpa mía —se dijo—. Eso es lo peor, en el fondo es culpa mía.

Cerró los ojos y revivió la escena que había tenido lugar aquella noche en las estancias del Rey, donde su entrada fue precedida, con escasos minutos de margen, por la noticia de la fuga del prisionero al que había arrestado poco antes. El ambiente en la habitación, que ya imaginaba poco halagüeño, se había tornado decididamente hostil. Al otro lado de la mesa se sentaban el comandante del ejército real, su Majestad, y el criado personal de éste, Rishen. Comandante y Rey cuchicheaban entre ellos cuando la entrada de Elandir les hizo enmudecer, y convirtió su persona en el blanco de unas miradas nada complacientes.

—Elandir... —comenzó el comandante... ¿Cruen? ¿Drien? Elandir no había tenido oportunidad de aprenderse el nombre, ya que a su superior directo (y de todas las fuerzas militares del Reino) la confianza dispensada por el Rey le había procurado cargos cada vez más importantes, hasta el punto de ser ahora considerado su mano derecha y, por tanto, segundo hombre más poderoso del Reino, distinción que le colocaba varios peldaños y alguna escalera por encima de un simple invitado de palacio como él. Mientras el comandante hablaba, su amo y señor mantenía sobre Elandir una mirada que parecía poder matar un buey, despiezarlo y cocerlo sin ningún tipo de ayuda adicional.

—... jefe de la guardia durante el turno diurno, ¿correcto?

—Correcto.

La formalidad en el recibimiento escamó aún más a Elandir. Esas suspicacias provocaron que se fijara mejor en sus interlocutores y

descubriera el motivo de la presencia de Rishen: estaba dejando constancia por escrito de la conversación. Malo.

—El motivo inicial de su comparecencia aquí era para avisarle, como superior de las tropas encargadas de mantener el orden en la ciudad, de la presencia de peligrosos agitadores en la misma así como de, al menos, un elfo oscuro. Ese era, como digo, el motivo original. ¿Entiende?

—Entiendo. —Hubo un tenso silencio roto únicamente por el roce de la pluma de Rishen al rascar la superficie del papel.

—Bien. Sin embargo —continuó el comandante—, nos acaban de llegar noticias que le atañen personalmente y que han cambiado por completo el objetivo de la reunión que ahora mantenemos. Vayamos por partes: ¿estaba usted hoy al mando de la guardia?

—Sí, señor.

—¿En qué turno?

—Diurno, señor.

Como acabamos de dejar claro no hace ni un minuto. Elandir trató de controlar su impaciencia, ya que en el fondo sabía que aquella función perseguía un objetivo muy claro, uno derivado de su estatus como invitado de palacio; un simple soldado habría sido despachado hace tiempo, sin tantos remilgos y con bastantes más gritos y reproches.

—¿Estaba usted al mando cuando se registraron los incidentes en el local conocido como «El reposo del guerrero»?

—Estaba, señor.

—¿Podría describir el incidente?

—Sí, señor. Comandaba a la tropa camino al cuartel para el cambio de turno. Llevábamos un poco de prisa ya que debíamos haberlo finalizado varias horas antes. —Miró al comandante pero éste mantenía la cabeza gacha, fingiendo estudiar los papeles que tenía sobre la mesa—. Al pasar cerca de El Reposo su dueño se dirigió hacia mí, muy alterado.

Pausa. Silencio. Rascar.

—¿Estaba herido, le estaban persiguiendo? —continuó el comandante.

—No, señor, solo buscaba ayuda para parar una pelea en su local. Cuando entré en la tab...

Se interrumpió al sentir la puerta golpear su hombro. Protegiéndose la parte magullada, se apartó para dejar paso al nuevo visitante.

—Padre, tenemos que hablar.

Elandir no necesitó girarse para identificarle, todo palacio podría reconocer esa voz.

—Ahora no —respondió el Rey sin apartar su vista de Elandir.

—Sí, ahora sí. —El príncipe dedicó un fugaz vistazo al elfo y continuó—. Padre, ¿no os han llegado los rumores que corren por la ciudad? Se está dudando de mi valor al no dar el visto bueno al torneo. El resto de casas está aprovechando la situación para atacarnos, vertiendo venenosos comentarios al señor de Mirtis sobre el insulto que esto implica, e intentando sabotear la boda. Yo mismo he visto a representantes de Khus mirar burlonamente en mi dirección. ¡Khusianos, padre! ¡No podemos permitirlo!

—Lo entiendo. Mañana hablaremos.

—Pero padre, es imperativo que...

La mesa crujió bajo el impacto del puñetazo como si fuera a partirse en dos, generando un nuevo silencio en la estancia. Elandir sintió cómo una atmosfera ya enrarecida se tornaba asfixiante.

El Rey miró a su hijo y, lenta y metódicamente, rompió el silencio.

—Ahora. No. Mañana.

El príncipe intentó aguantar la mirada pero apenas soportó un par de segundos antes de claudicar.

—Sea pues, mañana.

Y desapareció, llevándose en su furiosa salida parte de la tensión que sofocaba la sala. El comandante esperó unos instantes antes de reanudar el interrogatorio.

—Continúe.

Elandir se aclaró la garganta.

—Como decía, cuando entré en la taberna solo uno de los contendientes, a la sazón el instigador del conflicto, permanecía en pie. Intentó atacarme pero la borrachera provocó que cayera desplomado. Ordené a un par de mis hombres que lo recogieran y enviaran al castillo.

—¿Lo registró, u ordenó que sus hombres lo hicieran antes de encerrarlo?

—No, señor; no lo hice.

Una nueva pausa. Intentó relajarse paseando la vista por la habitación pero la retornó al frente de inmediato cuando se cruzó de soslayo con la del Rey.

—¿Conoce el reglamento aplicado a los arrestos?

—Sí, señor.

—¿Podría citarlo?

—«Todo arresto realizado en una guardia debe ser verificado y oficializado en los calabozos bajo la supervisión del jefe de turno».

—¿Por qué, pues, habiendo reconocido ser el jefe de dicho turno, que el arresto se realizó en su presencia, y su conocimiento del reglamento, por qué, repito, no estaba usted presente durante el encarcelamiento del prisionero?

Porque estaba agotado de recorrer la ciudad para que los cerdos endogámicos que controlan los recursos de palacio pudieran ahorrar lo suficiente para otra bacanal con prostitutas de lujo, señor.

—Estaba cansado, cometí un error.

—Un error, sí. —La voz del Rey le pilló por sorpresa—. Un minúsculo desliz, un descuido que ha costado la vida a uno de mis hombres, y permitido a un enemigo acceder a palacio con quién sabe qué intención para desaparecer después.

—Sí, Majestad. Lo lamento.

—Elandir —el comandante retomó la conversación—, en vista de los acontecimientos, y de que admite que fueron provocados por un error suyo, le comunico que será suspendido de su cargo por tiempo indefinido. Sus privilegios como invitado de palacio quedan indemnes, pudiendo permanecer en las instalaciones y disfrutar de los acomodos a su disposición. Retírese.

Y telón. Nada, pues, quedaba por añadir. Con un último vistazo a los componentes de la mesa (la mirada esquiva de Rishen, la marcial compostura del comandante, el frío escrutinio del Rey), Elandir abandonó la habitación. Su cara no reflejaba el conflicto que estaba teniendo lugar

en su interior, enfrentándose la alegría por la liberación de unos deberes nunca deseados con la ansiedad por la reacción de su padre al recibir la noticia.

Y es que era a él, su padre, a quien iba dirigida en última instancia la farsa que acababa de protagonizar. El excesivo protocolo endulzaría lo que era un ataque directo de la raza humana contra la élfica, como parte de su cada vez menos disimulado gambito por el control del continente. Que un «invitado» de palacio cometiera semejante indisciplina obligaba a los progenitores a retribuir la falta. Y, conociendo al regente, la compensación iba a ser astronómica.

Lo siento, padre. Elandir cerró los ojos y se dejó invadir por la nostalgia. Pensó en la última vez que estuvo con su familia, en las lágrimas de su madre al despedirse, en su hermana pequeña, extrañamente calmada. Pensó en la luz filtrada a través de las hojas de su Árbol Alma, en los atardeceres tumbado en sus ramas, en el olor de la tierra tras la lluvia, el tacto de la hierba, el sonido del arroyo. Mientras su mente vagaba, su cuerpo comenzó a relajarse y su consciencia, lenta y dulcemente, a apagarse. Fue en ese momento cuando llamaron a la puerta.

Elandir se apretó contra la cama, intentando ahogar cualquier sonido que produjera su cuerpo.

Un descanso, ¿vale? Creo que está bien por hoy; solo un descanso y mañana seguimos. Lo que sea, pero mañana, ¿de acuerdo?

—¡Elandir! Soy yo, Dunrel. Vamos, chico, te he visto entrar, no me obligues a tirar la puerta abajo.

En tu caso, te bastaría con dejarte caer hacia delante. Contrariado consigo mismo por articular semejante pensamiento, Elandir se dirigió a la puerta y abrió.

—Dunrel, hola. No me pillas en un buen momento, ¿hablamos mañana?

—Ya me he enterado de la reunión, por eso estoy aquí. Además —dijo mientras pasaba por su lado hacia el interior de la casa—, traigo un regalito.

Dunrel dejó sobre la mesa una botella de vino, se acomodó en el sillón y comenzó a desatarse los zapatos.

—Por favor, pasa y ponte cómodo —dijo con sorna Elandir. Cogió la botella y la observó mientras se sentaba en la cama. Silbó al ver la añada—. Veo que los sobornos están siendo generosos este año.

—Precioso, sí señor: yo tratando de animarle sin reparar en gastos y ¿cómo me lo paga él? Con burlas y sarcasmo. —Dunrel se sacó los zapatos y los dejó caer sin mucha ceremonia—. Jovenzuelo desagradecido.

—Conmovedor, y lo sería aún más si no fuera ésta la botella que estaba en la estantería de la antecámara real. ¿Merece los problemas en los que te habrías metido si te llegan a coger distrayéndola de su sitio? —Elandir abrió la botella y le pegó un trago antes de pasársela a Dunrel para que la probara.

—Vaya que sí —exclamó éste tras beber—. Cambiaría dos años en una celda por medio vaso. Diablos, incluso cinco años, si tú te comprometieras a hacerte cargo de mi mujer y los críos.

—No creo, mi vida ya es bastante complicada tal cual es.

Los dos amigos callaron, aguardando incómodos a que el otro diera el paso que el protocolo social exigía. Como invitado, correspondió a Dunrel la tarea.

—¿Cómo estás? —preguntó—. Ya estoy al tanto de todo lo dicho en la reunión; lo siento mucho, de verdad.

—Estoy bien, no te preocupes —mintió Elandir—, ansioso por empezar a disfrutar de mis vacaciones.

—Me imagino. —Una sonrisa compasiva colgó inerte en el rostro de Dunrel—. Por eso vine hacia aquí sin pasar por tus estancias en palacio. Tu remanso de paz. —Hizo un gesto con la mano abarcando la pequeña estancia de una sola habitación y pegó otro trago antes de continuar—. Es injusto que te hayan hecho pasar por todo eso, no fue culpa tuya.

—En realidad sí lo fue. Parte, al menos. Tenían razón, mi deber era haber acompañado a la guardia en el cambio de turno y examinar bien al prisionero.

—Blablabla. No fastidies. —Dunrel le pasó el vino—. Nadie cumple el protocolo al cien por cien cada segundo de cada minuto de cada maldito día. No olvides que fui yo quien te enseñó el reglamento y dirigió tu entrenamiento. Llevo años observando cómo te esforzabas el doble que cualquiera que haya pasado por mis manos para recoger, con suerte, una quinta parte de sus recompensas. No fue culpa tuya, y lo sabes. Fue un pequeño error que, debido a tu situación especial, ha sido recibido en palacio como un corderito en mitad de un rebaño de lobos.

Elandir aguantó el vino en su boca, enjuagándosela a fondo antes de tragarlo para contestar.

—Alguien murió, Dunrel.

—¡Cielos, es cierto! —Su amigo se incorporó en la silla para enfatizar sus palabras—. ¡Cómo olvidar la terrible pérdida que tu metedura de pata nos ha infringido! Oh, cuánto echaremos a faltar a tan gran compañero y mejor persona. ¿Podremos volver a encontrar a

alguien con sus aptitudes y valor humano? Bueno —continuó mientras relajaba de nuevo su postura—, si yo fuera el encargado de buscar a su sustituto comenzaría registrando la selva norte, los orangutanes son bastante espabilados por allí.

Elandir se mordió los labios para evitar sonreír.

—Un respeto.

—¿Respeto? Vamos, ¿pero conocías acaso su nombre? ¿Había alguien en palacio que lo hiciera? Quizás entre los prisioneros fuera popular, según se cuenta era bastante ducho en el contacto físico de todas las formas y colores. Sí, respeto. Guardemos un respetuoso silencio por su partida. —Dunrel calló, levantó el lado derecho de su cuerpo y una ventosidad atronó la habitación. Elandir se llevó la mano a la cara sin poder contener la risa—. Ale, cumplido. Y ahora, a velarle. Eh. —Le tocó en el hombro—. El vino ya se ha aireado bastante, si comprendes a lo que me refiero.

Elandir le alcanzó de nuevo la botella.

—Te lo agradezco, pero sigo pensando que tienen razón. En parte —añadió al ver la expresión de su amigo—. En parte, digo: el castigo ha estado propiciado por ser yo quien soy, de acuerdo, pero eso no cambia el hecho de que lo tuve delante de mis ojos desde el principio y no supe interpretarlo.

Elandir se recostó sobre el cabecero y comenzó a relatar cronológicamente los sucesos de aquella noche. En el transcurso de la narración, la bóveda nocturna fue aclarándose mientras la noche se consumía al compás de la conversación y el alcohol. Los pocos merodeadores nocturnos que todavía vigilaban la escena, ansiando la marcha de los dos ruidosos gigantes para poder reanudar la búsqueda de alimento, habían dado hace tiempo la noche por perdida y se habían

retirado a lo más profundo de sus guaridas, a descansar junto a los suyos.

—... y entonces nos quedamos todos callados, mirándole, mientras él continúa de pie, totalmente tieso y blanco como la leche. Y su padre le mira y le dice: «Ahora no, mañana». —Los dos amigos reían mientras Elandir hablaba—. Deberías haberle visto la cara, si hubiera apretado la mandíbula un poco más, los dientes habrían reventado por la presión.

Dunrel bajó la botella para replicar.

—¿Y qué dijo entonces?

—¿Decir? —Elandir hizo una mueca despectiva—. ¿Qué va a decir? Se dio la vuelta y salió corriendo. A cambiarse la ropa interior, imagino. —Reclamó el alcohol, tragó y continuó—. Nah, supongo que no debería ser tan exigente con él; no lo habrá tenido nada fácil, criándose sin su madre y con semejante padre. Tal vez sea lo mejor que podíamos esperar.

—Sí, una infancia horrible —desdeñó Dunrel—, con todo el dinero y tiempo de ocio que precisara. De acuerdo que debe ser duro crecer sin el cariño de una madre, pero te puedo asegurar que ha tenido una gran suerte de contar con ese padre para formarlo.

—Vamos, Dunrel...

—En serio, ¿por qué habría de mentir? Llevo a sus órdenes toda mi vida sin recibir ningún tipo de trato especial, así que puedes creerme cuando te digo que no es tan mal Rey. Sí, es duro, estricto y tiene el sentido del humor de un ladrillo, pero no hablamos de un monstruo desalmado, podríamos estar mucho peor.

—No es una opinión muy extendida en la ciudad, por lo que tengo entendido.

—Lo sorprendente sería lo contrario —suspiró Dunrel—. Escucha, yo era adulto cuando reinaba su antecesor, ese al que tanto añoran ahora, y te puedo asegurar que no hay peores enemigos del juicio objetivo que el paso del tiempo y la nostalgia. La gente solo sabe ambicionar más, sin considerar lo que ya poseen ni lo que podrían perder por el camino. El pueblo no sabe lo que le conviene.

—Claro, en realidad deberían dar gracias de disfrutar de tan formidable rey y su todavía mejor hijo.

—Ah, no, ese crío es imbécil. —Elandir miró sorprendido a su amigo mientras éste se silenciaba teatralmente con su propia mano—. Lo siento, no entiendo qué ha podido pasarme, se me escapó —continuó Dunrel, contrito—. Su alteza real, eso es lo que quería decir: su alteza real es imbécil; es más tonto que mis huevos.

Ambos estallaron en violentas carcajadas, carcajadas que se prolongaron un buen rato. Una vez extintas, Elandir continuó:

—De acuerdo que su mandato ha obtenido logros, una paz estable y duradera, por ejemplo, pero se ha pagado un alto precio por ello. La Purga...

Dunrel mudó el gesto.

—No he dicho que defienda todas y cada una de sus decisiones. Y menos aún las tomadas después del accidente.

El elfo le observó en silencio, sopesando sus próximas palabras. Al final decidió no prolongar el debate.

—Puede, no lo sé. Pero volviendo al tema, Danrel...

—Dime, Olandir.

—... Dunrel. Agh. —Elandir cerró los ojos y notó cómo le aumentaba la temperatura en el rostro—. Me parece que el alcohol

empieza a afectarme. Volviendo al tema —continuó—, y centrándome en la taberna, ese incidente pareció raro desde el principio: una taberna entera destrozada, todos los participantes inconscientes, el provocador sin apenas un rasguño, pese a estar supuestamente borracho, y tomándose una última copa sin inmutarse por mi llegada. Todos los indicios estaban allí, simplemente no supe verlos: era un montaje, quería que le detuviera. —Concluida su argumentación, Elandir buscó la reacción de su amigo, encontrando en su lugar una silla vacía; mientras, al fondo de la estancia, su oronda figura registraba la despensa.

—Así pues, ¿qué piensas tú de esto? —Elandir levantó la mano y movió los dedos simulando una boca parlante—. «Oh, vaya, una gran deducción, Elandir, totalmente de acuerdo, muy bien visto, sí señor.» ¡Vaya, muchas gracias! —contestó a su propia mano.

—Ölün no permita que el universo deje de girar a tu alrededor durante unos segundos —intervino Dunrel—. Estaba escuchando, llorón, y al mismo tiempo buscaba algo de comida que ayude a tu cuerpecito élfico a digerir el alcohol.

—Creo que hay unos higos en ese armario, tráelos. Y puede que queden algunas semillas en el cajón del fondo.

Dunrel le lanzó una mirada sombría.

—Merecido lo tengo por trabar amistad con un elfo. ¿Cecina, fiambre, salchichas? Noooooooooo. Pero eh, puede que mi caballo se haya dejado algo de alfalfa en el comedero, sírvete.

—¿Qué decías de llorar? —Elandir cogió el plato que le brindaban y empezó a comer, agradeciendo la presencia de algo sólido en su estómago—. Toma uno, no te pasará nada por comer algo vegetal de cuando en cuando.

—No como nada sin pulso ni bebo líquido sin fermentar, muchas gracias —contestó Dunrel mientras volvía a sentarse—. Y sí, está claro, ahora, que esa era la intención del extraño, solo nos falta averiguar cómo y por qué.

—El cómo te lo puedo decir ahora mismo. —Elandir escupió en su mano los higos a medio masticar y se los acercó a su compañero—. Cógelos.

—No, gracias. —Dunrel los miró asqueado—. Espero que esta repugnante demostración persiga más objetivos que revolverme el estómago.

Elandir retiró la pasta de su mano para descubrir una llavecita escondida bajo ella.

—Una erupción extraña tiene sus ventajas: evita que tus captores se pongan íntimos contigo y, con el grosor y la fijación adecuados, te permite esconder algo en ella: un pequeño trozo de metal, por ejemplo. —Elandir observó la incredulidad reflejada en los ojos de su amigo—. No es algo tan descabellado, con la correcta mezcla de compuestos y jabones es fácil generarlas. De hecho, conozco a muchos mendigos que las usan para transmitir más lástima a los transeúntes y engordar así sus limosnas.

—Una ganzúa —concedió al fin Dunrel—, y una vez liberado de sus cadenas no le costaría mucho trabajo sorprender al celador y matarlo.

Elandir asintió mientras retornaba la mezcla a su boca.

—Se rió de mí en mi propia cara, Dunrel: ni en sueños se va a zafar alegremente.

—Puede, pero no ahora. —Su amigo comenzó a calzarse—. Ya no estás al mando, no puedes siquiera vestir tu uniforme o portar armas en la ciudad. Aprovecha para descansar, seguiremos hablando más adelante.

Elandir dejó la botella sobre la mesa al levantarse.

—De acuerdo, dejémoslo por hoy, creo que el alcohol empieza a entumecer mi raciocinio.

—Con lo que comes, no me extraña. —Dunrel se levantó con un gruñido y se dirigió hacia la puerta gesticulando con gravedad—. ¿Cuándo, me pregunto, podré encontrar a un digno compañero de bebidas?

—Ni juntando a todos los borrachos de la ciudad en uno lograríamos un milagro así. —Elandir le acompañó a la salida; al ir a despedirse su cara se tornó inesperadamente seria.

—Dunrel, ten cuidado, ¿vale?

—Estás borracho, niño —rió Dunrel—. Tratamos con un listillo con suerte, en un día le habremos atrapado y zanjado el asunto: el Rey sacará a tu padre cualquier cosa que agrada a su ego, te levantará el castigo y antes de darte cuenta estarás de nuevo haciendo turnos dobles recorriendo los peores antros de la ciudad.

—No es solo él, es todo —insistió Elandir—. Un elfo oscuro en la ciudad, la boda, el torneo... Están ocurriendo demasiadas cosas, y demasiado deprisa. Tengo el presentimiento de que algo va a pasar. Algo va a ir horriblemente mal.

Su amigo le miró unos segundos, preocupado.

—Lo que yo decía, como una cuba —espetó al fin mientras le palmeaba el hombro—. Acuéstate y descansa, mañana brindaremos sobre el cadáver de ese bromista.

Tras despedirse, Elandir cerró la puerta y devolvió la penumbra a su morada. La conversación le había turbado más de lo que pensaba, disipando el efecto narcótico del alcohol en su cuerpo y desvelándole. Se tumbó de nuevo en la cama mientras su mente recorría una línea de razonamiento propia. *Elfos negros, dragones oscuros, malos presagios* —pensó. Y así, mientras el amanecer restauraba los colores de la ciudad, Elandir se durmió.



07. Peones

Como cada mañana, cuando él despertó el dolor llevaba largo rato en pie. Se incorporó, con cuidado de no molestar a sus compañeros de descanso, y se frotó las rodillas. Con la circulación restablecida, cogió su frasco de ungüento y salió del carromato.

En el exterior, el frescor del rocío le tonificó. La claridad había tomado el cielo y esperaba, mansa. Baltar se desperezó, inspiró con fuerza y se internó en el bosque, abandonando los carromatos y caballos que, dispuestos en círculo, conformaban su campamento. El dolor de las rodillas se acentuó al iniciar la marcha, como cada mañana, y Baltar lo ignoró, sabiendo que remitiría al calentarse las articulaciones, como cada mañana. Ese dolor le acompañaba más de diez años ya, y era una dolencia común entre los enanos de gran edad como él, consecuencia de su estilo de vida.

Desde muy pequeños, los enanos ayudaban a su comunidad en aquello que ésta les requiriera, lo que en el caso de los niños significaba trabajar en las minas. Por su reducido tamaño resultaban idóneos para internarse en estrechas galerías naturales, y extraer muestras que guiaran a los adultos a vetas merecedoras de explotación. Baltar no había sido una excepción, y a los siete años repartía su tiempo entre la escuela, los juegos y la minería, al lado de su padre. Conforme los niños crecían, las tareas que se les encomendaban aumentaban su dureza, por lo que sus cuerpos atravesaban la fase de desarrollo sometidos a un gran esfuerzo físico. Eso explicaba que la constitución enana fuera una de las más fuertes de Vitalis.

El camino que había tomado esa mañana era ligeramente ascendente, lo que exigió un esfuerzo extra a sus marchitos miembros. Desde su campamento, en la ladera de uno de los montes que rodeaban

Hyrdaya, Baltar podía ver toda la ciudad y gran parte del palacio que la coronaba. Era una vista imponente, para tratarse de construcciones humanas, claro.

En las profundidades de las Fauces, en la ciudad subterránea de Agarta, donde los enanos habían establecido su hogar, existían edificaciones, galerías y salones que empequeñecían cualquier otra construcción del continente. No en vano, los enanos habían hecho de su habilidad artesana su mayor virtud. De ahí que cuando uno de los suyos alcanzaba la edad adulta se le asignaba un maestro en la especialidad de su elección, y a sus órdenes aprendía todo lo necesario para su práctica. Estas enseñanzas solo se transmitían de boca enana a oreja enana, ya que era la única moneda de cambio que podían usar en sus tratos con el resto de razas, y de perderla su supervivencia peligraría. Ese era el motivo por el que compartir esa información con algún no-enano estuviera tajantemente prohibido. Cuando llegó su turno de elegir, Baltar se decantó por la herrería y la orfebrería.

Paró un momento a descansar. Se apoyó en el bastón para masajearse la rodilla derecha. Su destino estaba casi a la vista y no quería demorarse.

Con la madurez alcanzada y el oficio elegido, ya solo le restaba una tarea importante: casarse. Aunque las hembras de su especie seguían un proceso de maduración parecido al de los machos, al alcanzar ese punto divergían: una vez unidos en matrimonio, la comunidad esperaba que pronto tuvieran hijos que perpetuaran la especie, y que fuera la madre la encargada de su crianza. Baltar apenas dudó en su elección. Desde muy pequeño había pasado la mayor parte de su tiempo libre junto a la vecina de la cueva que compartía con sus padres, abuelos y cuatro hermanos. La cría protestona y regordeta que le quitaba los juguetes, le lanzaba puñados de barro para divertirse y le hacía llorar demasiado a menudo como para sentirse cómodo

reconociéndolo. Supo que sería su esposa desde el momento en que se conocieron.

Cuando llegó a su destino, limpió una roca y se sentó sobre ella. Se subió las perneras de los pantalones y aplicó el ungüento a sus rodillas, frotando enérgicamente cada pasada. Delante de él se extendía un barranco. Esperó.

Aquellos fueron, como era previsible, los años más felices de su vida. Pasó cinco años construyendo, excavando y puliendo su casa hasta que por fin pudieron instalarse en ella. Casi inmediatamente, ella quedó embarazada. Durante la crianza de su hija esas cuevas fueron, como para la mayoría de enanos, todo su mundo, y nunca deseó que fuera de otra forma. Su familia estaba allí, su raza estaba allí, su casa, su esposa, su hija... ¿Qué había allá fuera para él?

Cerró el bote de ungüento y se arrebujó en la chaqueta. Ese maldito exterior le minaba la constitución con sus imprevisibles cambios de tiempo. En las cuevas contabas con la seguridad de que, sin importar la estación del año en la que te encontraras, la temperatura se mantendría estable, sin molestos fenómenos climatológicos que perturbaran tu rutina. Allí fuera, sin embargo, nunca sabías si ese día tocaría trabajar, luchar contra una tormenta o quedarse atascado en alguna de aquellas irritantes nevadas. Habría quien disfrutara adaptando su actividad diaria a semejante caos, pero él, habiendo traspasado de sobra la esperanza de vida de su raza, no tenía fuerzas ni interés en adaptarse.

Empezaba a dormirse de nuevo cuando por fin comenzó. Los primeros rayos hendieron el cielo como lanzas iridiscentes y abandonaron de inmediato su perpendicularidad, trazando una curva descendente al tiempo que su creador emergía en el horizonte. Las sombras nacieron y alcanzaron su máxima extensión con inusitada

rapidez. La claridad del cielo prendió, deshaciéndose en infinitos tonos violáceos y anaranjados. Las nubes interrumpieron su marcha y quedaron colgadas en el cielo, inmóviles; toda la creación parecía contener el aliento para observar hechizada el espectáculo. Como cada mañana, Baltar se unió a ella; como cada mañana, una placentera serenidad le invadió mientras lo hacía.

Que las ventajas de vivir en la cueva fueran obvias para cualquiera con un mínimo de raciocinio, no era impedimento para apreciar las que la vida en la superficie ofrecía, entre ellas el poder disfrutar de fenómenos tan majestuosos como aquel. En su hogar disponían de mecanismos para llevar la luz natural a las profundidades de la montaña, como galerías pulidas o juegos de espejos, que les permitían guiarse por ciclos diurnos como las razas de la superficie. Pero la luz que les llegaba era una luz vieja y gastada, nada que ver con los imponentes rayos que en ese momento inflamaban el mismo aire a su paso.

Con el ungüento absorbido por su piel, Baltar regresó al campamento, donde reinaba una perezosa quietud. Sacó pedernal de su bolsa y lo acercó a unas agujas de pino resacas embutidas bajo unas ramas. Rascó la hoja de su hacha contra la piedra y una lluvia de chispas cayó sobre la yesca. Baltar la sopló hasta que de su interior se filtró un espeso humo blanco. Cuando se estabilizaron las llamas colocó sobre ellas huevos, cecina y carne en una sartén ajada por los bordes; la misma sartén que había servido, desde que él la forjara, para preparar el desayuno en su casa durante años.

Con aquella sartén había alimentado a su hija desde que empezara a consumir alimentos sólidos hasta que, tras un período de tiempo que Baltar recordaba no más largo que un suspiro, contrajera matrimonio. La idea no lo volvió loco de contento, pero no era prerrogativa de un padre interferir en los asuntos de una enana adulta. Inevitablemente, su hija iba a abandonar el hogar familiar, tal y como

había hecho él tantos años antes, y era poco probable que cualquier otro pretendiente hubiera obtenido mejor recibimiento que el que dispensó Baltar a su futuro yerno. Pero esa elección resultó ser el principio del fin de su idílica vida.

Ragnar, el marido de su hija, había elegido como oficio seguir cavando en las minas, pues aquel era uno de los trabajos mejor remunerados en la comunidad. Le llevó poco tiempo descubrir el motivo, ya que un derrumbe le quebró la pierna de forma horrible, dejándole incapacitado para realizar su trabajo. Aunque en estos casos la comunidad proveía una pensión, pronto se desveló escasa para cubrir las necesidades de dos personas, mucho menos las de tres.

—Mmm, ¡cecina! —dijo una voz infantil tras Baltar—. ¡Desayuno!
—Una jovencísima enana había salido del carromato y se dirigía hacia la sartén, con la coleta rojiza rebotando con jovialidad al compás de su trotecillo.

—¿Es esa forma de dar los buenos días? —le regañó él.

La niña le miró confundida. Al instante recuperó la sonrisa, corrió hacia él y le besó la mejilla.

—Perdona, abuelo. Buenos días.

Tras el saludo permaneció de pie frente a él, observándole suplicante. Baltar se cruzó de brazos y la miró con expresión severa. El duelo de voluntades fue breve.

—¡Tengo hambre! —dijo ella—. ¿Puedo comer, abuelo? ¿Por favor?

Baltar relajó su rostro y asintió.

—De acuerdo, voy a servirte tu plato. Mientras, lávate las manos y siéntate en tu sitio. ¡Dem! ¿Qué te acabo de decir? Deja ese saltamontes, lávate las manos y siéntate, vamos.

El nacimiento de la pequeña Dem era el último recuerdo genuinamente alegre que conservaba. Era costumbre entre los enanos que, en caso de que no pudieras proveer a tu familia, no incrementarás su número. Al fin y al cabo, era lo más lógico. Por desgracia, el embarazo de su hija se produjo antes del accidente de Ragnar, lo que dejaba el hogar en una difícil situación. Baltar se ofreció a acoger a los tres bajo su techo, pero su orgulloso yerno se negaba una y otra vez, tomándolo como una ofensa personal. Intentó volver a trabajar en las minas, pero con una pierna inutilizada era más un estorbo que una ayuda, y su avanzada edad le impedía aprender un nuevo oficio. La hija de Baltar pasaba temporadas cada vez más largas en el hogar de sus progenitores, donde desahogaba las penas con su madre.

La situación fue deteriorándose hasta alcanzar una trágica conclusión cuando la patrulla ciudadana llegó a la cueva de Baltar, buscando a su yerno. Al conocer el motivo sintió cómo la vergüenza le golpeaba de un modo casi físico: guiado por la desesperación, Ragnar había vendido a habitantes del mundo exterior secretos de los oficios enanos a cambio de oro y comida. Fue sorprendido en uno de esos intercambios y llevaba en fuga desde entonces.

Con las principales entradas de Agarta vigiladas y el fugitivo lisiado, fue solo cuestión de tiempo que le atraparan. El juicio fue rápido y la sentencia firme: desterrado de por vida. La hija de Baltar, destrozada, decidió mantenerse junto a su marido, abandonando hogar y familia por él. Y a su hija.

La apacible vida de Baltar dio un vuelco a partir de entonces. Su hogar pasó a ser una simple cueva, fría y gris. Su esposa, aunque

contenta de tener de nuevo un bebé que criar, extrañaba enormemente a su hija, y al mismo tiempo se culpaba de no haber sido capaz de darle más hijos a su marido. A pesar de las innumerables horas que Baltar pasó convenciéndola de que nada de lo que había pasado era culpa suya, su pena no atendió a razones y la consumió, provocando su muerte.

Por primera vez en toda su vida, aun viviendo en unas galerías repletas de miembros de su raza, Baltar se sintió completamente solo. Su trabajo perdió sentido sin una familia que sustentar, y los crímenes cometidos por su yerno habían dejado la reputación familiar demasiado en entredicho, como para poder confiar en que la comunidad se hiciera cargo de su nieta. Finalmente, se vio forzado a tomar la decisión más dura de su vida: empaquetar sus pertenencias y partir hacia la superficie con Dem, donde quizás pudiera encontrar a sus padres o, por lo menos, un futuro para ella.

Baltar reposaba su vista en lontananza cuando el chisporrotear de la panceta cociéndose en sus propios jugos le indicó que el desayuno estaba preparado. Retiró la sartén del fuego y sirvió los platos mientras Dem observaba el proceso sentada en un tocón, con las manos bajo los muslos y el cuello estirado hacia la comida. Su abuelo le alcanzó un plato.

—Espera un poco antes de empezar, todavía está caliente, ¿de acuerdo?

En cuanto Dem tuvo el plato a su alcance lo agarró con ambas manos, se lo acomodó en el regazo y se llevó un trozo de carne a la boca. Enseguida lo escupió de vuelta.

—¡Quema! —protestó.

—Claro que quema, te acabo de decir que está caliente —le riñó su abuelo—. Sóplale un poco para que se enfríe.

La niña se entregó con ahínco a la tarea encomendada, comprobando periódicamente la temperatura de la carne con la punta de los dedos. Baltar sirvió otro plato y lo dejó aparte.

—¿Aún no se levantado ese haragán?

—¿Qué es un haragán? —preguntó una inquisitiva Dem.

Ignoró a su nieta y se dirigió hacia el carromato. En su interior, un bulto de mantas roncaba despreocupadamente. Desde el exterior, Baltar cogió un cubo de agua y se lo lanzó.

—¡Joder! —protestó el bulto—. ¿Te has vuelto loco, viejo?

—Otra palabrota enfrente de la niña y te comes el cubo —respondió muy serio Baltar—. Levántate de una vez, la ciudad está a punto de abrir sus puertas y tenemos que preparar los carros.

—Podrías haberlo pedido, nada más —rezongó un joven humano saliendo de entre las sábanas.

—Menos protestas y arriba, siempre eres el último en levantarse —zanjó Baltar antes de regresar a su desayuno.

La incorporación de Brad no fue algo planeado. Sus caminos se cruzaron cuando Baltar comenzaba a consolidar su negocio de compra y venta de artesanía. Sus habilidades enanas le permitían discernir qué piezas eran realmente valiosas, consiguiendo de ese modo auténticas gangas en mercadillos de pueblos, que luego revendía a precios muy superiores en las capitales. Fue en uno de esos mercadillos donde observó un movimiento en las telas de la parte posterior de su carro. Al acercarse a investigar, un joven humano saltó sobre él, intentando sobrepasarle y escapar con un joyero bajo el brazo. Baltar reaccionó

rápidamente y agarró al muchacho de la camisa, limitándose entonces a dejar que su cuerpo ejerciera de ancla y frenara en seco la huida del ladrón, derribándolo de paso. Una vez en el suelo, Baltar se sentó sobre su pecho y lo inmovilizó.

—Debería cerrar el carro con más cuidado, veo que las alimañas son enormes por aquí —dijo a su presa.

—Vete a la mierda y suéltame —recibió como respuesta—. No sé de qué hablas, no he robado nada.

—¿En serio? Quizás deberíamos acercarnos a algún soldado de los que patrulla el mercado y preguntarle su opinión y, de paso, si te conoce. —La expresión de su prisionero se suavizó de inmediato—. No es una idea que te entusiasme, ¿verdad?

—Haz lo que quieras, no me importa —replicó el muchacho, desafiante. Baltar lo estudió: le calculaba no más de trece años, y la desesperación en su mirada le recordó a la que todos los días le devolvía su reflejo en el espejo. Acostumbrado por las circunstancias a tomar decisiones difíciles, decidió arriesgarse.

—Tengo algo que proponerte: eres alto y fuerte, cosa que me hace falta para llevar mi negocio, cargar y descargar mercancía, y conducir un segundo carro. Si estás interesado te puedo dar comida y alojamiento, así como una paga diaria. Si no estás interesado te puedes largar ahora mismo.

Su prisionero le miró con resquemor.

—¿Qué paga?

—Para empezar, tu paga de hoy será no denunciarte a la guardia. —Baltar se levantó y le tendió la mano—. ¿Trato hecho?

El muchacho siguió observándole, escéptico. Al final agarró la mano que le ofrecían y se levantó, dejando a Baltar observando su entrepierna.

—De acuerdo.

Baltar incrementó la presión de su mano y tiró hacia abajo de su nuevo socio hasta obligarle a poner la cara a la altura de la suya.

—Si por un momento crees que mi edad o mi estatura me convierten en una presa fácil para algún tipo de robo o ataque, antes de que hagas nada quiero que pienses en dos cosas: en que tengo un hacha, y en qué parte de tu cuerpo me queda más a mano para asestarle el primer golpe.

De esa manera, Brad se convirtió en el tercer miembro de su grupo. Durante los primeros días, Baltar mantuvo sobre él una vigilancia constante que fue relajando con el transcurrir de las semanas. Su nuevo socio, aunque dotado con la actitud chulesca y condescendiente propia de los adolescentes de su raza, se adaptó muy satisfactoriamente a su nuevo trabajo, y además demostró tener mano para los niños, haciendo buenas migas con Dem.

Baltar rebañaba su plato cuando un despeinado Brad se les unió.

—¡Buenos días, Brad! —le recibió entusiasta Dem—. ¿Has dormido bien, verdad?

—He dormido muy bien, muchas gracias —sonrió Brad—. ¿Por qué lo preguntas?

—Tienes pelo de almohada —rió la niña.

—¿Ah, sí? Me parece que no voy a ser el único, pequeñaja — contestó Brad, revolviéndole el cabello mientras ella intentaba escapar de su abrazo entre risas.

—Dejaos de juegos y terminad el desayuno, partiremos en breve —atajó Baltar.

—Sí, señor —contestaron los jóvenes al unísono.

Mientras ellos terminaban su comida Baltar aireó las mantas y aseguró el contenido de los carros. Durante el tiempo que había estado vagando por las tierras exteriores había ahorrado una cantidad considerable de dinero, confiando en poder asentarse un día y darle por fin a Dem un hogar donde crecer y educarse. En su periplo por los pueblos humanos había descubierto que, salvo escasas excepciones, su raza no despertaba suspicacias ni rechazo. De hecho, su habilidad como herrero era bastante apreciada, y el ofrecerse a reparar gratuitamente todo tipo de objetos, le había granjeado una buena fama en los pueblos cercanos a Hyrdaya. Por desgracia, no la suficiente para conseguir crédito de ningún banco o casa de empeño.

—Abuelo, vienen caballos.

Baltar abandonó sus tareas y salió del carro. Siempre pernoctaban en el interior de los bosques para evitar los caminos transitados y los salteadores, protegiendo así su carga hasta que pudiera contratar algún tipo de escolta. Él había sido instruido en el combate en su juventud, como todo enano, pero eso había sido hace mucho; y Brad, a pesar de sus bravuconerías, aún era un crío.

—Quédate aquí, cariño, tu abuelo va a ver qué quieren esos señores.

Con su hacha en el interior del carro, Baltar deslizó el cuchillo de la carne en uno de sus bolsillos y se dirigió hacia la hoguera donde Brad, totalmente erguido, intentaba ocultar su temor tras una fachada de fiereza.

—Tienen mala pinta, viejo —le susurró.

—No hagas nada y déjame hablar a mí. Si hay problemas, coge a Dem, montad a caballo y huid tan rápido como podáis, ¿entendido?

—Buenos días, caballeros. —El jinete que iba en cabeza era un hombre enorme, calvo y de fino bigote—. Sentimos el pasmo pero nada debéis temer, somos hombres del rey al acecho de dos fugitivos. ¿Por ventura divisasteis a alguien durante la noche? ¿Hombre o mujer?

El resto de jinetes se agruparon detrás de su líder. Uno de ellos, cuya nariz aguileña sobresalía de la cortina de pelo que cubría su cara, se puso a su lado.

—Lo sentimos, noble señor, pero no vimos nada durante la noche —contestó Baltar—. Somos mercaderes ambulantes, aquella es mi nieta y éste mi ayudante. No conocemos a nadie de la zona.

—Lamento oírlo —sonrió el hombretón—. Sin recelar su palabra, sería de gran ayuda que permitieran a alguno de mis hombres registrar sus vehículos. ¿Algún problema?

Baltar observó a los hombres: excepto los dos que iban por delante, todos lucían el uniforme del ejército de Hyrdaya, armadura y espada incluidas.

—Por supuesto, ningún problema —contestó.

—Agradecido. —Su interlocutor se giró y señaló a cuatro hombres para que desmontaran. Uno se quedó junto a ellos y los otros tres comenzaron a registrar los carros. Baltar intentaba mantener la compostura mientras por el rabillo del ojo vigilaba a su nieta.

Tras unos instantes, los hombres regresaron al exterior.

—Nada —gritó uno—. Hierros, joyas, mercancías, pero ningún fugitivo.

—Excelentes noticias, convendrá —sonrió Grillete.

—Aquí hay unas huellas —dijo otro—. Parece que se dirigen hacia la ladera y vuelven —finalizó antes de comenzar a seguirlas.

Grillete se giró hacia Baltar.

—¿Motivo?

—Nada importante —contestó éste—. Padezco una dolencia en mis rodillas; todas las mañanas salgo a pasear para estirarlas y sacudirles la humedad de la noche.

—Nada arriba —dijo el soldado, volviendo de su expedición—. Las huellas llegan hasta un acantilado y vuelven, nada más.

Grillete escuchó mientras mantenía un frío escrutinio sobre Baltar. Éste sostenía su mirada con todo el aplomo que pudo reunir.

—Seguro que sí. —La sonrisa volvió a los labios del cazarrecompensas—. El amargo coste de la longevidad. Caballeros, retomemos nuestro encomiendo.

Los hombres del suelo retornaron a sus monturas, listos para continuar la marcha.

—Un momento —gritó uno de los jinetes. En su uniforme portaba unos galones, y uno de los soldados que habían inspeccionado los carromatos estaba a su lado, manteniendo sobre Baltar una mirada que le inquietó profundamente—. Puede que no haya ningún fugitivo entre ellos, pero eso no significa que queden libres de sospecha. —Se dirigió a Baltar—. ¿Qué hacíais aquí acampados, enano?

—Aguardábamos el alba para entrar en la ciudad y poner a la venta nuestras mercancías —contestó éste.

—Mercancías, ¿eh? —El jinete intercambió una mirada de complicidad con el soldado a sus pies—. ¿Y en qué consisten esas mercancías, si puede saberse?

—Orfebrería, metales... Soy herrero, me gano la vida vendiendo mis productos y servicios.

—¿Y portas la licencia para ejercer como tal?

Baltar tragó saliva. Recorrió las caras que le observaban buscando algún apoyo pero, salvo la angustiada mirada de Brad, solo halló glacial indiferencia.

—Me he expresado mal —replicó—, aunque en mi tierra era herrero no he vuelto a practicar dicho oficio desde que partí. Me sustento vendiendo los productos con los que abandoné mi hogar, tratando de reunir el dinero necesario para regularizar mis papeles.

—No es eso lo que has dicho hace un momento.

—Lejos en mi intención resultar grosero a las partes —interrumpió Grillete—, pero confieso escapa a mi comprensión el propósito perseguido, cabo.

—El propósito es simple —contestó éste—: somos soldados del Rey, y velamos por su justicia. Lo visto hasta ahora me lleva a sospechar que nos hallamos ante unos vulgares contrabandistas.

—Vulgares, concuerdo —replicó Grillete—. Alejados también del objetivo de mi paga.

—Tú céntrate en tus presas, cazarrecompensas, y déjame a mí las mías.

Grillete guardó silencio, estudiando a su interlocutor y a los soldados que le acompañaban. A su lado, Espolón mantenía su puñal desenvainado oculto bajo la capa. Desde el suelo, Baltar observaba impotente la escena.

—Aclarado —dijo al fin el cazarrecompensas—, ningún sentido el discutir. Quedaos los hombres precisos, nosotros proseguimos.

Espolón envainó su arma y siguió a su compañero. Cuando pasaron junto a Baltar, Grillete le dedicó una mirada compasiva antes de perderse entre la maleza. En el claro, el cabo y sus tres secuaces observaban la partida del resto.

—Mi cabo, no entiendo... —dijo el más joven.

—¡Silencio! —atajó su superior. A sus pies, el soldado que había hecho el registro miraba los carromatos con la avaricia esculpida en la cara. Baltar, por su parte, permanecía en su sitio, buscando una salida para aquella situación.

—Bien, ya se han ido —dijo el cabo bajándose de su caballo—. Lem, vigila a esos dos. —Señaló a Baltar y Brad—. Los demás tenemos que hablar.

El más joven de los soldados se situó junto a Baltar, manteniendo una insegura postura marcial. Hasta ellos llegaban retazos de la conversación.

—... en un bolsillo secreto, las he visto. Oro y joyas suficientes para los cuatro.

—¿De qué habláis, vosotros dos? No podemos quedarnos su mercancía, ¿estáis locos?

—Cierra el pico, Shane. Yo soy el que posee rango superior y mi palabra manda.

—Estáis completamente locos, joder. ¿Y qué le vamos a decir a los dueños, «nos llevamos esto, esperamos que no os importe»?

El soldado joven orientaba el cuerpo hacia sus compañeros, tratando de no perder detalle de lo que se hablaba. Baltar aprovechó para ir ganándole sigilosamente la espalda; una vez fuera de su campo de visión, trató de comunicarse con Brad, pero el muchacho estaba

petrificado. Buscó entonces a Dem, y la encontró escondida detrás de uno de los carros, mirándole nerviosa.

—¿Y qué más da lo que piensen un enano y un crío? Somos más, punto. Si quieren, que vayan luego al cuartel a quejarse.

—Shane, deja de joder, el jefe tiene razón. Bastante suerte tienen estos contrabandistas de que no los detengamos, ¿no te parece? Si no te sientes cómodo con esto, siempre puedes echar a correr detrás de tus amigos cazarrecompensas.

—Bueno, yo no he dicho... Quiero decir, no hace falta ponerse así, ¿vale? Solo digo que deberíamos pensarlo bien, solo eso. Acordaos de todos los problemas que tuvimos el año pasado, las investigaciones por aquel dinero desaparecido. Si esto llega a saberse en el cuartel, incluso tratándose de un enano...

Baltar miró a su nieta y vocalizó en silencio, muy lentamente, «mi-ha-cha», una y otra vez. Dem seguía parada, pero poco a poco fue prestando atención a su abuelo, tratando de entender. Baltar se aseguró de que los soldados seguían ocupados discutiendo y levantó ambas manos, sosteniendo y golpeando con un hacha imaginaria mientras repetía su silencioso mensaje.

—Eso es cierto, jefe, aquello fue muy sonado. Nos libramos por los pelos, y desde entonces los jefes no nos quitan el ojo de encima.

—Oh, muy bien, Shane, pues tú dirás qué deberíamos hacer. Adelante, ilumínanos.

—Oye, yo no estoy diciendo nada, ¿vale? Esto no ha sido idea mía, ¿de acuerdo? Lo único que digo es que, puestos a hacerlo, tendríamos que hacerlo bien, eso es todo.

—«Hacerlo bien», por supuesto, bien dicho. Y para los que, a pesar de nuestro rango, somos un poco cortos de entendederas, ¿podrías aclararnos cuál es la manera de «hacerlo bien»?

El sudor manaba de todos los poros de su piel mientras contemplaba a su nieta desaparecer a través de la entrada del carro. Tras lo que se le antojó una eternidad, por fin la vio salir, portando el arma en sus manos y acercándosele en silencio.

—Oye, no os hagáis los listos conmigo, ¿vale? Sabéis de sobra a qué me refiero. Si preferís que nos larguemos con el botín y que por la tarde nos lleven al cuartel a contestar un montón de preguntas, vosotros mismos, pero yo creo que debe ¡Eh! ¡Lem! ¡Abre los ojos, joder!

El joven dio un respingo y se giró en la dirección que señalaba su compañero, justo a tiempo de arrebatarse de las manos de la niña el hacha que tendía a su abuelo.

—Ölün me joda —dijo el cabo, acercándose—, ¿pero es que no puedes hacer nada bien? ¿Tanto trabajo es vigilar a un maldito enano y a unos críos?

—Lo siento, señor —contestó su subordinado.

Baltar atrajo a su nieta hacia él y la abrazó. Invitó a Brad a unírseles, pero el muchacho se había derrumbado por la tensión y lloraba arrodillado en el suelo. Los cuatro hombres se agruparon frente a ellos.

—«Lo siento», una mierda; pon más atención la próxima vez. —El cabo le arrebató el arma y se la enseñó a Baltar—. ¿Qué pretendías hacer con este hacha, enano? No pretenderías atacar a un soldado de su Majestad, ¿verdad?

—Llevaos lo que queráis, no diremos nada. O, por lo menos, deja que los niños se vayan.

—No me gané mis galones obedeciendo lo que me dijera el primer contrabandista que se cruzara en mi camino, abuelo. —El cabo lanzó el hacha a un lado y desenvainó su espada—. Y puedes estar bien seguro de que

La frase quedó en el aire. Baltar, que había cerrado los ojos anticipando el golpe, los volvió a abrir. Su interlocutor miraba con incredulidad un trozo de acero que le surgía del estómago, del cual brotaba a su vez una línea roja desde su posición actual hasta el hombro derecho, marcando el recorrido del metal. Los siete habitantes del claro contemplaban hechizados la hoja cuando ésta siguió el camino contrario al de entrada, del estómago al hombro, provocando al abandonar el cuerpo que éste se abriera como un tronco alcanzado por un rayo, y salpicara de sangre a los silentes espectadores.

La montaña de vísceras expuestas que hasta hacía unos segundos había sido un ser humano se derrumbó, descubriendo a Baltar el autor de la fatal estocada: una elfa oscura portadora de dos espadas.

Aprovechando el desconcierto reinante, la elfa cargó contra otro de los guardias pero éste reaccionó con rapidez, apartándose del camino del arma. A su lado, su compañero desenvainó y atacó a la intrusa, haciéndola retroceder. Los dos iniciaron un asedio conjunto contra la guardia que la elfa mantenía con sus espadas. Mientras la lucha se alejaba de ellos, Baltar depositó a su nieta en el suelo.

—Cierra los ojos, cariño, y pase lo que pase, no los abras —le susurró.

Apretó los puños para reactivar su circulación mientras observaba la escena. Al fondo, su desconocida salvadora contenía a duras penas a sus atacantes. A su lado, el más joven observaba a sus compañeros hasta que decidió desenvainar para ir a ayudarles. Baltar corrió hacia él y se lanzó contra su pierna. El impacto de su cuerpo contra el lateral de la

rodilla provocó que ésta se doblara en un ángulo antinatural, con un horrible chasquido húmedo. El joven cayó aullando de dolor mientras Baltar cogía la espada que el soldado ya no iba a necesitar, y se aprestaba a sumarse al combate que se desarrollaba frente a él.

Sin frenar su avance, lanzó una estocada contra el muslo del oponente más a mano; por desgracia, era la primera vez que utilizaba una espada, y el arma rebotó contra las grebas, sin causar daño alguno pero sí llamando la atención de su oponente, que sustituyó a la elfa por una presa en principio más asequible.

Ante su incapacidad de empuñar la espada correctamente para atacar, Baltar decidió limitar su uso a desviar los golpes que su contrincante le lanzaba desde arriba. Paradójicamente, fue su corta estatura lo que le mantuvo con vida tanto tiempo, ya que los soldados estaban entrenados para maximizar el daño de sus espadazos dirigiéndolos al torso de un enemigo humano, por lo que los primeros mandobles que le lanzó su adversario consumían su energía unos dos palmos sobre su cabeza, llegándole a él casi sin fuerzas. Su atacante pasó entonces a empuñar el arma con ambas manos, para aumentar así la potencia de sus ataques descendentes. Baltar los repelía al tiempo que trataba de desviar la hoja hacia un lado y abrir así la guardia para encajarle una respuesta en el bajo vientre, pero no fue necesario. Tras una de las furiosas acometidas de su adversario, éste quedó paralizado, puso los ojos en blanco y cayó hacia delante. De nuevo, un cuerpo al desplomarse permitió a Baltar contemplar a su asesina, que mantenía la espada en el aire en la posición alcanzada durante la fatal estocada. Tras ella yacía el cadáver del soldado restante: la parte superior de su cráneo había desaparecido, y de su interior una masa sanguinolenta se deslizaba lentamente hacia la hierba.

Baltar soltó el arma y corrió hacia su nieta.

—¡Dem! Dem, cariño, ya está, ya pasó todo —le dijo abrazándola—. ¡Brad! Maldita sea, muchacho, ven aquí y cuida de ella.

Brad recuperó la movilidad de su cuerpo y se acercó a la niña, sin dejar de mirar los cadáveres. Baltar recogió su hacha y se les unió. Enfrente, la elfa se había acercado al soldado más joven para poner fin a sus sufrimientos con un rápido movimiento de espada.

—Vosotros dos, ensillad un caballo y largaos de aquí ahora mismo —dijo Baltar manteniendo su vigilancia sobre la elfa.

—Y una mierda, anciano —contestó Brad levantando una espada con ánimos renovados—. Somos dos contra una.

—Seremos uno y medio contra una si no vigilas esa lengua —le regañó el enano, izando a su vez el hacha.

Concluida su sangrienta tarea, la elfa limpió sus espadas en la capa de uno de los caídos y las enfundó, dirigiéndose hacia ellos con las manos abiertas.

—Podéis bajar las armas, no pretendo haceros daño —dijo conciliadora—. Me llamo Ámbar.

Los tres compañeros permanecieron apretados entre sí, inmóviles. Dem miraba a la elfa oscura con asombro.

—Ámbar —repitió una vez alcanzó al grupo—. Es mi nombre. Tranquilos, si hubiera querido mataros he tenido sobradas oportunidades de hacerlo mientras dormíais.

—Baltar —contestó él al fin—. Este es Brad, y ella Dem.

—Hola —dijo Dem—. Tienes un pelo muy bonito.

La elfa sonrió.

—Muchas gracias, Dem. Toma. —Se agachó y acercó su cara a la niña—. ¿Quieres tocarlo?

Dem alargó su mano y acarició el pelo largo y brillante de la extraña. Sobre ellas, Baltar y Brad mantuvieron sus armas alzadas hasta que finalmente se miraron y, sintiéndose un poco incómodos, optaron por bajarlas.

—Ámbar —dijo Baltar —, te agradezco tu ayuda de todo corazón. Nos has salvado la vida, a mí y a toda la familia que me queda en este mundo. Gracias.

—Podríamos habernos arreglado sin ella —renegó Brad.

Ámbar se incorporó, sonriente.

—Sí, he visto que tenías la situación bajo control.

—Has dicho —cortó Baltar —, que podrías habernos matado mientras dormíamos. ¿Nos has estado siguiendo?

La elfa asintió.

—Algo así, me temo. Necesito vuestros servicios.

—Bueno, será un placer ayudarte a reparar o forjar cualquier pieza que necesites. Sin cargo alguno, por supuesto.

—No. —Ella le miró muy seria—. Necesito otro tipo de servicios.

Baltar le devolvió una mirada perpleja.

—Creo que no comprendo... —Calló al oír un ruido de cascos aproximándose—. ¡Están volviendo, han debido oír los gritos! ¡Brad! Maldito mocoso, ensilla de una vez los caballos, nos vamos.

—No podréis huir a tiempo, no con los carros —dijo Ámbar—; están casi encima nuestra.

—Tendremos que dejarlos aquí. —Baltar se metió en uno de ellos, cogió una bolsa y lo abandonó a la carrera—. ¿A qué estás esperando? Ensilla los caballos, ¡vamos!

—Es inútil —dijo Ámbar—. Coged mis manos, rápido.

—¿Qué estás diciendo? —contestó Baltar a medio camino de ninguna parte.

—No hay tiempo de discutir, están a punto de llegar. Cogeos a mí, ahora. —Ámbar agarró a Baltar con su mano derecha y a Brad con la izquierda—. ¡La niña! —gritó.

—¡Dem! —Podían verse ya a los soldados por entre las ramas del linde—. ¡Dem, cariño, ven con el abuelo! Rápido, coge mi mano.

En cuanto sus manos se tocaron el mundo desapareció en un borrón azul. Cuando los soldados entraron en el claro encontraron los cadáveres de sus compañeros, los caballos y los carros, pero ni rastro de sus propietarios.

08.
Instinto

Oscuridad. Sus ojos están abiertos pero no alcanza a ver nada. Allá donde la dirija, su mirada se pierde en las tinieblas.

Está tumbada entre oscuridad y vacío. Intenta moverse pero su cuerpo no le obedece. Sus brazos yacen, inertes, a lo largo del tronco. Intenta tranquilizarse pero su cuerpo se rebela. Sus pulmones se lanzan en una desenfrenada carrera contra su corazón.

Tranquila. Necesitas más aire. Inspira, aspira. Vamos.

El sudor perla su frente. La voz se le atasca en la garganta. Intenta liberarla en un grito desgarrador pero ella se niega a salir, tozuda.

Respira. Con calma.

Toma el control de la única parte del cuerpo que le responde y gira la cabeza. Y le ve. Sentado en las sombras, a su lado. Ella le ve y él la mira a ella. ¿Por qué la mira? «¿Quién eres?», pregunta su mente.

Respira.

Siente que la mira, pero no ve cómo la mira. Todo está oscuro, en torno a ella, a él, a todo lo que les rodea. Una figura indefinida, un ser, amigo, enemigo; no sabe qué o quién, pero sabe que la está mirando. Y que con su cuerpo inmovilizado no puede hacer nada por evitarlo. Y es entonces cuando se da cuenta de que está desnuda.

Respira, otra vez.

Un movimiento en las sombras la sobresalta. ¿Alguien más? «Ayuda», grita su mente mientras su voz mantiene la negativa a abandonar el refugio de su cuerpo. Pero no, no lo es. No es ayuda. Es su

mano. Él está moviendo su mano. Hacia ella. Hacia su cara. Acercándola.

Respira.

Su cara.

Respira.

Oh, Diosa. Su cara.

Respira.

Ilahé misericordiosa, ¿dónde está su cara?

Respira, respira, respira, respira, respira, respira, respira, respira, respiraespira...

—¡No!

El grito retumbó en el interior de la caverna. Ilargia miró desorientada a su alrededor. Instintivamente, se dobló sobre sí misma y retrocedió arrastrándose, buscando el refugio de su lecho y encontrando aguda roca en su lugar. Un nuevo grito escapó de sus labios al sentir los filos y se levantó de un salto. Poco a poco, su mente fue alcanzando la consciencia hasta al fin despertar del todo y reconocer la cueva donde habían buscado refugio la noche anterior. Más tranquila, se arrodilló y rezó a su diosa en agradecimiento.

Ilargia odiaba esa pesadilla. Comenzó a tenerla al poco de entrar en prisión, y le había atormentado desde entonces. Las primeras veces apenas distinguía una mancha entre tinieblas, pero con el paso del tiempo la figura se fue haciendo más definida y comenzó a moverse hacia ella. Cuando despertaba, Ilargia trataba de reconstruirla y darle

identidad, pero con los retazos de información que poseía, era como intentar pintar un amanecer utilizando únicamente negro y verde.

Amanecer. En la entrada de la caverna, la roca que Madt había usado para bloquearla y poder así descansar con cierta seguridad permanecía en su sitio, pero no la cubría por completo, dejando la parte de arriba descubierta y permitiendo penetrar la luz del sol. Ilargia aprovechó para inspeccionar su refugio, pero no había mucho que ver; la cueva era poco profunda y parecía vacía.

Se levantó para estirarse, perezosa. Pesadillas aparte, se sentía bastante descansada. Y hambrienta. Muy hambrienta. Fue a despertar a su compañero para comentárselo cuando al fin se percató: estaba sola en la caverna.

Extrañada, se acercó a la entrada a ojear el otro lado, pero no encontró a nadie.

—Oiga, señor —llamó sin mucha convicción. No hubo respuesta.

Trató de empujar la roca para salir, pero era demasiado pesada para ella. Tras algunas intentonas desistió y empezó a preocuparse. ¿Dónde había ido? ¿Por qué no le avisó de su partida? Ilargia había actuado hasta ese momento acuciada por las circunstancias, sin una oportunidad de decidir su próximo movimiento o de preguntarse por las intenciones del extraño que la liberó, pero ahora su mente recuperaba el tiempo perdido.

¿Le habría traicionado? Ridículo, él era tan fugitivo como ella. ¿Entonces? ¿Quizás la había abandonado para continuar su huida más rápidamente? Sonaba más plausible, aunque, de ser así, ¿para qué encerrarla? No, aquello tampoco tenía sentido.

A no ser que no la hubiera abandonado, sino que la hubiera vendido. A sus perseguidores o a otras personas. Atrapada como estaba, solo tenían que venir, mover la roca y hacerse con el botín.

No —pensó con inquietud—, no es probable que él...

¿Que él qué? Ilargia lo había conocido la noche anterior. Y en una celda, nada menos. Claro que ella también se encontraba en una, y no se consideraba una delincuente.

Cuantas más vueltas le daba más nerviosa se ponía. Decidió explorar su refugio en busca de una forma de abandonarlo. La hubiera vendido, traicionado o salido por alimento, otra salida le sería útil, y de paso mantendría su mente ocupada.

La entrada de la cueva la conformaba un suelo de roca despojado de cualquier otro elemento. Al fondo había un estanque de agua, y el techo que lo cubría ascendía formando una cámara por la que se filtraba algo de luz.

Apoyando los pies en las paredes que rodeaban el estanque, Ilargia buscó asideros para avanzar hacia la parte posterior y poder inspeccionar la cámara, inaccesible a la vista desde allí. Fue combinando estalactitas para las manos con resquicios en las paredes donde meter los pies para avanzar. Adelantando el cuerpo e irguiendo la cabeza en una posición algo forzada, alcanzó a ver una fuerte claridad un poco más adelante. Ilargia se inclinó hacia ella, soltó su mano más retrasada y la movió rápidamente al frente, buscando algo que la sostuviera. Su mano encontró agarre, y ese agarre la mordió.

Sorprendida por el repentino dolor, Ilargia se soltó, su cuerpo cedió a la gravedad y, con un estilo no muy elegante, se zambulló. El abrazo del agua helada le hizo buscar instintivamente el fondo con los pies y la

superficie con los brazos. No era un estanque profundo, por lo que alcanzó ambos con facilidad.

Fuera del agua inspeccionó su mano: el mordisco se había producido entre el índice y el pulgar y no parecía muy profundo. Ilargia miró hacia arriba buscando a su agresor cuando la cueva se iluminó de repente. Girándose, se encontró con Madt observándola.

—Una pesadilla. Me levanté y... —Señaló sobre el estanque, jadeando por la impresión de la zambullida—. Estaba buscando una salida cuando... —Puso los brazos en cruz, mostrando su vestido empapado como explicación—. Puede decirse que he cumplido con mi aseo matutino —concluyó, sonriendo.

Madt le devolvió la sonrisa, bajando la vista con cierto pudor.

—Me alegra oírlo, una cosa menos por hacer. —Se acercó a ella con los ojos aún bajados y le tendió un amasijo de telas—. Tomad, salí a buscar algo de comida y ropas nuevas. Será mejor que os sequéis y os las pongáis.

Ilargia tomó las ropas y se dirigió al fondo de la caverna. Se sumergió de nuevo en el estanque y frotó su cuerpo con fuerza. Sintió que en cada pasada el agua se llevaba, junto a la suciedad, el sufrimiento y la desdicha de su cautiverio. Cuando salió se sentía limpia tanto por fuera como por dentro. Escurrió su larga cabellera castaña, la recogió en una cola y comenzó a secarse.

—Espero que os guste el pescado ahumado, princesa —dijo Madt—, es lo único que he podido encontrar.

—Por supuesto, muchas gracias —contestó ella mientras se vestía—. Son unas ropas muy bonitas, ¿de quién son?

—Me temo que cuanto menos sepáis, mejor.

Ilargia se detuvo a mitad de enfundarse el vestido y lo inspeccionó con detenimiento. Era una prenda sencilla de algodón sin adornos o filigranas, apenas un pequeño volante en la cintura. Su color blanco se fusionaba en los bordes con la piel de Ilargia, lechosa tras tanto tiempo alejada del sol; la humilde vestimenta de una humilde propietaria.

—¿Insinuáis que...? —dijo asomándose por encima de la roca para poder ver a su interlocutor. Éste se encontraba cambiándose a su vez, e Ilargia observó con sorpresa que la erupción que cubría su piel la noche anterior había desaparecido, descubriendo un dibujo en su hombro derecho.

—¿... lo robé? —completó Madt—. Sí, eso me temo. Os prometo que cuando contactemos con mis amigos será restituido a sus legítimos dueños. Mientras tanto, es mejor que pasearnos a plena luz del día con el uniforme de la prisión, ¿no os parece?

Ilargia no contestó. Terminó de cambiarse, se sirvió algo del pescado y se sentó a comerlo en silencio. Madt la imitó y ambos desayunaron inmersos en sus propios pensamientos.

Terminado el desayuno, Madt envolvió una piedra con los viejos ropajes y la hundió en el fondo del estanque. Se dirigió a la entrada y apartó de nuevo la roca con evidente esfuerzo.

—Se acabó el descanso, preciosa, hora de continuar moviéndonos.

—Ilargia —contestó ella, molesta—. Y no estoy segura de que sea buena idea salir al descubierto. ¿No teníamos a media ciudad tras nuestros pasos?

Sus ojos le sonrieron.

—Por supuesto, y eso es lo más gracioso: en estas situaciones, lo habitual es que la fuga se transforme en una frenética persecución de los cazadores tras los fugitivos. Y siendo los primeros por norma general más numerosos y veloces que los segundos, suelen finalizar a las pocas horas.

—Me dais la razón, pues.

—No del todo, porque en este caso nosotros nos retiramos de la carrera, pasando la noche a un lado de la pista mientras ellos continúan su marcha. Así, mientras nuestros perseguidores corren tras una presa inalcanzable, nosotros nos movemos entre ellos y la ciudad, hasta llegar a nuestro punto de reunión.

—Con vuestros amigos —dijo Ilargia—. Señor, no quiero que me malinterpretéis, agradezco todo lo que habéis hecho por mí, pero esta situación me supera. No os conozco, ni a vuestros amigos, y no sé cuáles son vuestras intenciones.

—Necesitabais ayuda y os la facilité —respondió Madt con una sonrisa—. No obstante, comprendo vuestras reservas, por lo que os propongo un trato: seguiremos juntos hasta que nos reunamos con mis amigos, y una vez nos pongan a salvo vos decidiréis.

—De acuerdo —contestó ella.

—De acuerdo —repitió Madt—. Y ahora, abandonemos este agujero y dejemos que los rayos de sol nos revitalicen.

En el exterior, Ilargia se vio abrumada por la cegadora claridad del sol. Sus ojos llevaban años sin enfrentarse a algo parecido, por lo que durante todo el trecho inicial tuvo que mantenerlos entrecerrados.

Años....

—Señor, ¿recordáis la conversación que tuvimos...?

—Sssschtss —la acalló su compañero—. Estamos demasiado al descubierto aún, mantengámonos en silencio por ahora.

Ilargia calló, contrariada, y se limitó a caminar a su lado sin dejar de observar los alrededores. Avanzaban al resguardo de una maleza que les rodeaba y limitaba su visión, por lo que debían estar muy atentos ya que podían acercarse a una patrulla y no darse cuenta hasta que fuera demasiado tarde.

—Y bien, querida —dijo Madt tras un rato de caminata—, contadme algo más del templo donde os criasteis. Estaba en Mirtis, si mal no recuerdo, ¿cierto?

—Creía que debíamos guardar silencio —contestó ella, picada en su orgullo.

Madt le sonrió.

—Vamos, no seáis así. Hace un día estupendo y tenemos un largo camino por delante, intentemos disfrutarlo civilizadamente.

—Mirtis, así es —empezó con desgana—. Me abandonaron en la puerta con apenas unos días de vida.

—¿Vuestros padres?

—Lo ignoro, no dejaron ninguna nota.

—Y allí os criaron y educaron.

—En efecto. Una de las hermanas se ofreció para ser mi madraza y tutora, según la tradición. Una Madre Argétea.

—¿Tradición? —rió Madt—. ¿Me estáis diciendo que el dejar niños en la puerta de los templos es algo tan habitual que han desarrollado un procedimiento a seguir?

—No os burléis. No sé si será habitual, pero cuando yo entré éramos al menos cuatro las Hijas de la Luna.

—Hasta un nombre...

—No os burléis, por favor —dijo ella endureciendo el tono—. Es algo muy importante para mí.

—Lo siento, tenéis razón. Es que, a diferencia de vos, yo no mantengo una relación demasiado cordial con los dioses.

—¿No sois creyente?

—Aunque os cueste aceptarlo, sacerdotisa, algunos no sentimos la imperiosa necesidad de rendir culto a todopoderosos entes invisibles.

—Lo sé, en el templo recibíamos a muchos enfermos y heridos que renegaban de cualquier tipo de fe. Aun así, los curábamos de todos modos.

—Bien hecho, vuestra diosa estará orgullosa.

—No lo hacíamos por orgullo o satisfacción personal. —La voz de Ilargia mantuvo su aspereza—. Nuestra diosa, Ilahe, es la diosa de la vida, por lo que al entrar en la orden juramos preservarla por encima de todo.

—Loable, pero un poco ingenuo. Irrealizable, más bien: a veces, la mejor manera de salvaguardar la vida es a través de la muerte.

—Eso es una barbaridad.

—¿Lo es? Tomemos como ejemplo a nuestro amado rey. ¿Acaso es su vida más importante que la de todos aquellos que la han perdido a sus manos? Si hubierais tenido la posibilidad de matarlo antes de que llegara al trono, ¿lo habríais hecho?

—No —contestó Ilargia sin dudar—. No me corresponde tomar esa decisión, los actos de cada persona son de su exclusiva responsabilidad.

—Creía que ibais a decir de vuestra Diosa.

—Ilahe indica el camino, es el hombre el que debe decidir si seguirlo o no.

—En algunos casos, da la impresión de que es Ölün quien les guía.

—Ese nombre es veneno para mis oídos —dijo ella con disgusto—. No entiendo cómo puede haber gente que rinda pleitesía a semejante ser.

—Y yo no entiendo cómo se puede creer en una Diosa de la Vida sin aceptar su anverso. Vida y muerte son inseparables, chiquilla, la una sin la otra carece de propósito.

—La muerte no es algo a aceptar, mucho menos adorar —repuso ella—: la muerte es el enemigo a batir.

—Muy poético, pero vuestras enseñanzas están sesgadas: ya en los primeros escritos se menciona la relación entre Ölün e Ilahe, ligando su origen.

Ilargia le miró extrañada.

—¿De qué escritos habláis?

—De los que no se enseñan en vuestro culto, me temo —suspiró él—. Eduquemos, pues, a la niña lunar rememorando la leyenda de Ölün e Ilahe. Nos servirá para matar el tiempo. —Madt volvió a inspeccionar los alrededores antes de comenzar su narración—. En el principio...

En el principio, el mundo era muy distinto del que ahora conocemos. Era un mundo joven, en formación: sus mares apenas charcos, sus montes pequeñas colinas de las que brotaban exiguos manantiales llamados a convertirse en los caudalosos ríos que hoy nutren nuestras ciudades.

El mundo era joven, y era solitario, hasta que apareció Ilahe. Surgió como parte de un proceso natural: cuando el mundo la necesitó, ella acudió. Apenas nacida se arrastró, gateó, anduvo a lo largo y ancho del mundo, explorando hasta el último rincón. Era su campo de juegos, pero estaba vacío. Sintió que debía ponerle remedio.

Sus primeros pasos fueron complicados. Configuró los elementos y los combinó de todas las maneras imaginables, pero sus creaciones caían una tras otra a sus pies, inertes. Frustrada, comenzó a llorar, y cuando las lágrimas alcanzaron su obra, ésta encontró el componente que le faltaba. Y así, Ilahe creó la vida.

Como en todo proceso, hubo un período de aprendizaje, durante el cual todas las criaturas que salían de sus manos eran pequeñas, torpes e inofensivas. Conforme su madurez se fue asentando así lo hizo su confianza, y trabajó en diseños más y más complejos cada vez, más y más grandes, más y más feroces. Por toda su superficie, el mundo palpitaba con la nueva vida: los bosques brotaban, los mares se expandían, las montañas crecían. Ilahe subió al más alto de los montes, escogió una cueva como su hogar, se sentó en el risco externo y observó, sonriendo. Amaba a su creación y su creación le amaba a ella.

Y así, en la cúspide de su poder, Ilahe se embarcó en un canto de amor definitivo a su obra, la criatura que representaría su mayor desafío y a la vez su mayor orgullo.

Cinco días con sus cinco noches estuvo trabajando sin cesar, usando los materiales más puros que existían, forjando los huesos de

impoluto marfil, modelando los colmillos en nácar, cubriendo la carne con escamas de brillante obsidiana. Y al sexto día, el dragón despertó.

Ilahe lo observó: era magnífico, la criatura más grande y hermosa que una diosa podía imaginar. Se acercó a él, le besó en la frente y, embriagada por la emoción, hizo algo que nunca había hecho antes con ninguno de sus hijos: le puso un nombre.

«Ölün».

El dragón exhaló, salió de la caverna y echó a volar, majestuoso. Ilahe contempló su obra maestra y regresó a la cueva para fabricarle compañía.

El tiempo pasó. Los dragones, los favoritos de Ilahe, reinaban sobre el resto de criaturas, y sobre ellos reinaba Ölün. Ilahe contemplaba su obra con alegría, pero una extraña sensación comenzó a perturbarla. Su mundo funcionaba pero ella no estaba satisfecha. Pasaba los días observando a sus criaturas, pero sobre todo pasaba las noches observándole a él, a Ölün. Su mayor logro, su obra perfecta. Su amor.

Ilahe no comprendía sus sentimientos, pero sí sus deseos; una noche, vistió el cuerpo de una dragona blanca y bajó al mundo a buscarle. Le encontró volando, solitario y poderoso, con su silueta negra recortándose contra el paisaje como si al mundo le hubieran arrancado un pedazo. Se aproximó a él, y cuando sus ojos se posaron en ella su corazón dejó de latir.

«¿Quién eres?» preguntó él.

«Tu destino» contestó ella.

«¿Qué buscas?»

«Completarte».

Con un deseo inflamado por la pasión de su juventud, Ilahe se abalanzó sobre él. Sus cuerpos se fusionaron en uno nuevo: cuatro alas, dos cabezas, un único corazón. Se retorcieron, se enfrentaron, se sometieron, volaron. Esa noche consumaron su amor una y otra vez sobre el mundo que ambos regían. Se sintió plena y saciada por primera vez en toda su existencia.

Murió la noche, nació el día, e Ilahe notó que con su encarnación había adquirido una serie de nuevas necesidades. Su amante las percibió y partió en busca de algo para apaciguarlas. Cuando regresó junto a ella y le ofreció el trofeo que portaba en la boca, Ilahe retrocedió, asqueada ante el cadáver de un hipogrifo, una de sus más hermosas criaturas. Miró a su rey buscando explicaciones y éste se las dio.

«Es comida, para ti» le dijo.

«No la quiero, es horrible».

«Pero debes comerla, morirás si no lo haces».

Ilahe salió de la cueva y se asomó al risco.

«Ven, amado mío, observa cómo todas esas criaturas se alimentan y viven».

Ölün se acercó y observó por toda la superficie del mundo a cientos de criaturas pastando.

«Pero nosotros comemos carne. Es nuestra naturaleza».

«Es repugnante, a partir de hoy dejaréis de hacerlo» sentenció ella.

Y así fue como los dragones, por orden de su monarca, sustituyeron su consumo de carne por el de plantas, e Ilahe observó complacida cómo las que hasta ahora eran sus presas podían dejar de temerlos y vivir en paz.

Los siguientes meses transcurrieron plácidos, con rey y reina compartiendo su amor con sus hijos y súbditos. Todos los dragones habían aceptado gozosos a su nueva regente, salvo una excepción. Uno de los machos, un joven dragón verde, miraba receloso a su monarca; ansiaba su poder pero, ante todo, ansiaba a su compañera. Un día, se presentó en la caverna y lanzó un desafío a su rey: luchar por su corona y su hembra. A muerte.

Ölün salió a responder el desafío pero Ilahe se interpuso.

«Es demasiado joven, y tú demasiado poderoso» dijo.

«Es un adulto, y debemos respetar su decisión» fue la respuesta.

Ölün se alzó en un parpadeo y embistió a su oponente. La batalla fue rápida; el resultado, previsible. Ölün clavó sus garras en el cuerpo del joven y abrió su carne, bebió su sangre y consumió su corazón. Mientras los despojos llovían sobre el lejano suelo, Ölün regresó con su amada, que le miraba aterrorizada.

«Es horrible» le dijo.

«Es nuestra naturaleza» contestó él.

«No, ya no. No apruebo este comportamiento. Soy tu reina y como tal prohíbo las peleas a muerte entre dragones. Tú eres su rey, vigilarás que dicha orden se cumpla».

Y, de nuevo, así fue. No hubo desde entonces un solo duelo o pelea entre dragones, dejando la resolución de disputas al criterio de su rey, Ölün, aconsejado por su reina, Ilahe. Y fue una época tranquila y próspera para los dragones, que sin luchas intestinas incrementaron su número hasta cotas nunca antes alcanzadas, ocupando tierra, aire y agua. Ilahe se retiró entonces a arrullarse junto a su amado, satisfecha de su buen juicio.

Pero su mundo no lo estaba. El rápido crecimiento en el número de dragones, sin depredadores que los asediaran, provocó que los pastos se consumieran con rapidez, dejando al resto de criaturas sin fuente de alimento. Desesperadas, esas criaturas abandonaron sus dominios en busca de comida, dejando tras de sí suelo yermo y sin vida. Los dragones, sin pasto del que alimentarse ni animales para sustituirlo, enloquecieron de hambre y comenzaron a atacarse unos a otros.

Una somnolienta Ilahe escuchó el sonido de la lucha y salió de la cueva para descubrir su origen. Espantada, contempló cómo el mundo que había construido con tanto amor, se había transformado en un furioso amasijo de dientes y garras. Los cadáveres llovían del cielo, se amontonaban en tierra y anegaban los océanos. Y en el centro de la matanza encontró a su rey: sus escamas habían pasado del azabache al escarlata, sus colmillos brillaban rojos en la noche, sus alas se movían pesadas por la sangre que las empapaba.

«¿Por qué hacéis esto?» le preguntó entre lágrimas.

«Porque no tenemos otro remedio: tú nos obligaste a cambiar lo que somos, y ahora sufrimos las consecuencias. Tú has originado esto, y es por ello que debes morir».

«Pero yo te quiero, os quiero a todos. Yo os creé, solo buscaba vuestro bienestar».

«Lo sé, mi amor» contestó él. Y la devoró.

Finalizada su tarea, Ölün abandonó los huesos de su amada en el risco y se internó en la caverna. Abrió nuevos y profundos pasadizos, descendiendo hasta el corazón de la montaña, donde el último de los dragones desapareció para siempre.

En el exterior, Ilahe recuperó su forma primordial y, como una brillante esfera blanca, ascendió al cielo a observar cómo su amado se exiliaba del mundo. Bajo ella, una masa de agua comenzó a formarse.

Con el paso del tiempo, la tierra se nutrió de los cadáveres y la sangre, generando a partir de ellos nuevas criaturas que sustituyeran a las antiguas. Los suelos recuperaron su verdor y los mares bulleron. La vida regresaba, más fuerte y salvaje, ocupando todos los rincones del mundo excepto uno, el formado tras el ascenso de Ilahe: el lago cuya agua salada y amarga no permitía que nada creciera en él.

Madt calló. Ilargia, a su lado, le observaba expectante.

—¿Y? —preguntó.

—Y... nada, ésa es la historia —contestó Madt.

—Es muy triste.

—Estas historias suelen serlo. Cuando los dioses andan cerca, las desgracias no se hacen esperar.

—Pero su intención era buena, no fue culpa suya.

—¿De quién, si no? —rió Madt—. Las peores tragedias pueden estar engendradas por las mejores intenciones, chiquilla; es el resultado final el que cuenta.

—Independientemente del resultado, el mensaje me parece terrible. No fui educada para creer en la inevitabilidad del destino: tenemos opciones, podemos cambiar.

—No, no podemos —sentenció él—. No en lo importante, al menos. Podemos pulir aristas y variar nuestro exterior, pero no nuestra esencia. Eso permanece inalterable hasta el día que morimos.

—Es un pensamiento muy triste.

—Es una historia triste, ¿no es cierto? —sonrió—. Pero, dejando de lado las consideraciones sobre el libre albedrío, la historia expone a la perfección lo que comentaba antes, la íntima relación existente entre dos polos aparentemente opuestos.

—Claro, vos podéis defenderla, no es vuestra Diosa la que aparece retratada como una fornicadora de lagartos.

Madt dio un respingo y la miró sorprendido. Ella le devolvió la mirada con sus pecas alineadas con picardía alrededor de sus ojos castaños.

—Vaya con la princesita —rió—. Sois sin duda un pozo de sorpresas.

—Bueno, crecer en un templo no te libra de... —Ilargia calló cuando Madt le frenó con su brazo, pidiendo silencio. Un sonido sordo recorrió el bosque.

—Señor, qué... —susurró asustada.

Madt no contestó y se irguió lo más que pudo, atento. Un segundo sonido contestó al primero.

—Cuernos —explicó a Ilargia—. Llamen a las patrullas para que regresen, algo ha debido ocurrir. Se acabó el paseo, alteza: más vale que encontremos enseguida un refugio o podemos despedirnos de este mundo.

09.
El Rey II

—¿Muertos? ¿Cuántos?

—Cuatro en total, Majestad: tres soldados y un cabo —contestó Rishen—. La noticia acaba de llegar, el ataque se ha producido a primera hora de la mañana.

—¿Se sabe quién es el responsable?

—No hemos encontrado testigos, así que solo podemos especular. —Rishen consultó sus notas—. Las cuatro víctimas formaban parte del grupo de búsqueda encabezado por... emm, Grillete, Señor. Según cuenta, se quedaron atrás para interrogar a un enano y un joven que encontraron vagando por los bosques.

—¿Un enano y un crío han matado a cuatro de mis hombres?

—La ausencia de testigos nos impide esclarecer ese punto. Por lo visto, había un tercer miembro del grupo: una, ummm... —Rishen releyó un par de veces antes de proseguir—. Una niña enana, señor.

En cualquier otra persona, la expresión de perplejidad que tomó la cara del Rey habría resultado cómica.

—P-pero, como digo, no hay pruebas de que...

—Suficiente —espetó el Monarca—. ¿Dónde están esos cazarrecompensas ahora?

—Continúan la búsqueda, Majestad. Viendo que el ataque se produjo tras su paso han decidido regresar y buscar en la zona circundante.

—Muy bien, pasad la orden al resto de grupos: que extremen las precauciones, pero que capturen a los fugitivos con vida.

—Como digáis, Majestad —dijo Rishen antes de retirarse.

Tras despachar al criado, el Rey regresó a la sala de reuniones donde, sentados a la mesa negra de roble con el escudo de su casa tallado en el centro, aguardaban los representantes de los cuatro reinos menores, junto a su hijo y al comandante en jefe del ejército. La irrupción de Rishen le había proporcionado un respiro de las aburridas negociaciones que iban a ocuparle gran parte de la mañana.

Retomó la presidencia de la mesa, sentándose sobre la silla equipada con los más mullidos cojines que pudo encontrar en todo el reino; los traseros de sus invitados, en cambio, debían conformarse con la dura madera de sus respectivos asientos. Esto proveía al Monarca de un pasatiempo con que amenizar las interminables reuniones: intentar adivinar, por los movimientos que con el paso del tiempo se iban sucediendo en el resto de miembros de la mesa, cuáles de ellos sufrían de molestias en las posaderas.

—Mis disculpas —comenzó—, por desgracia se trataba de un asunto que exigía mi inmediata intercesión.

—¿Puedo preguntar si se trataba, acaso, de novedades sobre los presos fugados? —preguntó el representante de Lewe.

El Rey encajó la impertinencia con su mejor gesto.

—Por supuesto —dijo—. ¿Y puedo yo, por mi parte, preguntar de dónde ha sacado vuestra merced esa información?

—Oh, no lo llamaría exactamente información; chismorreó, más bien, o rumor, incluso. Infundado, por supuesto; al menos, hasta hace un minuto —le contestó el obeso diplomático, escondiendo su sonrisa tras un colorido abanico.

—En este castillo viven medio millar de personas, que en conjunto generan unos doscientos rumores al día, aproximadamente; recomiendo a su excelencia no dar crédito a todas las habladurías que lleguen a sus oídos. —El Rey se inclinó hacia su interlocutor—. Pregunta por pregunta: ¿puedo yo inquirir sobre la naturaleza del animal que portáis en brazos?

—¿Este? —El lewenio alzó la mano con la que agarraba un diminuto animal marrón de cabeza desproporcionada, ojos saltones y actitud nerviosa.— Un perro, por supuesto.

—Oh, ya veo —se excusó el rey—. Entended mi confusión, en estas tierras nos educan en la creencia de que si no llega hasta la rodilla no es un perro, sino una rata con ínfulas. Mis disculpas.

La cara del diplomático enrojeció en un latido. En silencio, devolvió el perro a su amplio regazo y fijó la vista en la oscura madera, sin añadir nada más. El Rey pudo así prepararse para el resto de la reunión. Tras el enlace entre su hijo y la heredera de Mirtis, los tres reinos restantes se verían relegados a ser meras comparsas en el escenario político de Vitalis, situación que obviamente no les agradaba. De los tres, era Lewe el más afectado, ya que su inmensa riqueza lo convertía en un eterno aspirante al trono, lo que hacía comprensible que intentaran subyugar su autoridad por todos los medios posibles. Afortunadamente, sus muchas riquezas habían engendrado una casta de líderes acomodados, avariciosos y bastante menos inteligentes de lo que su vida entre consortes complacientes les podía haber hecho suponer.

—Bien —continuó el Rey—, podemos seguir tratando los asuntos que atañen a nuestras respectivas casas.

—Excelencia —intervino el representante de Termin—, creo que podemos verbalizar sin tapujos la principal preocupación de nuestra gente. Todos sabemos que la boda de vuestro hijo va a proveer a vuestra casa de una generosa cantidad de beneficios económicos. Y lo

encontramos razonable, tratándose de los regentes de la capital de Vitalis. Lo que nos parecería un agravio inaceptable es que el reino de Mirtis aprovechara dicha unión para alcanzar una posición de privilegio sobre los demás reinos en los acuerdos comerciales con Hyrdaya.

—¡No consiento que...! —saltó el representante de Mirtis, al que el Rey aplacó con un gesto de la mano. El Monarca retrasó su intervención para que los ánimos se calmaran.

—Aun entendiendo que no era vuestra intención insultar a mi casa o al noble reino de Mirtis —dijo—, deberíais ser más comedido en el futuro. A lo largo de la historia han provocado más calamidades las palabras que el acero.

—Si alguien se ha sentido ofendido me disculpo —dijo el termiense—. Al igual que a su Majestad, también a mí me educaron para apreciar la franqueza sobre los formalismos.

El Rey le observó con respeto. Como era habitual entre su gente, el norteño vestía sencillas ropas de cuero, y recogía su cabellera en una trenza. Sus ojos azules le devolvían la mirada con impasible serenidad. Al Rey siempre le habían gustado los termienses, su existencia austera y fortaleza física los convertían en los mejores aliados en combate que se podía encontrar en todo Vitalis. Desgraciadamente, las únicas riquezas que podían aportar al tesoro real eran nieve y excrementos de cabras.

—No hay problema —contestó antes de que el representante de Mirtis pudiera intervenir—. Aunque expresada quizás con excesiva rudeza, se trata de una duda legítima. —Se levantó para atraer la atención de toda la mesa y puso la mano sobre el hombro del príncipe, sentado a su derecha—. No, el feliz enlace de mi hijo no esconde ningún trato de favor a Mirtis, y por tanto no afectará a los tratados comerciales o de cualquier otro tipo firmados entre nuestros reinos.

De los firmados a partir de ahora hablaremos más adelante — pensó el Rey. Mantener la paz entre las casas iba a ser un asunto delicado, ya que el acuerdo matrimonial se había construido sobre una larga serie de concesiones a Mirtis que, de hacerse públicas, soliviantarían peligrosamente al resto de casas, por lo que había que mantenerlas ocultas el máximo tiempo posible. Cuanto más tarden en ver los barrotes, más tardarán en intentar rebelarse.

Mientras trataba de recuperar el acomodo sobre sus cojines, oyó al representante de Khus aclararse la garganta. Antes de intervenir se retiró el pañuelo que cubría su cabeza, mostrando su rostro, esculpido tostado y anguloso por los áridos vientos de su reino.

—Si su Majestad lo permite, me gustaría acometer un asunto tal vez menos importante pero bastante más urgente, debido al poco tiempo de que disponemos para tratarlo.

El Rey observó que la intervención del khusiano había generado un silencio expectante en la mesa.

—Si su excelencia tuviera la bondad de continuar... —dijo al diplomático.

—Se trata de la tradición que va a perderse dentro de tres días, al no haberse organizado ningún torneo para conmemorar tan magna ocasión.

—Así es, me temo. El reino no se encuentra en uno de sus mejores momentos, financieramente hablando, lo que ha provocado que, muy a mi pesar y al de mi hijo, nos hayamos visto en la necesidad de acordar con Mirtis el suspender todas las ceremonias innecesarias.

—Bueno... —dijo el representante de Mirtis con tono vacilante—, debo decir que, tras hablarlo con mi señor, a ambos nos parece que sería una buena idea celebrar al menos el torneo. No solo es una

tradición, es una ofrenda a Ölün al igual que la boda lo es a Ilahe, y sería un mal augurio satisfacer solo a uno de los integrantes del equilibrio cósmico.

El Rey comenzó a percibir el alcance del complot.

—Sin duda —replicó—. Pero, como digo, el estado del tesoro real no permite...

—Si el dinero es el problema —intervino el representante de Lewe—, el resto de casas estaríamos encantadas de cubrir los gastos que se deriven de la organización. Como un regalo a los felices novios —concluyó mientras acariciaba a su perro.

—Y sería un presente más que bienvenido, no lo dudéis —reaccionó el Rey—. Pero me temo que aun así se trata de un imposible: el poco tiempo que resta hasta el enlace no permite el envío de las proclamas e invitaciones al torneo.

—Si su Majestad me permite —se unió el termiense—, me gustaría hacer notar que tal requerimiento no es necesario, ya que la boda ha atraído a Hyrdaya a todo caballero merecedor de tal nombre, por lo que bastarían unos cuantos heraldos propagando la noticia por la ciudad y sus alrededores para contar con lo más granado de las espadas del reino, que es lo mínimo que el príncipe merece.

—Padre, tienen razón.

El Rey reprimió el impulso de abofetear a su hijo.

—Como veis —insistió el khusiano—, la opinión es unánime, así que si su majestad no encuentra algún otro motivo para impedir la celebración del torneo...

El Rey enseñó sus palmas a los representantes.

—Como ya he dicho, la idea del torneo me agrada tanto como al resto de los presentes, por lo que si tales son las circunstancias, no pondré ningún reparo a su celebración. Ahora, me temo que deben disculparme de nuevo, pues hay asuntos urgentes que requieren mi atención.

Acallando las protestas, el Rey tocó el hombro a su comandante y juntos abandonaron la sala.

—¿Y bien? —le preguntó lejos de oídos indiscretos.

—En efecto, no hay argumentos para justificar una negativa a la celebración del torneo.

—Concuerdo —dijo el Rey—. Negarse podría soliviantar a los mirtenses y daría al traste con la boda. Quien quiera que lo haya planeado sabe lo que se hace.

—Si no me equivoco, fue el khusiano quien sacó el tema.

—Por mucho rencor que nos puedan guardar, esos escorpiones del desierto no serían capaces de algo así. No, creo saber quién está detrás de esto, y debemos detenerle. Toma el mando de todo soldado que no esté buscando a los fugitivos y registra la ciudad, necesitamos encontrar a ese elfo oscuro. Habla también con los espías que vigilaban las distintas comitivas, quiero saber con quién se han reunido y qué se ha dicho en esas reuniones.

—Entendido. Respecto al príncipe, sabéis que hará todo lo posible por participar.

—Tan bien como que eso es con toda seguridad lo que buscan —replicó de mala gana—. Mi hijo es asunto mío, tú ocúpate de cazar a esa rata.

—Sí, Alteza. —El comandante enfiló el pasillo a paso ligero mientras el Rey miraba al techo, exhalaba con fuerza y regresaba a la sala.

—Agradezco su comprensión ante mis inevitables ausencias. Tratemos ahora de avanzar todo lo posible en el resto de asuntos antes de la parada para el almuerzo. Por cierto —se dirigió al enviado de Lewe—, mientras estén en palacio aconsejo a sus señorías que visiten a mi médico, es excelente.

El diplomático dejó de retorcerse en su silla para contestar.

—Lo agradezco, pero no sufro de dolencia alguna a tratar.

—Oh, ya veo. Bien, tan solo téngalo en cuenta; es realmente magnífico, especialmente en todo lo referido al aparato excretor. Y ahora, pasemos a otro tema.

10. Sombras

Por el ángulo de los rayos que se filtraban a la habitación, Elandir se percató de que había pasado la mayor parte de la mañana durmiendo. Al levantarse de la cama, sintió como si el cráneo le hubiera encogido durante la noche y rozara contra el cerebro al menor movimiento de cabeza. La garganta había adquirido la textura del algodón, y su organismo parecía haber perdido todos los fluidos.

Se olfateó las ropas y tres días de rondas nocturnas en antros infames abrumaron sus sentidos. Se desvistió, aseó y buscó algo que le aliviara el dolor. Su fibroso cuerpo no toleraba tan bien el alcohol como el inmenso corpachón de su amigo Dunrel, y aun así caía una y otra vez en el error de intentar mantener su ritmo. Se preparó un par de huevos crudos revueltos y algo de fruta y se sentó a desayunar. Mientras comía, una figura monopolizaba sus pensamientos. Por mucho que sus deberes como capitán de la guardia estuvieran suspendidos, y medio ejército en busca del prisionero que se rió de él, Elandir no podía dejarlo correr tan fácilmente. No se trataba de cumplir con sus deberes ante un monarca que no era el suyo, se trataba simple y llanamente de una cuestión de orgullo.

No obstante, no pensaba a salir a perseguirlo por dos motivos principales: porque sería una tontería después de tanto tiempo tras la fuga, y porque tenía vetado abandonar la ciudad. Así pues, se centró en el origen del problema: los esfuerzos del extraño para que le encerraran en la cárcel escondían, estaba claro, un motivo oculto. Elandir dejó los platos, recogió sus enseres y salió a la calle, dispuesto a comenzar su investigación.

En el exterior, un sol pletórico sobrecargó sus retinas, cegándole temporalmente. Su pequeña casa se encontraba lo suficientemente cerca

del barrio burgués de Hyrdaya como para no tener que preocuparse por su seguridad, y lo bastante lejos como para no tener que mezclarse con la gente si no lo deseaba. Su puerta daba a una callejuela usada sobre todo como atajo entre dos avenidas principales. A pesar de que su estatus como invitado de palacio le garantizaba alojamiento dentro del castillo, Elandir compró esa casa para poder disponer de un poco de intimidad cuando lo deseara. Intimidad relativa, ya que era consciente de que ni en ese improvisado refugio escapaba a la estrecha vigilancia de los espías del rey. Elandir los ignoró esa mañana y salió a una de las vías principales, que registraba una moderada afluencia de gente; a esas horas, los nobles aún permanecían en sus confortables lechos, correspondiendo a sus criados salir a realizar las tareas.

Dirigió su camino al norte, subiendo la cuesta que llevaba al palacio, cuya colosal estructura se alzaba en lo alto de la colina sobre la que se fundó la ciudad de Hyrdaya. Su edificio principal era una imponente mole blanca estructurada en diferentes módulos, rediseñados y unidos entre sí a lo largo de las décadas en busca de variopintos objetivos, entre los que nunca se encontraron la armonía o la belleza. Así, en cada reinado se levantaron alrededor del edificio original nuevas alas, torres y pabellones sin seguir ningún esquema predefinido, engendrando la aberración arquitectónica que coronaba la capital humana y cuya sombra anegaba buena parte de la misma.

Alrededor de ese núcleo se levantaban los edificios anexos de invitados y criados, así como los establos, graneros, bodegas, aljibes y barracones, estando circundado todo el conjunto por el primer muro defensivo, el muro interior. Al otro lado del mismo se extendían los jardines de palacio, granjas y casas nobles que decidieron alojarse tras la protección que les brindaba el segundo muro, o muro medio. El tercer muro, el muro exterior, rodeaba completamente la ciudad.

Elandir no tuvo ningún problema en atravesar la guardia de los dos muros interiores y llegar a las mazmorras del castillo, sorteando cualquier puerta que le impidiera el paso gracias al juego de llaves que le otorgaba su cargo. Una vez allí buscó al encargado de los prisioneros.

—Necesito información —le dijo—. Supongo que estará al corriente de lo ocurrido ayer.

—Sí señor —contestó el encargado—. Es difícil no estarlo, habiendo sucedido aquí mismo.

—Me gustaría conocer todos los datos que tengamos acerca del prisionero. Su nombre, para empezar.

—Me temo que no consta bajo ningún nombre. Ingresó inconsciente, y el carcelero no se molestó en despertarle para preguntárselo.

Cómo no —pensó Elandir.

—¿Qué me dice de sus posesiones, algo que pueda servir de ayuda?

—Extrañamente, no; el prisionero no portaba nada con él.

—¿Absolutamente nada?

—Nada, señor.

Elandir maldijo al extraño y a su propia estupidez. Aquello le dejaba persiguiendo a un hombre sobre la treintena, de pelo largo moreno y sin ningún rasgo distintivo, salvo una erupción probablemente falsa en su hombro derecho.

—¿Qué me dice de la ocupante de la celda contigua? Se fugó junto a una prisionera, ¿cierto?

—Cierto, pero tampoco ahí puedo serle de ayuda. No tenemos registro de dicha prisionera.

—¿Es una broma?

—Me gustaría que lo fuera, así me habría ahorrado el tener que repetirla tantas veces. —El carcelero le tendió el registro de prisioneros—. Como puede ver, el registro cubre los últimos cinco años, y durante ese tiempo no hay ningún movimiento en esa celda.

—¿Tenemos registros anteriores?

—Es probable, la pregunta sería dónde.

—¿Y no se actualizaron las anotaciones de un registro a otro?

—Sí, señor: todas salvo esa. —El tono del encargado dio a entender a Elandir que si buscaba responsabilidades hablaba con la persona equivocada.

—¿Una prisionera pasa más de cinco años en estas celdas y nadie conoce su identidad?

—Quizás el carcelero la conocía, yo desde luego no, y no ha aparecido nadie que sepa decírnosla. Una estancia tan prolongada en estas celdas no es lo habitual, los prisioneros suelen abandonarlas mucho antes. Por su propio pie, los más afortunados.

Elandir se frotó la nuca.

—¿Alguna descripción de la prisionera?

—Lo lamento, señor, pero no solemos fijarnos mucho en los ocupantes de las celdas. El privarles de identidad facilita nuestro trabajo, si entiende a lo que me refiero.

—Claro —concluyó—. Continúen la búsqueda de los antiguos registros, quiero inspeccionarlos tan pronto aparezcan.

Se despidió del carcelero repasando el material de que disponía: tanto el hombre como la mujer parecían dos callejones sin salida, y del resto de sucesos extraños en la ciudad únicamente contaba con rumores. Solo quedaba un hilo del que tirar.

Al salir a los jardines de palacio, Elandir se sorprendió ante la presencia de una serie de carpas. Se dirigió hacia ellas y observó que se estaba levantando una estructura cuadrangular, con tiendas flanqueando un centro despejado y unas gradas cercando el conjunto. Se aproximó a uno de los encargados de la construcción y le sorprendió la coincidencia.

—Rishen —llamó—, ¿qué es todo esto?

—Señor Elandir, buenos días —contestó el criado—. Creía que estaba suspendido.

—Buenos días. En efecto, lo estoy. Y ahora, ¿me puedes decir qué es esto?

—Bueno, no es ningún secreto, o al menos en breve dejará de serlo: es la pista de duelos, se va a celebrar un torneo pasado mañana en honor de la princesa de Mirtis.

Elandir blasfemó en silencio.

—El rey ha cedido al fin —pensó en voz alta.

—No sé si ceder es la palabra a usar —dijo un cauto Rishen—, pero sin duda se va a celebrar un torneo en dos días.

—Maravilloso, realmente genial.

Abandonó al criado y el palacio y bajó la colina en dirección sur, hacia los barrios más desfavorecidos. Conforme recorría la avenida, los lujosos palacetes fueron dando paso a casas y tiendas de piedra, y éstas a cabañas y chabolas de barro y madera. Al entrar en los barrios bajos, Elandir alcanzó su destino. No solo «El Reposo» estaba de nuevo

abierto, también contaba con mobiliario nuevo sustituyendo al destruido en la pelea. A esas horas el local se encontraba aún medio vacío, así que eligió una mesa y se sentó.

Mientras esperaba, se recogió con discreción en la silla y se concentró en escuchar. Sus orejas puntiagudas, blanco de infinidad de burlas, le procuraban una habilidad especial para captar sonidos extremadamente débiles o lejanos, habilidad que le había sido muy útil en el pasado al permitirle acceder a conversaciones inaudibles para el hombre común.

... con una oveja, ¿puedes creerlo?...

... otro jodido impuesto. Te lo digo yo, esta situación no puede continuar, la gente no lo permitirá mucho tiempo...

... tenías que haberlas visto, las dos más grandes que me he encontrado en mi vida, te lo juro...

... un lewenio, un khusiano y un mirtense entran en una taberna, y dice el tabernero...

—Señor Elandir, no esperaba volver a veros tan pronto.

La llegada del dueño del local interrumpió su escucha.

—Buenos días... tardes ya —le dijo, mirando por la ventana—. Veo que has hecho un buen trabajo reparando la taberna. Bueno, y sorprendentemente rápido.

—Me halaga, señor —contestó él con una sonrisa de orgullo—. Como le conté, nos encontramos en la mejor semana en años, y no puedo dejar que una nimiedad como una pelea me impida abrir ni un solo día, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Lo que me extraña es que con todos los locales de la ciudad abarrotados, y los comercios colapsados, hayas sido capaz de restaurar tu negocio con tanta premura.

—Bueno, señor, uno tiene sus contactos.

—No lo dudo, ¿y puedo preguntar la identidad de dichos contactos? ¿Un hombre moreno con una extraña erupción, quizás?

La actitud del tabernero cambió ante aquellas palabras.

—Señor, no entiendo a qué os referís...

—Puede que sí, puede que no —atajó Elandir—, lo único seguro es que aquí se ejecutó ayer una elaborada farsa, y cuanto más lo pienso más difícil se me hace creer que hubiera un solo actor implicado.

—Señor, os repito...

—No tiene importancia. Por ahora. Pero necesito hablar con todo el personal que estuviera trabajando cuando el incidente se produjo. Necesito saber si el extraño tuvo algún tipo de contacto con alguien, antes de que la pelea estallara.

—Señor, ya os dije que no habló con nadie.

—Algún tipo de contacto, no necesariamente verbal. ¿Alguien se le acercó, le miró? ¿Alguien estuvo esperando una señal para desencadenar el conflicto? Cualquier cosa que puedan decirme me ayudará. Pregúntales.

—Muy bien, señor Elandir.

Mientras el dueño se dirigía raudo a interrogar al resto del personal, más preocupado de acallar las sospechas que se habían dejado caer sobre él que de facilitar la investigación, Elandir reanudó su escucha.

... están sangrándonos, ¿y qué hace la gente? Nada, comer y beber, eso hacen...

... ese era el mayor, te hablo del pequeño, al que le falta una oreja...

... el Caballero Dragón, así le llaman...

La palabra «Dragón» hizo que se levantara de un salto. Buscó el origen de la voz y lo encontró en una mesa cercana, donde dos ciudadanos almorzaban. Elandir se les unió.

—Disculpen, caballeros, pero no he podido evitar escuchar parte de su conversación. ¿A qué se referían con «Caballero Dragón»?

Los hombres callaron al instante. Por sus miradas, Elandir supo que le habían reconocido.

—Tranquilícense, como pueden observar me encuentro sin uniforme, ya que ahora mismo no estoy de servicio. Pueden hablar sin miedo, ni siquiera me interesan sus nombres.

El ciudadano número uno lanzó una mirada acusadora al ciudadano número dos. Éste, por su parte, mantuvo su mutismo mirando a la mesa. Elandir suspiró.

—Bien, piensen que hay dos formas de hacer esto: estamos probando la primera, les aseguro que no querrían experimentar la segunda.

Número Dos levantó los ojos de la mesa y le miró al fin.

—Excusad mi estupidez, señor. Solo comentaba con mi compadre los últimos rumores que se circulan por las calles.

—Lo comprendo —dijo Elandir—, y no le haré responsable en ningún modo de las consecuencias que sus palabras puedan generar. Dígame: ¿quién o qué es ese «Caballero Dragón»?

—Como digo, señor, se trata solo de chismorreos, pero... —Miró a su alrededor con cautela y bajó la voz—. Estos días se está hablando de un misterioso caballero, el mejor al que se haya visto nunca luchar.

—¿Desconocido?

—Bueno, no tanto. —Bajó tanto el tono que Elandir agradeció a sus orejas élficas poder entenderle sin tener que respirar su aliento—. Hay quien dice que se trata de un heredero perdido al trono, que vuelve para reclamar su derecho de sangre.

—¿Heredero? —Hasta donde Elandir sabía, la subida al poder del actual Monarca había provocado la muerte de todos los miembros de la anterior casa gobernante, así como el exterminio de dos casas más.

—Eso se cuenta, señor, mas no dispongo de datos al respecto. Seguramente —concluyó— no se trate más que de habladurías.

—Seguramente. Muchas gracias, ciudadano. —Dejó caer una moneda en la madera—. Ésta ronda va de mi cuenta.

Elandir regresó a su mesa, meditabundo. Demasiada casualidad que dos sospechosos desconocidos llegaran a la ciudad al mismo tiempo, pero si de verdad la identidad del prisionero correspondía a alguien de tan noble linaje, ¿por qué arriesgarse a ser encarcelado? Y si de verdad poseía derecho al trono, ¿no sería más fácil darse a conocer y reclamarlo?

Esa última pregunta tenía fácil respuesta a poco que se conociera al Rey. *Muy bien, no sería tan fácil* —pensó—, *pero entonces, ¿cuál es su plan?*

El tabernero carraspeó. Elandir abandonó sus cavilaciones para atenderle y se sorprendió al descubrir una joven a su lado.

—Señor Elandir, esta camarera dice poseer información para vos —le dijo—. Si no tiene inconveniente, les dejo solos para que puedan hablar.

El hombre se marchó mientras la joven tomaba asiento frente a Elandir, que la seguía mirando con la boca abierta.

—Saludos, señor —dijo ella

—Ho... hola —contestó al fin él.

—Vaya, estoy acostumbrada a causar ese efecto entre los humanos, pero suponía que un hermano de raza sería menos vulnerable a mi apariencia.

—Lo siento. —Elandir trató de controlar su asombro—. Es que no había visto jamás a uno de los nuestros en la ciudad.

—No es lo habitual, por desgracia; una puede llegar a sentirse muy sola lejos de los suyos.

—Sí, sí que puede. ¿Qué hace una elfa...?

—¿... por qué estoy aquí? —rió la joven—. Tozudez, me temo. Tozudez y juventud, una mala combinación.

Elandir la examinó: era más joven que él, apenas había alcanzado la madurez. Poseía los rasgos élficos más característicos: piel clara, ojos almendrados, orejas puntiagudas, melena larga y rubia. Era alta, un poco menos que él pero bastante para su sexo y edad. Y tenía una bonita sonrisa.

—Crecí en los bosques de Qite —continuó la elfa—, hasta que mi padre, harto de mis rebeliones, me dio a escoger entre casarme con un

alto elfo que me triplicaba la edad, o dedicar mi vida al estudio de la naturaleza ingresando en las Hermanas del Orden. Decidí escaparme de casa y, tras varios años deambulando de un lado para otro, acabé en este... llamémosle local. Me llamo Kerajêen, pero todo el mundo me llama Kera.

—Kerajêen, yo me llamo Elandir. —Ambos alzaron la mano derecha a modo de saludo—. Qite, ésa es también mi tierra natal. Mi padre es uno de los Altos, con suerte no el que vuestro padre os eligió como marido.

—Oh, eso espero —rió Kera—. Elandir, Elandir... no me suena.

—No me sorprende: fui entregado como invitado a la casa real de Hyrdaya cuando vos no debíais ser más que una chiquilla.

—Por vuestra expresión deduzco que no es una situación que os agrade.

—Digamos que tal vez debería haber hecho lo mismo que vos y fugarme de casa.

—Eso habría sido divertido, podríais haberme esperado en los límites del bosque y, una vez llegara mi turno, habernos ido juntos a recorrer Vitalis. Como digo, uno no sabe lo que puede echar de menos a su gente hasta que se ve privado de su compañía.

—Os entiendo perfectamente.

—Señor Elandir, aunque estoy disfrutando de esta conversación me temo que debo regresar a mi puesto de trabajo en breve.

—Oh, sí. Lástima —dijo Elandir—. De acuerdo, supongo que ya os habrá informado el tabernero de lo que busco.

—Lo ha hecho. —Kera señaló a un punto detrás de Elandir—. Yo estaba detrás de la barra cuando la pelea empezó; el provocador había

permanecido hasta ese momento sentado en una mesa cercana a aquella columna.

—¿Y nadie se acercó a hablar con él?

—Nadie, no; pero... —Kera señaló ahora a un punto a la izquierda de Elandir—. En esa mesa había sentado un grupo de tres, no, cuatro hombres. Al igual que el otro, casi no pronunciaron palabra.

—¿Bebieron?

—Apenas. Pidieron una ronda pero ni tocaron los vasos. Se limitaban a estar allí sentados, en silencio, y me pareció observar un par de veces que vigilaban al extraño.

—Y cuando el extraño se levantó, ¿cómo reaccionaron?

—En cuanto él abandonó su silla, ellos dejaron las bebidas sobre la mesa y se le acercaron.

—¿Y una vez comenzó la pelea?

—No estoy muy segura, ya que me refugié tras la barra en cuanto volaron las primeras jarras, pero me pareció ver cómo atacaban a algunos de los guardaespaldas del noble...

—Mirtense —la ayudó Elandir—. ¿No atacaron al extraño?

—A partir de ahí la cosa empezó a ponerse más y más peligrosa, por lo que me escabullí en cuanto pude por la puerta de servicio. Me temo que no vi nada más.

—Es suficiente, Kera. Jêen —añadió enseguida—. Kerajêen, hálame de esos cuatro hombres: sus nombres, cómo son, dónde trabajan...

—Son habituales del local, todas las noches los tenemos por aquí aunque nunca llegué a preguntarles sus nombres. En realidad —el

semblante de Kera se agravó—, no creo que tengan mucha simpatía por nuestra especie. Las veces que he ido a servirles no me han mostrado ni por asomo la misma cordialidad que al resto de camareras. Por ello lamento decir que no puedo proporcionaros más detalles.

—Tendrá que valer. Una última pregunta: ¿sabéis dónde puedo encontrarlos?

—No, pero puedo conseguir esa información, seguramente las otras camareras puedan ayudarme. —Kera se levantó—. Podríais pasaros al caer la noche, confío haberlo averiguado para entonces.

—Eso sería de gran ayuda, muchas gracias. Volveré hacia el ocaso.

Kera rodeó la mesa y acercó su cara a la oreja de un desprevenido Elandir.

—Es una cita, pues —le dijo al oído con una risita y volvió a la barra, contoneando su figura.

Él permaneció unos segundos aturdido, envuelto en la nube de perfume que la joven había dejado tras de sí, hasta que por fin pudo levantarse sin escandalizar a nadie y abandonó el local. La hora de la comida se acercaba y las calles comenzaban a vaciarse. Dudaba que el estado de su estómago le permitiera ingerir algo sólido, pero al no contar con ninguna pista más desanduvo el camino para descansar hasta la hora de la «cita». O quizás antes buscara a Dunrel y le preguntara si tenía alguna información sobre aquel misterioso Caballero Dragón.

De nuevo en casa, Elandir se alivió el sofocante calor en la pila y se dispuso a pasar la espera en la fresca penumbra del interior de su morada. Se desabrochó las ropas y tiró la bolsa de sus enseres sobre la mesa; fue entonces cuando vio un trozo de papel que sobresalía del interior. Extrañado, lo desdobló para encontrar escrita una breve nota:

«Tengo un mensaje de vuestro padre para vos, hablaremos esta noche. Kera».

11. Torre

Baltar aguantó la respiración y, sin separar la espalda de la pared, se aproximó lentamente al apagado resplandor que surgía tras el recodo. Sus manos agarraban nerviosas el hacha, humedeciendo el cuero que recubría el mango. Ya en la esquina, se asomó con cautela para ver qué se ocultaba tras ella, y solo vio otro pasillo desierto. Con gran alivio, se secó el sudor en la camisa y reanudó su camino. No recordaba las veces que se había visto forzado a repetir esa rutina, temiendo por su vida en todas y cada una de ellas: diez, cincuenta, puede que cien. Se le hacía difícil también acordarse de la última vez que vio la luz del sol, justo después de que esa maldita elfa les salvara a él y a los críos y, con un movimiento de brazos, unas palabras extrañas y un fulgor azulado, hiciera que el mundo se volviera del revés.

Cuando la luz azul desapareció, Baltar abrió los ojos y el mundo recuperó su solidez. Su cerebro tardó unos momentos en asimilar el cambio de escenario y su estómago los aprovechó para purgarse. Cayó sobre manos y rodillas y vomitó hasta que tuvo la sensación de haberse vaciado por completo. Revitalizado, se limpió con el dorso de la mano y observó a su alrededor. Los verdes bosques en los que no hace ni un instante se encontraban habían sido sustituidos por una tierra ocre, cubierta por un cielo grisáceo. Aunque ellos pisaban terreno firme, estaban rodeados hasta donde alcanzaba la vista por aguas turbias preñadas de matorrales y pedruscos. Encontró a su nieta a su lado, contemplando el paisaje con asombro. La cogió de la mano mientras Brad se les unía.

—¿Estáis bien? —les preguntó.

—Sí, abuelo.

—Estupendamente, viejo.

Baltar asintió. Podía sentir sobre su espalda los ojos del último miembro del grupo.

—¿Qué nos has hecho? —le preguntó—. ¿Dónde estamos?

—Os he salvado —contestó la elfa oscura—. Creo que coincidirás conmigo en eso.

—Puede —dijo Baltar—. Pero, ¿cómo?

—Sencillo: mi raza posee una habilidad de camuflaje única en Vitalis. —Mientras la elfa hablaba su cuerpo fue alterando su composición cromática hasta confundirse con la de su entorno, haciéndola invisible al espectador desprevenido—. Este «encanto» me facilitó acercarme a esos hombres, y así...

—Me refería a nuestra huida.

—Oh, eso. —Al desvanecerse el encantamiento, el cuerpo de la elfa pareció regenerarse a partir de las partículas de aire y luz que le rodeaban—. Un simple hechizo de teleportación. Siento la brusquedad pero debíamos desaparecer antes de que llegaran los refuerzos.

Magia. Como buen enano, Baltar recelaba de las fuerzas sobrenaturales. Para su pragmática raza, no eran más que ilusiones baratas para engañar a los débiles de mente o, en el peor de los casos, energías malignas que no podían aportarles nada bueno.

—Mi carro, mis caballos...

—No pude traerlos con nosotros, demasiada masa podría forzar mi capacidad y provocar unos resultados nefastos —contestó Ámbar—. A estas horas, habrán pasado a ser propiedad de la guardia.

Baltar cerró los ojos. En esos carros transportaba sus esperanzas de una vida mejor para su nieta. Solo había sido capaz de salvar una pequeña bolsa con las riquezas justas para comprar un nuevo vehículo, y quizás un caballo, poco más. Todo el trabajo de los últimos años desvanecido en un instante.

—Gracias —dijo—. Por salvarnos. A todos.

—De nada, pero me temo que no se trató de un gesto desprendido por mi parte: como dije antes, necesito que me ayudéis.

—Por supuesto, intentaré corresponderte de la mejor manera posible pero, como puedes ver, mis recursos se han visto bastante mermados.

—No es nada material lo que necesito. Nada que tú poseas, al menos —fue la crítica respuesta—. Necesito de tus habilidades para un servicio.

Baltar arrugó el rostro.

—¿Qué clase de servicio?

No contar con una antorcha limitaba su percepción del espacio. Los pasillos, de paredes compuestas por roca viva sin adornos de ningún tipo, parecían extenderse durante millas, y estaban iluminados por la fantasmagórica luz generada por inquietantes plantas luminiscentes. Hasta aquel momento no se había cruzado con nada ni nadie, y confiaba en que dicha situación se mantuviera: más que en una construcción, parecía estar en una madriguera y, si aquel era el caso, Baltar no tenía ninguna prisa en conocer a sus habitantes; se limitaba a tratar de completar su tarea lo más rápidamente posible, siguiendo para ello las

únicas indicaciones que poseía sobre la forma de hacerlo. Indicaciones que, por desgracia, solo él podía seguir.

Ámbar le indicó que se girara, y así vio la torre. Su pulida superficie color marfil contrastaba con el omnipresente gris del entorno, dándole el aspecto de un diente completamente sano surgiendo de una encía putrefacta. Medía unos tres o cuatro pisos de altura, sin ventanas a la vista, y estaba rematada por un tejado desprovisto de almenas o rebordes. Un prisma pentagonal totalmente liso, ligeramente más ancho en la base que en la cima.

—Dentro de esa torre está el objeto que necesito que me traigas.

—No acabo de entender —repuso Baltar—. ¿Por qué no entras tú misma a cogerlo? Podrías teleportar...

—Teleportarme —le ayudó—. No, no podría. La naturaleza de la torre dificulta la práctica de la magia en ella. Mis hechizos son inútiles allí dentro.

—Aun así. Has demostrado ser mejor guerrera que nosotros tres juntos, ¿para qué nos necesitas?

—No es buena idea llamar la atención en su interior, la torre posee medidas de seguridad que lo desaconsejan. —Ámbar bajó la mirada hacia Baltar—. Debes entrar tú, un enano.

—Como puedes observar —continuó la elfa ante la visible falta de convencimiento de su interlocutor—, no existen ventanas, y dentro la iluminación es escasa. Quien entre necesita poseer una buena visión nocturna y ser capaz de orientarse sin la ayuda de los cuerpos celestes. Vuestra raza, tras eones viviendo bajo tierra, ha desarrollado esas características hasta hacerlas innatas.

Baltar observó de nuevo la torre. En efecto, no se veían oquedades de ningún tipo, lo que le llevaba a:

—Tampoco hay puerta.

—No. Yo puedo teleportarte a su interior, y una vez consigas lo que quiero regresarás al punto de partida y te sacaré. Por eso debo esperar fuera.

A Baltar no le gustaba aquella situación. Ahora mismo estaban mal pero una incursión en una extraña torre, en busca de quién sabe qué, solo podía empeorar las cosas.

—Te pagaré a la vuelta.

—Si vuelvo. —Baltar miró a su interlocutora—. Lo siento, no voy a hacerlo. Agradezco mucho tu ayuda, pero no puedo arriesgarme a no volver, mi nieta me necesita.

—Yo también lo siento, pero me temo que no tienes elección.

Baltar se envaró al oír aquello.

—Ha sonado a amenaza.

—No era mi intención, pero piénsalo: estáis sin dinero, hogar ni medio de transporte. ¿Cómo piensas ayudar a tu nieta y al chico así?

—Nos recuperaremos —dijo Baltar—. Tengo algunos ahorros, volveremos a la ciudad y reharé mi negocio.

—Aunque no es asunto mío, creo que te engañas. Con el pago que os daré por este servicio podréis comprar todos los carros y material que necesitéis, quizás incluso una casa. Por otra parte, aunque lo que dices fuera cierto, ¿has pensado en cómo vais a llegar a la ciudad?

Baltar reflexionó. Se encontraban en un pantano sin final a la vista, a mitad del día, carentes de provisiones, medio de transporte o idea de

hacia dónde dirigirse; sus opciones se habían reducido dramáticamente. Estudió la torre unos instantes antes de volver a hablar.

—Tengo algunas condiciones.

—De acuerdo —dijo la elfa.

—Escúchalas antes de contestar —cortó Baltar—. Iré solo, los críos se quedan aquí, contigo. Salga o no salga, te comprometes a teleport... a llevarles de vuelta a la ciudad, sanos y salvos.

—Lo prometo.

—Una vez salga me darás el pago, nos dejarás en la ciudad queelijamos y nos separaremos para, con suerte, no volver a encontrarnos, ¿entendido?

—Entendido, no hay problema.

Baltar miró de nuevo a la torre, cerró los ojos y musitó algo inaudible.

—De acuerdo, lo haré. ¿Qué es lo que necesitas?

—Nada peligroso: un estuche, de madera y apenas un palmo de largo. —Ámbar le pasó un trozo de papel con un dibujo—. Cuando te encuentres dentro de la torre, debes dirigirte dirección este-noreste hasta que llegues a una habitación con varios de ellos almacenados; el que tenga este dibujo en el cierre es el que busco.

—Este-noreste. ¿Eso es todo? ¿Durante cuánto tiempo?

—No lo sé con certeza —contestó Ámbar—. El tiempo y el espacio obedecen a distintas reglas en el interior de la torre. Aun así, calculo que no más de una jornada.

—¿Peligros?

Ámbar bajó la mirada.

—Los habrá, pero nada que no puedas controlar. Procura pasar lo más desapercibido posible, y todo irá bien.

Baltar frunció el ceño.

—Deja que me despida y podremos empezar.

Abordó a Brad y le alejó un poco de Dem antes de ponerle al corriente de la situación.

—¡Es una locura, anciano! ¿Cómo has accedido? —exclamó el chico cuando Baltar concluyó—. ¿Por qué no entra ella a coger ese jodido estuche?

—Según dice, no puede —Baltar suspiró—. Esto no me gusta más que a ti, pero no tenemos elección: nos hemos quedado sin recursos y estamos perdidos en mitad de ninguna parte.

—Podríamos atacarle —propuso Brad—. Somos dos contra una mujer: atacamos por sorpresa, la derrotamos y nos quedamos con lo que lleve encima.

—Primero: no sabemos dónde estamos, ¿cómo sugieres que atravesemos estos pantanos antes de que caiga la noche? Y segundo: ¿tan poca memoria tienes que ya has olvidado lo que le hizo a esos soldados? No. —Baltar silenció al chico con un gesto severo—. La decisión está tomada, fin de la discusión.

Brad refunfuñó por lo bajo y buscó una piedra que patear. Baltar sacó una bolsa de su cinturón y se la tendió.

—Esto es todo lo que nos queda. Si no regreso úsalo para darle a Dem un hogar... Diablos, cómprale lo que puedas. A los dos. Buscad a alguien que cuide de vosotros.

Brad cogió la bolsa, manteniendo su enfurruñamiento mientras Baltar buscaba a su nieta.

—Dem, cariño, escúchame muy atenta. —La niña le miraba con sus enormes ojos completamente abiertos, contagiada de la tensión reinante—. Dem, tu abuelo tiene que irse un momento, así que tienes que quedarte con Brad, ¿de acuerdo? Sé buena y obedécele en todo lo que te diga.

—¿Adónde vas, abuelo?

—Voy a... Voy a coger unas cosas —improvisó—. Ropa. Y comida, necesitamos comida para cuando tengamos hambre, ¿verdad? —Dem asintió—. Muy bien, cielo, pues eso es lo que voy a buscar.

—¿Puedo ir contigo, abuelo? —La voz le temblaba; no entendía por qué, pero estaba asustada.

—No, cariño. No te preocupes, volveré enseguida. Ven y dale un abrazo a tu abuelo.

Se la acercó y la estrechó contra su cuerpo. Aquel organismo que en sus brazos parecía liviano como una hoja, el legado de toda su vida, sollozaba entrecortadamente. Se enjugó las lágrimas antes de que ella pudiera verlas y la besó en la frente.

—Buena chica —dijo—. Ve con Brad, ahora. Sé buena.

Crece; cástate, ten hijos, sé feliz. Vive.

Enano y elfa se encontraron de nuevo frente a frente, con los chicos observando la escena a una distancia prudencial.

—Muy bien, ya podemos empezar —dijo Baltar descargando el hacha de su espalda—. ¿Cómo lo hacemos?

—Sencillo —contestó Ámbar—: no te muevas mientras preparo el hechizo. El efecto es parecido al de la teleportación, así que no te pillaré por sorpresa.

Baltar empuñó su arma con las dos manos.

—Adelante, maldita sea.

Ámbar desenfundó sus espadas y las alzó, estirando el cuerpo a los cielos. Un torrente de extrañas palabras brotó de sus labios mientras a su alrededor el aire se arremolinaba, cargándose de energía. Baltar cerró los ojos y se preparó para otro lavado de estómago forzoso.

—¡Abuelo!

El grito le hizo abrir los ojos. Dem corría directa hacia él. Detrás, Brad intentaba compensar su lenta reacción acelerando lo más rápido que podía.

¿Pero es que ese maldito crío no puede hacer nada bien? —pensó Baltar al tiempo que Dem le abrazaba y una conocida luz azul invadía todo.

—Abuelo...

La voz de la niña era apenas audible en el túnel. La oscuridad y el extraño entorno intimidaban a la pequeña, limitándose desde que entraron a agarrarse al faldón de su abuelo y seguirle en silencio.

—Chhhssttt, Dem —le riñó Baltar—. Silencio, cariño.

—Abuelo, tengo miedo. Vámonos a casa.

—Lo sé, cielo; no te preocupes, enseguida nos iremos.

Cuando se materializaron en el interior de la torre, Baltar sopesó sus opciones. La presencia de su nieta había sido un desgraciado accidente, pero ya no podía ponerle remedio: se encontraban en una estancia sin salida aparente, no tenía medio de comunicarse con la elfa, y no podía dejar a la niña sola mientras él se adentraba en lo desconocido.

—Abuelo, tengo hambre.

—Yo también, cariño —dijo Baltar—. Ahora sé buena y no hables, recuerda que estamos jugando al escondite y no queremos que nadie nos descubra, ¿verdad?

Dem negó con la cabeza, balanceando su coleta. Baltar le sonrió, le revolvió el pelo con una mano excesivamente rígida y reemprendió la marcha. Desde su entrada solamente habían atravesado túneles vacíos, sin encontrar ningún tipo de habitáculo o estancia. La distancia que habían recorrido, por otra parte, excedía con mucho la que calculó que medía el ancho de la torre en su primer vistazo al exterior de la misma. «El tiempo y el espacio obedecen a distintas reglas en el interior», había dicho la elfa. Al recordar las palabras de su supuesta samaritana, Baltar se prometió que cuando saliera de aquella ratonera iba a tener un pequeño intercambio de impresiones con ella.

—Abuelo...

—Dem, por favor, te he dicho...

—Abuelo, tengo pipí.

Baltar se paró y miró contrariado a su nieta.

—Cielo, tendrás que aguantarte.

—No, no, no, no, no. No puedo. —Dem se agarró el bajo vientre y comenzó a dar saltitos—. Tengo pipí, abuelo. Pipí, pipí.

Temiendo una rabieta, Baltar acercó a su nieta a la pared del túnel y le ayudó a desvestirse.

—Muy bien —susurró—, hazlo lo más deprisa y en silencio que puedas, ¿vale?

Dem asintió. Mientras ella se aliviaba Baltar vigilaba la penumbra, lidiando estoicamente con lo absurdo de la situación. Cuando la niña terminó, la ayudó a recomponer su vestuario.

—¿Has terminado del todo? No vamos a volver a parar, así que si tienes ganas de hacer algo más, dilo ahora. ¿Dem?

—No tengo más ganas, abuelo —le contestó la niña antes de regresar a su mutismo.

Reanudaron la marcha. Poco más adelante, un óvalo de claridad colgando en el muro indicó a Baltar que se acercaban a una nueva bifurcación. Se pegó a la pared opuesta para aproximarse cuando la sangre se detuvo en sus venas. Dentro del óvalo apareció una sombra que creció en tamaño conforme su dueño se acercaba a la encrucijada.

Baltar se encogió, protegiendo el cuerpo de la niña con el suyo. Parapetados tras unas piedras, se mantuvo lo más resguardado posible para observar la irrupción del extraño en su túnel. La luz era insuficiente para poder distinguirlo con claridad, pero lo que veía le dejó sin aliento. Era más alto que él, más incluso que un humano. Le recordaba en parte a éstos, pero poseía un número erróneo de miembros que se movían en ángulos extraños. Parecía deslizarse más que andar, y de su cabeza brotaban unas largas antenas.

Baltar cubrió la boca de su nieta mientras la apretaba contra su pecho. La criatura pasó cerca de su escondite. Su espalda estaba cubierta por un enorme caparazón y de la cabeza negra y redonda surgía un escalofriante siseo. Con el pulso atronándole las sienes, Baltar

contuvo la respiración, hasta que el extraño ser se alejó lo bastante como para sentirse seguro exhalando de nuevo. Acarició la cabeza de su nieta, tranquilizador, y se disponía a reanudar la marcha cuando observó cómo la criatura se detenía. Sus antenas se agitaron frenéticamente en el aire unos segundos hasta quedarse fijas, señalando una dirección que usó para orientar su avance, tirándose al suelo y desplazándose en círculos cada vez más pequeños. Aterrado, Baltar reconoció la zona como el rincón que habían usado como aseo.

La criatura pegó su cabeza al charco entre sonidos de olfateo. Se enderezó de un salto, estirando unas antenas que reanudaron su alocado movimiento hasta fijarse en una nueva dirección, apuntando directamente hacia ellos.

—Oh, joder —exclamó Baltar mientras la cabeza de la criatura se abría en unos aterradores pétalos de carne repletos de dientes.

12. Exposición

—Rápido, al suelo.

Ilargia frenó su carrera cayendo más que tumbándose sobre la hierba. Trató de sofocar sus jadeos con la mano mientras su compañero, echado a su lado, se alzaba cauteloso para otear el panorama; al imitarle, observó a una patrulla volviendo a la ciudad. Desde que sonaron los cuernos, tanto ella como Madt se habían visto forzados a cambiar su descansado caminar por una alocada huida de un escondite a otro, manteniéndose fuera de la vista de los guardias siempre por escasos segundos. No creía ser capaz de mantener ese ritmo durante mucho más tiempo.

Mientras recuperaban el resuello, la patrulla se perdió tras una curva.

—Muy bien —dijo Madt, señalando frente a ellos—. A mi señal, saldremos corriendo hacia aquel grupo de árboles, ¿entendido?

Ilargia asintió en silencio. La actitud de su compañero había cambiado radicalmente, desvaneciéndose la sonrisa de su rostro, y, extrañamente, aquello era lo que más la inquietaba.

—Señor... Madt, necesitamos parar.

—No es posible por ahora, estamos en una zona descubierta con demasiadas horas de luz por delante; necesitamos un lugar donde escondernos, y pronto.

A la señal convenida, ambos partieron a toda velocidad. En esos momentos, cuando se encontraban a la carrera entre un refugio y otro, la sensación de vulnerabilidad la abrumaba. Allí estaba ella, indefensa y a plena vista; en cualquier instante, un soldado de los cientos que parecían

poblar los bosques podía surgir de detrás de un árbol, o asomar por el sendero, y todo se acabaría. Así de fácil.

Aunque no sería en aquella ocasión: una vez más, alcanzaron su destino sin percances. Mientras ella combatía la fatiga que amenazaba con asfixiarla, Madt se arrastró hacia la maleza.

—Enseguida vuelvo, no os mováis de aquí.

Podría haberse ahorrado el aliento —pensó una Ilargia que no sería capaz de continuar aunque se lo propusiera. Un poco más adelante, unos arbustos se movieron. Se escondió por reflejo, pero comprobó que no tenía motivos para preocuparse cuando una silueta familiar pasó entre las ramas, moviéndose grácilmente sobre sus cuatro patas. Bruma asomó primero las orejas, luego los ojos, y por último el resto de la cabeza; saltó como un resorte, atravesando el camino sin tocar el suelo, y se internó en la espesura. Aunque al principio la idea de tener a un animal salvaje rondándoles no le hacía especialmente feliz, conforme pasó el día se sorprendió buscándola en el paisaje a cada cambio de emplazamiento. Su presencia la hacía sentir más segura.

Ilargia dio un respingo cuando Madt regresó.

—Pinta mal —le dijo éste—. Entre las tropas salientes y las entrantes los caminos están atestados de soldados, debemos permanecer ocultos hasta que la cosa se calme. Y ahora, las buenas noticias: he encontrado algo que nos servirá, siempre que no esté ocupado. Seguidme.

Agachados, descendieron por un repecho del camino hacia el bosque. Unas zarzas y algunos arbustos después alcanzaron su destino: una granja compuesta por un edificio principal, granero, establos, unos reducidos campos de cultivo y, observó Ilargia con alivio, ningún habitante a la vista. Una última carrera y estaban en la puerta.

—¿Y si hay alguien dentro? —preguntó.

—Nuestras opciones escasean, señora. Tendremos que arriesgarnos.

Madt giró el picaporte y la puerta chirrió desgana. Con suma precaución, accedieron a la hacienda. Su compañero le indicó por gestos que le esperara en aquella habitación mientras él exploraba el resto. Ilargia se situó detrás del sillón más grande que encontró y obedeció, atenta al más mínimo ruido, pero la propiedad parecía deshabitada. Un Madt visiblemente más relajado se lo confirmó en su regreso.

—Nadie, hemos tenido suerte. Ya que estamos aquí, aprovechemos para buscar víveres, nos harán falta si queremos recuperar el ritmo de la marcha.

—Los amigos de los que hablasteis... ¿Esperarán?

—Sí, pero no eternamente, también ellos tienen tareas por hacer y escaso tiempo para ello. —Registraron cajones y estantes en la cocina—. No cojáis nada demasiado pesado o voluminoso, solo necesitaremos aguantar un par de días como mucho.

Ilargia prefirió no hacer cábalas sobre lo que podría pasar tras esos días si no localizaban a los misteriosos asociados. En un saco encontró una hogaza de pan, mientras su compañero le mostraba triunfante una ristra de embutidos.

—Suficiente —le dijo—. Cojamos algo de beber y vayamos al salón a descansar.

Tras el sillón que había resguardado a Ilargia partieron las viandas. Mientras comían, Madt permanecía asomado a la parte inferior de la ventana.

—Señor, no quiero parecer desagradecida, pero... —Ilargia titubeó un momento antes de continuar—. Tengo demasiadas preguntas rondándome, y me gustaría obtener respuestas.

—¿Por ejemplo? —contestó Madt sin apartar la mirada del exterior.

—¿Quién sois? ¿Quiénes son vuestros amigos? ¿Por qué me ayudasteis?

—Demasiadas preguntas, desde luego —sonrió sin humor—. Mi identidad no es relevante, solo soy un amigo cuando más necesitabais uno. ¿No es suficiente?

—Ya no —contestó Ilargia—. Nos estamos jugando la vida, en cualquier momento podemos ser apresados, o algo peor, y ya no volveríamos a vernos; siento que me merezco esta deferencia, al menos.

—Mi nombre ya lo sabéis, así que no es eso lo que me estáis preguntando. —Se subió la manga derecha y mostró su tatuaje—. Os referís a esto, ¿verdad?

Ella asintió

—En efecto, supuse que debía ser importante al ver cómo lo cubríais en las celdas. ¿Qué es?

—Un dragón, el símbolo de nuestra organización. —Madt se bajó la manga y reanudó su vigilancia—. Mis amigos y yo somos tachados de rebeldes y criminales por el actual rey.

—¿Por qué motivo?

—Tenemos motivos, creedme. —Una chispa brilló en sus ojos—. Durante demasiado tiempo ese tirano ha ocupado un trono que no le pertenece; nosotros nos encargaremos de solucionarlo.

Ilargia calló unos instantes, pensativa.

—¿Por qué me liberasteis?

—¿Preferiríais que os hubiera dejado allí?

—Por favor, basta de bromas, me estáis ocultando algo y deseo saberlo. ¿Por qué me salvasteis? ¿Tiene algo que ver con vuestra cruzada contra el rey?

Madt dejó de vigilar el exterior para observarla; no había en sus ojos el menor rastro de humor. Se disponía a responder cuando un ruido fuera hizo que se asomara de nuevo y rápidamente volviera a agacharse.

—Jinetes —dijo mientras se arrastraba por el salón—. ¡Deprisa, debéis esconderos!

Madts abrió uno de los armarios y comenzó a revolver la ropa.

—Rápido, bajo estas prendas no os verán.

—Pero, ¿y vos?

—Iré a la habitación del fondo, hay un arcón donde podré ocultarme. Ahora entrad ahí y permaneced en silencio.

Ilargia se contorsionó dentro del armario y una lluvia de telas la engulló. En el oscuro interior de su refugio refulgía un punto brillante sobre la madera; acercó a él su cara y pudo observar la habitación a través de un agujero.

El salón se encontraba vacío y los sonidos del exterior habían cesado. Durante unos momentos nada sucedió. *Puede que hayan pasado de largo* —pensaba, cuando unos golpes atronaron la estancia.

—¡Abran, abran en el nombre del Rey!

A Ilargia le invadió el extraño impulso de salir de su escondite y dar la bienvenida a los visitantes. Cogió una prenda y la retorció entre sus manos.

La llamada se repitió unas cuantas veces más, sin respuesta. Al poco, la puerta cedió ante un fuerte golpe y los soldados comenzaron a atravesarla.

—Parece vacía —dijo uno.

—Pareceres no pagan salarios —le contestó un hombretón calvo—, certezas sí; aseguraos.

Los hombres se desplegaron por la casa. En la cocina, uno de ellos registró todo el mobiliario, volcando su contenido en un estruendoso alboroto; dos más tomaron el camino que había emprendido Madt hacia el interior de la vivienda, y los dos restantes permanecieron en el salón.

Mientras el gigantón se asomaba a la chimenea, su compañero inspeccionaba el resto de la estancia. Ilargia sintió un escalofrío al verle, no sabía si provocado por su apariencia o por el cuchillo que portaba en la mano. Pareciendo notar su mirada, el hombre del puñal reparó en el armario. Ilargia aguantó la respiración mientras el campo visual enmarcado por el agujero se iba rellenando con su figura al aproximarse: vestía de negro de pies a cabeza, como negra era la cabellera que cubría su cara, y la capa que le ondeaba alrededor de los tobillos, al compás de sus pasos. Ilargia tuvo la impresión de estar ante un escalofriante hombre-pájaro, un ave como las que, en las leyendas que le contaban en el templo, acuden en nuestro último suspiro a transportar nuestra alma al más allá. El agujero se cegó cuando el hombre llegó junto al armario. Ilargia visualizó sus manos aferrando el cierre de la puerta cuando unos gritos rompieron la tensión.

—Señor, hemos encontrado algo —dijo uno de los soldados—. Parecen los dueños de la granja.

—Último «parece» gratis, el próximo os lo cobraré.

—Deben de serlo, pero no podemos preguntárselo: están los dos muertos.

La sorpresa golpeó a todos los habitantes de la sala por igual.

—Y en uno de los establos hay forraje, pero no caballo —añadió un soldado que se había quedado examinando el exterior—. Parece que hemos llegado tarde.

—¿Rastro?

—Unas huellas de herraduras parten desde el establo, y son frescas.

—Suficiente —atajó el calvo—. Cabalguemos la pista.

Los soldados salieron con presteza, mientras el hombre cuervo y el gigantón mantenían un encuentro privado antes de unírseles. Ilargia suspiró aliviada cuando oyó el ruido de los cascos. Al salir del armario, observó por la ventana cómo cinco jinetes partían tras el caballo extraviado. No fue consciente de que Madt se le había unido hasta que éste empezó a hablar.

—Por los pelos.

—Ha sido... yo... Creía que estábamos, que nos iban...

Sintió unos pinchazos en el pecho. Por mucho que lo intentaba, no podía dejar de temblar.

—Ha sido horrible, lo tenía delante, iba a entrar, iba a cogermelo, lo tenía delante, casi podía olerle, oler su aliento, lo tenía delante, e iba a...

Madt la zarandeó con suavidad. Ilargia calló, aturdida, y antes de darse cuenta estaba abrazada a él. Le apretó la cabeza contra el hombro mientras sus brazos la rodeaban con firmeza. Permanecieron así unos instantes hasta que por fin pudo hablar de nuevo.

—No lo vamos a conseguir, ¿verdad?

Madt la separó con suavidad para contestar.

—Por supuesto que sí —dijo con una sonrisa a la que el cansancio restaba convicción—. Alteza, somos demasiado listos para ellos, y esta experiencia nos ha demostrado que vuestra diosa vela por nosotros.

—Siento haber perdido el control —repuso ella, deshaciendo el abrazo—. No estoy acostumbrada a este tipo de tensión.

—No debéis disculparos por nada. Y gracias a este incidente, disponemos de más tiempo para descansar: los soldados tardarán en volver por este sitio, si es que lo hacen.

—No eran soldados —dijo Ilargia—. No todos. Habían dos personas extrañas con ellos: un hombre alto, calvo, muy grande y musculoso, y un hombre, un ser... Solo acordarme de él me eriza la piel.

—¿Moreno, pelo largo, gran nariz?

—En efecto; ¿los conocéis?

—Para mi desgracia. —Un gesto preocupado volvió a la cara de Madt—. Se trata de dos cazarrecompensas, y muy peligrosos. Su Majestad está realmente interesado en nuestra captura.

—Cazarrecompensas —dijo Ilargia—. Sí, parecían más relacionados que los otros, más compenetrados. De hecho, fueron los últimos en abandonar la casa, tras intercambiar unas palabras.

La risa de Madt desconcertó a Ilargia.

—No dudo de vuestra vista, señora, pero vuestro oído debería revisarse. Es imposible que hayáis oído hablar a Espolón, es mudo.

—¿Espolón?

—El moreno, Grillete es el peinado con gamuza —contestó su compañero—. El pobre perdió la lengua en un interrogatorio particularmente minucioso.

—Extraño —insistió ella—, vi a ambos comentar algo antes de salir.

—¿Pero lo oísteis?

Ilargia hizo memoria.

—No, la verdad, estaban bastante lejos. Les vi pararse uno frente a otro y, ahora que lo pienso, no vi sus labios moverse, solo sus manos.

—¿Sus manos? ¿De qué manera?

—Bien, era algo como esto. —Ilargia comenzó a imitar lo visto escasos momentos antes—. Y Espolón hizo... —Su mano apuntó a sí misma, luego al suelo, y finalizó con un movimiento circular—. Algo así.

Madt había palidecido. Se giró mientras sacaba la daga pero el puñal de Espolón fue más rápido y se clavó hasta el mango en su pierna derecha. Con un gruñido de dolor, cayó de costado sobre una mesa.

Con su enemigo más peligroso en el suelo, Espolón abandonó su escondite y se dirigió hacia ellos mientras Ilargia ayudaba a Madt a levantarse.

—Silencioso como una serpiente, e igual de traicionero —dijo éste, incorporándose trabajosamente—. No has cambiado nada, Espolón.

El cazarrecompensas ignoró el comentario y siguió avanzando. Su mano salió de debajo de la capa con una nueva daga en ella. A medio camino, un rugido ensordecedor precedió la entrada en escena de una sombra que se lanzó contra Espolón, fusionándose con él en una única masa negra que, tras rodar unos segundos por el suelo, se separó de nuevo con un agudo gemido.

—¡Bruma! —gritó Madt mientras la pantera abandonaba la casa por la ventana por la que había entrado, dejando un reguero de sangre tras de sí—. Hijo de perra, si la has matado ya puedes ponerte a bien con tu creador.

Madt consiguió ponerse en pie con dificultad, empuñando la daga que hasta hace un instante adornaba su muslo. La pernera de su pantalón se oscurecía al empaparse de la sangre que manaba por la herida abierta. El cazarrecompensas se irguió en silencio y reanudó su marcha, imperturbable. Madt apoyó todo su peso en la pierna buena para impulsarse hacia su rival, buscando sorprenderle con una embestida directa, pero la distancia era excesiva: el ataque fue fácilmente esquivado por Espolón, que aprovechó su desequilibrio para lanzarle una patada al miembro herido. Madt gimió de dolor y cayó de nuevo sobre el costado.

Espolón alejó de una patada la daga de su oponente y le levantó cogiéndole del pelo. Una vez lo tuvo a su nivel, Madt reaccionó aferrándole la mano del arma y tratando de volverla contra él. Por desgracia, Espolón estaba firmemente anclado con ambas piernas, y utilizó ese apoyo para empujar a su adversario hacia el suelo, volviendo su equilibrio más y más precario. Ambos contendientes comenzaron a rotar sobre el eje formado por sus manos, enzarzadas en la lucha por el control del arma. El trabado forcejeo parecía inclinarse a favor de Espolón, al tiempo que la espalda de Madt se arqueaba sobre su pierna herida y la punta del acero se aproximaba a su cara, hasta casi rozarla. La refriega había apartado el cabello del rostro del cazarrecompensas y permitía contemplar su expresión: sus ojos saltones observaban con sorna a su rival, y su boca sonreía con salvaje alegría, anticipando su triunfo.

Pero algo comenzó a cambiar. El arma fue alejándose del cuerpo de Madt mientras su espalda se enderezaba y sus piernas recuperaban

la fuerza. Confundido, Espolón miró hacia el muslo herido y frunció el ceño al encontrarlo bañado de un etéreo resplandor azul. Con una mueca de furia, descubrió en la olvidada llargia la fuente de dicha luz; más concretamente, en su mano derecha, desde la que el resplandor flotaba hacia el muslo de Madt y cerraba la herida.

—Qué perra es la vida a veces, ¿eh? —dijo Madt antes de girar las muñecas, doblar los brazos de su adversario y clavarle la daga bajo la garganta.

llargia, por su parte, continuaba semiinconsciente en el sillón. Durante el resto de su vida mantendría un recuerdo nebuloso de aquel incidente, siéndole imposible recordar nada con claridad a excepción de un único detalle, uno que se instalaría en lo más profundo de su subconsciente para, desde allí, aprovechar la menor oportunidad de asaltarle en sus peores pesadillas: el grito de agonía de un hombre sin lengua.

13. Punto ciego

Tras pasar tres horas tumbado mirando el techo decidió desistir de su intento por dormir. Cogió la nota encontrada en su bolsa y la releyó una vez más. Seguía costándole asimilar que su padre hubiera recurrido a semejante curso de acción, ya que pese a que en teoría nada impedía la comunicación entre invitados de palacio y sus familiares, el protocolo dictaba un tácito alejamiento de los progenitores, dejando al hogar de acogida libertad absoluta para tratar con el invitado hasta que el período de gracia finalizara. Por ello, Elandir temía que algo grave hubiera pasado.

Al descubrir el mensaje, su primera reacción fue volver corriendo a la posada, pero cuando llegó, Kera se había marchado y nadie supo decirle donde vivía, por lo que tuvo que regresar a su pequeño refugio a esperar la hora convenida navegando un mar de cábalas.

Las desgracias familiares estaban descartadas, algo de esa importancia habría llegado al palacio de Hyrdaya. Tampoco contaba con un levantamiento de su «condena», ya que en ese tema la última palabra recaía en el monarca humano. ¿Cuál era, pues, el contenido de ese misterioso mensaje? ¿Algún otro tipo de desgracia? ¿Algo tan terrible que debía ser transmitido solo entre miembros de su especie?

En esas había pasado la tarde hasta que finalmente cedió a la impaciencia y regresó a la taberna, a esperar allí el regreso de la elfa. Fuera, la tibieza del ocaso le dio la bienvenida a unas calles bastante más concurridas que al mediodía. Cientos de nobles y burgueses partían hacia las celebraciones propiciadas por la proximidad de la boda real. Un vasto caudal humano recorría las principales arterias de la ciudad, alimentándose de afluentes menores hasta desembocar en palacio, en

cuyos jardines disfrutarían de bailes y banquetes hasta altas horas de la noche.

Rebasado el palacio, el paisaje varió pero no la concentración de gente. A ambos lados de la calle se posicionaban ahora carros que exponían sus entrañas repletas de mercancías a los transeúntes. Entre la marea humana, el ojo experto de Elandir descubrió aquí y allá carteristas, tahúres y gente de similar o peor calaña. Aquellos con los que cruzaba la mirada rápidamente desaparecían de la vista, pero sabía que solo conseguía una victoria temporal, ya que no tardarían en reaparecer en otro punto de la zona, con nuevas ropas y puede que incluso con nuevo rostro.

Si la calle le pareció atestada, debería buscar un nuevo adjetivo para describir el interior de la taberna. Una desmesurada cantidad de cuerpos se hacinaban en ella de tal manera que era imposible discernir el color del suelo. Abriéndose paso con una mano mientras se aferraba a su bolsa con la otra, Elandir llegó hasta la barra. Estiró la cabeza por encima del gentío buscando a Kerajêen, pero no la veía por ningún lado.

—¡Eh! —llamó hasta que consiguió que una camarera le atendiera—. Dile a tu jefe que Elandir está aquí y quiere verle. ¿Hay alguna mesa donde pueda esperarle?

La camarera señaló hacia una mesa con las sillas volcadas sobre ella y atadas unas a otras formando un círculo. Elandir desató una de las sillas y se sentó. Golpeó la mesa con su dedo índice para, progresivamente, ir agregando distintas partes de su cuerpo a la tarea, hasta acabar ejecutando una complicada secuencia de percusión con los dedos de ambas manos, acompañada por un taconeo nervioso de su pierna derecha. Cuando se percató, se cruzó de brazos y cesó su rítmica espera. Hacía tiempo que no sentía semejante ansiedad, y aunque a un nivel superficial lo achacaba a las noticias de su padre, en su interior

sospechaba que el volver a ver la sonrisa de Kera influía. Casi agradeció la llegada del tabernero.

—Buenas noches, señor Elandir, es una inesperada alegría verle de nuevo por aquí tan pronto. Debería ir pensando en abrirle cuenta de cliente, ¿no le parece? —le sonrió cómplice.

—Buenas noches —contestó Elandir—. Veo que el negocio marcha.

—Os lo dije, señor, ¿no os lo dije? Una semana magnífica, sí señor. Ahora comprenderéis por qué no podía permitir que un estúpido altercado me hiciera perder ni un solo día.

—¿Por qué no me habías dicho que tenías una elfa trabajando para ti?

—¿Yo? — El rostro del tabernero pasó de la sonrisa conciliadora a un sorprendido candor—. Bueno, no pensé que debiera. Quiero decir, no es nada ilegal, ¿no, señor?

—No, no lo es —concedió Elandir; tremendamente inusual, sí, pero no ilegal.

—Aunque ya sabes que me gusta estar informado de cualquier cosa que pase en la ciudad —continuó—. Una elfa no es algo que se vea todos los días por aquí. ¿Desde cuándo trabaja para ti?

—Hará una semana que llegó —dijo el dueño—. Me vino muy bien, ya que con el aumento de la clientela por la boda estamos faltos de personal. Y el ajetreo de esta semana me ha impedido comentaros nada al respecto, señor.

Elandir chasqueó la lengua.

—¿Te ha dicho de dónde viene?

—¿A mí? Oh, no, señor, solo pregunté si tenía problemas con la justicia y si sabía servir mesas, nada más.

—De acuerdo. No tardará en llegar, en cuanto la veas dile dónde estoy.

El tabernero se perdió de nuevo en la vorágine de cuerpos, retomando Elandir su solitaria espera. Buscando un escapismo que la amenizara, dejó que sus pabellones auditivos recogieran cuantas conversaciones se encontraran en su radio de acción.

... una oveja, eso me dijo...

... el Caballero Dragón participará...

... espero que al menos se lave las manos después de mear en nuestras cervezas...

... como si hubieras visto al Caballero Dragón, tú o alguien...

... ¿La morena? Deberías ser menos ambicioso...

... déjalos que disfruten, el Caballero Dragón sabrá darles lo que merecen...

... Caballero Dragón...

... Caballero Dragón...

Elandir cesó la escucha. Por si no hubiera ya bastantes preocupaciones no paraban de surgir nuevas, y ésta era particularmente intrigante. Cuando pasara por palacio debería hablar con Dunrel por si él disponía de información al respecto.

Pero eso sería en otro momento, ya que de entre el gentío surgió la esbelta silueta que había poblado sus pensamientos toda la tarde.

—Señor Elandir, un placer volver a verle. —Él se levantó para saludar y ofrecerle el asiento—. Qué caballeroso, muchas gracias —dijo ella con sorna.

—Kera, tenemos que hablar —comenzó Elandir sentándose a su lado—. Esta mañana me habéis mentido.

—Culpable. —La elfa se llevó la mano al pecho—. Vamos, no me miréis así, fue una mentirijilla inocente. Esta mañana no os conocía, y antes de deciros la verdad sobre mi presencia aquí decidí jugar un poco e inventarme una historia.

—Muy divertido, pero ahora me gustaría oír la verdad.

—Tan guapo como aburrido, tal como me dijeron —resopló Kera—. Está bien: como os dije esta mañana, vengo a dejaros un mensaje de vuestro padre.

—Dádmelo, pues.

—Me temo que no lo llevo encima. Oh, tranquilizaos, por favor —reaccionó Kera al enfado de su contertulio—. Pensé que era mejor que dispusiéramos de un poco de intimidación, nunca se sabe qué ojos pueden estar observando y más en este antro.

—Muy bien —cedió Elandir—, lo seguiremos hablando fuera. Respecto a mi encargo, ¿localizasteis a los hombres?

—Ya lo creo que sí. —Kera miró por encima del hombro de Elandir—. De hecho, no tenéis más que giraros y los veréis. No con tanta brusquedad, disimulad un poco; girad más lentamente, más... ¿Veis aquella mesa al lado de la ventana?

Elandir asintió; en la mesa se encontraban bebiendo cuatro individuos de tosca apariencia.

—Pues esos son vuestros hombres. Estuvieron un buen rato sentados hasta que la pelea comenzó, momento en que fueron directos a atacar a los guardaespaldas de los nobles. Y ahora, si me disculpáis, debo regresar a mis glamurosos deberes.

Kera se levantó, apartó la silla con un movimiento de cadera y regresó a la barra. Elandir, por su parte, continuaba estudiando a los ocupantes de la mesa. A primera vista, no los relacionó con ningún tipo de actividad criminal. De su aspecto dedujo que debían dedicarse a algún trabajo eminentemente físico, y de sus ropas que se trataba de uno no muy bien remunerado. Si alguien buscaba los servicios de unos matones a un precio económico, aquellos parecían los candidatos adecuados.

Se abrió paso a empujones hasta la mesa. Al verle llegar, los hombres callaron y le observaron.

—Buenas noches, caballeros —dijo Elandir, de pie entre dos de ellos—. No es necesario que se levanten, solo voy a hacerles unas preguntas.

—Buenas noches a ti, elfo. No es necesario que te sientes, no vamos a contarte una mierda.

Un coro de carcajadas celebró la respuesta mientras Elandir trataba de mantener la compostura. El que había hablado, un hombre alto con la cabeza sembrada de mechones de pelo negro, le miraba burlón con su único ojo sano, ya que el otro estaba nublado por una sustancia lechosa. A su derecha se sentaban dos muchachos, uno sobre la edad de Elandir siendo el otro bastante más joven; la semejanza en sus rasgos hacía suponer que eran hermanos. Un robusto, grasiento y no especialmente agraciado ejemplar de ser humano completaba el lote.

—Quizás debería haber empezado presentándome —continuó Elandir cuando las risas cesaron—. Caballeros, mi nombre es Elandir, soy el capitán de la guardia de la ciudad, y como tal les pido que contesten mis preguntas.

—¿Capitán? Claro, y yo soy el comandante, y aquí mi compadre es el jodido Rey en persona. —Una nueva oleada de risas se estrelló contra el ego de Elandir—. No quisiéramos ofender, elfo, pero si de veras eres el capitán, ¿dónde está tu uniforme?

La pregunta le escamó. Estaba seguro que toda la ciudad, y aquellos cuatro no serían una excepción, conocía al elfo capitán de la guardia. Por otra parte, el despojo de sus privilegios no era todavía de dominio público, por lo que era imposible que unos ciudadanos como ellos lo supieran o lo utilizaran contra él con tanta confianza.

—Me temo que no ha comenzado aún mi turno, pero no debemos dejar que un tecnicismo oculte el hecho de que, como representante del Rey, deben colaborar conmigo en todo lo que les pida, ¿no están de acuerdo?

—Hay quien dice que tu turno ha sido pospuesto indefinidamente, elfo —dijo el hermano mayor.

Elandir reprimió una sonrisa.

—¿Y quién, si puedo preguntar, dice tal cosa?

El hombre calló de inmediato y miró a uno de los que todavía no había abierto la boca.

—Gente, nadie en concreto —intercedió el tuerto, retomando la conversación—. Es solo un rumor, pero por lo visto tiene parte de verdad.

—Para ser sinceros, tiene toda la verdad —admitió Elandir—. Y en efecto, nada os obliga a contestar las preguntas de un ciudadano de a

pie, pero permitidme apelar a vuestra conciencia ciudadana y buena fe para obtener vuestra colaboración. Además —añadió—, puede que yo haya perdido mi autoridad, pero podéis estar seguro de que mis amigos de la guardia la conservan, y no estarán muy complacidos de saber que os habéis negado a ayudar a un compañero. La relajada confianza mostrada hasta ese momento se desvaneció de sus caras. De nuevo, el tuerto se erigió en portavoz.

—Muy bien, puedes preguntar, pero desde ya te digo que te equivocas de hombres: somos unos simples estibadores descansando tras un duro día de trabajo, nada que sea asunto de la guardia.

—No, pero sí lo es aceptar dinero para atacar a invitados de palacio. De hecho, el coste puede ser superior a lo que podáis permitir.

—Eso es mentira, nosotros no hemos atacado a nadie.

—He hablado con varias personas que os vieron, algunas de las cuales tienen bastante credibilidad para su Majestad —faroleó Elandir—. No os preocupéis, no voy a deteneros, siempre y cuando me digáis quién os lo encargó.

—El nombre no nos lo dijo —dijo el hermano menor tras un silencioso intercambio de miradas entre los cuatro—. Se acercó y nos ofreció un buen dinero por el numerito de ayer. Insistió mucho en que solo debíamos ayudar al hombre, sin necesidad de matar a nadie. No vimos nada de malo en sacarnos un sobresueldo y, de paso, sacudir algunos traseros mirtenses.

—¿Dónde os encontrasteis?

—Nos abordó aquí, tal como has hecho tú. Por sus pintas, debe tratarse de algún burgués-culo-gordo. Suele venir a menudo, parece que le agrada el servicio de este local —terminó el joven mientras compartía una sonrisa con su hermano.

—¿Está aquí ahora?

Los cuatro se miraron de nuevo.

—Está —confirmó el mayor señalando hacia otra mesa—. ¿Ves a esa preciosidad de allí? La bola de grasa que usa como asiento es quien nos contrató.

Elandir dejó a los hombres y se dirigió con gesto fastidiado hacia su nuevo objetivo. A unos diez cuerpos de distancia el hombre reparó en él, se levantó derribando mesa, silla y chica, y salió del local. Maldiciendo, Elandir incrementó la presión en el hombro que usaba a modo de cincel para perforar el muro de gente. Alcanzó el exterior a tiempo de ver a su presa desaparecer por una callejuela. Como soldado y elfo, poseía una excelente forma física, mientras que su objetivo se había desfondado antes de abandonar la taberna. La persecución apenas se prolongó un par de bloques antes de finalizar en un callejón sin salida.

Elandir echó mano a su espada y agarró un puñado de aire en su lugar. Deseando haber pensado más en su seguridad que en cumplir las leyes de su suspensión, se dirigió desarmado hacia el sospechoso, tratando de proyectar seguridad en sus ademanes.

—Es inútil que corra, sabemos quién es y lo que ha hecho, no puede huir.

—¡No, no es cierto! ¡Yo no he hecho nada! —El hombre cayó de rodillas, implorante.

—Vamos, tranquilícese —dijo Elandir—, no voy a hacerle daño, pero necesito que conteste a unas preguntas. ¿Por qué pagó a esos hombres para ayudar a un criminal en la pelea de ayer?

—Yo no pagué a nadie, no conozco a ningún criminal ni sé de lo que me está hablando —balbuceó—. Déjame en paz, soy un ciudadano importante de esta ciudad. Te lo advierto, elfo.

—Elfo Capitán de la Guardia —puntualizó Elandir—. Unos matones me han asegurado que les pagasteis para provocar una pelea contra diplomáticos de Mirtis.

El hombre se derrumbó y comenzó a sollozar.

—No, no es cierto, soy inocente. Yo solo soy un comerciante, ni siquiera estaba interesado. Fue el elfo, sí. Ese maldito elfo oscuro es el culpable de todo.

—¿Elfo oscuro? —El anhelo prendió en Elandir—. ¿Qué elfo oscuro?

—Agural, dijeron que se llamaba Agural. Ellos me obligaron, me pusieron en contacto con él y me obligaron a hacer lo que me pedía. Dijeron que era lo mejor para nuestros negocios. Lo siento, de verdad, cuánto lo siento.

—¿Quiénes son ellos?

—Creo que ya has agotado tus preguntas de hoy, elfo —sonó una voz a su espalda.

Al girarse, Elandir descubrió a los cuatro hombres de la taberna de pie frente a él, bloqueando la salida. En sus manos refulgía el acero. Su prisionero recuperó milagrosamente las fuerzas y se escabulló entre ellos sin dejar de disculparse.

—Bajad las armas ahora mismo —dijo Elandir mientras retrocedía con cautela—. Soy miembro de la guardia y un invitado personal del Rey, si me dañáis pagaréis con vuestra vida.

—Alguien no va a salir vivo de aquí, en eso llevas razón —rió el tuerto—. Verás, elfo, en estos callejones los galones y credenciales no relucen como debieran. No tanto como el acero, por ejemplo.

—Nadie te verá, nadie lo sabrá, nadie te encontrará —coreó otro—. Eres nuestro, elfo.

Elandir vio interrumpida su retirada por un objeto indeterminado. Palpándolo a ciegas lo identificó como un tonel lleno hasta los bordes de agua y desperdicios. Agarró un trapo cercano y lo sumergió en el líquido.

—¿También os van a pagar por esto?

—Sí. Oh, sí. Y cómo. —El esbirro avanzó hacia él con el cuchillo por delante—. La pelea nos dio para unas semanas de lujos, tu cabeza nos sustentará durante mucho, mucho tiempo.

Acabada la frase se inclinó hacia adelante para asestar un golpe fatal. Elandir sacó el trapo empapado y lo hizo restallar como un látigo. Los elfos no solo poseían unos oídos más afinados que los humanos, también el resto de sus sentidos eran más agudos, lo que les proporcionaba una serie de ventajas aplicables en multitud de ámbitos. Su visión superior, por ejemplo, les dotaba de una excelente capacidad de cálculo de distancias y trayectorias, que hacía de ellos los arqueros más temibles de Vitalis. En esta ocasión, Elandir calculó su golpe para que el trapo, cebado con la energía cinética y la masa del líquido, alcanzara su máxima longitud justo cuando la punta del mismo tocara el ojo sano de su oponente. El impacto provocó que el globo ocular se constriñera, sin llegar a estallar pero despegándose por un instante de la cuenca antes de recuperar su forma. El shock hizo que el hombre cayera hacia atrás, cubriéndose el ojo entre gritos de dolor.

Mientras sus enemigos quedaban petrificados por la sorpresa, Elandir lanzó un nuevo latigazo, esta vez contra el brazo armado del

hombre más cercano. El trapo impactó a la altura de la muñeca y dio un par de vueltas a su alrededor, fijándose con fuerza. Elandir tiró de la tela hacia él, desequilibrando a su adversario. Le agarró mano y arma con la diestra, situó la izquierda en la parte interior de su codo, y le dobló el brazo como si fuera una sábana. La llave impulsó la cuchilla hacia la cara del atacante, donde se introdujo con un crujido óseo. La maniobra terminó con el hombre derrumbándose contra el barril y desparramándose ambos por el suelo.

Los dos asaltantes que quedaban, los que había identificado como hermanos, decidieron guardar mejor las distancias. A pesar de su buen inicio, Elandir se encontraba aún desarmado y en inferioridad numérica. Intentó agacharse a recoger uno de los cuchillos, pero sus oponentes avanzaron rápidamente para impedirlo. Retrocediendo de lado, con cuidado de no cruzar las piernas para no tropezar, trató de utilizar la angostura del callejón a su favor: interrumpía intermitentemente su retroceso, haciendo que sus oponentes se lanzaran al ataque deseosos de acabar la pelea, y lo reanudaba en el último momento, esquivando las acometidas. Al tratarse de dos simples estibadores, sin formación militar, no tardó en surgir la ansiedad en ellos. En uno de esos amagos ambos atacantes avanzaron a la vez, chocando sus hombros. El mayor perdió los nervios y empujó a su hermano contra la pared. Elandir, anticipando ese momento, lanzó un puñetazo al costado desprotegido, aplastando carne contra hígado. El hombre se dobló sobre el impacto y perdió la verticalidad. Elandir proyectó su rodilla hacia la caída del cuerpo, con la suerte de alcanzarle en la cara y partirle la mandíbula.

Tres de cuatro. El combate quedaba ahora igualado, pero por desgracia el callejón terminaba y con él el espacio necesario para esquivar los ataques. El último matón avanzaba cauto hacia un Elandir al que solo quedaba utilizar la pared para impulsarse, e intentar clavar

algún golpe en su adversario antes de que éste hiciera lo propio con su daga.

—¡Señor Elandir!

Ambos luchadores buscaron el origen de la voz: en la boca del callejón lucía ahora una inesperada presencia femenina. Elandir aprovechó el desconcierto de su adversario para golpear con maestría su nariz. El golpe fue de abajo a arriba, provocando al impactar que el triángulo óseo se desprendiera de su posición y viajara hacia el interior del cráneo, hasta quedar incrustado mullidamente en el cerebro. Un hombre comenzó un viaje hacia el suelo y un cadáver lo completó.

—Kera. —Elandir avanzó a trompicones entre los cuerpos diseminados por el suelo—. ¿Qué haces aquí?

—Os buscaba para daros el mensaje y me dijeron que habíais salido. No fue difícil localizaros. —Kera miró a los cuerpos—. ¿Están muertos?

—Algunos. —Elandir cogió a la elfa del brazo y la guió fuera del callejón—. Volvamos a la vista, pueden tener algún amigo esperando y quizás éste sí sepa luchar.

Caminaron hasta una calle ancha y se mezclaron con el gentío. Elandir avanzaba en silencio, escudriñando hosco los alrededores. Kera le seguía espoleada por los tirones que le daba a su brazo.

—Me estáis haciendo daño —le dijo—. Parad ahora mismo. ¡Elandir!

Él la miró como si fuera la primera vez que la veía. La arrastró hacia un lado de la calle y la acorraló contra la pared.

—Fuiste tú —escupió con furia—. Una elfa que llega a la ciudad justo a tiempo de entrar a trabajar en la posada donde se produce la

pelea, y que resulta ser la único testigo que puede ayudarme. Que conveniente, ¿verdad?

—No entiendo a qué os referís —contestó Kera con un tono que a Elandir se le antojó impostado—. Me estáis haciendo daño, si no paráis enseguida voy a gritar.

—Grita, tengo curiosidad por ver quien responderá. ¿Más matones de medio pelo? ¿El hombre de la erupción? ¿O ese jodido elfo oscuro, quizás? —Elandir la empujó contra la pared y acercó su cara hasta que ambos rostros estuvieron casi en contacto. El perfume intoxicó todo su ser—. Adelante, grita.

Kera respondió a la violación de su espacio personal con un fuerte empujón al que acompañó, cuando tuvo distancia para cargar bien el brazo, de una sonora bofetada. Elandir retrocedió, parpadeando perplejo.

—¿Os habéis vuelto loco? —chilló ella—. Ya os dije que fue vuestro padre quien me mandó aquí, en mi casa tengo el mensaje que me confió para que os lo entregara. Por eso estoy en la ciudad: no conozco a nadie aquí, mucho menos a un elfo oscuro, y la única persona en la que creía poder confiar acaba de darme motivos para dejar de hacerlo.

Elandir miró a Kera: sus ojos echaban chispas y su rostro había perdido la jovialidad. Avergonzado por su comportamiento, bajó la mirada antes de responder.

—Perdóname, Kera —se excusó—. Son los nervios. Si no hubieras aparecido puede que yo ahora, bueno, no estuviera aquí.

—De nada —dijo ella ceñuda—. Y ahora que estáis de nuevo entre nosotros, tal vez sea buena idea que digáis un sitio al que dirigirnos.

—Debo regresar a mi casa. Es una especie de escondite, no deben saber que estoy allí; pernoctaré y mañana pasaré revista a algunas caras y nombres. Pero antes, ¿dónde está mi mensaje?

—En casa lo tengo; no os preocupéis, no está lejos. Seguidme.

Tras caminar un trecho alcanzaron su destino: una humilde casa de adobe situada entre un pajar y un molino medio derruido.

—¿Aquí vives? —preguntó Elandir.

—Bueno, no he podido encontrar nada mejor —contestó ella—. Suerte tuve, tal y como está la ciudad, de encontrar aunque solo fuera esto.

—No me parece seguro.

—Sé cuidarme sola, muchas gracias. —Combinó un giro de la llave con un empujón de hombro para abrir—. Esperad un momento y os daré vuestro mensaje. O si preferís entrar...

La expresión de Elandir dejaba bien claro que, entre todas las frases que esperaba oír, aquella ni siquiera era un descarte.

—No, gracias. No hoy, al menos —dijo mientras confiaba que la penumbra ocultara el rubor que sentía brotar en su rostro.

—No sois nada divertido —sonrió ella, entrando en la casa y volviendo a salir al instante con el mensaje. Elandir cogió el rollo y lo examinó: el cierre estaba intacto, y el lacrado correspondía sin duda al sello de su padre. Lo rompió y leyó el contenido mientras Kera respetaba su intimidad.

—Supongo que no servirá de nada, pero debo intentarlo: ¿qué pone?

—Lo siento, es personal —se excusó Elandir.

—Cómo no —bufó ella torciendo el gesto—. Muy bien, pues si ya hemos terminado debería volver antes de que me echen en falta.

—¿Vas a seguir trabajando? —preguntó él— Creía que habías venido a darme el mensaje.

—Siento herir vuestro orgullo masculino, pero vos no sois el único motivo de mi presencia aquí —se burló ella—. No todo lo que os conté esta tarde es falso, la parte donde me fugaba de casa, por desgracia, es cierta. Debo empezar a buscarme la vida en este mundo, y esa taberna es un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar. Bueno, no, no lo es, pero ya me entendéis.

—Si necesitas ayuda, dinero, alojamiento, cualquier cosa...

—Gracias, noble señor, pero como os he dicho, puedo arreglármelas sola. Buenas noches. —Kera le sonrió y se marchó. Elandir observó su partida antes de regresar a casa. Aun con el esfuerzo físico y la fatiga que la bajada de adrenalina iba a provocarle, dudaba mucho de poder conciliar el sueño. Sus sospechas estaban corroborándose, alguien estaba maquinando un complot y, aunque el objetivo era aún desconocido, comenzaban a acumularse los indicios de que se trataba de algo importante. Como el que tenía en el bolsillo.

Sacó de nuevo el pergamino, y releyó el mensaje que había azuzado más sus temores sobre lo que estaba sucediendo que todos los acontecimientos de los últimos días, el mensaje compuesto por una solitaria palabra, escrita en la inconfundible caligrafía picuda y firme de su padre:

«Regresa».

14. Confluencia

Por segunda vez aquel día, cuando abrió los ojos no reconoció el entorno. Tampoco ayudaba que, al estar tumbada boca abajo en el suelo, su ojo derecho se encontrara cegado. Por el izquierdo se filtraba un mosaico monocromo de masas informes flotando sobre fondo gris. Los sonidos le llegaban como una cacofonía distorsionada en la que destacaba sobre el resto un zumbido intermitente e intenso.

Mientras sus sentidos se afinaban, ella se solazaba con la inesperada sensación de bienestar que la recorría en aquel momento. De hecho, no recordaba un solo instante de su vida en el que hubiera estado más feliz y relajada. Extendió sus miembros, pasó las palmas por la hierba húmeda y respiró la fragancia nocturna de la vegetación. Solo había un elemento disonante en aquel precioso y único momento de tranquilidad: ese zumbido intermitente que reverberaba en sus oídos, haciéndose cada vez más grave, más fuerte, más y más próximo...

—¡larga! —Madt continuaba llamándola mientras intentaba levantarla—. Vamos chica, no podemos pararnos ahora, ya casi estamos.

Si le hubieran quedado fuerzas se habría carcajeado. Desde que escaparon de la granja, durante la alocada carrera que su desmayo había interrumpido, había escuchado esa frase un número de veces no inferior al centenar; y, aunque aquella vez fuera cierta, ni su cuerpo ni su mente estaban en condiciones de averiguarlo.

—Señor, dejadme —dijo a Madt—. Por favor, no puedo más. Abandonadme aquí.

—Vamos, chica, arriba. No podemos parar. Ya casi estamos.

Ilargia creyó que su brazo iba a ceder a los tirones de Madt y desprendérsele. A desgana, comenzó a incorporarse, mientras las partes de su cuerpo dañadas en la caída manifestaban su descontento por los cauces nerviosos habituales.

—Arriba, princesa. —Madt le pasó un brazo por el hombro y reanudaron su huida.

Sus perseguidores, los compañeros de Espolón, habían vuelto a la granja apenas finalizó el combate. Madt y ella los vieron entrar justo cuando ellos abandonaban los campos labrados, internándose en la maleza a todo correr y sin poder guardar ya ningún tipo de precaución. A partir de ahí, el único rumbo a seguir era aquel donde la espesura fuera lo más alta y salvaje posible para ocultar su rastro. Durante ese último tramo, Ilargia alcanzó una y otra vez su tope físico y mental, forzándose a superarlo durante una jornada que le pareció eterna. Con la noche cerrada, la sensación de peligro se hizo menos acuciante, su cuerpo comenzó a relajarse y el cansancio y la gravedad hicieron el resto.

—Señor, dejadlo ya. —Ilargia se desprendió del abrazo de su compañero y volvió a detenerse—. Es inútil, no lo vamos a lograr.

—Claro que sí, ya casi...

—Madt —cortó Ilargia—, se acabó. Continúad vos, éste es el final de mi camino.

Él la miró cariacontecido. Cediendo al fin, la cogió de la mano y la guió a una pequeña zanja cubierta de arbustos.

—Muy bien, descansemos un poco.

Se acomodaron entre las ramas y se sentaron uno al lado del otro, tratando de hacer el menor ruido posible mientras sus cuerpos reasignaban las energías empleadas en la carrera hacia otras funciones.

No muy lejos, un lecho de hojas secas crujió bajo el peso de Bruma, que aprovechó el descanso para lamerse la herida que la daga de Espolón había abierto en su costado. Ilargia notó un desagradable regusto ácido en su boca, lo que le extrañó ya que no recordaba haber vomitado, pero una rápida inspección a los jirones en los que se había convertido su vestuario se lo confirmó: el immaculado raso blanco de antaño estaba ahora convertido en un explosivo crisol de colores y texturas.

—Madt —dijo casi sin fuerzas—, ¿qué pasó en la casa?

—¿A qué os referís?

—A lo... a lo que hice, a vos. —Ilargia señaló para ayudarse—. Vuestra pierna. ¿La curé, no es cierto? ¿Cómo?

Madt permaneció en silencio. Aunque el rostro de su compañero se encontraba fuera de su campo visual, ella podía sentir su mirada.

—Sí —le dijo al fin—. Sí, lo hicisteis

—Pero, ¿cómo? Nunca antes había hecho algo así.

Ilargia no tenía un recuerdo claro del incidente. Tras caer sobre el sillón, una sensación desconocida la inundó, como si una parte de su organismo aletargada hasta ese momento se despertara y le dotara de un nuevo sentido. En su visión de la escena se superpuso un esquema de patrones luminosos sobre los cuerpos de los contendientes. La pierna herida brillaba rojiza. Asustada, cerró los ojos y trató de expulsar la acumulación de energía que sentía como un escozor en la parte posterior de sus globos oculares. Su misma esencia vital comenzó entonces a abandonarla y ella no supo cómo detenerla. Tras unos instantes de pánico, el efecto pasó y el escozor se trasladó a su pierna, dejándola insensible por un tiempo.

—No sabría explicároslo, no soy la persona adecuada.

—Por favor, intentadlo.

—Magia. Una especie de magia, al menos —comenzó Madt—; como he dicho, no es un área de conocimiento en la que destaque. En este mundo existen muchos tipos de magia, todos ellos conectados a las distintas formas de energía que lo rigen. En este caso, vuestras habilidades están ligadas a la más poderosa de todas, la vida misma.

Ilargia se miró las manos, de las que había surgido la extraña luz azulada. Ahora le parecían absurdamente vulgares, con sus uñas sucias, su cortes resecos y sus pequeñas manchas cutáneas.

—¿Por qué yo? —preguntó.

—No se puede saber con certeza, su activación puede deberse a un solo factor o a la combinación de varios: herencia maternal, estudio de técnicas curativas, retiro espiritual...

—Mis padres...

—Quizás. —Madt se encogió de hombros—. En cualquier caso, la habilidad puede permanecer latente durante toda la vida, o manifestarse en cualquier momento después de la pubertad. En vuestro caso, creemos que vuestra infancia en el templo y el tiempo empleado en la oración y servicios curativos fue lo que la alimentó.

—¿Y cómo funciona? Es decir, ¿podré volver a usarla, a curar cualquier herida?

—No es tan fácil. No es una energía infinita y todopoderosa, y no sois vos quien la generáis, tan solo sois un... canalizador, podría decirse. Por lo que tengo entendido, no tendríais problemas en curar heridas menores, puede que enfermedades, quizás algunos casos más graves...

—¿Como la muerte?

—No —respondió él tajante—. Nunca, ni siquiera lo intentéis, no poseéis los conocimientos ni la práctica necesarios para lograr tal cosa. Además, cada activación se cobra un precio equivalente en vuestro organismo. ¿No notasteis nada raro tras usarla?

—Mi pierna se quedó rígida durante un buen rato —contestó Ilargia y sopesó unos instantes sus próximas palabras—. Lo sabíais, ¿verdad? Es por esto por lo que montasteis esa mascarada en la cárcel, por lo que se han perdido cuatro vidas ya. Por esta... magia, estos poderes.

—Sí. —Madt se echó a un lado para poder mirarle a la cara—. Sí, así es. Iba a esperar a estar más tranquilos para hablar pero las cosas, bueno, nada ha salido como esperábamos, ¿verdad? —Su sonrisa estaba demasiado desgastada para resultar convincente—. Quién sabe si tendremos otro respiro, así que aprovecharemos éste. Comenzaré por el principio, por Drave.

—Ya os dije que pertenecemos todos a la misma organización, ¿cierto? —Se acomodó contra la pared de su escondite mientras Ilargia asentía en silencio—. Pues él es el fundador, él y su esposa, Ámbar. Los dos dominan la magia, la que por naturaleza corresponde a su raza. Disculpad, se me olvidó comentarlo: ambos son elfos oscuros. Como decía, fue su familiaridad con la magia la que les permitió percibir vuestro poder, encerrado en las mazmorras de palacio, y comprender su valor. Tras discurrir infinidad de planes para sacaros de allí, fui yo quien propuso la idea de una infiltración. Arriesgada, sin duda, pero mis conocimientos de palacio me convertían en la mejor opción para salir victorioso, como así ha ocurrido. Esta noche debíamos encontrarnos, y ellos se encargarían de explicaros mejor la situación y solicitaros ayuda para nuestra causa. Por desgracia, ya no creo que eso sea posible. Noto vuestra animosidad, señora; de acuerdo, tenéis todo el derecho del mundo a sentirnos utilizada, pero pensad que estamos hablando de beneficiarnos mutuamente.

Ilargia trató que su cara no reflejara sus auténticos sentimientos.

—¿Cómo me encontraron? —preguntó.

—¿Cómo hacen los magos lo que hacen? —rió Madt— Puede que a sus ojos, o a sus sentidos, quizás... Supongo que la magia reconoce a los suyos.

—La magia que practican, ¿afecta a los sueños?

—¿Sueños? —Madt recapacitó—. No lo sé. Como digo, no es un campo que domine.

Ilargia no supo dilucidar si decía la verdad o no.

—Pero nunca he practicado esa magia —dijo—, ni siquiera la conocía hasta hace unos momentos.

—No de forma consciente, pero ha estado protegiéndoos todo este tiempo. —Madt le cogió las manos y apretó donde esa mañana un animal desconocido la mordiera—. ¿Os duele? No, ¿verdad? Buscad la herida. —Así lo hizo: las marcas de colmillos se habían borrado de su piel—. Contaos los dientes, buscad caries; ni llagas en la boca, ni heridas en la piel, ni malnutrición. Vuestra salud sería formidable para cualquier persona de vuestra edad en circunstancias normales, no digamos para alguien que ha pasado tantos años desprovista de luz y con el alimento justo para seguir viva.

—¿Cuántos años? Por favor, la verdad. —La firmeza de su voz se resquebrajó conforme completaba la frase.

Madt meditó unos segundos antes de decir:

—Ocho años. Lo siento mucho.

Ilargia no oyó la disculpa de su compañero. Todo su mundo se había reducido a un número. Ocho. Casi la mitad de su vida había

transcurrido entre aquellas paredes, sola en la oscuridad. La idea de volver allí la derrotó. Se encogió y los sollozos escaparon a su control. Madt la rodeó con los brazos y ella enterró el rostro en su pecho.

—No puedo volver —dijo entre lágrimas—. Por favor, no dejéis que me vuelvan a coger, prefiero morir a volver a aquel agujero. Prometedlo.

—No nos cogerán, os lo prometo.

—No. —Ilargia alzó la cara buscando la de su compañero—. Prometed que no dejaréis que me devuelvan a la celda. Si nos capturan, haced lo que mejor se os da e impedid que me cojan con vida.

Ilargia miró directamente a los ojos de Madt. A través de las lágrimas, pudo ver cómo una sonrisa familiar brotaba de nuevo en su rostro.

—No nos capturarán, no lo permitiré. —Alargó la mano y la posó sobre su mejilla, enjugando sus lágrimas—. No estamos solos, niña, y no queda mucho para que todo esto termine. Y después os espera el resto de vuestra vida para que la disfrutéis. Confíad en mí.

Ilargia mantuvo la mirada en su rostro, que intentaba mantener su habitual expresión de seguridad y cinismo, pero una grieta había surgido en la armadura emocional, dejando expuesto un atisbo de su verdadero yo. Sus brazos seguían rodeándola, haciéndole sentir protegida y tremendamente frágil al mismo tiempo.

El dueño de los rasgos que ahora estudiaba, un absoluto desconocido apenas un día antes, se había convertido durante aquella jornada en el centro de su existencia, sacudiéndola por completo. Su olor, su tacto, su respiración, el color gris de sus ojos habían adquirido un lugar preferente en su pensamiento. Cuando todo lo demás peligraba aquel hombre parecía ser, lo quisiera ella o no, su única constante. Esas reflexiones debieron filtrarse hacia su rostro, ya que la expresión de Madt

cambió, ensanchando aún más la grieta. Ese pequeño gesto generó el impulso que hizo a Ilargia aproximarse a él y besarle.

Sus labios, torpes e inexpertos, no encontraron acomodo al principio, moviéndose por la superficie de su boca como dos cachorrillos explorando por primera el cuerpo de su madre. Su vello facial le cosquilleó la nariz; contener la sonrisa le confirió la voluntad necesaria para ladear su postura, facilitando el acercamiento. Conforme pasaba el tiempo una reconfortante sensación la fue invadiendo, explotando en una ola de efusividad cuando, tras unos titubeos, él le devolvió el beso con firmeza. Los cachorros encontraron una guía más experimentada, y obedecieron sumisos las órdenes que les llegaban por sutiles variaciones en el contacto. Y así permanecieron, compartiendo la dulzura de sus labios en la noche, hasta que él se separó, mirándola confundido.

—Lo lamento —dijo ella apartando el rostro—. No debí hacerlo.

—No os disculpéis —contestó Madt con voz átona.

—No creáis que... quiero decir, no pretendía... —Ilargia se sentó de nuevo mirando al frente, tratando de ocultar con pudor las reacciones que aquel momento de intimidad compartida había despertado en su cuerpo—. Sentía curiosidad.

Permanecieron sentados hombro con hombro, mirando incómodos al frente, en silencio.

—¿Ha sido vuestro primer...?

—Sí. —La respuesta surgió de Ilargia con más brusquedad de la que ella pretendía—. Sí —repitió más suave antes de embarcarse en la ardua tarea de pensar algo apropiado que añadir. Madt se le adelantó.

—Supongo que creciendo en un templo no tendríais muchas oportunidades de... experimentar.

—No, no muchas. Allí solo vivíamos mujeres, mis hermanas y yo.

—Pero recibíais muchas visitas, según me dijisteis, gente que precisaba vuestros servicios curativos. Me cuesta creer que ninguno reparara en vos e intentara cortejaros. ¿Os prohíben ese tipo de actividades?

—No exactamente. —Ilargia suspiró—. No nos están vetadas las relaciones, podemos incluso casarnos; por desgracia, no nos está permitido tener hijos.

—¿A las defensoras de la vida no se les permite engendrarla? Parece un poco contradictorio.

—En nuestras creencias, todo hijo de Ilahe debe ser tratado por igual, y tener uno que considerar como propio nos haría darle un trato de favor, aunque fuera inconscientemente. Por los motivos que fuera, el no poder tener descendencia nos convertía en unas esposas poco demandadas.

—Bueno, la ausencia de una licencia por escrito no impide la práctica, si entendéis a lo que me refiero. De hecho, y por lo que tengo entendido, ni siquiera es necesario que los dos miembros de la pareja deban ser de distinto sexo.

Ilargia se giró ruborizada ante el comentario y su enfado encontró una familiar sonrisa esperándolo. Con un suspiro de resignación, volvió a mirar al frente, apoyando la cabeza en el hombro de su compañero.

—Ignoro en qué antro libertino os criasteis, pero en nuestro templo no seguíamos «prácticas» de ningún tipo. Además, era casi una niña cuando me capturaron, y apenas había empezado a mostrar interés por los chicos.

—Por muy halagado que me sienta, lamento haber sido vuestra introducción en el muy estimado mundo de los placeres carnales. —Madt le pasó el brazo sobre el hombro y la atrajo hacia sí, apoyando su cabeza en la de ella—. Por fortuna, disponéis de una larga vida por delante para enmendarlo —finalizó, dándole un cariñoso beso en el pelo antes de quedar de nuevo en silencio. Ilargia se acomodó contra él, sintiendo cómo la fatiga sofocaba la excitación inicial y aplastaba sus párpados.

—¿Os habéis enamorado alguna vez? —preguntó somnolienta.

—Deberíais centraros en recuperar las fuerzas para que podamos seguir moviéndonos.

—Por favor, me gustaría saber algo de vos.

A través del contacto con su hombro percibió la aceleración de su pulso.

—Sí —contestó al fin—. Una vez, hace tiempo.

—¿Cómo era ella?

—No veo que esto sea importante para...

—¿Cómo era?

Madt meditó en silencio. La voz que volvió a la conversación no era la misma que la había comenzado.

—Era todo lo que alguna vez haya podido desear, y más: era mi amiga, mi compañera, mi amante, mi vida entera.

Una Ilargia más despierta se habría estremecido.

—¿Y ella os quería?

—Sorprendentemente, sí; eso decía, al menos, y parecía bastante convincente al hacerlo.

—¿Qué pasó?

—Nada. —Madt suspiró—. Todo. La vida, por desgracia, no se rige por las mismas reglas que las narraciones románticas, y no siempre el amor mutuo es garantía de una vida juntos y felices. Tuvimos nuestro momento, pero pasó, como la felicidad que compartimos. Como en toda historia que no se termina de narrar a tiempo.

Madt la observó mientras su respiración se tornaba más profunda y regular. Pasó los dedos por las raíces de su cabello, separándolo con delicadeza mientras velaba su sueño en el silencio nocturno.

—¿Dormida? —preguntó una voz.

—Sí —contestó Madt secamente.

—Conmovedora historia, debo decir. Mejor que la verdad, sin duda.

—He de confesar que te echaba de menos. Desde la última vez que nos vimos, cada vez que atravesaba un corazón o rajaba una garganta, era tu cara la que veía.

—Halagador, conservas tu toque.

—Por supuesto, estamos rodeados, y al mínimo movimiento que haga tus hombres se me echarán encima.

—Por supuesto.

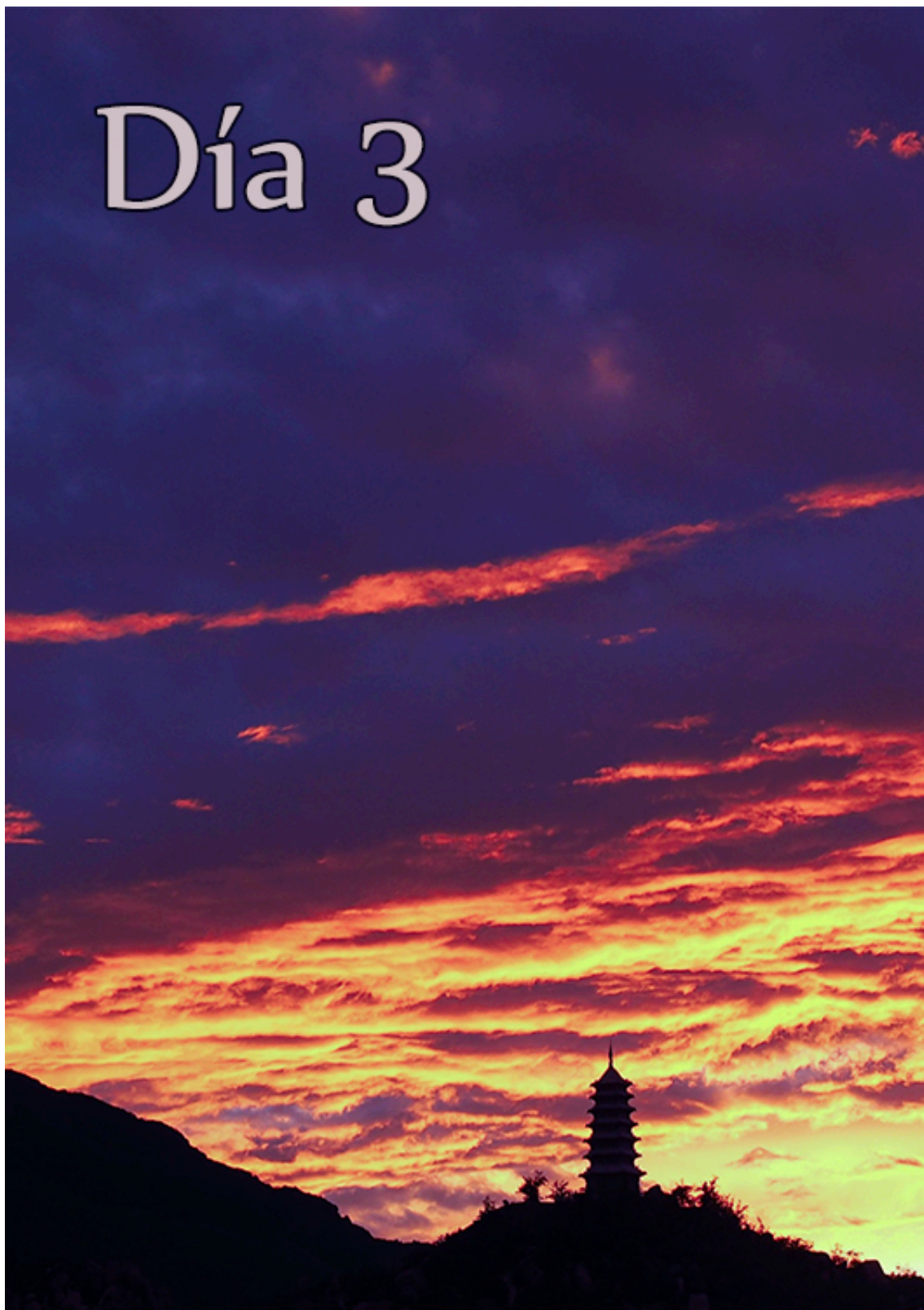
—¿Hablábamos demasiado alto, así nos habéis encontrado?

—Vuestro felino porta un escape; su fidelidad manteniéndose a vuestro lado nos proveyó de un conveniente rastro sanguinolento.

—Una fuga menor, comparada con la que dejé en tu compañero.

La voz de Grillete calló para cargarse de rencor antes de proseguir.

—Felicitaciones, vuestra lengua no se ha embotado con el tiempo. Reposadla junto a vuestra compañera; cuando emerja el sol os escoltaremos a palacio y, si el Regente estima, me encargaré de conducir vuestro interrogatorio. Creedme, no será rápido ni agradable.



15. Cuerpos extraños

—Dem, ¿dónde estás? ¡Contesta, Dem!

Baltar recorría los pasadizos tras un indicio que le indicara por dónde podía haber pasado la niña. El volumen de su voz recorría la escala situada entre «demasiado bajo como para que lo oiga mi nieta» y «demasiado alto como para evitar que llegue a oídos indeseables», cuidando de no traspasar ninguno de los dos límites, a pesar de que el encuentro mantenido con una de las criaturas que moraban en aquellos túneles le llevara a pensar que tales precauciones eran innecesarias.

En dicho encuentro, tras olfatear su rastro y apuntarle con sus antenas, la criatura se abalanzó sobre él, pero al llegar a su altura pasó de largo, continuando su carrera hasta chocar contra una pared. Una vez detenida se agachó de nuevo a olfatear, momento que Baltar aprovechó para cambiar de posición, claramente a la vista pero sin ser percibido en apariencia por su adversario. Todo ello, sumado al hecho de que no aparentaba poseer órganos auditivos ni visuales de ningún tipo, le llevó a pensar que solo contaban con su olfato para orientarse.

Para comprobar su teoría lanzó una piedra cerca de la criatura. No hubo reacción. El horrendo ser hendía el aire con sus antenas, en busca de un rastro que seguir. Más tranquilo, Baltar bajó el hacha y buscó la mano de su nieta para continuar su viaje. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Dem había desaparecido.

—¡Dem! Vamos, cariño, el monstruo ya no está, puedes volver con el abuelo.

Desde aquel momento había forzado sus sentidos en la búsqueda de cualquier pista que le guiara hacia ella, principalmente pequeñas huellas en el barro del camino. Ayudado por su memoria enana,

memorizó cada quiebro y desvío que le alejaba de su ruta, esperando poder retomarla y continuar con su encargo una vez localizara a Dem.

Dejó atrás innumerables galerías y cruces indistinguibles, a la máxima velocidad que sus doloridas rodillas le permitían, hasta que una fuerte luz le frenó en seco. Era una luz diferente a la que flotaba con melancolía en los túneles, una luz blanca pura. Su nacimiento estaba situado tras un recodo distinto a los que había visto hasta ahora, ya que aunque el lado abierto hacia él parecía excavado en roca como el resto, el contrario estaba enmarcado por piedras pulidas. Baltar lo afrontó con cautela y cerró los ojos antes de penetrar en el cegador resplandor. Una vez atravesado, sus ojos se abrieron y su mente trató de cerrarse ante lo que observaba.

Es bien sabido que, de todas las construcciones que se pueden encontrar en Vitalis, son sin duda las enanas las más espectaculares. En las cuevas que les sirven de hogar, en el interior de la cordillera de las Fauces, se levantan fortalezas, monumentos y galerías que podrían albergar en su interior a la más grande edificación de cualquier otra raza. En ese momento, Baltar se encontró dentro de una estancia que, en comparación, las convertía en chozas de barro. Hasta donde alcanzaba su vista se extendía un suelo liso de color añil brillante, flanqueado por unas paredes de piedra similar a la caliza pulimentada, con diseños incomprensibles en su superficie que se difuminaban conforme se perdían en el horizonte. Baltar alzó su cabeza buscando el techo y una sensación de vértigo recorrió su cuerpo al no encontrarlo, perdido en una neblina borrosa en el límite de su visión. Retiró la vista, contó mentalmente para tranquilizarse, y volvió a inspeccionar la estancia. Con el cerebro preparado para el impacto sensorial, comprobó que su primera impresión no había sido del todo precisa, distinguiendo ahora el término de las paredes que antes se le antojaron infinitas; lo que, por otra parte, no restaba ni un ápice de magnificencia a lo que continuaba siendo una

construcción absurdamente fuera de escala. Enfrente de él, unos colosales monolitos se alzaban siguiendo patrones que le resultaron muy familiares.

Ignorando por un instante la naturaleza de su entorno, retomó su rastreo y observó con alivio que las pequeñas huellas continuaban hasta morir junto a su creadora, que yacía un poco más adelante, hecha un ovillo. Baltar se acercó y le puso la mano en el hombro. Dem saltó ante el contacto, mirándole con ojos brillantes de humedad. Cuando le reconoció, le atrapó en el más dulce abrazo que jamás hubiera recibido.

—Ya está, pequeña —le dijo—. Todo está bien, tu abuelo está aquí.

Así permanecieron unos instantes, una mota de polvo viviente en mitad de aquel inmenso escenario, hasta que sus corazones se tranquilizaron mutuamente.

—Lo siento, abuelo, no quería correr, pero ese monstruo me asustó. Lo siento, lo siento mucho.

—No pasa nada, pero no debes volver a hacerlo; pase lo que pase, no te separes de mí, ¿de acuerdo? Jamás te separes de mí.

—No lo haré, lo prometo.

—Muy bien. Ahora, será mejor que salgamos de aquí. Los túneles no me gustaban, pero este sitio me da escalofríos.

—¿Qué es, abuelo? ¿Dónde estamos?

—Ojala lo supiera, cielo.

Guiándola de la mano, Baltar desanduvo el camino hacia la abertura que le había transportado a ese mundo irreal y que, observada desde aquel lado, se asemejaba a un agujero excavado en la pared.

—Abuelo, ¿qué son esas cosas? —preguntó su nieta señalando los monolitos que se erigían en el interior de aquel desconcertante paisaje.

—No lo sé, Dem. Tampoco nos concierne.

Siendo ambas afirmaciones mentiras piadosas para proteger a su nieta de la inquietante realidad, la que su intuición de orfebre había desentrañado a partir de la familiaridad que sus alineaciones despertaban en él. *Sillas* —pensó—; *sillas alrededor de una mesa*. Apuró el paso, ansioso de regresar a los túneles y lidiar con sus escalofriantes moradores, antes que con los propietarios de tan fantástico mobiliario.

Con su nieta de vuelta, Baltar retomó la ruta hacia su cada vez más anhelado destino. Durante el camino se cruzaron de nuevo con algunas de aquellas criaturas, sobresaltándose la niña con cada una de ellas. Su abuelo trató de hacerlas parecer menos amenazantes tirando piedras a sus pies, siguiéndolas durante algunos trechos dando palmas o haciéndoles muecas burlonas cuando pasaban a su lado. Progresivamente, Dem cambió su recelo por una relajada jovialidad cuando veía aparecer alguna.

Así continuaron hasta que en uno de sus giros dirección este-noreste se sorprendieron al encontrarse con una puerta. Baltar estudió su superficie: era sin duda de construcción humana, algo extraño en aquel lugar. La madera estaba un poco abombada debido a la humedad y la falta de luz, pero era sólida. La cerradura resistió sus intentos de abrirla, pero el marco no hizo lo mismo ante su hacha: horadándolo alrededor del cerrojo, accedieron a un interior iluminado por una suave luz de procedencia desconocida. Tras su última experiencia, esta habitación resultaba decepcionantemente vulgar: no más grande que una sala humana estándar, con las paredes recubiertas de suelo a techo por estanterías repletas de libros y estuches de madera. Baltar sintió su

corazón acelerarse cuando se dio cuenta de que habían alcanzado su destino.

Desarrugó el papel con la descripción del sello: la figura de una especie de lagarto con alas y cola acabada en punta. Comenzó a registrar los estantes en su busca, mientras una entusiasmada Dem extraía un enorme libro de una de las baldas inferiores. Cayendo bajo el peso del inmenso tomo, desplegó la cubierta utilizando ambas manos y examinó maravillada su interior.

—Abuelo, mira —dijo mientras señalaba uno de los dibujos—. ¡Monstruos!

—Ya lo veo, cariño —contestó Baltar sin interrumpir su registro—. Muy bonito.

—¡Ay! —gritó la niña. Baltar abandonó la estantería para sentarse en el suelo junto a ella y el enorme libro abierto—. ¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

—Ese monstruo me ha mordido —contestó Dem agarrándose el índice.

—No digas tonterías, cariño, te habrás cortado con el borde del papel. Déjame ver. —Dem descubrió el dedo, sobre el que se estaban formando cuatro pequeñas perlas rojo brillante. Baltar se giró hacia el libro y observó que ahora yacía cerrado, protegiendo su interior tras una sobria portada de agrietado cuero negro.

—Dem, será mejor no tocar nada, ¿vale? —dijo a su nieta mientras con un pie arrastraba el ominoso volumen a un rincón—. Vamos a jugar a un juego, ¿ves este dibujo? Pues tenemos que encontrar uno igual en alguno de estos estuches. Tú busca en las estanterías de abajo pero no toques nada, ¿de acuerdo? Solo mira.

—Vale —contestó la niña, chupándose el dedo herido.

La búsqueda se prolongó durante algún tiempo hasta que, con un grito triunfante, Baltar localizó el objetivo de su misión. Era un estuche cilíndrico, sellado y con el dibujo grabado en su superficie. Aprovechó la cuerda que poseía para colgárselo al cuello y transportarlo con más facilidad.

—Muy bien, cielo —dijo cogiendo de la mano a su nieta—, ahora vamos a regresar y todo estará... bien.

Al girarse, Baltar descubrió que ya no eran los únicos ocupantes de la habitación. En la puerta se concentraba un numeroso grupo de criaturas, que movían curiosas las antenas alrededor del extraño agujero abierto en su guarida. En los túneles, ciegas, sordas y paseando en solitario, eran fáciles de despistar; en manada y dentro de aquella habitación la situación era bien distinta.

Baltar retrocedió hacia un rincón haciendo de pantalla protectora delante de su nieta. Las criaturas comenzaban a internarse en la estancia, sin dejar de recorrer con las antenas toda superficie a su alcance. Trató de pasar entre ellas, pero la alta concentración de miembros y su errático deambular lo hacía demasiado arriesgado. Pasó a calcular cuánto camino podría recorrer antes de tocar a alguna, y cuanto más le llevaría despistarlas. Debía decidirse deprisa, ya que cuanto más tiempo pasaba mayor era su número y menor el espacio que les separaba.

Mientras trazaba mentalmente un itinerario de huida, su pie tocó en el libro tirado en el suelo. Su presencia originó un nuevo plan en su mente: lo arrastró al rincón más alejado de la puerta, lo abrió y sacó el pedernal de su bolsa. Lo acercó al inflamable papel y comenzó a entorcharlo contra la hoja de su hacha, buscando la chispa.

Algunas de las criaturas que ocupaban el centro de la habitación reaccionaron ante las volutas de humo generadas por los chasquidos, olfateando en su dirección. Acuciado por la urgencia, Baltar aumentó la fuerza de los impactos, hasta que unos agujeros de borde incandescente brotaron en las páginas. Los agrandó soplándoles, consumiendo más y más papel hasta que por fin surgió la preciada llama. Cuando se aseguró de que su aliento no era necesario para la supervivencia del fuego, retrocedió a la esquina adyacente con su nieta en brazos.

—Procura no respirar profundamente, ponte la camisa por encima de la boca y agáchate —le susurró al oído.

Ambos siguieron las instrucciones mientras la estancia se llenaba de humo. Las criaturas alzaron sus antenas al unísono y avanzaron hacia su origen. Baltar se deslizó por la pared contraria, lo más alejado que podía de ellas. Por suerte, aquellos seres parecían más curiosos que asustados ante la presencia del humo. Justo cuando alcanzaban el umbral, la última de las criaturas se unía a sus compañeras en el interior de la sala. Baltar salió al corredor y cerró la puerta con un potente empujón, encajándola en el marco. Con alivio, confirmó que el túnel estaba desierto.

—Estamos a salvo.

Baltar se apoyó sobre el hacha y purgó el humo de sus pulmones con una tos seca. La experiencia en el interior de la habitación le había alterado los nervios, y sentía en las zonas de su cuerpo expuestas al aire el correteo de insectos invisibles. Recorrió esas zonas con su mano, borrando la fantasmal sensación. Cuando le tocó el turno a su cabello notó un pequeño contacto que se desvaneció instantáneamente. Un acto reflejo le hizo mirar hacia arriba. Adherida al techo, boca abajo, una de las criaturas examinaba con sus antenas el cuero cabelludo de Baltar.

Éste las apartó de un manotazo y alzó su hacha, cuando la criatura abrió la boca y le cayó encima.

El ataque le dejó tumbado e inmovilizado bajo el peso de su repulsivo atacante, a excepción de sus manos. Baltar trató de empujar la hoja de su arma hacia la cabeza de la criatura, pero los carnosos apéndices que componían su boca la envolvieron como un pulpo inmovilizando a su presa. De entre tan peculiares mandíbulas surgía una viscosa lengua gris, que se contoneaba sobre su congestionado rostro. Bajo su cuello, las patas de la criatura rascaban la camisola de cuero del enano, buscando acceso a su carne.

Trató de liberar el hacha pero no disponía del sitio necesario para hacer palanca, así que tras varias intentonas infructuosas decidió soltarla. El arma quedó prisionera entre las flexibles mandíbulas de la criatura, con el filo apuntando hacia ella. Baltar se incorporó todo lo que pudo hacia su enemigo, le rodeó la cabeza con los brazos y, girando el tronco, tiró hacia abajo con todas sus fuerzas. Al golpear el suelo, el hacha se incrustó en la cabeza de su agresor, separándola en dos mitades casi idénticas y llenando el ambiente de un olor nauseabundo.

Baltar rodó fuera del peso del ahora cadáver para ponerse en pie y descubrir que una de sus rodillas había sido afectada por el ataque. Cargando su peso en la menos mala, desencajó el hacha y lo usó como bastón. Dem le ayudó situándose bajo su otro brazo.

—Estoy muy orgulloso de ti, cariño, has sido muy valiente —le dijo—. Ahora, salgamos de este maldito lugar.

Con la ayuda de sus dos improvisados apoyos, Baltar emprendió renqueante el camino de vuelta. Los túneles parecían más despejados tras la concentración de criaturas en la habitación, lo que les facilitaba el avance. Empezaba a encarar el regreso con optimismo cuando una

explosión a sus espaldas desplazó una masa de aire caliente en su dirección.

—¿Que ha pasado, abuelo?

—No lo sé, pequeña. Parece que procede de donde venimos.

Probablemente la puerta de la habitación haya reventado por el calor —pensó, antes de que un estremecedor chillido llenara el vacío dejado por la explosión.

—¡Abuelo!

—Chhsstttt, tranquila. Seguramente será el grito de esas criaturas al morir.

Pero no lo era, estaba convencido. El cuerpo de los insectos era incapaz de contener el aire necesario para generar ese volumen. Lo que habían oído era algo nuevo, y no parecía complacido ante su presencia.

—Sigamos, Dem. Deprisa.

Intentó acelerar la marcha pero fue imposible, su rodilla estaba inflamándose y la notaba prieta contra el pantalón. Su hacha quedaba un poco baja como bastón para permitirle llevar un buen ritmo y, aunque agradecía de todo corazón los esfuerzos de su nieta, si dejara caer más peso sobre ella la aplastaría.

El grito resonó de nuevo en los túneles, estremeciéndoles. *¿Ha sonado más cerca?* —pensó Baltar.

El simple contacto con el suelo provocaba explosiones de claridad tras sus párpados. Su cuerpo estaba adquiriendo la misma rigidez que la pierna herida.

Otro grito. Éste no dejó lugar a dudas respecto a la distancia.

Nos está persiguiendo, maldita sea mi suerte.

Su cuerpo cedió al dolor y cayó. La tierra del suelo se le ligó al sudor del rostro. Con la ayuda de su nieta, Baltar se incorporó para inspeccionar su rodilla, pero era imposible siquiera rozarla sin que el dolor le paralizara.

El grito atronó una última vez, anunciando la entrada de su originador en la galería. Baltar observó cómo unos tentáculos gruesos como su cuerpo se agitaban en el aire y paredes cercanas, arrastrando a una informe masa de carne cubierta de ojos sin párpados y bocas repletas de colmillos.

—¡Mira abuelo, es el monstruo del libro! —gritó Dem con una mezcla de miedo y excitación.

Baltar consiguió ponerse en pie, pero su pierna apenas soportaba ya su peso. Basculando hacia la extremidad sana, miró el lento avance de la bestia, que se movía por el pasillo como un enorme trozo de comida a medio digerir recorrería un intestino. Se giró hacia el túnel a sus espaldas y calculó el camino que les restaba por recorrer. Era imposible que lo logaran; juntos, al menos.

Se desprendió de la cuerda del estuche y la pasó por la cabeza de su nieta, colocándoselo a modo de collar.

—Dem, escúchame muy atenta, ¿de acuerdo? —La cogió por los hombros para que le prestara atención—. Memoriza esto: derecha, derecha, izquierda, derecha. Fácil, ¿verdad? Repítelo.

—Derecha, derecha... Izquierda, derecha —dijo la niña.

—Derecha, derecha, izquierda, derecha —coreó Baltar—. Y la derecha es...

Dem levantó su mano derecha en respuesta.

—Perfecto, cariño. Vamos a hacer una cosa: tienes que salir corriendo, tan rápido como puedas. —Baltar señaló un poco más adelante—. Cuando veas el primer cruce, allí, tienes que ir a la derecha, ¿de acuerdo? En el segundo, otra vez a la derecha. Tercero, izquierda, y cuarto, derecha. Derecha, derecha, izquierda, derecha. ¿Lo has entendido?

Dem asintió.

—Pero me dijiste que no me separara de ti.

—Lo sé, cielo, pero no hay más remedio. Vamos, obedece y vete.

—¿Pero por qué, abuelo? ¿Tú qué vas a hacer?

—No te preocupes por mí, enseguida te alcanzaré. Tú haz lo que te he dicho y saldrás de aquí. Verás a Brad y a la elfa, ¿no te gustaría volverlos a ver?

Dem asintió de nuevo. Baltar le besó la frente.

—Pues haz lo que te digo, ¡corre!

La niña dio un último vistazo a su abuelo y al horror que se aproximaba y echó a correr. Él contempló su coleta rebotando sobre la espalda al ritmo de la carrera, hasta que torció a la derecha y desapareció de su vista. Tras él, a una distancia cada vez más escasa, el engendro proseguía su perezoso avance. Baltar empuñó el hacha y enderezó su postura, encarándole.

Por lo menos al fin dejarán de dolerme las rodillas —pensó mientras su enemigo recorría los últimos metros que les separaban.

Dem se afanaba en su carrera cuando un nuevo grito le hizo girarse. Aunque no podía asegurarlo, le había parecido distinto a los que había escuchado antes.

—¿Abuelo? —preguntó con un hilo de voz. De los canales solo le llegaba silencio. Vaciló entre volver o continuar, hasta que una descarga de pánico le espoleó a reanudar su carrera hacia la siguiente intersección, donde giró a la izquierda y apretó el paso.

16. Guardianes

—¿Quién eres y qué quieres?

La pequeña figura le enfrentaba con gesto desafiante, bloqueando con una mano el acceso a la vivienda mientras con la otra evitaba que sus calzones resbalaran hasta el suelo. Elandir miró hacia el interior, buscando al propietario de la casa, pero solo encontró otros tres cachorros humanos, con un más que notable parecido con el que en ese momento le interrogaba, que jugaban entre, sobre y a través del mobiliario. Resignado, cedió a las inquisiciones del obstinado centinela.

—Soy un amigo de tu padre, ¿está él en casa?

—No lo sé.

—¿Podrías entrar y comprobarlo?

—No lo sé. ¿Qué vas a darme a cambio?

Elandir miró hacia el interior de sus cuencas.

—Bueno —repuso con calma—, soy un miembro de la guardia del rey, así que tienes que obedecerme, o te encerraré en las mazmorras.

—Mi papá es capitán de la guardia, no puedes encerrarme —contestó el testarudo cancerbero—. Eres un mentiroso, un mentiroso feo y con las orejas raras.

—¿Mis orejas? —Elandir se tocó la punta de una—. Sí, son raras, pero ¿sabes por qué? Porque son especiales. Con ellas puedo escuchar cosas que el resto de la gente no puede. Como las mentiras, por ejemplo. Por eso sé que me estás mintiendo, y que tu padre está en casa.

—No me lo creo.

—Y eso no es todo, escuchan muchas más cosas. Como los pensamientos. ¿No me crees, Rickon? Te llamas así, ¿verdad? —Elandir se agachó y orientó su oreja hacia la cara del niño—. Tienes... seis años. Te gusta el puré de patatas, pero no cuando tu madre le esconde trocitos de verdura y cree que no te das cuenta. En tu último cumpleaños te regalaron una espada de madera, con la que hostigaste a tus hermanos hasta que le rompiste un diente al pequeño Devian y tu padre te la quitó.

La expresión del muchacho se había ido suavizando conforme Elandir hablaba.

—No te creo —replicó sin su anterior convicción.

—¿No? —Elandir se acercó más al muchacho y bajó la voz, como si le confiara un secreto—. ¿Y si te digo que sé el motivo por el que a veces te despiertas por las noches? Porque sí que hay algo bajo tu cama, Rickon, lo sé porque con mis orejas también escucho las voces de los espíritus y los fantasmas. Y ahora mismo, el fantasma que vive bajo tu cama, el que tira de tus sábanas mientras duermes, me está hablando, y me está preguntando si somos amigos. ¿Sabes por qué? Porque no quiere comerse a un amigo mío. ¿Qué quieres que le conteste, Rickon? ¿Somos amigos?

El niño balbuceó algo antes de salir escopeteado hacia el interior de la casa, mientras sus hermanos abandonaban los juegos para señalarle entre risas. Al poco, un desmañado Dunrel sustituía a su vástago.

—Elandir, ¿se puede saber qué haces aquí, a estas horas de la mañana y alborotando a mis críos?

—Tengo que hablar contigo y no puede esperar, lo lamento. Lo que a mí me sorprende es que seas capaz de dormir con este escándalo.

—¿Esto? —dijo Dunrel señalando hacia el interior—. Ahora están calmados, créeme; de esta semana, hoy ha sido el día que mejor he podido descansar.

—Tenéis el paraíso ganado, tú y su madre. ¿Está ella?

—No, parece que ha sido juiciosa y ha salido a buscar un lugar más tranquilo.

—¿Y dejáis a vuestros hijos solos? ¿No teméis que les pueda pasar algo?

—Nah, ya son mayores. Y si no, siempre se pueden tener más; lo divertido es hacerlos, no criarlos —contestó Dunrel rascándose la barba—. Espera que me adecente un poco y estoy contigo. ¿Y qué es lo que le has dicho a Rickon? Se ha metido en mi cama y no hay quien lo saque de ahí.

—Digamos que tantos años de escuchar tus historias familiares por fin han servido para algo. Ponte el uniforme, te espero aquí fuera.

Mientras Elandir aguardaba a su amigo, el miembro restante del clan familiar regresó al hogar. Cargada con dos sacos en cada hombro, Syla saludó con desgana y se introdujo en la casa, abriéndose paso a empujones entre un remolino de locura infantil. Hasta la calle llegaron los gritos e improperios que dirigió a su marido antes de que éste volviera a salir, manchado de harina y cerrando la puerta con visible alivio.

—Nunca he tenido la impresión de caerle bien —dijo Elandir.

—No es eso, no te preocupes, es que está teniendo una mala temporada.

—¿Desde cuándo?

—Desde el parto del mayor, más o menos. Tú tampoco tienes buena cara.

—Apenas he podido dormir, en cuanto cerraba los ojos el más mínimo ruido me hacía abrirlos de nuevo. He estado temiendo que alguien me hubiera seguido hasta mi casa para terminar el trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Ayer estuve investigando a nuestro mutuo amigo.

—Debes estar de broma —le reprochó Dunrel—. Estás suspendido, ¿recuerdas? No deberías salir de tu casa, mucho menos andar husmeando por la ciudad.

—Escúchame y luego podrás abroncarme. Lo primero: ¿has oído hablar de un tal Caballero Dragón?

Su amigo hizo memoria antes de contestar.

—No, no me suena. ¿Quién es?

—No estoy seguro; un rumor, por ahora, pero uno particularmente insistente. Se dice que es un heredero legítimo al trono.

Dunrel dio un respingo, acallándole por gestos y bajando él mismo el tono de la voz.

—¿Estás loco? ¿De dónde has sacado esa mierda? No quedan herederos al trono, en el alzamiento murieron todos o renunciaron al mismo. Lo sé bien, yo estuve allí.

—No afirmo nada, solo te cuento lo que he oído.

—Pues escúchame tú ahora: eso es una falacia, y una muy peligrosa. Si llega a oídos de su Majestad que lo estamos comentando siquiera...

—Muy bien, tema cerrado —le tranquilizó su amigo—. Volvamos al principal: ayer intentaron matarme. Cuatro hombres.

—¿Cómo, dónde?

—Cerca de El Reposo, donde fui a investigar la pelea. Fue todo una farsa, Dunrel: alguien pagó a unos secuaces para provocarla y dejar a nuestro amigo indemne, listo para ser encerrado y liberar a la ocupante de la celda contigua.

—¿Sabes entonces quién era ella?

—No, no hay registros. Quienquiera que fuera llevaba en esas celdas más de cinco años.

—No es normal algo así, desde luego.

—¿Tienes tú alguna idea? Hablan de una mujer joven, castaña, pelo largo.

—Ninguna, no puedo acordarme de toda la gente que he ido encerrando a lo largo de los años.

—Lástima. Bien, esos hombres me llevaron hasta quien los contrató, un mercader, que a su vez me dijo quién lo contrató a él: el misterioso elfo oscuro tras el que anda su Majestad, de nombre Agural. Fue entonces cuando intentaron matarme, pero pude incapacitarlos.

—¿«Incapacitarlos»?

—Es probable que esta mañana el carro de los despojos recogiera a alguno.

Su compañero suspiró sonoramente.

—«Descansa un poco y deja que nosotros nos ocupemos de esto», ¿recuerdas? ¿Eran unas instrucciones tan difíciles de seguir?

—Nadie me vio. Además, no eran importantes.

—Esperemos. ¿Y el mercader?

—Escapó aprovechando la pelea.

—¿Le reconociste?

—Creo que sí. ¿Recuerdas la caravana que llegó de Lewe hará un par de semanas? Era suya.

—¿Sergen Ylan? ¿Estás seguro?

—No del todo. Y ese es el motivo de que haya pasado por ti esta mañana: necesito que me acompañes a su palacio.

Dunrel frenó en seco.

—No, se acabó. Hasta aquí hemos llegado. Una cosa es que desobedezcas las órdenes del cuerpo o te metas en peleas callejeras, pero ir a casa de uno de los burgueses más ricos de la ciudad a acusarle de estar implicado en una conspiración es una insensatez.

—Tranquilo, no vamos a acusarlo de nada. Solo quiero asegurarme de que fue a él a quien vi en el callejón, y no creo que a mí me dejen pasar a su palacio. A un miembro uniformado de la guardia, por otro lado...

Dunrel suspiró y reanudó la marcha, seguido de su amigo.

—Muy bien, pero nada de historias raras. ¿Algo más que quieras contarme?

Elandir negó con la cabeza, decidiendo ocultar por el momento todo lo referente a Kerajêen y su misterioso mensaje. Que su padre le liberara en secreto de su juramento hacia el monarca humano y le conminara a regresar a Qite tenía implicaciones muy serias. Fueron muchas las ocasiones durante aquella noche en las que estuvo a punto de complacer sus deseos y abandonar Hyrdaya, pero algo se lo impedía; un sentido particularmente fuerte del deber, le gustaría pensar, en vez de una dañina mezcla de orgullo y curiosidad.

Tras un corto paseo alcanzaron el barrio burgués, situado con respecto al palacio en el lado opuesto al barrio noble. Estaba integrado en su mayoría por lujosos palacetes de construcción reciente, ya que la burguesía no existió como tal hasta cien años atrás, cuando la ciudad se dividía en nobles por un lado y trabajadores y campesinos por el otro. En aquellos tiempos se celebraba mensualmente en Hyrdaya una feria de comerciantes locales a la que acudían compradores de todo el reino. La inseguridad derivada de la Guerra de las Ratas, como se conoció al conflicto por el que los reinos menores trataron de escindirse del gobierno de la capital, desbocó la inseguridad en los caminos, e hizo que las ciudades extremaran las precauciones en lo referido a la entrada de visitantes. La feria vio así disminuida la afluencia de público, lo que provocó que muchos jóvenes vendedores empezaran a plantearse el comercio entre ciudades como futura vía de negocio.

Blancos de todo tipo de burlas al principio, pues no era común ver a alguien desdeñar la seguridad de su trabajo y hogar en granjas y talleres por una incierta aventura comercial en caravanas, poco a poco esos primeros burgueses fueron amasando importantes fortunas, que se volvieron inmensas con el establecimiento de rutas seguras de comercio. Asociados para su recorrido y mantenimiento, las aprovecharon para comprar materias primas a bajo coste en reinos menores y transportarlos a la capital, de la que sacaban productos manufacturados que vender con un amplio margen de ganancia. Tales hechos despertaron el recelo de los nobles de Hyrdaya, que trataron de convencer a la corona de la necesidad de medidas para recortar privilegios a la pujante burguesía. Por desgracia para ellos, sus nuevos contrincantes, además de establecerse en Hyrdaya, ayudaron a la ciudad por medio de donaciones o trabajos especiales (como la reconstrucción completa de la muralla exterior y el reforzamiento de las puertas de la ciudad), lo que colocaba a la realeza en una incómoda posición mediadora en el conflicto.

El comerciante que Elandir creyó ver la noche anterior, Sergen Ylan, había basado su negocio en los textiles, trayendo de los reinos menores sedas y tejidos brutos, con los que confeccionaba en sus talleres el vestuario de media corte. Su fortuna era de las mayores de Hyrdaya, lo que se reflejaba en el inmenso palacete que en ese momento alcanzaban los dos amigos: un edificio de dos pisos levantado en piedra encalada siguiendo una planta cuadrangular, con una torre puntiaguda en cada vértice, y todo ello rodeado de un extenso terreno agreste protegido por un muro y un escuadrón de mercenarios. Elandir y Dunrel apenas habían puesto un pie en la puerta cuando dos guardias se dirigieron hacia ellos.

—Buenos días, caballeros, y bienvenidos a la mansión del muy honorable Sergen Ylan. ¿Podrían explicarnos el motivo de su visita?

—Muy buenos días, espero —contestó Dunrel—. Queríamos hablar con el dueño de la casa, si no es molestia.

—Mucho me temo que nuestro señor no es muy amigo de las visitas, aun tratándose de dos gentilhombres como los presentes.

—Y yo mucho me temo que, o nos dejáis pasar para que hablemos con el señor Ylan, o me veré obligado a regresar a palacio, y comentar a nuestro muy razonable Monarca que no he sido capaz de cumplir su encargo por culpa del capricho de dos engolados mercenarios. Quizás su visita sea más apreciada por vuestro amo.

Los guardias reaccionaron a la amenaza de Dunrel con unos cuchicheos seguidos de un encogimiento de hombros.

—Como gustéis. Si tienen los señores la bondad de seguirnos...

Recorrieron el jardín frontal sobre un camino de losa blanca. Elandir se maravilló al ver que el palacio estaba rodeado de un salvaje conjunto de formas naturales: la hierba alfombraba un espacio atestado

de árboles, estanques y llamativos animales. Vio multitud de pájaros y reptiles exóticos, pero sobre todo llamaron su atención dos enormes tigres albinos tumbados al sol de la mañana. Imaginó que, si por cualquier motivo abandonara el camino que seguía en aquel momento, aquellas fieras no tardarían en abordarle.

Daba entrada al edificio una imponente puerta de doble hoja, tras la que se extendía un recibidor que parecía ocupar toda la planta baja: un espacio diáfano bajo la bóveda central, albergando en su centro una fuente y dos escaleras que describían curvas opuestas hacia el piso superior. Uno de los guardias subió por una de ellas mientras su compañero aguardaba junto a los visitantes. Entre ambas escaleras, un inmenso retrato presidía la estancia. Dunrel se aproximó al oído de Elandir para que el vigilante no le escuchara.

—¿Y bien?

Elandir estudió el retrato antes de contestar.

—No hay duda, ése es.

—Maravilloso.

Mientras esperaban, Elandir entró en una de las habitaciones que rodeaban el recibidor. Su vista naufragó en un océano de muebles y tapices en el que surgían como islas montones de alhajas y pieles. Una solitaria ventana ofrecía una buena vista del jardín, los establos y parte de las dependencias del servicio. Se acercó a observar mejor los exteriores cuando el carraspeo de Dunrel le hizo volverse. Junto a él estaba de regreso el guardia, acompañado de un anciano de expresión adusta y pelo ralo y canoso.

—Caballeros, reciban mis saludos y los de mi señor —les dijo con tono regio—. Pero siento comunicarles que no podrá reunirse con ustedes.

—¿Le ha dicho su perrito que venimos de parte del Rey?

—De parte de quien vengan es indiferente, mi señor se encuentra ausente en este momento.

Las miradas de los dos amigos se cruzaron.

—¿A dónde ha ido?

—No corresponde a ninguno de los presentes inquirir sobre los viajes del propietario de la hacienda en la que se encuentran en calidad de invitados.

—No, por supuesto. ¿Y cuándo podremos hablar con él?

—No dejó establecida fecha de vuelta; a veces pueden pasar meses antes de que finalice alguno de sus viajes.

—Muy conveniente —sonrió Dunrel.

—No me corresponde hacer elucubraciones sobre la conveniencia o no de los viajes de mi señor —contestó el criado sin que en su rostro se moviera ni un músculo más de los estrictamente necesarios para completar la tarea—. Si tienen algún mensaje, pueden dármelo a mí antes de marcharse, y yo se lo haré llegar.

El hombre hizo un gesto a los guardias, que se aprestaban a guiar a los dos amigos al exterior cuando Elandir replicó al criado.

—Antes de irnos, puedes transmitirle esto a tu amo: sabemos todo acerca de los tratos que él y Rael Steiner mantienen con el elfo oscuro, y esta noche esa información llegará a oídos de su Majestad.

Dicho esto, Elandir salió de la propiedad, acompañado por los guardias y un Dunrel que no se vio capaz de cerrar la boca hasta que regresaron a la calle.

—¿Te has vuelto loco? ¿Es que no era suficiente involucrar a uno de los comerciantes más poderosos de la ciudad, encima debías incluir al jefe del gremio en tu imaginario complot?

Elandir guió a su amigo hasta una esquina, tras la que se pudieron ocultar y vigilar la entrada al palacete.

—No te preocupes, era a Sergen al que iba dirigido mi mensaje: ese cerdo estaba escuchando la conversación desde el piso de arriba, podía oler su sudor; además, en el establo estaban todas las cuadras ocupadas. Quería ponerle nervioso.

—¿Pero por qué Rael?

—Una corazonada. —Elandir aplacó el reproche que subía por la garganta de su amigo con un gesto de la mano—. Escucha, ¿recuerdas la caravana de Sergen que comentábamos antes, la que llegó de Lewe hace poco?

Dunrel reservó el exabrupto para un posible uso posterior y lo sustituyó por un lacónico asentimiento.

—En esas caravanas no es habitual la presencia de sus propietarios, ¿cierto? —continuó Elandir—. No, a menos que se aproveche el viaje para acudir a algún tipo de acto oficial organizado por los regentes de la ciudad visitada, o circunstancias similares. Pues en dicha caravana viajó el mismísimo Sergen, sin que haya un motivo aparente que lo justifique.

—¿Cómo lo sabes?

Elandir sacó su juego de llaves de palacio y lo agitó frente al rostro de su amigo.

—He aprovechado la mañana para revisar los registros de entradas y salidas de la ciudad. Y adivina quién acompañaba a Sergen en ese viaje.

—Picaré: ¿Rael?

Elandir sonrió como respuesta.

—La presencia de un alto mercader en una caravana comercial es inusual; la de dos, extrañamente sospechosa. Y si vas a planear un complot contra la corona, cuanto más lejos de palacio lo hagas, menos expuesto estarás a oídos indiscretos.

—Pero sigue sin probar nada, quizás fueran a negociar algún trato comercial que prefieren mantener en secreto.

—Quizás, pero piensa: ¿dónde fue visto por primera vez el elfo oscuro en la ciudad?

—Cerca de la comitiva diplomática de Lewe. —Dunrel calló unos momentos, asimilando lo que su compañero acababa de exponer—. La teoría es coherente, pero sin alguna prueba que la confirme solo son elucubraciones.

—Puede que las pruebas vengan a nosotros. —Elandir señaló hacia la puerta de la mansión, de donde en ese momento salía una pequeña comitiva armada.

—¿Sergen? —le preguntó su amigo.

—No, no creo que haya reunido el valor suficiente para abandonar su refugio. Apostaría algo a que es un mensajero enviado a casa de Rael para comunicarle las nuevas.

—Bien, pues tendremos que averiguarlo —dijo Dunrel incorporándose.

—Sí, y te va a tocar a ti hacerlo; yo aguardaré aquí, por si se producen nuevos movimientos.

—De acuerdo. No digo que me crea todo lo que me has contado, pero has conseguido intrigarme lo suficiente como para seguirte el juego por ahora. ¿Algo más que deba saber antes de seguirles?

—Sí: puede que esta noche te cueste un poco más de lo habitual acostar a Rickon.

—Cuando al fin vuelvas a casa, y pierda de vista tu trasero élfico, extrañaré estos refrescantes aportes de incertidumbre a mi rutinaria existencia —dijo Dunrel, ajustando su cinturón antes de comenzar el seguimiento a la comitiva.

—¿Para qué están los amigos? —se despidió Elandir mientras se posicionaba, escudriñando los muros del palacete.

17.
Lastre

Era un día primaveral perfecto: un sol radiante alcanzaba su cénit sobre un manto azul zafiro libre de nubes; el viento soplaba en ráfagas cortas y suaves, con la fuerza justa para redistribuir la cálida humedad en el ambiente; un armonioso jolgorio de conversaciones entre especies recorría el bosque, cuyos colores brillaban salvajes en la cristalina atmósfera. Era el tipo de día en el que transcurren nuestros mejores recuerdos de la infancia.

Solo había un elemento discordante en tan perfecta armonía: una caravana que se movía por uno de los caminos como un coágulo por una arteria. Estaba compuesta por un puñado de jinetes uniformados, un corpulento y calvo gigante a lomos de su podenco y, a pie y encadenados, un hombre y una mujer.

La joven, de pelo enmarañado, piel lechosa y ojos tostados enmarcados por un enjambre de pecas, caminaba ajena a lo que le rodeaba, alternando su vista entre los andrajos que apenas le cubrían las vergüenzas y el suelo que hollaban sus pies desnudos. A su lado, su compañero de cautiverio, un hombre fornido de media melena rizada, intentaba captar su atención.

—¡larga. Vamos, chiquilla, contestad.

Ella permanecía enfrascada en sus pensamientos, moviendo el cuerpo lo imprescindible para continuar la marcha.

—Respondedme, es importante que no desfallezcáis ahora.

El hombre trató de asirle el hombro cuando el mango de una lanza interceptó el movimiento, golpeándole en los nudillos. Mientras retiraba la

mano, Madt escuchó hablar a uno de los soldados que caminaban detrás.

—Mantén las distancias, listillo. Y corta el parloteo, la dama no tiene ganas de conversar.

Madt ensanchó la distancia a su longitud inicial y observó cariacontecido a su compañera.

—Lo siento —musitó.

—Lo prometisteis.

Su rostro se iluminó ante aquellas palabras.

—Ya era hora, empezaba a temer que jamás volvería a oír vuestra armoniosa voz.

—Lo prometisteis —repitió Ilargia sin levantar la vista del suelo—. Dijisteis que no permitiríais que esto sucediera. Os pedí que no lo consintierais bajo ningún concepto, que prefería la muerte a regresar a aquel agujero.

—No, nunca os prometí tal cosa, jamás podría ofrecerme a hacer algo de lo que sería incapaz aunque me fuera la vida en ello. —Su voz adquirió una acusada gravedad—. Os dije que no regresaríais a la celda, y pienso cumplirlo.

Ilargia abandonó la serena contemplación de sus pies para enfrentar su mirada.

—Nos han capturado. Estamos encadenados, camino a palacio donde nos devolverán a la celda. No me parece que estéis cumpliendo esa promesa tampoco.

—No estamos allí todavía, ¿cierto? —Su sonrisa ganó confianza—. Nuestra salida no fue como se esperaba, nada obliga a que el regreso lo sea.

El rostro de ella no exteriorizaba ningún sentimiento, salvo el cansancio acumulado alrededor de los ojos.

—No debisteis dejarme dormir —le increpó—; podíamos haber seguido corriendo, o escondernos en otro sitio. Deberíais haberme matado.

—No, no vamos a malgastar más tiempo en reproches. Estamos mal, pero esto aún no ha terminado. Confiad en mí.

No hubo cambio perceptible en su expresión, pero Madt creyó ver una chispa de esperanza en el fondo de sus ojos. Puede que ella lo percibiera también, e intentó ocultarlo echando la cabeza hacia adelante y dejando que se balanceara inerte al ritmo de sus pasos.

—Confiad en mí.

Madt se aproximó para insuflarle ánimos con su cercanía. Esta vez la madera le alcanzó en la sien, haciéndole tambalearse en sentido contrario mientras un hilillo de sangre brotaba del lugar de impacto.

—Vuelve a acercarte y catarás el otro extremo —bramó su guardián.

—Eso será algo digno de ver —gritó Madt hacia atrás—, ya que la próxima vez que ese mástil pase cerca de mí, te lo enterraré tan profundamente en la garganta que desde entonces deberás mear de oído.

Ambos detuvieron la marcha para encararse. Ilargia observaba la escena como si no conociera a los implicados.

—Eres muy gallito para estar encadenado.

—Imagínate como me pondré cuando me deshaga de estas cadenas y te las haga tragar.

El otro posicionaba el arma para descargar un nuevo golpe cuando un jinete se paró a su lado.

—¿Explicación?

—Aquí, el amigo —respondió el soldado—. Parece tener problemas en entender su posición; me ofrezco encantado para explicársela.

—Conmovido, rehúso. Prosigan.

El celador giró al prisionero con el asta y le apremió a continuar. Junto a ellos cabalgaba ahora el hombre que había zanjado la disputa. Ilargia se dirigió a él.

—Señor Grillete, os lo imploro: liberadme de estas cadenas. No soy culpable de ningún delito que merezca el castigo que ya sufrí dentro de aquella celda, no permitáis que me devuelvan a ella.

El jinete hizo oídos sordos, manteniendo la vista al frente.

—Malgastáis el aliento, chiquilla —intervino su compañero—; no corresponde a un cazarrecompensas como nuestro amigo discutir sobre la justicia de sus acciones, solo sobre el importe de su recompensa.

—No contradigo —respondió él—. Tampoco reniego de mi manera de ganarme el jornal. Remuneradme y decretad.

—Sin preguntas, ni vacilaciones.

—Ningunas, solo resultados.

—Debe estar bien poder vivir sin conciencia.

—Facilita mi existencia —contestó el gigantón, mirándole a la cara—. No rememoro quejas por vuestra parte, en circunstancias similares.

—¿A qué se refiere? —preguntó Ilargia a Madt. Grillete se adelantó a su respuesta.

—Vuestro compinche no es tan ajeno a mis quehaceres como pudierais suponer.

—¿Sois un cazarrecompensas? —preguntó ella sorprendida a su compañero, que contestó con reticencia.

—Lo fui, hace mucho.

—Me dijisteis que estabais aquí por unos amigos. ¿Queríais decir que os contrataron para liberarme?

—No exactamente. Les conocí como mercenario, pero con el paso del tiempo simpatiqué con su causa hasta el punto de retirarme de mi oficio y unirme a su grupo.

—Pero antes erais uno de ellos, un asesino a sueldo —dijo Ilargia señalando a un impasible Grillete—. ¿Cuánta gente matasteis por dinero? Si el otro bando hubiera contactado antes con vos, y os hubiese ofrecido una suma por mi cabeza, ¿habríais accedido?

—Esa pregunta no tiene importancia ahora.

—Entonces nada os cuesta responderla. Decidme, ¿lo habríais hecho?

—Sí, lo habría hecho —concedió él—. Pero yo era una persona distinta entonces, joven y llena de rabia.

—Por muy joven que fuerais, por mucha rabia que atesorarais, ¿cómo pudisteis acabar con la vida de la gente por dinero?

—Quizás ayudaría —intercedió el jinete— conocer los antecedentes. Los auténticos, esta vez.

Madt bajó la vista y apretó los puños.

—¿Cuáles? Por favor, ayudadme a entenderlo.

Ante el silencio de Madt, Grillete continuó.

—Mi gremio lo componen miembros con motivaciones muy dispares: hay quienes priman el sustento, quienes buscan conducirse por sus propias leyes, y quienes abrazan una nueva identidad para ahuyentar errores pasados.

—¿Qué tipo de errores?

—Los más hirientes, los cometidos contra aquellos que más amamos. La historia que os contó para dormir adolecía de una preocupante falta de rigor, al omitir un personaje vital en su entendimiento: no fue el tiempo el que separó a los amantes, o, si lo fue, escogió una envoltura de lo más carnal.

—¿Queréis decir que él la dejó? ¿Por otra persona?

—Aunque sí hubo otro actor en este drama, no fue vuestro compañero quien traicionó la confianza de su pareja; no fue la lujuria su pecado, sino la ira, al sorprender a su amada...

—Termina esa frase, y será el último sonido inteligible que surja de tu garganta.

La gélida sentencia finiquitó la conversación. Grillete recondujo la atención al camino, mientras Ilargia observaba compungida a Madt.

—¿Es eso cierto? ¿Vuestra dama os fue infiel?

—Sí —fue la lacónica respuesta.

—¿Y vos la...? ¿Los...?

La mirada de él la atravesó, recorriendo varias millas antes de morir en el horizonte.

—No —respondió al fin—. Creo que no. Es cierto que la ira me invadió cuando les descubrí, pero no pude hacerle eso. Recogí mis cosas y me fui, tratando de olvidar mi antigua vida. Así fue como me hice cazarrecompensas.

—Entiendo vuestro dolor, pero no puede justificar ciertos actos.

—Ni yo lo busco, solo espero que mis acciones posteriores ayuden a lavar la sangre que mi furor juvenil derramó. Creedme. —Su rostro transmitía una sinceridad absoluta, o quizás eso era lo que ella ansiaba creer.

—Muy llamativo que no se haya vuelto a oír de los amantes desde entonces —fue el regreso de Grillete a la conversación. Madt bufó.

—Eso ya no me concierne, puede que partieran en busca de un lugar no mancillado por su traición donde construir un hogar.

—Y puede que dicho lugar esté varios palmos bajo tierra.

—Ignorad al melenudo, princesa, es el resentimiento el que habla —dijo Madt, recuperando su actitud burlona—. ¿Echas de menos a tu compañero? Deberías: en vuestra sociedad, él aportaba las agallas y el cerebro.

—Conozco vuestros ardides, nada conseguiréis; mejor reservad el resuello para el camino.

—Por no hablar de sus otras cualidades, las cuales debías conocer mejor que nadie —continuó él, impertérrito, mientras se aproximaba al caballo de su interlocutor—. No te preocupes, puedes aprovechar la

estancia en la ciudad y buscar una buena bolsa de agua caliente, con la que reemplazar la fuente de calor en tu lecho.

Un crujido puntuó la última frase al impactar la bota de Grillete contra la boca de Madt. El golpe le impulsó hacia una desprevenida llargia, que solo pudo extender las manos para tratar de abortar el choque que inevitablemente se produjo, derribándoles a ambos.

—Os reclaman vivo, no indemne; mi paga no mengua aunque vuestro número de extremidades lo haga. Recordadlo —se despidió Grillete antes de espolear a su montura y reincorporarse a la cabeza de la caravana.

Su guardián se agachó sobre ellos para levantarlos.

—Vamos parejita, se acabó el descanso.

llargia se incorporó y notó un pinchazo en el tobillo al volver a andar. A los pocos pasos el dolor se diluyó, mientras un cosquilleo tras los ojos le indicaba que su poder se había activado. A su lado, Madt inspeccionaba en silencio la vegetación al borde del camino, donde una silueta obturaba los huecos de la maleza en su avance.

—¿No es esa...? —preguntó llargia acercándosele, antes de que un golpe la apremiara a regresar a su posición original. El bamboleo de su cuerpo le hizo percatarse de que ya no sentía presión en las muñecas. Al mirarlas, descubrió sorprendida que los grilletes estaban abiertos. Se giró hacia su compañero y observó que, en el centro de la amplia sonrisa que se abría en su rostro, brillaba una pequeña pieza de metal.

—Ya está bien de cuchicheos y miraditas, vosotros dos. Si tenéis algo que decir, hacedlo en voz alta para que os escuche.

—Nada importante —dijo Madt—: comentaba con mi compañera que, por muy tonificante que este paseo esté resultando, echo de menos nuestra rutina vespertina.

—¿Rutina? —preguntaron a la vez vigilante y cautiva.

—Por supuesto, ¿ya no os acordáis? Ayer mismo, sin ir más lejos; antes de desayunar.

Ilargia le miró extrañada pero él ya no la observaba a ella. A esa altura, el camino recorría un pequeño desfiladero en cuyo fondo fluía el Isah, el caudaloso río que abastecía la ciudad de Hyrdaya. Ilargia alternó la mirada de un lado a otro hasta que su expresión reflejó el entendimiento de su mente. Su compañero le correspondió guiñándole un ojo.

—Dejad de decir idioteces y continuad. De todas formas, pocos ejercicios podréis hacer cargados con esas cadenas.

—En una suerte entonces que me liberara de ellas hace tiempo. ¡Bruma!

A su señal, la pantera abandonó su escondite y saltó sobre el soldado que tenían delante. Madt lanzó sus grilletes a la cara del guardia posterior, le quitó el arma y le incrustó el mango en la boca. El hombre cayó con una mezcla de saliva, sangre y trozos de diente esparciéndose en su descenso. Ilargia se despojó de sus ataduras al tiempo que su compañero corría hacia ella, la enganchara de la cintura y guiaba la huida de ambos hacia el borde del camino.

—Confiad en mí —escuchó antes que en el aire se mezclaran los gritos de los soldados con su propio alarido de terror, alimentado por la sensación de vértigo en su estómago y la rápida aproximación del agua. No fue una zambullida limpia, lo que unido a no haber detenido su grito a tiempo, la dejó aturdida y sin aliento en la oscuridad del fondo. Trató de

orientarse pero el pánico le hacía consumir sus escasas reservas de oxígeno en estériles sacudidas. Una mano la agarró y la arrastró a la superficie.

—Olvidé preguntaros si sabíais nadar.

—Esto es absurdo. —Profundas inhalaciones entrecortaban sus palabras—. No tardarán en lanzarse a por nosotros.

—No mientras vistan esas armaduras; y nos quieren vivos, así que tampoco pueden usar flechas. Debemos seguir la corriente hasta alcanzar una zona donde poder regresar a tierra y despistarles.

—No creo que podamos movernos más rápido que ellos.

—No lo necesitamos —dijo Madt señalando hacia adelante. De la superficie del río fuera de la vista surgían espumarajos y salpicaduras, que combinados con el estruendoso murmullo de agua chocando entre sí, indicaban que la fuerza de la corriente estaba a punto de sufrir un severo incremento.

—Aguantad el aliento.

Cuando alcanzaron los rápidos sintió como si tentáculos invisibles la asieran desde el lecho del río, zarandeándola en todas direcciones. Ilargia lograba alcanzar la superficie en intervalos tan breves que apenas le permitían una pequeña inhalación antes de hundirse de nuevo. Agitó los brazos a ciegas, en busca de un asidero con el que escapar a la fuerza del agua, pero solo encontraba piedra lisa y resbaladiza que golpeaba su cuerpo y lo hacía girar hasta perder toda noción espacial. Acuciada por la falta de aire, abrió la boca e inspiró una profunda bocanada de agua en lugar del ansiado oxígeno. El dolor se estableció en sus pulmones y detrás de los ojos, que comenzaron a percibir su entorno con un nuevo tinte luminoso. El pánico fue abandonándola a la par que su consciencia se extinguía cuando su cuerpo chocó contra algo

y se detuvo. Animada por el más primario de los instintos, Ilargia apoyó las piernas contra el desconocido objeto y se impulsó en la dirección en la que ascendían las burbujas.

Aferrándose al árbol caído que había propiciado su salvación, se arrastró hacia la orilla, donde cedió a las arcadas y tosió violentamente, expulsando el agua que le encharcaba los pulmones. Exhausta, se tumbó sobre el costado mientras recuperaba el aliento.

—Juego de niños —gritó una voz conocida—, os lo dije.

Ilargia se incorporó y vislumbró a su compañero de fatigas.

—Por desgracia, hemos quedado cada uno a un margen del río, así que deberéis venir a mi lado. En esta zona la corriente es aún demasiado fuerte, mejor será avanzar hasta que encontremos un lugar donde sea más seguro atravesarlo.

Ilargia examinó los alrededores sin contestar.

—¿Os encontráis bien? Debéis disculparme, sé que no ha sido un viaje agradable, pero no encontré una forma mejor de escapar.

—¿Matasteis vos a los granjeros?

Madt reaccionó a la pregunta como si le hubieran golpeado.

—¿A qué os referís?

—Los granjeros, la pareja en cuya casa nos escondimos. ¿Los matasteis vos?

—No, por supuesto que no. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Estas ropas. —Ilargia agarró uno de los jirones que aún aguantaban sobre su cuerpo—. ¿De dónde han salido? ¿Eran tuyas?

Su compañero la miró sin contestar.

—¿Lo eran?

—Sí, son de la granja —concedió él—, pero las cogí del tendedero antes de que sus dueños despertaran. ¿De verdad pensáis eso de mí? ¿Que mataría a alguien por sus ropas?

—¿Difiere mucho de matar a alguien por dinero?

Se observaron unos segundos desde los márgenes opuestos del río que fluía entre ellos.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Madt—, nuestros captores se aproximan. Hacedme caso, debemos seguir el curso del agua ¡llargia, no!

Ella ya no le escuchaba: corría. Huía de su voz, de sus ojos, de esa parte de sí misma que ignoraba las evidencias y continuaba queriendo confiar en él, y dejar que la sacara de aquel bosque y la protegiera como había hecho hasta entonces. Pero eso ya no era posible, se repetía: ese hombre ya no existía, puede que nunca lo hubiera hecho; y por eso corría, lejos de él y de los sentimientos que despertaba en su interior.

Aunque era demasiado de lo que huir, y se encontraba sola de nuevo. Paró para buscar alguna referencia que la guiara, sin éxito. Los árboles formaban una maraña a su alrededor, bloqueando el cielo.

—¡Allí abajo, creo que la veo!

llargia no identificó la procedencia de la voz pero captó su significado. Tragó saliva y reanudó su huida.

—¡Yo también la veo! Se dirige hacia aquella colina, si seguimos el camino la interceptaremos enseguida.

Ella no varió su rumbo un grado. Mantuvo su carrera pero no con la esperanza de librarse de ellos, sino porque era lo único que podía hacer. Porque no quería ofrecerles una presa fácil.

Las voces sonaron más cercanas. Sus perseguidores se dispersaban en la espesura, tratando de rodearla. *Esta vez no* —pensó.

No llevaba registro de todas las veces que había corrido en su vida, pero no creía que nunca hubiera sido más veloz, a pesar de la ausencia de calzado y la irregularidad del terreno. Recordó un día de verano, tan similar en el clima como distinto emocionalmente. En él, una pequeña llargia recorría el valle que lindaba con su templo, fascinada ante el despertar de nuevas formas de vida al calor del sol meridional. Sus pies descalzos no se laceraban contra las rocas como ahora, sino que estaban cubiertos por la savia de la hierba aplastada en su avance. Las lágrimas que derramaba se fueron quedando atrás junto a sus recuerdos y esperanzas, mientras su entorno se iba aclarando de maleza al abandonar el bosque y aproximarse al acantilado.

Cuando se encontró a cielo abierto se detuvo y observó el horizonte. La vista era espectacular, un paisaje de ensueño cubierto de pequeños árboles y construcciones en miniatura, como si estuviera observando un mundo paralelo al que ella habitaba. Era un día perfecto, no podía pedir uno mejor para ser el último de su vida.

Adiós, hermanas, siento que mi último acto sea una deshonra para vosotras —pensó mientras se encaminaba hacia el borde. Abajo, muy lejos, su destino le aguardaba. Por un instante, se preguntó si sus poderes podrían salvarle de aquella caída, pero enseguida recordó la conversación que mantuvo con Madt: podía curar heridas, pero la muerte estaba más allá de su capacidad. Lástima. Una vez en el filo, cerró los ojos y adelantó el cuerpo.

—¡Parad!

Ilargia sintió una repentina ansiedad cuando creyó reconocer la voz de Madt, pero al girarse solo vio a un soldado del Rey.

—Dejadme, no permitiré que me volváis a capturar —le gritó.

—¿Por qué deseáis morir? Tenemos órdenes de llevaros a palacio para interrogaros, nada más.

El soldado comenzó a aproximarse. Tras él, el bosque gritaba con decenas de gargantas.

—Jamás volveré a pisar ese lugar. Adiós.

Pero no saltó. Su mente era fácil de convencer pero su cuerpo presentaba más resistencia. El viento que subía del abismo le erizó el vello; adelantó un pie, que quedó suspendido en el vacío, y un hormigueo trepó por él hasta la vejiga. *Hazlo, antes de que te alcance* —se repetía. Inhaló profundamente y se giró para apartar la mirada del lejano suelo antes de saltar de espaldas a su encuentro.

Su movimiento se vio abortado al darse cuenta de que estaba sola. Un segundo vistazo corrigió y reforzó esa apreciación: el soldado seguía allí, pero ya no la acompañaba; de su cadáver surgían tres mástiles emplumados. Frente a la cortina verdosa que ocupaba el fondo de su visión la observaban ahora dos nuevos soldados que vestían colores desconocidos.

—¡Está aquí! ¡La hemos encontrado! —gritó uno hacia el bosque.

—No temáis, señora, hemos venido a ayudaros —le dijo el otro—. Por favor, apartaos de ese borde antes de que suceda una desgracia.

Más personas surgieron de la espesura, agrupándose a una respetuosa distancia de ella. Ilargia continuaba próxima al abismo, incapaz de decidirse por un curso de acción, cuando uno de ellos se separó del grupo. Vestía una armadura de malla gris con un dragón

luciendo orgulloso en su pecho y escudo. En la mano derecha portaba una espada demasiado grande para ser esgrimida con una sola mano, cuya hoja estaba recorrida por unos brillantes símbolos azules. Se quitó el casco y se dirigió lentamente hacia ella.

—Ilargia, ¿cierto? No os preocupéis por esto —le dijo al notar su recelo—, no queremos haceros ningún daño. —Dio una orden y el suelo vibró con el impacto de las armas al caer.

Ella retrocedió instintivamente ante su avance, pero el ímpetu suicida había sido sustituido por la curiosidad. El extraño se paró y le tendió una mano enguantada.

—Encantado de conoceros, Ilargia; mi nombre es Darigaaz, y soy amigo de Madt. ¿Es que ese bribón embustero no os ha hablado de mí?

18. Carnada

—Ya era jodida hora.

El origen de tal impropiedad se vislumbraba al fondo de la calle donde Elandir había situado su escondrijo. Una guarnición de hombres armados sin blasón distintivo comenzaba a enfilarla, escoltando una litera transportada por esclavos. Al pasar por su lado trató de distinguir a los ocupantes, pero los cortinajes se lo impidieron. La comitiva atravesó los muros de la mansión y se introdujo en sus jardines sin ver su avance interrumpido por ningún guarda. Elandir estiró sus miembros y se sacudió las telarañas de los calambres. Su pequeña estratagema había tenido éxito: al agitar la colmena, la abeja reina acudía a poner orden.

Durante su prolongada espera había aprovechado para estudiar el sistema de vigilancia: los guardias recorrían las cimas de los muros a intervalos regulares, oteando entre ronda y ronda los alrededores desde las garitas dispuestas en las esquinas. Elandir dio un rodeo, escudándose en las casas colindantes para evitar ser detectado, hasta alcanzar el muro posterior. Había observado que la disposición de los vigilantes dejaba desguarnecida la zona trasera del jardín, confiando sin duda en que los animales darían buena cuenta de los intrusos.

Cuando el centinela que ocupaba la garita frente a él se puso en movimiento, Elandir corrió hacia el muro y, con la agilidad que caracterizaba a su raza, lo escaló en un par de movimientos y se cobijó entre las almenas, sin alertar al guardia que ahora se alejaba de él.

Con extremo cuidado, comprobó que ningún testigo observara su aterrizaje, se deslizó hasta el jardín y se internó en un grupo de árboles que mecían sus ramas junto a un estanque. Desde allí le restaba un corto trayecto en línea recta hasta el edificio principal rodeado de

múltiples arbustos, esculturas y columnas que usar para ocultarse. Ningún problema por ese lado. Los dos tigres que en ese momento se acercaban hacia él eran un asunto bien distinto.

Elandir se mantuvo erguido y tranquilo. Aunque de su cinto colgaba un puñal confiaba en no necesitarlo, ya que odiaría verse forzado a dañar a unas criaturas tan hermosas e inocentes. Los tigres bifurcaron su avance para rodearle. Enseguida comprobó que era sobre todo la curiosidad lo que les guiaba. Como esperaba, los cuidadores los mantenían bien alimentados, asegurando así su docilidad a excepción de que se sintieran amenazados, o el objeto de su atención les diera algún motivo para que aflorara su instinto feral; como gritar y huir en un ataque de pánico, por ejemplo. Él avanzó cauteloso, manteniendo las distancias y evitando cruzar su mirada con la de los felinos. Su raza estaba acostumbrada desde pequeños a tratar con animales salvajes en su hábitat natural, por lo que dos enormes gatos sobrealimentados no le causaban especial inquietud. Los tigres siguieron sus movimientos hasta que finalmente le ignoraron para tumbarse al sol, moviendo la cola con despreocupación.

Sorteando en su avance cualquier lugar que pudiera haber sido elegido como madriguera por alguno de los habitantes de aquel salvaje jardín, Elandir alcanzó las paredes del palacio. Se encorvó para recorrerlas hasta llegar a su objetivo, la octava ventana del ala derecha del edificio. Estiró la mano y con un pequeño empujón comprobó con satisfacción que no había errado y esa era, en efecto, la ventana a la que antes había soltado el cierre. El cristal giró sobre las engrasadas bisagras, permitiéndole acceder al edificio.

Una vez añadida la invasión de la propiedad privada a su lista de fechorías, comenzaba la parte difícil. En su visita anterior junto a su amigo Dunrel, había deducido por los sonidos y los olores de la casa que en ella apenas habitaban cuatro o cinco personas, incluyendo a su

dueño. Teniendo en cuenta la gran cantidad de habitaciones que se adivinaban dentro de la estructura, y que los sirvientes disponían de su propio edificio anexo, eso le daba un margen de seguridad bastante amplio para explorarla sin cruzarse con nadie.

Descartando la planta baja porque parecía usarse como zona común, Elandir tomó las escaleras de mármol que subían en espiral hacia la planta superior. En el suelo observó rastros de barro que indicaban la dirección tomada por los últimos invitados. Caminando más sobre los dedos que sobre las plantas de sus pies, y bajo la luz que entraba por la claraboya que seccionaba el techo del palacio, recorrió un largo pasillo dejando atrás habitaciones repletas de muebles, pieles y demás ostentaciones de riqueza, hasta alcanzar la puerta cerrada en cuya base moría el rastro. Pegó la oreja a la madera de roble y el ojo a la cerradura de plata, pero no logró percibir nada. Agarró la aldaba labrada en forma de diamante cuando una mano se posó en su hombro.

—Hola, Dunrel.

—Eres frustrante, ¿lo sabías? —bufó su amigo, retirando la mano—. ¿No hay manera de cogerte desprevenido?

—Algunas, pero caminar con botas de remaches metálicos mientras respiras pesadamente por la boca no es una de ellas. ¿Qué haces aquí?

—Fui a tu escondite y no te vi. Pensé que podías haber escuchado al sentido común e irte a tu casa a descansar, o podías haber asaltado la vivienda de uno de los ciudadanos más ricos de Hyrdaya. No me costó mucho decidirme.

—¿Seguiste al mensajero?

—Sí —suspiró—. Tenías razón, fue directamente al palacio de Rael. Estuve guardando la puerta hasta que una comitiva salió en esta dirección.

—Lo sé, les vi entrar.

—Pero que hayas acertado en eso no quiere decir que tengas razón en lo demás. Un magnicidio es algo muy grave para siquiera insinuarlo, antes de hacer nada necesitamos más pruebas.

—Y eso es lo que vamos a encontrar... —Elandir abrió dramáticamente la puerta a una habitación vacía—. Pero no aquí, por lo visto.

—Puede que estén en otra habitación.

—No, les habría oído. —Elandir se acercó a la cama que ocupaba el centro de la estancia y comenzó a registrarla—. Además, el rastro de huellas conduce hasta aquí.

—Pues salir no han salido. —Dunrel contribuyó al registro de su amigo, prestando especial atención a la colección de figurillas eróticas de uno de los estantes—. He sorteado la entrada principal fingiendo acompañar a los hombres de Rael y no me han puesto ningún impedimento.

—Lo que quiere decir que siguen por aquí. —Elandir abandonó la cama y pasó a examinar la chimenea que ocupaba la pared contraria a la puerta—. ¿Puedes pasarme eso? Sí, tíramelo.

Dunrel obedeció y su amigo recibió un voluminoso reloj de arena engalanado con las miniaturas de dos sirenas desnudas que empezó a manosear.

—Interesante elección, pero quién soy yo para juzgar las preferencias de nadie.

—Ja, ja —respondió Elandir, continuando su operación hasta que, con un giro de muñeca y un crujido, el reloj se abrió. Volcó sobre su mano el contenido y dejó caer una fina cortina de arena a lo largo del interior de la chimenea. Su amigo se asomó.

—¿Algo?

—Chsstttttt, no muevas el aire —contestó sin quitar ojo a la arena. Se paró en uno de los rincones y repitió la operación varias veces, observando las variaciones en el descenso. Acercó la mano abierta a la esquina.

—Una corriente de aire; tras este muro hay otra estancia.

Dunrel se agachó para no golpearse la cabeza con la parte superior de la chimenea e imitó a su amigo.

—¿Estás seguro? No noto nada.

—Es muy ligera pero sí, hay un vacío detrás. —Elandir salió del hogar para inspeccionar el resto de la habitación—. Con ese amasijo de pieles rugosas y muertas a lo que vuestra especie llama manos, lo raro sería que notaras algo.

Dunrel frotó los callos de sus palmas con los pulgares.

—Disculpe su ilustrísima, pero no todos nos hemos criado entre sábanas de seda, con flores y tallos silvestres como los instrumentos más duros a empuñar. En el mundo real, lejos de tus bosquecillos, las auténticas manos de un hombre honrado son aquellas que al agarrarle un pecho a su mujer le lijan el pezón.

Elandir movió la cabeza, sonriendo mientras continuaba el examen.

—Vale, hay algo detrás. —Dunrel se estiró con un gruñido de protesta—. ¿Y cómo accedemos? ¿Les esperamos aquí?

Elandir se detuvo frente a los ornamentos eróticos. Sopló contra ellos la arena que quedaba en su mano y observó los resultados. En una de las estatuas se había adherido una cantidad mayor que en el resto. Comenzó a manipularla hasta que un resorte saltó y la chimenea se abrió. Su amigo chasqueó la lengua.

—Muy bonito, ¿algún truco élfico?

—Sentido común: las manos segregan sudor y grasas, que se pegan a los objetos que tocan y tienen querencia a atraer todo tipo de residuos ligeros, como el polvo o, por poner un ejemplo al azar, la arena.

Dunrel sacó unos guantes de su bolsa y se los ajustó.

—Si ya has terminado de exhibirte...

Elandir atravesó la entrada secreta y echó un vistazo. Una angosta escalera de caracol se internaba en lo desconocido.

—Hay luz abajo —dijo, sacando su puñal

—Seamos cuidadosos, si se han tomado tantas molestias para ocultar su reunión, no deben ser muy receptivos a las visitas inesperadas. —Dunrel acompañó el gesto de su compañero empuñando su porra de hierro.

Con una mano en la pared descendieron sigilosos, atentos al menor ruido. Tras la escalera, un corredor de ladrillo y mortero conducía hacia la luz. A los lados del mismo, puertas de madera protegían su interior con gruesos candados.

—¿Contrabando? —susurró Elandir.

—En el mejor de los casos —contestó Dunrel con gesto preocupado.

Tras una puerta entornada se adivinaba la fuente de la luz. Elandir contempló, por la rendija que quedaba entre el marco y la hoja, una sala huérfana de adornos o mobiliario, a excepción de una mesa redonda rodeada de sillas y un gran brasero al fondo. De pie discutían dos figuras, guardadas por soldados alineados contra la pared. Desde su posición, Elandir podía ver al dueño de la casa, Sergen Ylan, pero no a su interlocutor. Por señas, le indicó a su compañero que se acercara para no perder hilo.

—¿Cómo puede entonces haber descubierto nuestra relación? —dijo el invisible contertulio de Sergen.

—Os lo juro, no fue de mi boca. —El burgués mantenía la misma actitud nerviosa observada por Elandir en el incidente del callejón.

—No es eso lo que he oído.

—¡Mentiras, señor, hasta la última palabra!

—¿En serio? —El dueño de la voz se acercó a Sergen, permitiendo a Elandir identificarlo como Rael Steiner, jerarca de la burguesía—. Uno de los supervivientes del callejón asegura que fuisteis vos quien dio el nombre a ese elfo.

—¡No! Quizás pronunciara inconscientemente el nombre de Agural, pero en ningún caso el de vuestra excelencia.

—En realidad, poco importan ya los detalles. Lo primordial es que, si el elfo realmente ha descubierto nuestro plan, debemos asegurarnos de que no lo difunda.

—No habrá problemas, señor. Tengo entendido que ha caído en desgracia dentro del castillo, nadie hará caso a sus desvaríos.

—No es suficiente: une tus hombres a los míos, que busquen en todos los rincones de la ciudad hasta encontrarle. No podemos

arriesgarnos lo más mínimo faltando tan poco tiempo y estando ya aquí Darigaaz.

—¿El Caballero Dragón ha llegado? —Sergen pareció realmente excitado al oír la noticia—. ¿Puedo verle?

—No han entrado aún en la ciudad, deben reunirse primero con los fugitivos y organizar el día de mañana. Todo debe hacerse según lo planeado.

—Y así será, no os preocupéis; nuestros hombres están armados y listos, y los participantes del torneo conocen sus instrucciones.

—Muy bien. —El dueño de la voz regresó a la vista de Elandir, pero la figura del jefe del gremio burgués había sido sustituida por la de un elfo oscuro de melena plateada—. Debemos prepararnos para la batalla.

—¡Señor Agural! —Sergen parecía tan sorprendido como Elandir—. No sabía que erais vos.

—No es inteligente dejarme ver en la ciudad, y Rael no puso pegasa que usara su imagen como camuflaje. —El elfo sonrió ante la atemorizada mirada de su interlocutor—. No temáis, él permanece en su mansión, esperando a que os lleve.

Elandir se giró hacia su compañero.

—Debemos intervenir y parar esto.

—¿Estás loco? —Dunrel lo retuvo agarrándole del hombro—. Hay seis hombres ahí dentro.

—Cinco, el comerciante no es ningún guerrero. Vamos, no tendremos otra oportunidad tan clara de detenerlos.

—No nos precipitemos, deberíamos salir y buscar ayuda.

—Arriba está la guardia del palacete. Si aprovechamos la sorpresa podemos liquidar a dos y equilibrar la contienda; si salimos a la superficie perderemos la pista de ese maldito elfo oscuro.

—Y es algo que te mataría. ¿Verdad, primo?

Elandir dirigió de nuevo su mirada hacia la habitación. Todos sus ocupantes miraban ahora en su dirección. El elfo cuya voz acababa de oír sonreía.

—¿A qué viene la expresión de sorpresa? ¿Creías que tu raza era la única que posee unos sentidos más agudos que los de los humanos? —le dijo, tocándose una oreja.

Los guardias empuñaron sus armas y se dirigieron hacia ellos. Elandir se enderezó con el puñal en la mano.

—Cambio de planes: retrocedamos hasta las escaleras, serán fácil de defender entre los dos. Quizás en el primer lance podamos eliminar a alguno de...

Apenas atisbó el golpe cuando sintió su mandíbula explotar. Cayó al suelo y notó cómo algo se soltaba en su interior. Levantó la vista hacia su agresor, confuso.

—Lo siento, chico —le dijo Dunrel—. Deberías haberme hecho caso y quedarte en casa descansando.

El segundo golpe sí lo vio venir, pero no pudo hacer nada para evitar que la porra de su amigo le impactara de nuevo en la cabeza, provocando que todo se desvaneciera tras una cortina de detonaciones lumínicas.

19. Ilusión

Su mundo había desaparecido y todo lo que quería era recuperarlo, pero no sabía cómo. Desde que se separó de su abuelo, Dem había tomado los cruces siguiendo las instrucciones que él le dio, pero nada ocurría. Durante un buen rato esperó que alguna cara amistosa apareciera en aquel entorno de túneles sombríos e insectos gigantes, pero nada ocurría. Aterida de frío y miedo, trató de regresar a donde se habían separado, pero tampoco lo consiguió. Los túneles eran parecidos pero algo, en algún momento, había variado. Hizo y deshizo el camino varias veces a la carrera, pero nada ocurría.

Su mundo iba a cambiar para siempre pero eso ella no lo sabía; su corta edad no la dotaba del raciocinio necesario para anticipar un acontecimiento de tal magnitud, solo del suficiente para darse cuenta de que algo había ido mal.

No era culpa suya, ella había hecho todo lo que le había dicho su abuelo; desde el primer recuerdo que poseía, él era el adulto que más atención le prestaba, y Dem siempre trataba de corresponderle. Aunque quizás no estaba siendo del todo justa: su madre también era buena con ella, la cuidaba y alimentaba y protegía, y la quería mucho, por supuesto. Pero había algo, una pena enraizada en lo más profundo de su ser, que le impedía estar completamente con ella cuando estaban juntas. Cuando la abrazaba, sentía ese pesar enturbiando el amor y la ternura, y eso la entristecía; por eso buscaba el regazo firme y acogedor de su abuelo.

En cuanto a su padre, Dem no recordaba su cara; y era extraño, ya que vivió con los dos hasta que desaparecieron, y mientras el rostro de su madre aparecía nítido en sus recuerdos, el de su padre se desdibujaba en una neblina gris. Pero ella también le quería, aunque nunca estuviera en casa, o apenas la tocara o acariciara o sonriera. Les

quería a ambos, pero no podían competir con el amor que profesaba a su abuelo. Y más después de que un día se fueran y luego lo hiciera su abuela. Desde aquel momento, esos recuerdos constituyeron un pedazo de la esencia de Dem, refulgiendo en su interior con su propia y templada luz.

Pero ellos ya no eran su mundo. Ellos no le enseñaron a andar, a comer, a hablar. Ellos no le abrazaban en la oscuridad de la noche hasta que las pesadillas abandonaban su cabeza para dejar sitio a los sueños buenos. No le cogieron de la mano la primera vez que abandonó las cavernas de Agarta, cuando levantó la cabeza hacia un infinito cielo azul tan deprisa que se mareó y casi vomita.

En una de sus frenéticas carreras tropezó y cayó de bruces al suelo, raspándose manos y rodillas. Sintió nacer un sollozo en el fondo de su garganta pero lo sofocó aguantando la respiración. «Los bebés lloran, las niñas se aguantan. ¿Eres un bebé o una niña?», le sermonearon sus recuerdos con la voz de su abuelo. «Una niña», contestó ella, apretando la cara para cortar el flujo de lágrimas.

Se acomodó sobre el trasero e inspeccionó los daños a la pálida luz del pasadizo. En sus manos aparecían grupos de líneas irregulares que incrementaban su grosor al comenzar a fluir la sangre por ellas. Se las limpió en el faldón y se frotó la rodilla, que no parecía lastimada. Más tranquila, se quedó así, sentada en mitad de la nada, mordisqueando la punta de su coleta mientras pensaba qué hacer a continuación.

La idea de llamar a su abuelo no le había abandonado en todo ese tiempo, pero temía que alguno de esos escalofriantes hombres-cucaracha la oyera. Allá donde mirara todos los túneles le parecían iguales, y daba igual las veces que repitiera la combinación de giros que había memorizado, no encontraba nada.

Recordó entonces el estuche que llevaba colgado al cuello. Su abuelo le había dicho que no lo perdiera, pero no lo que contenía ni para qué servía. Dem abrió el tapón y volcó el recipiente, del que salió un pergamino enrollado. Curiosa, lo examinó con ojos y manos, como si de un desconocido insecto se tratara, antes de desplegarlo. Una de las caras estaba en blanco, pero en la otra había algo dibujado. Lo sujetó con ambas manos para verlo mejor cuando el dibujo se iluminó de repente.

Sobresaltada, soltó el pergamino y lo alejó de ella barriendo el suelo a puntapiés. Parecía de nuevo un vulgar trozo de piel, sin brillos de ningún tipo. Se acercó precavida y lo rozó con la yema de los dedos, recuperando gradualmente la confianza hasta asirlo de nuevo. El dibujo seguía allí, en tinta negra mate, pero ahora unas manchas le hacían compañía. Dem comprendió mirándose las heridas de la mano que era su sangre la que había alimentado aquellas manchas. Intentó borrarlas con un dedo humedecido de saliva pero solo consiguió emborronarlas. Al final decidió enrollarlo y devolverlo a su funda, confiando en que nadie se percatara del estropicio y evitar así la reprimenda.

Con el estuche de vuelta a su cuello, comenzó a incorporarse cuando observó al final del túnel cómo uno de los insectos gigantes caminaba hacia ella. Echó a correr en dirección contraria pero se detuvo al advertir que otras criaturas le cortaban el paso. Una multitud de variopintas estrategias se agolparon en su cabeza, pero ninguna se le antojaba convincente. Rememoró cuando su abuelo se puso a jugar alrededor de aquellas cosas, haciéndole reír, pero sin él a su lado no se sentía tan confiada; por desgracia, no tenía otra opción que pasar al lado de aquellos monstruos que tanto la aterrorizaban.

Dem tragó saliva y se envaró, susurrándose ánimos para la colosal tarea que estaba a punto de afrontar, cuando una luz le hizo girarse: en la pared en la que hasta hacía un momento no había más que roca

desnuda, se dibujaba ahora una puerta de resplandecientes trazos azules. A la niña le recordó a cómo había brillado el dibujo del pergamino.

Su cuerpo se movió cauteloso hacia la puerta y ésta reaccionó abriéndose. Dem se asomó al agujero abierto en la pared, pero el interior estaba inmerso en una oscuridad más profunda que la del pasillo. Las criaturas continuaban su avance hacia ella, así que decidió atravesar el extraño portal buscando refugio; la oscuridad no le daba miedo, las criaturas-cucaracha sí. Tan pronto se encontró al otro lado del mágico umbral, la piedra se cerró sobre sí misma, dejándola en la más absoluta negrura.

Palpó el aire hasta que topó con una pared con la que guiar su avance. Poco después, sus ojos encontraron también algo a lo que aferrarse: un punto luminoso flotaba más adelante, iluminando tenuemente el pasillo que les separaba. Convirtiéndolo en su Estrella del Navegante particular, Dem se dirigió hacia ella.

A diferencia de los otros pasadizos, éste parecía haber sido construido en vez de excavado. La pared que estaba usando como guía era lisa y no muy fría al tacto. Distribuidas irregularmente, una serie de aberturas daban acceso a estancias desiertas. Dem se asomó a una, y en su interior se materializaron unas imágenes, sobresaltándola. Eran personas, pero de extraña apariencia. Sus colores lucían apagados y, aunque se movían, no generaban sonido alguno. Como no parecían reaccionar ante ella, la niña se aproximó para observarlas mejor: se asemejaban a fantasmas moviéndose sobre la pared, como dibujos que hubieran cobrado vida.

En la fantástica representación una figura, concretamente un enano, trabajaba una masa informe sobre un yunque gigantesco. Las chispas brotaban en cada impacto del martillo contra la pieza, que iba

adquiriendo forma redondeada en el proceso. El herrero cogió la masa incandescente con unas pinzas gigantescas y la sumergió en agua: la esfera desplazó el líquido al hundirse en él, engendrando una capa de vapor que la envolvió. Al retirarla de la pila, su superficie se hizo más definida: arrugas grises y marrones pigmentadas de verde la recorrían de un lado a otro, circundadas por reflejos azul cobalto, y todo ello recubierto por el vapor condensado en forma de nubes. El entorno se fue desvaneciendo mientras el globo permanecía suspendido contra un fondo oscuro, donde quedaron atrapadas las chispas de la forja, brillando intermitentes en la negra inmensidad. Dem estaba hechizada por la imagen cuando esta se desvaneció, devolviendo la oscuridad a la cueva.

La luz del pasillo vibró, y sus ondas recorrieron el vacío que les separaba, transformándose en sonidos al estrellarse contra su tímpano.

—aCÉRCATE.

Dem se estremeció de pies a cabeza. La voz que le hablaba no poseía ningún rasgo enano o de cualquier otra raza que conociera.

Regresó al pasillo y continuó su recorrido, mirando por el rabillo del ojo las deshabitadas estancias que dejaba atrás. En todas se materializaban a su paso fantasmagóricas escenas como la que acababa de presenciar. En la siguiente vio dos dragones, uno blanco y otro negro, enormes, volando juntos en el cielo nocturno. Dem había oído leyendas y visto dibujos, pero nunca imaginó que fueran tan bonitos. Se acercó, hipnotizada, hasta que su ansia le pudo y los atravesó, provocando que se desvanecieran en el aire.

En otra habitación, montes y praderas fueron poblados por pequeñas criaturas aladas. Más adelante, dos elfos entraron en una caverna parecida a la que ahora recorría ella, y uno de ellos vio su carne ennegrecerse al tocar la luz que refulgía en el centro de la misma. Las habitaciones continuaron sucediéndose: una colina fue escenario de una

cruenta lucha entre humanos y lobos, y del impacto del rayo que, en el sitio y momento adecuado, le puso fin; orcos y humanos chocaron manos primero y acero después; mares surgieron y engulleron montes enteros; razas nacieron y se extinguieron, reyes ganaron su corona y perdieron la cabeza. Y al final del pasillo, la luz flotaba, paciente.

Extasiada ante tantas maravillas, Dem se decepcionó cuando el corredor finalizó y con él las habitaciones. Había llegado a una amplia bóveda circular, de la que surgían más pasillos como el que acababa de atravesar, recordando su disposición a la de los radios de una rueda. Su vista se perdió en el espacio oscuro sobre ella, sin ser capaz de atisbarle fin. Y, como última parada, la luz parlante sobre su cabeza.

—aCÉRCATE, PEQUEÑA.

Dem obedeció, deteniéndose bajo el resplandor.

—bIENVENIDA, PEQUEÑA dEM.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó la niña—. ¿Quién eres?

—sOY LLANTO Y SOY SUSPIRO: SOY TINTA Y ARENA, FRUTO Y SEMILLA; CHISPA Y CENIZAS, SOY.

La voz no surgía de una fuente definida, pareciendo generarla la misma cueva. El punto de luz se contraía a cada palabra.

—No te entiendo. —Señaló hacia el pasillo—. ¿Qué eran esas imágenes, las hacías tú?

—sÍ Y NO. tODO EXISTÍA ANTES DE MI CREACIÓN, PERO NADA PUEDE EXISTIR SIN MÍ.

—Hablas raro. —Dem dejó de mirar la luz y buscó a su alrededor más escenas mágicas—. ¿Esta es tu casa?

—eSTE ES EL LUGAR DONDE TODO PASÓ, EL SITIO DONDE NADA OCURRE. eSTE ES EL MOTOR DEL MUNDO, LAS ENTRAÑAS DE LA REALIDAD. eSTA ES LA ENCRUCIJADA.

Dem dejó de prestar atención a la luz y fue hacia otro pasillo, pero no pudo entrar en él, ya que una fuerza desconocida impedía su avance. Enfadada, empujó con todas sus fuerzas pero al final tuvo que ceder, resoplando. Pegó la cara al muro invisible, y observó cómo dentro de las salas de ese pasillo se reproducían nuevas escenas, en las que hombres vestidos con ropas que nunca había visto montaban en fantásticos carros metálicos. Desde una de ellas, un hombre con agujeros negros en lugar de ojos la miró.

—IO LAMENTO, PERO NO PUEDES ENTRAR; NO POSEES LOS CONOCIMIENTOS ADECUADOS PARA ASIMILAR LO QUE ALLÍ ENCONTRARÍAS.

Dem trató de entrar en el resto de pasillos, pero en todos obtuvo similar resultado. La naturaleza de las representaciones variaba completamente de unos a otros. Dio un par de vueltas más hasta que al fin desistió.

—tODO LO QUE HA SIDO O SERÁ ESTÁ AQUÍ, TODA FUENTE DE SABER VIENE AQUÍ A MORIR. pREGUNTA Y SERÁS SATISFECHA.

La luz aumentó de intensidad y tamaño y bajó hasta situarse sobre una peana de base pentagonal. Era una esfera de pulida superficie azul, pero no un azul corriente, que pudiera encontrarse en este mundo: era un azul prístino, tan puro y uniforme que se podían escoger dos puntos de su superficie al azar, y tener la certeza de que serían indistinguibles entre sí. Era el azul que los dioses imaginaron al crear el cielo.

Un pulso recorrió la inmaculada superficie cuando ésta volvió a hablar.

—KOR FUI DESIGNADO. cREADO CON LA REALIDAD, ANCLADO A LA NO-EXISTENCIA, GUARDIÁN DEL SABER. ¡INCONTABLES SERES ME HAN BUSCADO A TRAVÉS DE LAS MAREAS TEMPORALES PARA SATISFACER SU CURIOSIDAD. ÚNETE A ELLOS: TRES PREGUNTAS CONTESTARÉ, ES EL PACTO ACORDADO; PLÁCEME Y SERÁS RECOMPENSADA.

Dem observaba ensimismada. Poniéndose de puntillas, alargó el brazo y pasó la mano por el espacio que había entre la esfera y la peana, para retirarla con la boca abierta de lado a lado por una enorme sonrisa.

—¡Flotas! —dijo con entusiasmo—. ¡Estás flotando! ¿Cómo lo haces? ¿Puedes enseñarme?

El pulso se detuvo. La bóveda enmudeció unos instantes antes de que un cloqueo distorsionado por decenas de ecos retumbara en la sala, haciendo que Dem se tapara los oídos para protegerlos. La esfera se estaba riendo.

—¡O IMPROBABLE HA OCURRIDO, EL ACUERDO HA VARIADO; PEQUEÑA DEM, HAS LOGRADO ALGO INÉDITO, Y LAS REGLAS DEBEN AJUSTARSE PARA RETRIBUIRTE EN CONSECUENCIA. PUEDES RECLAMAR TU PREMIO.

—¿Premio?

—¡O QUE DESEES, CUALQUIER COSA QUE AMBICIONES, TE SERÁ CONCEDIDA.

Dem frunció el ceño, pensativa. Una imagen apareció en su mente, clara como la luz del día.

—¡Mi abuelo! Tengo que volver con él, ¿sabes dónde está?

—SIN DUDA, Y NO HABRÁ NINGÚN IMPEDIMENTO EN LLEVARTE A SU LADO. CIERRA LOS OJOS, PEQUEÑA DEM, Y ADIOS.

Un brillo metálico recorrió la esfera y Dem dejó de existir. La oscuridad regresó a la enorme estancia, los pasillos recuperaron su quietud y, en el centro de todo, la esfera azulada flotaba en silencio. Sus mecanismos internos analizaban lo que acababa de suceder, la extraña palpitación que la había recorrido en respuesta a las inocentes palabras de la niña. Trató de encontrar en su memoria una sensación equiparable, pero no halló nada. Desactivó su lado sentiente y derivó sus energías al análisis intelectual del incidente, pero tuvo que desistir. Aquello no tenía parangón en su vasta existencia: ni siquiera cuando alguno de sus muchos visitantes fallaban la prueba, cegados por la ambición por el premio o el temor al castigo, en esas exclusivas ocasiones en que se le permitía tomar una vida, había sentido algo similar. Confusa, archivó la nueva sensación bajo el epígrafe «desconocido» y fue apagando su brillo, ascendiendo lentamente a su posición en el centro de la cúpula; como una araña regresando a su tela tras haber dejado escapar una presa, sin estar segura del motivo.

Con el sonido de un huracán pasando por el ojo de una aguja y la luz de mil relámpagos restallando a la vez, Dem regresó a la existencia. A través de los párpados entornados oteó el paisaje bajo el sol de media tarde. Aquella mezcolanza de plantas mustias y agua estancada le resultaba tremendamente familiar.

—¡Dem!

La niña se giró a tiempo de ver cómo una enorme figura se abalanzaba sobre ella, rodeándola y apretándola contra su cuerpo.

—Dem, me alegro de verte, estaba muy preocupado por ti.

—Brad, me estás ahogando.

El joven moderó su entusiasmo y liberó a la niña.

—Lo siento, pequeña; ya empezaba a creer que no volvería a verte y entonces oí ese ruido, me giré y... Ay, cuando te vi aparecer. ¿Cómo lo has hecho? —Brad se giró hacia una tercera persona—. ¿Has sido tú? —le preguntó.

—No, me temo —dijo Ámbar uniéndose al reencuentro para examinar a la niña—. Extraño, eso fue sin duda magia, pero no reconocí el patrón. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —contestó Dem con expresión neutra—. Tengo un poco de hambre.

Ámbar desprendió el receptáculo de madera del cuello de la niña con una sonrisa.

—Seguro que sí. Dem, ¿cómo has conseguido salir de la torre? ¿Te ayudó alguien?

—La bola me ayudó —dijo la niña—. Yo se lo pedí y ella me sacó.

—¿Bola?

—La bola azul. La que flotaba y tenía voz triste.

Ámbar frunció el ceño hasta que la comprensión de las palabras de la niña se lo estiró hacia la línea del cabello.

—¿Quieres decir que viste...? Dem, ¿qué es lo que viste, exactamente?

—Vi muchos pasillos, con bichos gigantes que querían cogerme. Y luego vi una puerta brillante, con habitaciones donde habían dragones y elfos y orcos... —Las palabras se agolparon en la boca de la niña mientras sus brazos colaboraban con ansia en la descripción de la

experiencia—... y al final había una luz que hablaba y luego fue una bola. Le pedí que me enseñara a volar pero no lo hizo. Luego me preguntó qué quería y yo le dije... —La energía de su cuerpo pareció agotarse cuando la niña volvió a centrar la atención—. ¡Abuelo! ¿Dónde está mi abuelo? Le dije que me llevara con él. ¿Está aquí?

El ambiente se tornó mortecino. Brad dirigió una mirada acusadora a Ámbar que ella ignoró para dirigirse a Dem.

—Está, pequeña. Pudo salir un poco antes que tú.

La niña dio un saltito y aplaudió sonriente.

—¿Dónde está?

Ámbar bajó la mirada y señaló detrás de ella.

—Allí.

Dem la esquivó para correr en la dirección que señalaba, pero se decepcionó al no ver a su abuelo, solo un bulto cubierto por una capa sucia.

—Acércate —le apremió la elfa.

Miró a la elfa y al bulto un par de veces antes de aproximarse. Conforme más se acercaba, más definidas se hacían las arrugas de su superficie, adquiriendo forma humanoide. Por uno de los lados asomaba una maraña de pelo blanco que se agitaba al ritmo de una débil respiración.

—¡Abuelo! —Dem se abrazó a él entre lágrimas de alegría. La piel de su rostro estaba descolorida, como un pergamino que hubiera pasado demasiado tiempo al sol. A su lado yacía su hacha, recubierta de una viscosa sustancia. Con un gruñido, Baltar abrió los ojos y contempló a su nieta.

—Dem. Dem, cariño, lo has conseguido. —Trató de incorporarse para abrazarla pero enseguida renunció, con el rostro retorcido en un rictus de dolor. Alargó la mano y le acarició la mejilla—. Pequeña, me alegro tantísimo de verte, cuando salí y me dijeron que todavía no habías aparecido me preocupé muchísimo por ti.

—Hice lo que me dijiste, abuelo, pero no encontraba la salida y luego volví y no te encontraba a ti y tuve mucho miedo pero al final encontré una puerta que brillaba y la bola que habla me ayudó a salir.

Una sonrisa de infinita ternura se dibujó en el rostro del enano.

—Lo has hecho muy bien, cielo. No me habría perdonado dejar este mundo contigo encerrada en ese horrible lugar.

—Pero ya no estamos encerrados, ya podemos volver a nuestros carros y dar de comer a Manchitas y Zanahoria. —Dem reposó la cabeza sobre el pecho de su abuelo; de debajo de la capa se filtró un líquido rojizo hasta la punta de su coleta, apelmazándola—. ¿Cuándo volvemos, abuelo?

Baltar hizo acopio de sus fuerzas para levantar la cabeza y mirar directamente a su nieta.

—Dem, el abuelo no va a ir contigo.

—¿Por qué no?

—Porque no voy a poder, así que vas a tener que hacer lo que te digo: vete con Brad, él se encargará de ti de ahora en adelante. Tienes que ser buena y obedecer todo lo que él te diga, ¿de acuerdo?

—¡No! —La niña se levantó con rabia—. ¡No quiero, quiero que vengas tú! Si estás cansado podemos descansar un poco más y después irnos.

—Dem, ¿recuerdas a la abuela? ¿Recuerdas el día que se durmió y ya no volvió a despertarse?

La niña asintió sorbiéndose la nariz.

—Pues eso es lo que me va a pasar a mí, voy a dormir durante mucho tiempo, y voy a ver a la abuela.

—¿Por qué?

—Porque la echo de menos, cariño. Porque estoy cansado y ya no puedo estar contigo.

Baltar acercó a su nieta y le besó la frente. Ella se dejó acunar por su abuelo mientras su mano le acariciaba el pelo con dulzura, cada vez más lentamente, hasta que finalmente dejó de hacerlo y cayó a un lado.

—¿Abuelo?

Dem se separó del cuerpo. Su abuelo tenía los ojos cerrados y en su rostro parecían haberse multiplicado las arrugas. Le sacudió los hombros pero no obtuvo respuesta. En un doloroso instante, la niña fue consciente de que, aunque aún pudiera verlo a su lado, su abuelo ya no estaba con ella y jamás volvería a estarlo. Se echó sobre él y lloró en silencio.

A una distancia respetuosa, Brad y Ámbar observaban la escena visiblemente conmovidos. El chico se limpió los ojos con la manga y dirigió una furiosa mirada hacia la elfa.

—Lo siento mucho —le dijo ella—, no imaginaba que algo así pudiera ocurrir.

—Y una mierda, te lo imaginabas perfectamente, pero te dio igual. Qué importaba la vida de unos enanos mientras pudieras conseguir tu jodido tesoro.

Ámbar observó el estuche que descansaba en su mano.

—No es cierto, esto no debería haber ocurrido. No así.

—Ahórratelo. Dame la recompensa que le prometiste al viejo y llévanos a la ciudad.

La elfa soltó una bolsa de cuero de su cinturón y la tendió al muchacho. Brad la abrió y la codicia iluminó su rostro.

—Es para los dos —puntualizó Ámbar.

—Como si te importara una mierda lo que nos pase a partir de ahora. No necesito lecciones de una asesina sin sentimientos.

Los ojos de la elfa relampaguearon al coger al muchacho por el cuello.

—¿Quién te has creído que eres para juzgarme, mocosito insufrible? ¿Crees acaso que desconozco el dolor que se siente al perder a un ser querido?

Brad se sobrepuso al susto inicial y respondió a la furia de Ámbar con su acostumbrado desdén.

—¿Ahora vas a matarme a mí? ¿Y después, matarás también a la niña?

Ámbar recuperó el control y le soltó.

—Dime dónde quieres que os lleve.

Brad lo pensó unos segundos.

—Hyrdaya, con este dinero tendremos muchas oportunidades de hacer negocios en la capital.

—No, no es buena idea que vayáis allí. Por unos días, al menos.

—¿Por qué no?

—No y punto. Elige otro sitio.

Brad la observó fastidiado hasta que decidió dejarlo pasar.

—Lewe entonces, tengo algunas amistades allí que nos podrán echar una mano hasta que nos instalemos.

—Lewe será. —Ámbar abrió el cilindro y volcó el contenido en su mano—. Dejemos que la pequeña se despida de su abuelo y partiremos.

—Que sea pronto, no debe quedar mucho para que anochezca, y debemos encontrar un sitio donde poder dormir sin que peligren nuestras bolsas ni nuestras vidas. —Brad se inclinó curioso hacia el pergamino—. ¿Así que ese trozo de papel vale por la vida de un enano?

Ámbar ignoró la indirecta mientras lo desenrollaba.

—Este trozo de papel, como tú lo llamas, tiene más poder que un ejército. Es un recuerdo de la época anterior a la Purga, cuando la magia recorría libre este mundo, antes de tener que ser ocultada y protegida en los más remotos rincones de esta o cualquier otra realidad.

—Creo que no lo he entendido.

—No es necesario que entiendas todo, solo que, con su sacrificio, tu amigo nos ha dotado de una poderosa arma con la que derrocar este gobierno, y que mañana honraremos su memoria cuando...

Ámbar enmudeció. Brad, extrañado, se aproximó buscando la fuente de su pasmo y ella le mostró la cara dibujada del pergamino, donde a un sencillo dibujo le acompañaban unas cuantas manchas oscuras. La elfa, blanca como la cera, las señaló y preguntó, más para sacarlo de su organismo que buscando respuesta en el joven:

—¿De quién es esta sangre?

20. Caballero

Hace seis años...

Alcanzado su destino, Darigaaz lo observaba con recelo a la luz de la luna. La puerta se le antojaba una hambrienta boca abierta en la ladera de la montaña, con una fila de altares para sacrificios a modo de dientes inferiores; manchas reseca se extendían desde sus superficies hacia las bases, chorreando oscuridad. Al fondo, entre dos estatuas con las formas antroporreptilesca de las Hermanas Viscosas, unas escaleras de piedra comenzaban un descenso cuyo final ocultaba la estructura de la construcción.

Darigaaz se rascó el mentón, pensativo. El ímpetu que le había conducido hasta allí, siguiendo las indicaciones dadas por un elfo oscuro tras regalarle una espada mágica, se había visto reemplazado por la lógica cautela ante lo que se antojaba un escenario perfecto para una emboscada. Sin el acicate del temor a perder la vida, echarse ciegamente a los brazos de aquellos desconocidos ya no le parecía tan buena idea. Quizás fuera preferible dirigirse a otro pueblo, tratar de vender la espada y comprar con las ganancias un terreno en las montañas donde formar su propia casa.

Estaba a punto de dar la espalda al templo cuando la amplia garganta pétreca cobró voz.

—¿Piensas entrar antes de que amanezca? Empiezo a entumecerme aquí fuera.

Darigaaz alzó su arma por instinto, pero el susto hizo que aplicara demasiada fuerza al movimiento y estuviera a punto de estamparse la

hoja contra el rostro. Consiguió esquivarla en el último momento, aunque a costa de su equilibrio: espada y hombre tocaron suelo al mismo tiempo, fundiéndose sus caídas en un trompazo metálico. La voz del templo respondió con carcajadas.

—La esperanza del reino, damas y caballeros.

—¿Quién eres? ¡Muéstrate! —dijo Darigaaz, alzándose como un rayo y empuñando la espada con más precaución.

—Moderad vuestro entusiasmo, excelencia, no vayáis a convertirlos en el primer rey caído ante su propio acero.

—¿Quién eres tú? —volvió a preguntar. Sentía su rostro arder de cólera hasta que un presentimiento se abrió paso entre la furia, apaciguándola—. Eres el amigo del elfo oscuro, ¿no es cierto?

—Diestro con la espada y ágil de mente. —El hombre salió de tras una de las estatuas, y la luz de la noche descubrió su aspecto: joven, bien formado, pelo corto rizado y un tatuaje alado sobre su hombro derecho—. Encantado, Darigaaz, me llamo Madt.

—Yo Dari... Quiero decir, encantado —contestó bajando la espada hasta posar la punta en el suelo.

—Por cierto, la estás empuñando mal, por eso casi la envainas en tu cara. Debes cogerla con una sola mano.

Darigaaz miró incrédulo la hoja de casi un palmo de ancho.

—Te aconsejo que dejes de burlarte de mí: no es el primer arma de este tipo que uso, y si intentara manejarla a una mano su peso me partiría la muñeca.

—Lo que sería cierto para todos los espadones de Vitalis, excepto uno. ¿Adivinas cuál? —Madt señaló las runas—. Eso no es la firma del

herrero, esas marcas permiten que se pueda manejar con una sola mano. Compruébalo.

Con cauta incredulidad, Darigaaz soltó su mano izquierda e hizo un movimiento de palanca con la derecha, tratando de alzar la espada. Para su sorpresa, apenas necesitó aplicar fuerza para ponerla de nuevo vertical. Lanzó un par de mandobles al frente, y el acero respondió en su mano como si empuñara una daga en vez de un arma de metro y medio de longitud.

—Buen truco, ¿eh?

—Al principio, quizás —concedió Darigaaz—, pero una vez descubierto pierde utilidad. ¿De qué me sirve un arma tan ligera que se partiría ante un escudo o armadura?

—Harías bien en concedernos algo de crédito: esa espada pesa más de doce kilos de puro acero macizo, pero se puede empuñar como si no fuera más pesada que una pluma. Con ella podrás descargar golpes demoledores sin apenas forzar el brazo. Prueba contra aquel árbol.

Darigaaz encaró el grueso roble que le indicaban, levantó el brazo y trazó un arco descendente sobre la base del tronco. Las astillas volaron cuando la hoja horadó tres cuartos del mismo. Miró sorprendido la espada y luego a su interlocutor, que le observaba con una sonrisa burlona. Tiró del arma para liberarla, pero de nuevo aplicó demasiado ímpetu y ésta voló de su mano hacia la puerta del templo, donde chocó contra un altar con gran estruendo. Madt se ocultó el rostro con la mano.

—Impresionante —disimuló Darigaaz—, aunque cuesta acostumbrarse.

—Pero merecerá la pena. Una vez habituado a blandir un arma tan pesada con esa ligereza, conseguirás una gran ventaja en la batalla, además de poder usar escudo; esta será tu primera lección.

—¿Lección? —Darigaaz observó el aspecto desaliñado de su interlocutor—. No me pareces un maestro.

—Tampoco vos parecéis un rey, pero tendremos que valernos de lo que disponemos. Y ahora, pasemos adentro, empieza a refrescar y no queremos que un mal catarro acabe vuestra cruzada antes de tiempo.

—¿Allí dentro? —dijo Darigaaz señalando la ominosa entrada.

—Por supuesto. Ese culto se extinguió hace eras, así que tenemos el local a nuestra entera disposición.

—Este templo está abandonado por una razón, el culto que lo erigió fue uno de los más crueles que haya pisado este mundo —insistió Darigaaz—. Sucedieron cosas horribles entre esas paredes que las dejaron malditas para siempre. Ni los animales ni los habitantes de la ciudad se acercan.

—Lo que lo convierte en el escondite perfecto. Oh, vamos. —Ante la persistente negativa de Darigaaz a moverse, Madt se subió al pedestal de la Anciana Sierpe y se agarró a su ofídeo tronco—. Hola, preciosa. Mi amigo y yo nos preguntábamos si os sería mucha molestia que nos quedáramos a descansar en vuestro templo. Prometemos no orinar sobre las manchas de sangre, ni cambiar de sitio los horrores innombrables —comentó al hueco donde una vez estuvo la cabeza de la estatua, al tiempo que le manoseaba un pecho con colmillos de serpiente dibujando la corona del pezón—. ¿No, verdad? Me lo imaginaba. No obstante, como puede que la falta de boca sea obstáculo para expresar vuestro descontento, podéis usar esto como sustituto. —Desenfundó su daga, la dejó sobre una de las siete manos de la estatua, y le dio la

espalda. Dejó pasar unos instantes, mientras un ojiplático Darigaaz le observaba desde la hierba. Finalmente, recuperó el arma e hizo una reverencia a la anciana.

—No esperaba menos de una noble dama como vos, agradecido quedo —dicho esto saltó del pedestal y se dirigió de nuevo a Darigaaz.

—Segunda lección: teme a los vivos, no a los muertos —le dijo—. Y creo que es suficiente por hoy, descansen hasta mañana.

Darigaaz le siguió escaleras abajo hacia el interior del templo, tocándose el pecho y musitando una oración al pasar junto a las estatuas. Dentro, todas las estancias habían quedado despojadas de cualquier tipo de decoración o mobiliario, estando además calcinadas muchas de ellas. En una que acumulaba menos basura y escombros que el resto, dos catres se extendían junto a un pequeño fuego.

—Esto es un estercolero.

—Es cálido, es solitario, es todo lo que necesitamos por ahora —dijo Madt mientras se acostaba—. Duerme.

—¿Y si entra alguien durante la noche?

—¿Alguien con tu arrojo ante las antiguas deidades, quieres decir? —Madt se giró, acomodándose en su lecho—. No ocurrirá, nadie ha pisado estas estancias en décadas. Duerme, mañana comenzaremos la instrucción.

La voz de Madt murió para ser sustituida por ronquidos. Su invitado se tumbó orientado hacia la entrada, tensándose ante cualquier ruido, pero nada ocurrió aquella noche, ni en las muchas que le siguieron. Conforme pasaron los días, Darigaaz superó sus temores y pudo centrarse en el entrenamiento al que le sometía Madt, dedicando las mañanas a extenuantes ejercicios físicos y reservando las tardes para la

práctica del combate cuerpo a cuerpo. En esa rutina consumieron innumerables meses en los que apenas vieron el sol, saliendo al exterior únicamente para conseguir alimento.

Un día nublado de otoño, los dos hombres regresaban al templo con los cuerpos de varias liebres colgando de sus arcos.

—Estaría bien disfrutar un día de una comida más sustanciosa, para variar —refunfuñaba Darigaaz—: un buen cordero asado, por ejemplo, regado por algo más agradecido que el agua de río.

—Sería una buena opción si no fueras un delincuente buscado. Hay carteles con tu cara por toda la región —le contestó su camarada.

—Vamos, hace eras de aquello, ¿cómo pueden mantenerlos?

—No era una muchacha cualquiera la que escogisteis para vuestro robo, tu amigo y tú: era una de las más acaudaladas nobles de Lewe. Por cierto que tu amigo le cayó en gracia, tras delatarte. Tanto, que consiguió su mano y se mudó con ella a la capital.

—En cierta manera, me reconforta saberlo: si te tienen que traicionar por una hembra, mejor que sea por una que orine perfume. Lo único que lamento es no haber podido comunicarle mis impresiones sobre su traición —bufó mientras procuraba que su arco no chocara con la entrada del templo al traspasarla.

—Agua pasada, centrémonos en lo importante. —Madt encabezó el descenso por la escalera—. La primera parte de tu entrenamiento está casi concluida, has pasado de manejar la espada como una vaca a ser un luchador pasablemente mediocre.

—Gracias de corazón. ¿Y una vez terminada esta fase?

—Entonces comenzará la parte dura —sonó una voz familiar.

Darigaaz soltó sus presas y cargó el arco en un parpadeo. En la habitación habían tres figuras: una mujer, un hombre y un encapuchado de sexo indeterminado que en ese momento sostenía la espada rúnica.

—Buenos reflejos —dijo burlón mientras se retiraba la capucha.

—Darigaaz, te presento —intervino Madt—: ése es Agural, aquella Ámbar, y creo que ya conoces a su esposo, Drave.

—Por supuesto —dijo Darigaaz mientras saludaba alternativamente a los visitantes—. Me preguntaba cuándo volveríamos a vernos.

—Cuando llegara el momento —dijo Drave—, y Madt me ha dicho que ya estás listo.

—¿Listo para qué?

—Para abandonar este agujero y pasar a la acción.

—Por fin ha llegado el día, entonces.

—No, pero ha sido fijado: el príncipe ha anunciado su enlace con la heredera de Mirtis. En cuanto ella alcance edad de procrear, se oficiará la ceremonia en el palacio de Hyrdaya.

Darigaaz torció el gesto.

—A menos que planees hacerme pasar por la novia, no veo cómo eso puede acercarme al trono.

Drave se apoyó en la espada para incorporarse.

—Una boda real es un acontecimiento excepcional, y como tal está rodeado de hechos excepcionales que usar en nuestro beneficio.

—No malinterpretes mis palabras, valoro muchísimo todo lo que has hecho por mí hasta ahora, pero no creo que tanto subterfugio sea

necesario: soy el heredero real, ese trono es mío por derecho. Deberíamos entrar en la ciudad, reclamarlo públicamente y el pueblo nos apoyaría.

—El pueblo es voluble e inconsistente, cosa que no puede decirse de las defensas de nuestro enemigo. No te preocupes, tendremos la oportunidad.

—Y necesitaremos más hombres, no creo que nosotros cuatro seamos guerreros suficientes para asaltar el castillo

—Cinco —corrigió Ámbar.

—Tendremos apoyo —dijo Drave—. Hemos establecido conversaciones con el resto de provincias, que no ven con buenos ojos el enlace de los reinos de Hyrdaya y Mirtis. Cuando lancemos nuestro ataque, nos ayudarán a tomar el castillo y deponer al Rey.

—¿Gratis?

Drave sonrió.

—Sustituir al actual monarca les beneficia tanto como a nosotros pero no, no será gratis.

—Tenemos un plan, tenemos un ejército, ¿qué nos falta, pues? —preguntó Darigaaz.

—Paciencia. Y preparación —contestó Drave—. Empaqueta tus pertenencias, partimos hacia Termin para continuar tu adiestramiento. El regente de tu antiguo hogar se ha ofrecido a acogerte en secreto y proveerte de lo necesario hasta que llegue el día...

—... y ese día al fin ha llegado. Mañana lanzaremos nuestra ofensiva, aplastaremos sus fuerzas y arrebataremos al Monarca castillo, corona y cabeza, por ese orden.

Darigaaz calló para refrescarse la garganta con el pellejo que le alcanzó uno de sus hombres. Sentados alrededor del fuego, Madt e Ilargia atendían a sus palabras mientras daban cuenta de trozos desgajados al cordero que goteaba grasa sobre la lumbre. A su alrededor se estaba levantando una ciudad en miniatura a base de tiendas donde la guarnición termiense se disponía a pernoctar.

—Es una historia increíble —dijo Ilargia.

—Lo sé, a mí mismo me cuesta creerla a veces, pero de nosotros depende ponerle un final feliz —contestó Darigaaz besando a la mujer sentada a su lado, la que les había presentado como Shira, heredera de Termin y su prometida. Claramente, el tiempo pasado en el reino montañoso le había sido de provecho.

—Siento lo de vuestra familia —continuó Ilargia—. Es horrible cuánta sangre puede derramar la ambición de un solo hombre.

—Agradezco vuestras condolencias. —Darigaaz posó la mano sobre el corazón—. Recibid las mías por vuestros padres.

—Os lo agradezco, aunque en realidad desconozco su estado, ya que no llegué a conocerlos.

—Claro, a eso me refería; debe haber sido duro crecer sin ellos.

—Bueno, tuve excelentes guías a mi lado.

—Aconsejo que abandonemos este tema, o pasaremos el resto de la jornada oyendo una interminable diatriba sobre diosas argénteas e hijas lunares.

El comentario de Madt tuvo una acogida dispar: a la educada sonrisa de Darigaaz se contrapuso el gesto adusto de Ilargia. Tras el incidente del río había dejado de sentirse cómoda a su lado, y trataba constantemente de evitarle. Madt, por su parte, notaba su disgusto e intentaba no atosigarla. Darigaaz se alzó aliviado cuando la llegada de un grupo de sus fieles le proveyó de un motivo para romper aquel embarazoso silencio.

—Parece que la última partida regresa al fin.

Una cuadrilla de hombres armados comenzaron a desfilan por su lado; conforme fueron saludándole, él los presentó a Ilargia.

—Señora, ante vos Adam, Luma, Bayani, el mostrenco que porta el pico en sus hombros como si fuera una ramita de abedul es Kerdil, hermano de Bayani; tras él Dobre, el mejor arquero del reino, y Dhaka, su padre; Smert, señor de Vistalarga, cerca de pico Termin; ¡Nakuru! ¡Vuelve aquí y saluda a la dama! Eso está mejor; Skegg; Canares el Bravo, o eso le gusta decir a él; y Hansi e Ilmer.

—Encantada. —La joven fue respondiendo a cada saludo con una sonrisa, hasta que al finalizar el desfile confesó apurada—. No creo ser capaz de retener todos sus nombres.

—No os preocupéis, en realidad tampoco es necesario —rió Darigaaz—, aunque sí os conviene recordar a mi general y maestro de armas, Heken. —Ilargia saludó cortésmente al recién llegado, que le correspondió antes de sentarse. Era el hombre de más edad de los allí reunidos.

—Saludos a todos. —Alargó la mano para arrancar un trozo de carne y acometerla a dentelladas—. Hemos finalizado el registro de los bosques, todos los hombres del Rey han sido abatidos antes de que pudieran regresar al castillo.

—¿Encontrasteis por casualidad a un hombre en concreto, uno que no vestía uniforme de la guardia? —intervino Madt—. Un gigantón calvo y con bigote.

Heken hizo memoria.

—No, no recuerdo a nadie con esa descripción, lo lamento.

—No importa, en realidad tampoco albergaba muchas esperanzas —concluyó él antes de volver a centrarse en su cena y dejar a Darigaaz retomar la conversación.

—Excelente, nuestra llegada permanecerá en secreto hasta que sea demasiado tarde.

—Aun así debemos ser precavidos, me ocuparé de organizar las guardias para la noche. —Heken se interrumpió para liberar con la uña un hilo de carne atrapado entre sus dientes—. No quiero sorpresas antes de nuestra entrada en la ciudad.

Con la cena consumida, Ilargia se encogía en su asiento y usaba una capa prestada para protegerse de las descendentes temperaturas.

—Quizás no es de mi incumbencia, pero ¿cómo pensáis atacar el castillo? Tres muros lo protegen, por no hablar del ejército.

Darigaaz la miró como si llevara toda la tarde esperando esa pregunta.

—Como dijo Drave, una boda real está rodeada de hechos excepcionales que nos brindan oportunidades impensables en cualquier otro momento. Por ejemplo, los accesos a la ciudad y a los jardines de palacio relajan sus requerimientos, por lo que podremos traspasar sin problemas dos de los tres muros que protegen el castillo. Además, todos los caballeros y nobles estarán presentes y armados durante la

celebración del torneo, incluyendo a nuestros aliados de Lewe, Termin y Khus. Y por último, está el torneo en sí.

Ilargia miró alternativamente a Darigaaz, Shira y Heken, hasta que éste último concluyó la explicación con expresión resignada.

—El príncipe participará en el torneo, y Darigaaz opina que vencerle es el mejor modo de revelar al pueblo su identidad e intenciones.

—No vencerle: matarle. —El humor había desaparecido de los ojos de Darigaaz—. Ese será el comienzo de mi triunfo, arrebatarle al Rey la vida de su hijo delante de sus propios ojos, en correspondencia por lo que hizo a mi familia. Tras eso, nuestros hombres barrerán a los suyos, ocuparemos el palacio, y yo recuperaré mi trono. Nuestro trono.

Darigaaz besó a su prometida ante la poco convencida mirada de Ilargia.

—Admito no poseer vuestra sapiencia en tales menesteres, pero me parece que estáis siendo muy optimista. Parece demasiado fácil.

—Porque lo es. Ese crío no tendrá la más mínima oportunidad contra mis habilidades ni contra Plaga. —Darigaaz palmeó su espada rúnica—. Y antes de que el Rey y sus secuaces asimilen lo ocurrido, mis hombres los matarán. Esperad a mañana y lo comprobaréis: ni siquiera lo van a ver venir.

21. El Rey III

La sala de celebraciones lucía imponente aquella noche. Al fondo de la estancia se habían dispuesto las mesas que, en unos instantes, serían surtidas de las innumerables viandas preparadas para la cena homenaje a los futuros novios. Hasta que ese momento llegara, los invitados de palacio, en sus mejores galas, formaban un círculo alrededor del escudo de armas de su Majestad, situado en mitad del enlosado. Se habían dispuesto de forma que a cada hombre siguiera una mujer y viceversa, y aguardaban en un ambiente distendido.

En el fondo opuesto, los músicos cogieron sus instrumentos y una alegre tonada llenó la estancia, acallando los cuchicheos. Cuando el primer arreglo finalizó, todos los componentes del círculo humano se giraron, extendieron sus pies a la derecha y, con un movimiento de cadera, desplazaron al unísono todo su cuerpo en dicha dirección. Siempre al compás de la melodía, alargaron después su extremidad izquierda y recuperaron la posición original. Esta maniobra se repitió varias veces, con gran alegría entre los participantes, compuestos por los ciudadanos, cortesanos y nobles más importantes de la ciudad, incluyendo por supuesto al mismísimo Rey que, con una dama representante de la más alta nobleza a cada lado, seguía el ritmo de la música con una gracia y naturalidad pasmosa para alguien de su talla. El baile se prolongó durante un buen rato hasta que al fin los músicos enderezaron los instrumentos, la música cesó y los participantes se agasajaron con un discreto aplauso.

Antes de que la banda enlazara la siguiente pieza, el Rey se excusó con sus parejas y buscó una educada salida del salón, pero no pudo evitar que su retirada fuera constantemente interrumpida por

asistentes, deseosos de agradecerle la invitación, felicitarle por la boda o, los menos, comentar otro tipo de asuntos.

—Ah, majestad, permitidme que os felicite. Una fiesta estupenda.

—Sin duda, y aún no habéis disfrutado del banquete —contestó el Monarca, mostrando su sonrisa de eventos sociales.

—Viniendo de vos, no me cabe la menor duda de que será magnífico. —El hombre que le hablaba, un individuo que pasaba la cincuentena, de rostro picado por la viruela y rictus severo, le puso la mano en el codo, una velada manera de impedir la fuga del monarca. El Rey reprimió el impulso de sacudírselo de un manotazo y le atendió con calma. Se trataba de Usmen Bayani, uno de los más importantes nobles del reino, poseedor de tan vasta cantidad de títulos y tierras, que se permitía familiaridades con su persona que a pocos se le pasarían por la cabeza—. Veo que toda la nobleza ha acudido hoy a palacio —continuó—, y veo también ciertos rostros que no esperaba encontrar en tan distinguido evento

El Rey anticipó con disgusto un nuevo capítulo de la interminable lucha de poder entre nobles y burgueses. Los primeros se sentían amenazados por la creciente influencia de los segundos, e intentaban por todos los medios hacerlos de menos a ojos del Monarca.

—Su eminencia me confunde —contestó a su invitado—, pues no cabe en mi cabeza la idea de permitir la entrada a palacio a alguien que no lo mereciera, ya sea por su valor personal o por los servicios prestados a esta ciudad.

El noble arrugó el rostro.

—Los mortuorios también hacen un gran servicio, recogiendo en sus carros los cadáveres que amanecen en las calles, y no veo a muchos de ellos en vuestras recepciones.

—No seamos injustos, recordad que la ampliación de la muralla fue costeada por el gremio de mercaderes, y que gracias a dicha construcción la ciudad se mantuvo protegida durante una época especialmente belicosa.

—No niego que su dinero sea bienvenido, es su persona lo que encuentro detestable. Fijaos: no poseen la gracia que exige la pertenencia a nuestra estirpe; sus modales, sus gestos, todo en ellos delata que no están educados ni preparados para estos ambientes. Son unos simples buhoneros venidos a más.

El Rey trató de bajar el tono de su invitado alzando las manos.

—No se pretende regalar títulos ni castillos a quien no lo merezca, solo agradecerles el servicio prestado al reino permitiéndoles asistir a una fiesta.

—Lo que está bien, siempre que entiendan que es el carácter excepcional de estas celebraciones lo que les permite hoy codearse con quienes son claramente sus superiores el resto del año.

—Estoy convencido de que todo el mundo conoce su lugar, independientemente de su posición en la mesa o su compañero de conversación. —El Rey se aseguró de que el hombre captara su mirada un instante antes de agarrarle la mano para despedirse—. No existen motivos de preocupación. La corona tiene bien claro cuáles son sus más leales aliados, y no permitirá que padezcan ningún tipo de privaciones, tal y como se ha hecho desde el principio de mi mandato.

—De lo que no hay quejas por mi parte, no me malinterpretéis.

—No lo hago, y recordaré lo hablado. Ahora, si me disculpáis, debo atender unos asuntos.

Manteniendo la cabeza baja para evitar las miradas del resto de invitados que reclamaban su atención, el Rey abandonó la estancia. Al oír la puerta, Rishen asomó por la esquina y se apresuró a acompañar a su señor mientras este se ponía en marcha.

—¿Situación de los invitados? —preguntó sin mirarle.

—Terminado el recuento, todos se encuentran en el salón principal salvo uno, Señor.

Las puertas bloqueadas y un buen fuego, es todo lo que haría falta
—pensó el Rey.

—¿Quién es el ausente? —verbalizó en su lugar mientras recorría el pasillo.

—El representante de Lewe. No ha aparecido por el salón, y los guardias no le han encontrado en sus estancias.

—¿Alguien sabe dónde puede estar?

—He preguntado al personal de palacio y miembros de la guardia y nadie lo ha visto en toda la tarde.

—Continuad buscando, y comunicadme cualquier novedad al respecto.

—Como mandéis.

Rishen se paró a hacer una reverencia a su amo mientras éste continuaba su avance. Tras varios giros y requiebros, arribó a una pequeña puerta situada en un rincón entre penumbras de un ala semiabandonada del castillo. Se giró para comprobar que nadie le observaba, usó la llave que colgaba de su cuello y la atravesó. Unas gastadas escaleras se escondían tras el umbral, descendiendo hasta un destino que radiaba un palpitante resplandor rojo. El Rey aspiró el humo y olores característicos de ese tipo de salas, repletas de brasas

ardientes, sombras angulosas e instrumentos metálicos capaces de amilanar al más osado con su simple visión. Al fondo, junto a su comandante, un hombre descamisado con la piel reluciente por el calor comía distraído una manzana. A su lado, una mesa sobre la que se extendía la temblorosa masa del representante de Lewe; unas ataduras en muñecas y tobillos eran su única vestimenta. Cuando vio llegar al Rey, se giró hacia él con furia.

—¡Esto es un ultraje, una locura! ¡No he hecho nada para ser merecedor de este trato, y exijo mi liberación!

El Rey se paró junto al potro y despachó al torturador con un gesto de cabeza, quedándose a solas con el lewenio y su comandante.

—Vaya, con que aquí es donde os habíais metido. Me teníais realmente preocupado, he movilizad a todo el personal de palacio en vuestra búsqueda.

—Mordeos la lengua y morid envenenado, sabíais perfectamente dónde estaba, ya que solo vos podíais ordenar semejante aberración. ¡Os exijo que me liberéis!

—¿Liberaros? Os confundís, os vi algo tenso en nuestra última reunión, y pensé que unos baños de sudor os vendrían bien.

La cara del prisionero había enrojecido visiblemente.

—Os podéis ahorrar las gracias, esto no va a quedar impune. Tened por seguro que mi señor va a saber del trato dispensado y tomará las medidas necesarias. Esta afrenta os costará una guerra.

—Lo dudo. No recuerdo que se haya dado el caso de que atrapar a un intrigante contra la corona provocara algún tipo de conflicto. De hecho, tengo la impresión de que tienden a prevenirlos.

El Lewenio calló y la altanería abandonó su rostro.

—No entiendo a qué os referís.

—Yo creo que sí. Y en algo concuerdo con vos, hemos agotado el tiempo de las formalidades. ¿Dónde está el elfo oscuro?

La papada del diplomático tembló al abrirse paso un trago de saliva por su reseca garganta.

—No sé de quién me habláis.

—El elfo oscuro que se vio merodeando vuestra comitiva, el elfo oscuro que, con seguridad, urdió la estratagema para forzar la celebración del torneo; ése elfo oscuro.

—Por tercera vez, ignoro a qué os referís

—Por tercera vez, tendré que repetir mi pregunta. —El Rey cogió una barra metálica de uno de los braseros y alzó su lado incandescente—. Aunque esta vez emplearé un lenguaje más universal. —Sopló el extremo, alimentando su brillo. El lewenio se contorsionó sobre la mesa.

—¡No podéis hacer eso! ¡Soy un invitado de palacio, me ofrecisteis hospitalidad y protección! ¡Si me dañáis de alguna manera las consecuencias serán inimaginables!

—Por desgracia, debo coincidir —dijo el Rey, bajando el hierro—. No puedo tocaros un pelo ni permitir que nada os dañe mientras estéis bajo mi techo. Por fortuna, no es necesario que lo haga. —Chasqueó los dedos y el descamisado reapareció, portando una jaula entre las manos. El Rey introdujo el hierro entre los barrotes y unos ladridos lastimeros llenaron la habitación. Los ojos del prisionero parecieron querer abandonar sus órbitas.

—¡No! ¡Mi pequeño! ¡No os atreveréis, monstruo malnacido!

—Mucha gente pensaría que insultar al anfitrión no es la mejor manera de agradecer su hospitalidad, por no hablar de las consecuencias que las injurias a mi persona os podrían acarrear. Por última vez, habládme del elfo.

El lewenio paseó su mirada del metal al perro y de vuelta al rostro del Rey. Éste, con gesto serio, introdujo un poco más el candente instrumento en la jaula, y un desagradable olor a pelo chamuscado se unió a los gemidos de dolor en el ambiente.

—¡Basta, ya basta! ¡Monstruo, víbora, engendro desalmado! ¡Basta, sí! —Su voz se quebró al pronunciar la afirmación—. Sí, fue idea del elfo que se celebrara el torneo, y todos los reinos menos Mirtis accedimos.

El Rey retiró el hierro y se aproximó a la mesa.

—¿Por qué?

—No... no lo sé. Para impedirlo, dijo; para parar la boda.

—¿Y qué interés puede tener un elfo oscuro en quién pueda ser la esposa de mi hijo?

—Ellos tienen su propio candidato al trono. Se le conoce como Caballero Dragón, pero su nombre es Darigaaz; Darigaaz de Rhean.

El Rey tuvo que apretar su mano para no dejar caer el instrumento al suelo.

—Eso es una patraña, la casa Rhean fue exterminada.

—Seguro que es lo que a vos os gustaría. —El diplomático recuperó parte de sus arrestos—. Pero la dama regente escapó a vuestros carniceros, con su heredero en brazos. Y ahora él ha vuelto para poner fin a vuestro reinado de terror.

El Rey blandió el metal en el aire, dejando una firma luminosa a su paso que aplacó el ímpetu de su prisionero. Finalmente, lo devolvió al brasero.

—Mantenedle aquí hasta nueva orden, no dejéis que nadie más lo vea —dijo al carcelero al pasar a su lado—. Y limpiad a esa bestia, se ha meado.

El descamisado alzó la jaula y la inspeccionó.

—A mí me parece seca.

—No hablaba del perro —finalizó el Rey mientras abandonaba la sala seguido de su comandante. Sacudiéndose la cargada atmósfera de la sala de torturas en el frescor del pasillo, se dirigió a su subordinado.

—Coge a unos hombres de confianza y que lo vistan y devuelvan a sus estancias. Custodiadlo hasta que la boda termine, y no dejéis que nadie tenga contacto con él. Si alguien lo busca, decid que se encuentra indispuerto.

—Así se hará —contestó el otro.

—¿Qué información tienes sobre ese Caballero Dragón?

—Muchos rumores, pero nada sólido.

—¿Está en la ciudad?

—No, que yo sepa.

—Blindad las entradas, corred la voz entre vuestros hombres, que tengamos noticia de él en cuanto aparezca.

—¿Qué hacemos con los representantes de Termin y Khus? ¿Los mando arrestar por cómplices?

—Solo contamos con la palabra del lewenio para implicarlos, y con todos sus escoltas dentro de palacio y medio reino en la ciudad, se formaría un alboroto de consecuencias imprevistas. No, debemos proceder con sutileza. Ese tal Darigaaz es la clave, sin él no hay aspiración al trono.

—Haré correr la voz.

—Solo entre los más fieles, estamos bajo ataque y no debemos dejar que nuestros enemigos conozcan lo que sabemos.

—¿Sospecháis de alguien más?

—Tres casas combinadas no es nimio enemigo, pero para un golpe así necesitarán toda la ayuda disponible. Es más que probable que hayan reclutado aliados dentro de la ciudad, debemos descubrirlos antes de mañana.

—Como ordenéis.

Llegaban al salón cuando vieron a Rishen y al príncipe esperando en la puerta. El Rey asió del brazo a su hijo y lo guió hacia una esquina.

—Padre, los invitados empiezan a murmurar, ¿dónde estabais? —preguntó el príncipe—. Debemos dar comienzo al banquete.

—Pueden tragarse sus embusteras lenguas si tanta hambre tienen, antes debemos hablar.

—¿Sobre qué?

El Rey le cogió por los hombros, mirándole a los ojos.

—Hijo, puede que no haya sido un padre cariñoso y atento, pero siempre he hecho lo que he considerado mejor para ti como heredero al trono de Vitalis, y te he querido como un padre debe querer a su hijo. ¿Lo sabes, verdad?

El príncipe se quedó desconcertado unos segundos.

—Por supuesto que lo sé, padre. ¿Quién dice lo contrario?

—Nadie, no se trata de eso —suspiró—. Escúchame atentamente: no puedes participar en el torneo.

—¿Qué estáis diciendo? ¡Por supuesto que lo haré! —dijo el príncipe alzando el tono—. ¿Por quién me tomáis?

—Por un niño que no ha tenido que afrontar ningún desafío real en toda su acomodada existencia, pero eso es responsabilidad mía. Y no es una petición, es una orden.

—Padre, no soy ningún niño, soy un hombre que pasado mañana va a contraer matrimonio. Si es mi integridad lo que os preocupa podéis estar tranquilo, llevo toda mi vida entrenándome y puedo batir a cualquier caballero que ose retarme.

—No eres mal luchador, y has tenido los mejores instructores que el tesoro ha podido pagar, pero no eres invencible. Además, en estos torneos, los miembros de la realeza contamos con la ventaja de que ningún caballero busca enemistarse con nosotros por culpa de una herida o amputación accidental, lo que frena su ímpetu. Mañana no contarás con esa ventaja; puedes morir, hijo.

—No moriré, no me da miedo morir. No sé de qué ventajas habláis, desde pequeño he probado mi destreza en sobradas ocasiones, y mañana será mi oportunidad de mostrarlas a mis súbditos. Si no me presento, perderé su respeto, y como su futuro monarca no puedo permitírmelo.

—No me importa, no participarás.

—No puedes evitarlo, Padre.

Ambos se miraron unos segundos. El príncipe sostuvo la mirada de su padre hasta que éste cedió.

—Muy bien. Procura no beber en demasía esta noche, mañana te espera un día duro.

Dejó a su hijo y se metió en el salón. Los invitados abandonaron sus conversaciones y le dirigieron toda clase de miradas. Un ademán casi imperceptible de su rostro provocó que todos los criados se inclinaran a la vez y anunciaran el comienzo de la cena a los invitados. Una compleja coreografía se ejecutó en torno a las mesas mientras los comensales ocupaban sus sitios. El Rey pasaba frente a la mesa de la burguesía cuando alguien se levantó y se interpuso en su camino.

—Majestad, un auténtico placer poderos saludar al fin; me temo que no hemos podido hablar en todo la velada. —La sonrisa lucía ancha y franca en el rostro del mercader de textiles Sergen Ylan.

—Las celebraciones, la boda, ya se sabe —contestó el Rey mirando hacia su asiento.

—Me hago cargo, solamente quería agradeceros la invitación en el nombre de mis asociados, y aseguraros que contáis con todo nuestro apoyo. Esta es mi esposa, Adrienne. Querida, levántate y saluda a su Majestad.

Una jovencita con, como mucho, la mitad de años que su marido tendió la mano al Rey, que la besó distraído.

—Un placer.

—Igualmente, Majestad. Es un honor estar en palacio, nunca antes había visto semejante lujo.

—Agradezco vuestras palabras.

—Vuestro hijo está muy elegante. ¡Y la novia, magnífica! Es casi tan hermosa como la difunta reina.

El Rey calló y miró a la muchacha sin expresión en el rostro. Dejo que discurrieran unos segundos antes de enfatizar un:

—Gracias, siempre es reconfortante que me recuerden a mi difunta esposa.

—No hay de qué, era sin duda una belleza —continuó la dicharachera joven—. Yo apenas la recuerdo, la pobre murió siendo yo una niña, pero todo el reino habla de su figura. Deberíais pensar en volver a desposaros.

Alrededor de ellos se originó un inusual fenómeno, una especie de burbuja amortiguadora de sonidos que, en mitad de una habitación atestada de gente hablando, sillas arrastrándose y criados yendo de un lado a otro, permitió al burgués oír cómo el pulso se agolpaba en las sienes del Rey, al tiempo que los músculos de la cara crujían bajo la tensión. Con un carraspeo, trató de mediar en la conversación.

—Querida, dejemos a su majestad por hoy, sin duda debe tener gran cantidad de tareas y eventos que organizar.

—Sin duda —asintió el Rey mientras buscaba su sitio con la mirada.

—Por supuesto, no olvidemos la boda, o el torneo de mañana. ¿Contaremos con la presencia del príncipe? Estamos todos deseando ansiosos verle luchar mañana.

De nuevo, un inusual fenómeno acaeció: los ojos del Rey quedaron unidos por medio de invisibles contrapesos a los de su interlocutor, de manera que conforme su Majestad los estrechaba, los del burgués se fueron abriendo hasta parecer perfectamente redondos.

—Sí, mi hijo participará, podéis estar tranquilo —dijo al fin el Monarca, dando un apretón en el hombro a Sergen y ocupando su sitio entre los futuros contrayentes. Levantó la mano, hizo un gesto y antes de bajarla apareció Rishen a su lado.

—Prepara mis estancias para recibir visitas. Cuando la cena termine, quiero hablar con los nobles que tengan apuntados participantes en el torneo.

—Es probable que todos los tengan, señor.

—Prepara una buena olla de café, entonces. —Antes de que Rishen se marchara el Rey le detuvo de nuevo—. Y que el jefe de cocina me avise antes de sacar la comida de la mesa de los burgueses; aguantaré mis ganas de aliviar la vejiga hasta entonces.

Rishen partió. El Rey se convirtió en una isla de quietud en mitad de la alegría que reinaba en el salón, mientras analizaba con gravedad los acontecimientos que habían originado aquella situación. Durante su alzamiento, había puesto especial hincapié en no dejar supervivientes que hicieran peligrar su poder. Supervisó el cumplimiento de la orden en los objetivos que habitaban el palacio, pero los que no se encontraban allí tuvieron que ser encargados a sus subalternos. La residencia de la familia Rhean se encontraba en Termin, demasiado lejana y bien protegida como para dejar que los supervivientes se atrincheraran en su rocoso castillo, así que encargó la vigilancia de sus descendientes a su oficial más veterano. Cuando recordó su identidad, apretó la copa en su mano hasta deformarla.

—¿Dónde está el jefe de la guardia? —preguntó a su comandante cuando éste acudió a su llamada.

—No se presentó para el relevo, Señor. Tuve que encargar a un sustituto que la dirigiera mientras aguardamos su aparición.

El Rey asintió mientras sumaba un nuevo nombre a la lista de traidores con los que ajustar cuentas tras la boda.

22. Compromiso

Visiones abstractas se sucedían en una inquieta duermevela hasta que una ola de dolor las borró de golpe y le despertó. Tanteó el interior de su boca con la lengua y descubrió que la zona derecha había doblado su volumen y sensibilidad, amén de adquirir un desagradable tacto esponjoso. Trató de levantarse, pero algo se lo impidió; fue al segundo intento cuando identificó los grilletes que le ataban a la silla en la que se encontraba. La habitación estaba iluminada por una lámpara de aceite situada frente a él, y, junto a ella, una mesa, una silla y una persona: su único amigo en la ciudad, y principal responsable de su captura. Si alguna vez pensó que debería mejorar sus habilidades sociales, aquel parecía un buen incentivo.

—Por fin. Empezaba a aburrirme sin nadie que escuchara mis historias.

Elandir calló, dejando a sus ojos expresar sus sentimientos.

—Ölün sabe lo que ahora mismo estarás pensando de mí. Oye, lamento haber tenido que golpearte, pero no me dejaste otra opción. ¿Tanto te costaba dejarlo pasar y tomarte un par de días libres?

Silencio.

—Lo siento, chico, pero si intentas que me sienta culpable puedes ahorrarte el esfuerzo. No me enorgullezco, pero era algo que debía hacerse, y mejor yo que alguien a quien tu bienestar le importara una mierda de orco, y decidiera que con un poco más de fuerza en el golpe nos ahorraría muchos problemas a todos.

Dunrel se levantó trabajosamente de la silla.

—Tampoco te creas que para mí ha sido un placer, mi cuerpo empieza a estar demasiado viejo para estas cosas. No podías haber tenido la decencia de caer inconsciente con el primer golpe. Oh, no, no Elandir. Él tenía que demostrar sus enormes huevos, tratar de reponerse, y obligarme a aporrearle de nuevo. ¿Sabes lo que pesa esa jodida maza? Creo que me he lastimado un tendón.

La cara de Elandir parecía esculpida en odio. Su mirada seguía los movimientos de Dunrel por la habitación mientras éste continuaba su soliloquio.

—Tres días, nada más, tres días y todo habría acabado: tu estancia en esta ciudad que tanto te repugna habría finalizado y volverías a casa, y yo me retiraría de la vida militar y me compraría una buena granja donde criar a mis hijos.

—¿Cuánto, Dunrel? —La voz de Elandir silbaba al salir entre sus dientes—. Tengo curiosidad, ¿en cuánto valoras traicionar a tu amigo, a tu Rey, a ti mismo?

—Y ahí está de vuelta, la eterna víctima, ansiosa por recalcar una vez más que nunca seremos tan nobles y sacrificados como él. —Dunrel arrastró la silla y se sentó con la cara a escasa distancia de la de su prisionero—. Sigue, por favor, vuelve a explicarme lo dura que ha sido tu vida, el sufrimiento que fue crecer en un paraíso forestal, y cómo esa agonía se prolongó viéndote obligado a aceptar un trabajo por el que muchos matarían, y vivir donde pocos pueden. ¿Crees que has sufrido, chico? ¿Crees que el no poder salir de la ciudad te convierte en una especie de mártir, con la potestad de señalar los defectos de los miserables humanos con los que te ves obligado a convivir?

—No creo ser perfecto, pero aún me considero mejor que alguien capaz de vender su alma por unas cuantas monedas.

—No tienes ni idea de lo que dices, ninguna idea. ¿De verdad crees que esto ha sido por dinero? Esto no trata de dinero, ni de buenos y malos. Esto va de hacer lo que es necesario.

—Suenas como si no fuera a mí a quien trataras de convencer.

—¿Recuerdas cómo consiguió su poder? —continuó Dunrel ignorando el comentario—. La Noche sin Alba, cuando su Majestad mató al antiguo regente y se volvió contra sus aliados, exterminando a todo pretendiente al trono.

—Todo el mundo conoce esa historia —respondió Elandir.

—Pero no los detalles. La jugada era muy arriesgada, eran muchas gargantas que seccionar a la vez, y no todas estaban en palacio. El jefe de la casa Rhean, regente de Termin, consideró con sapiencia que una capital en plena revuelta iba a ser un lugar peligroso para su mujer e hijos, por lo que los mandó de vuelta a su fortaleza en las montañas. Por supuesto, bajo una fuerte protección. El futuro Rey se mostró de acuerdo e incluso aportó tropas para la escolta, entre ellas a uno de sus más antiguos y fieles soldados. Imagino que ya habrás supuesto que estoy hablando de mi persona, o todos estos años te habría estado sobreestimando enormemente.

La silla crujió cuando Dunrel se enderezó con expresión dolorida.

—Perdona, la espalda. Como decía, nos encontrábamos cerca de Termin cuando acampamos para descansar. Era el momento de actuar, a esas alturas las noticias de la traición del nuevo Rey debían estar recorriendo a galope todos los caminos desde Hyrdaya hasta el último rincón de Vitalis. Con un puñal en mi manga, me dirigí a la tienda de los Rhean. No recuerdo mis pensamientos en aquel momento, mis recuerdos son... extraños, como escenas deslavazadas, sin continuidad entre ellas. El primero que encontré fue al mayor, doce años, si no me

equivoco. Estaba distraído jugando en el suelo por lo que no me fue difícil. Me debió temblar el brazo al lanzar el golpe, ya que pudo gritar antes de ahogarse con su propia sangre. El escándalo despertó a los gemelos, que dormían en la cuna. Las sábanas se agitaban con sus llantos, quedándose inmóviles tras tres, puede que cuatro... —Dunrel movió su brazo arriba y abajo acompañando la narración—. Bien, no lo sé. Mientras el blanco del cesto era corrompido por pegajosas manchas busqué a los demás; no había visto a la madre, y puede que faltara algún crío, no estaba seguro. Hice recuento con los dedos cuando la visión de la sangre resbalando hacia mis muñecas me despertó del trance, dejando caer el puñal. Fue al agacharme a recogerlo cuando la vi: bajo la cama, acurrucada contra la lona de la tienda y aferrando algo entre sus brazos como si prefiriera sufrir mil muertes antes que soltarlo. No sabría decir por qué, quizás el gesto de desafío, o la desesperación en sus ojos, pero supe que no sería capaz de hacerlo, como no sería capaz de olvidar ni perdonar lo que había sucedido allí esa noche. Le alcancé el puñal, que miró sorprendida antes de utilizarlo para rasgar una salida de aquel infausto lugar, y desaparecer en la espesura. Cuando mis hombres entraron, les informé de que la madre y el crío habían desaparecido antes de llegar yo, y una batida partió en su busca. Pero no me interesé por el resultado, yo ya había aportado a la causa más que nadie.

Elandir observó a su amigo mientras éste murmuraba algo inaudible. Su expresión se había suavizado desde que comenzó el relato.

—Atraparon a la madre meses después, pero el crío escapó una vez más —continuó Dunrel—. Después de eso, no volví a tener noticias. Sinceramente, deseé no volver a saber nada, ni bueno ni malo, y poder desterrar ese recuerdo para siempre. Pero los dioses decidieron que no había sufrido bastante por mis pecados, que levantarme cada noche empapado en sudor y acosado por espectros de túnicas ensangrentadas no era suficiente. Y así, hace unos días, supe que el crío no solo estaba

vivo, sino que regresaba para vengar a su familia. Creí ver en su llegada una última oportunidad de limpiar mi conciencia, así que contacté con ellos y me ofrecí a ayudarles.

—¿Qué has hecho, Dunrel? —El odio había bajado de intensidad en la cara de Elandir.

—Nada aún, en realidad —contestó su amigo—. Como has visto, no les faltan aliados; solo quieren que esté disponible por si me necesitan.

—No lo creo, deben estar reservándote algún otro papel.

—Puedes estar seguro de ello, primo, pero no quiero revelar la sorpresa todavía.

La voz nació a su espalda y le rodeó al atravesar su dueño la habitación hasta pararse junto a Dunrel. Aquella era la primera vez que Elandir podía echar un buen vistazo a Agural.

—De hecho, yo diría que nuestro turno de hablar ha acabado, y comienza el tuyo.

Elandir recuperó su rictus desafiante acompañado de silencio.

—No necesitamos que nos digas mucho —continuó el elfo oscuro—, solo con quién has hablado de este tema.

—Ya se lo pregunté —intervino Dunrel—, me dijo que yo era la primera persona con quien lo comentaba.

—Y poder creerle nos ahorraría muchas molestias, pero me temo que no es posible. —Sacó un estilete y lo acercó a la cara del prisionero—. Eso tiene mala pinta. —Cuando la aguja se posó sobre la zona dañada por la maza, Elandir notó tensarse todos los músculos de su cuerpo—. Puede que ahora mismo te moleste, pero mañana va a ser

una auténtica tortura. —La hoja fue deslizándose por la mejilla, rozando las marcadas venas del cuello en su descenso.

—Es curioso cómo responde nuestro organismo al dolor, ¿no te parece? —continuó mientras recorría el cuerpo de su indefenso contertulio con el acero—. Cuando recibimos daño en una pelea, como en el caso de tu cara, lo ensordece para que podamos responder a los ataques, permitiéndonos incluso usar la parte herida en nuestra defensa. Luego, cuando el combate ha terminado, el dolor atrasado es liberado con intereses.

El estilete dejó un delgado surco escarlata en su viaje a través del brazo derecho.

—Sin embargo, cuando estamos en reposo, las cosas cambian, y eso es lo que llama mi atención: con un cuerpo entero que gestionar, con partes vitales y otras totalmente prescindibles, lo más lógico sería asignar respuestas nerviosas equivalentes al valor de cada una, ¿no te parece?

La punta del puñal dibujó diseños al azar en las falanges de Elandir.

—Usemos tu cuerpo como ejemplo. Comprendería que una herida que amenazara con dejarte sin cabeza provocara una reacción extremadamente intensa en el organismo; un brazo, por otra parte, debería acarrear un impulso importante, pero bastante menor. Así podríamos ir estableciendo una escala del dolor en función de la importancia de la parte herida en la supervivencia del conjunto. Y siguiendo dicha escala, ¿qué cantidad de dolor crees que debería llevar acarreado un pinchazo en, digamos, un dedo de la mano? El pequeño, sin ir más lejos. Minúscula, ¿cierto? Y sin embargo...

La punta se había acomodado bajo la uña del dedo meñique del prisionero. Con un ligero empujón, la carne chascó y el estilete se abrió

camino. Un grito brotó de lo más profundo de Elandir, provocando que todos los que lo oyeron se estremecieran hasta la médula. O casi todos.

—¿Lo ves? Un simple pinchazo en una zona tan prescindible, y el sistema nervioso se vuelve del revés, incapacitándonos. ¿Te parece lógico?

—Ya ha dicho que no sabe nada —dijo Dunrel.

—Lo habéis dicho vos, no él.

—Vamos Elandir, no seas tozudo, diles que no hay nada de lo que preocuparse.

La punta salió tintada de rojo de su carnosa vaina y saltó al dedo contiguo donde se enterró de nuevo, haciendo que la garganta de Elandir volviera a probar sus límites.

—¡Ya puedes usar bien ese jodido encanto vuestro, porque cuando salga de aquí voy a enterrar esa hoja tan profundamente en tu cuerpo que sentirás un pinchazo en la garganta al carraspear! —dijo cuando recuperó el control su voz.

—¿Con quién más has hablado del tema? —insistió Agural

—No he hablado con nadie, y aunque lo hubiera hecho no hay nadie en esta ciudad que me prestara atención suficiente como para creerme.

—¿Lo ves? Te lo dije, nadie ha comentado nada con el chico —intervino Dunrel.

El elfo oscuro abrió la lámpara de aceite y puso la punta del arma en la llama. Un olor a cobre recalentado llenó el ambiente.

—Quizás, pero es demasiado arriesgado, si mañana fallara algo nos costaría la vida a todos. —El rojo de la punta se tornó negro antes de

brillar incandescente. La hoja dejó un fino rastro de humo blanco en su camino hacia el rostro del prisionero. Elandir cerró los ojos y pugnó por moverse pero las correas le asían con firmeza. El sudor caía en cascadas por su cara mientras notaba el calor acercarse a su párpado.

—Por desgracia, no podemos matarlo. —Agural retiró el acero y lo devolvió a su funda—. No, Elandir, no vas a morir, pero tampoco podemos liberarte. Te quedarás en esta sala hasta que todo haya pasado, y entonces volveremos a hablar.

Agural se dirigió a la salida mientras Dunrel inspeccionaba a su amigo. Le cogió la mano herida y observó cómo dos de las uñas mudaban su color.

—No te preocupes, te molestarán unos días hasta que se caigan; cuando estés de vuelta en Qite tendrás unas bonitas cicatrices con las que impresionar a las elfas del lugar. Adiós, chico.

Alcanzó al elfo oscuro y juntos abandonaron la habitación, pero Elandir no fue consciente de nada a su alrededor hasta que el dolor que incapacitaba su organismo se atenuó. Por la atmósfera que respiraba supo que se encontraba en el escondrijo subterráneo de Sergen, así que era difícil que alguien pudiera encontrarle y liberarle. Se balanceó para tantear los límites de su cautiverio: la silla no estaba fijada al suelo, pero los grilletes apenas le dejaban margen de movimiento, y estaban asegurados por sólidas cerraduras. Su boca seguía rígida, no parecía tener ningún hueso roto, y la mano derecha, aunque cada vez más hinchada, seguía respondiendo. Con cuidado de mover únicamente los dedos sanos de esa mano, los encogió bajo la palma y deslizó a la vista la llave que Dunrel había ocultado allí al examinarla.

Deseando que su amigo hubiera escogido un miembro que no le costara un infierno de dolor mover, Elandir la sostuvo entre el índice y el pulgar y trató de dirigirla hacia el cierre. Pulgada a pulgada, atenzado

por la tensión de no dejarla caer, fue aproximándose a su objetivo al tiempo que la muñeca alcanzaba su límite flexible. Con una última torsión, el metal siseó al entrar en la cerradura. Una forzada palanca con los dedos y, con un liberador «clic», el cierre saltó como un grano de maíz al fuego. El resto fue simple rutina.

Frotándose las articulaciones magulladas para restablecer la circulación, Elandir aproximó la oreja a la puerta. Tras ella oyó las respiraciones de dos hombres adultos. Buscó algún cierre o picaporte pero esa estancia no estaba diseñada para abrirse desde dentro. Registró el interior pero nada encontró que le ayudara en su propósito.

Fuera, dos vigilantes guardaban la puerta con sus espadas envainadas. Un ruido hizo que el más joven se volviera.

—¿Has oído eso? —preguntó a su compañero

—¿El qué?

—No lo sé, parecía un golpe —escuchó con atención—. Ahora no se oye nada.

—Habrá sido alguna rata, en estos sótanos corretean a sus anchas.

—Malditas sean sus almas por dejarnos aquí, este sitio me da escalofríos.

—Vamos, no hay nada que tener. Lo bueno de este lugar es que cualquier amenaza está muerta hace tiempo o a buen... —Un nuevo golpe, más claro, resonó tras él—... recaudo.

Desenvainaron al mismo tiempo y abrieron la puerta con cautela. En la diminuta estancia, el prisionero permanecía sentado.

—¿Qué es todo ese jaleo, elfo? —Mientras lo flanqueaban por ambos lados, Elandir mantenía la cabeza agachada—. Eh, ¿me estás escuchando?

Como respuesta, el cuerpo del elfo se estremeció, golpeando la silla contra el suelo antes de quedar inmóvil de nuevo en la posición original.

—¿Qué coño ha sido eso? —dijo el joven retrocediendo un poco.

—Ah, nada que deba preocuparnos, parece que nuestro amigo se encuentra juguetón. —Acercó su cara a la del prisionero y le cogió del pelo para obligarlo a mirarle—. Pero algo me dice que no se va a volver a repetir, ¿no es cierto, elfo?

Cuando lo tuvo a su alcance, Elandir se abalanzó sobre el centinela y le mordió la nariz, brotando la sangre cuando un pedazo cedió a la presión y se separó del resto. Su compañero trató de ayudar pero Elandir levantó la silla con su espalda y la interpuso entre ellos. El joven reculó y le lanzó un espadazo, abriéndole un profundo corte en el brazo antes de que la hoja se atascara en el lateral del respaldo. Elandir se lanzó hacia atrás y cayó, silla incluida, sobre el pie de su atacante, destrozándole los dedos. Luego se levantó, golpeó en la garganta al guardia que se cubría la cara herida y lanzó una cox contra la silla, impactándola contra el más joven y haciendo que se golpeará la cabeza en la pared y perdiera el conocimiento. Elandir cogió una de las espadas, escupió algo de su boca y corrió al pasillo, buscando la salida.

El interior del palacete permanecía en calma. Observó desde una de las ventanas el jardín exterior a la penumbra del crepúsculo. Parecía que en su partida el dueño de la casa se había llevado la mayor parte de los hombres, dejando una escasa guarnición custodiando la puerta principal.

Saltó por la ventana que le sirviera de entrada y renqueó hacia el muro. La hemorragia originada por el corte de su brazo resistía todos los intentos de extinguirla. La pérdida de sangre debía estar afectando a sus sentidos, ya que solo eso explicaba que no fuera consciente de la presencia de un nuevo guardia hasta que casi lo arrolló, mientras éste orinaba junto a una de las palmeras del estanque.

—¡Eh! Tú, alto ahí.

Elandir extendió el brazo con un movimiento seco, lanzando la sangre que resbalaba por su brazo contra los ojos del hombre y cegándolo momentáneamente. Trató de atacarle con la otra mano, pero el impacto hizo que en los dedos lacerados estallara un dolor que le recorrió extremidad, hombro y cuello. Contrayendo ese lado de su cuerpo, echó a correr como pudo hacia el muro. Por detrás oyó al guardia emprender su persecución, por lo que se acercó al árbol más cercano y de un par de impulsos se encaramó a su copa.

—Vamos, ¿crees que no te he visto? —dijo el guardia— Puede que los humanos no tengamos vuestra visión élfica, pero tampoco estamos ciegos. Baja de ahí para que te devuelva a tu celda.

Elandir no dijo nada, manteniéndose agarrado a la rama que le servía de parapeto. Abajo, el hombre descolgó el arco de su hombro y cargó una flecha.

—No hagas tonterías, elfo, no necesito vuestra legendaria puntería para hacerte bajar. Puedo pasarme toda la noche lanzando contra tus piernas hasta que acierte y caigas como una fruta madura.

Mientras hablaba, una voluminosa sombra se movió tras él. Al percatarse, se giró y uno de los tigres albinos le devolvió la mirada.

—Hola, Senda. Lo siento chico, pero esa no es tu comida, vete a dar una vuelta.

El tigre no se movió, manteniendo un silencioso escrutinio sobre el hombre.

—¿No me has oído? Vamos, ve a montar a tu hembra si te apetece, pero aquí no tienes nada que hacer. ¡Obedece!

—No es tu voz a lo que está prestando atención —dijo Elandir desde arriba—. Muchos animales apenas utilizan el oído para identificar su entorno, usan más el olfato; y no necesito el olfato de un tigre para saber que hay algo en ti que no huele como debería.

El hombre le miró extrañado hasta que, entendiendo al fin, se llevó la mano al rostro y la retiró manchada de sangre élfica. Al invadirle el miedo, el animal respondió con un amenazante rugido.

—¡No, Senda! ¡Alto, quieto! —Trató de disparar pero el felino interrumpió el movimiento con un zarpazo que mandó arma y mano al suelo. Los gritos se ahogaron cuando la masa blanca del tigre se alzó y engulló a la del guardia en su descenso.

Elandir aprovechó para bajar del árbol y desaparecer antes de que acudieran más guardias. Subió la escalera hasta una de las garitas y, con las últimas fuerzas a su disposición, se descolgó al otro lado del muro, aterrizó en la calle y corrió a ocultarse. Su cuerpo temblaba con violencia cuando Dunrel le alcanzó.

—Estás hecho una mierda —dijo mientras examinaba la herida del brazo.

—Me pregunto gracias a quién —contestó Elandir con la voz tensa por el dolor.

—Sé que me repito pero lo siento, no tuve más remedio. Tampoco fue fácil para mí quedarme de pie viendo cómo ese malnacido te arponeaba.

—Podías habérmelo dicho, te habría cambiado el sitio encantado.

Dunrel apretó un vendaje improvisado sobre el brazo de su amigo.

—Bien, por desgracia para todos sobrevivirás, una vez descanses y recuperes las fuerzas.

—Me alegra saberlo, y más me alegraría saber si debo guardar esas fuerzas para agradecerte la ayuda o para atravesarte de lado a lado. ¿Cuál es tu juego, Dunrel? ¿Todo lo que me contaste allí dentro era mentira?

—No, de hecho era todo verdad, y tú la primera persona, bueno, elfo, a la que se lo cuento. Pero que sea consciente de que hice algo horrible no quiere decir que me arrepienta de ello. Hice lo que había que hacer, y aunque lamento el sufrimiento que causé, no considero que esté en deuda con ese crío.

—No sé si te comprendo, Dunrel. ¿De verdad merece la pena por esto, por este reino?

—Como te he dicho muchas veces, no recuerdas cómo eran antes las cosas por aquí. Este Rey ha hecho mucho por su pueblo, pero esos simplones egoístas solo saben ver lo que les exige a cambio. De todas formas, es una cuestión que a ti no te atañe, esta no es tu lucha.

—Ahora lo es. —Elandir mostró la mano con las uñas moradas a su amigo—. Antes de que esto termine voy a beber vino en su cráneo. ¿Y ahora qué?

—Ahora nada, no hay planes hasta mañana. Cuentan conmigo como infiltrado en el castillo, se van a llevar una buena sorpresa. Y tú vas a buscarte un buen escondite para pasar la noche, no puedes hacer mucho en este estado. Te ofrecería mi casa, pero imagino que la tienen vigilada.

—No te preocupes, conozco a alguien que puede ayudarme.

Dunrel lo miró suspicaz.

—Vaya, no dejas de sorprenderme. Nos despedimos aquí, entonces. Mantente fuera de las vías principales, y procura que nadie te vea.

Elandir se separó de su amigo y vagó tambaleándose de sombra en sombra. Abandonó el barrio noble y bajó la colina, hasta que las casas a su alrededor se hicieron cada vez más pequeñas y llenas de agujeros allí donde la arcilla y la piedra habían cedido a los elementos. Rodeó un viejo molino para alcanzar su destino y llamó. Una somnolienta Kera se sobresaltó al verle.

—Elandir, ¿qué os ha pasado?

—Lamento presentarme así, pero necesito ayuda. ¿Puedo pasar aquí la noche?

—Por supuesto, permitidme. —Al rodearle con sus brazos, Elandir se sorprendió de la fortaleza de la elfa, un nuevo síntoma de su propia debilidad. Se dejó arrastrar entre nubes de su pegajoso perfume hasta el sillón.

—Vuestra mano, ¿qué le ha pasado?

—Me he clavado algo, intenta no tocarla demasiado.

—El brazo también —dijo Kera examinando la venda—. Y lo de vuestra boca, ¿es sangre?

—Sí, pero tranquila, no es mía.

—Muy tranquilizador, vaya que sí. ¿Hay alguna parte de vuestro cuerpo que no esté herida?

Pero Elandir no podía oírla, ya que su organismo había transigido al fin en concederle descanso a través de un dulce desmayo.

23. Desvelo

Una figura se movía sigilosa entre las sombras del campamento nocturno, evitando en su avance los brindis y banquetes que se sucedían alrededor de las hogueras. El ambiente festivo facilitó que pasara inadvertida hasta alcanzar la tienda que buscaba. Apartó con suavidad los cortinajes y entró con los pies descalzos rozando apenas el suelo. En el camastro descansaba un hombre joven, de pelo largo y tatuaje en el hombro. Pasando con cuidado una de sus piernas sobre el durmiente, el intruso se sentó a horcajadas sobre él y puso un cuchillo bajo su garganta. Cuando Madt abrió los ojos, Ilargia le silenció con rostro serio.

—No hagáis ningún ruido o me veré obligada a usarlo.

—¿Ilargia? ¿A qué viene esto, chica? De haber sabido que os interesaba tanto mi lecho habría pedido a Darigaaz que os alojaran en mi tienda.

—Cesad las bromas, u os juro que lo utilizaré.

Madt mudó el gesto al reparar en la expresión de la joven.

—Como queráis, nada de bromas. Quizás así tengáis a bien explicarme a qué creéis que estáis jugando.

—No es ningún juego, os conviene tenerlo presente. Es mi manera de poner fin a vuestros engaños y manipulaciones.

—Niña, no sé qué os ha entrado en la cabeza, pero...

La hoja de Ilargia abortó el movimiento del hombre haciéndole un pequeño corte en la mejilla, tras el que volvió a posarse en su garganta.

—Creo que estáis llevando esto demasiado lejos —dijo Madt—, los dos sabemos que no seréis capaz de hacerlo.

—No presupongáis conocerme tan bien. Puede que yo no posea vuestra facilidad para tomar una vida, pero eso no quiere decir que carezca de la fuerza de voluntad necesaria para usar el acero sobre un cuerpo. —Se inclinó sobre él; sus ojos reflejaban la luz nocturna en la penumbra de la tienda—. ¿Habéis estado alguna vez en un templo de curación? ¿Habéis oído los gritos de los gangrenosos cuando les amputan los miembros? ¿Habéis sentido el chirrido del hueso contra la sierra sobre los insultos que el hombre al que intentáis salvar la vida os dirige, mientras su sangre os empapa hasta los codos? Se necesita mucho más valor para salvar una vida que para quitarla, y yo he salvado decenas, cientos de ellas.

Madt trató de penetrar las facciones de Ilargia, pero sus intentos eran repelidos por una gélida determinación.

—Muy bien —concedió al fin—. Vos ganáis, no me moveré de aquí. ¿Qué es lo que queréis?

—La verdad, sin subterfugios ni adivinanzas. Quiero saber qué es lo que pasa aquí.

—Pensaba que ya habíamos superado esa fase.

—Me habéis estado engañando, quiero saber por qué.

—¿A qué os referís?

—¿Por qué me salvasteis? La verdad.

—Os lo dije, sentimos vuestros poderes y decidimos que podríamos ser útiles en nuestra lucha.

—Y liberándome os asegurabais mi cooperación —completó ella—. Pero eso no es todo, ¿cierto?

—No os entiendo.

Un segundo corte hizo compañía al primero sobre el rostro de Madt.

—Yo creo que sí. Esta tarde, vuestro amigo Darigaaz estuvo a punto de darme el pésame por mis padres, ¿me equivoco? Sabéis quienes eran, ¿no es cierto?

Madt tragó saliva y asintió.

—Lo siento, no debía decir nada hasta que hubiera pasado todo.

Ilargia ahogó un sollozo y apretó con rabia el mango del cuchillo.

—¿Quiénes eran?

—Cuando el actual Rey alcanzó su mandato, cuatro casas le apoyaron, y a las cuatro traicionó —explicó Madt—. La de Rhean fue exterminada por su íntimo parentesco con la casa real, pero no era la única en la línea sucesoria, la costumbre de la realeza de aparearse exclusivamente entre sus integrantes, provoca que sus lazos de sangre sean intrincados como tela de araña. Había otra casa, más humilde, que también significaba un peligro para el ambicioso aspirante al trono, y al igual que la de Darigaaz, fue exterminada.

—¿Cómo se llamaban?

—No lo sé, os digo la verdad.

—¿Y mi casa, mi familia, todo fue destruido?

—Todo. Pero por un capricho del destino, al abandonaros al nacer, vuestros padres os salvaron la vida.

—¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué abandonaron a su hija?

—Tampoco lo sabemos, quizás las hermanas que os criaron tengan la respuesta.

—Y es por ello que me buscasteis, igual que buscasteis a Darigaaz: por mi origen noble, mis poderes fueron algo accesorio.

—Nunca quise mentiros. Esperábamos que os quedarais con nosotros un tiempo antes de confiaros la verdad sobre vuestra familia; para amortiguar el impacto, podría decirse.

—Ahorraos el paternalismo, sabéis que no es ese el motivo por el que no queráis que me enterara antes de tiempo.

—No sé a qué os referís.

—Me refiero a que si un heredero de sangre real es una carta ganadora, otro en la reserva duplicaba vuestras opciones de triunfo. Quizás en el futuro sustituyera al que ahora tenéis o puede, incluso, que me usarais como pareja de Darigaaz. Si el pueblo celebrara uno, con dos estarían comiendo de vuestra mano. Negadlo, señor. Miradme a los ojos y negadlo si podéis.

—Nunca quisimos haceros daño, solo ayudaros.

—Mentira, solo pretendíais ayudaros a vosotros mismos, yo era una herramienta más para alcanzar vuestros fines.

—Eso no es cierto.

—¿No? ¿Me habríais rescatado de no haber sido hija de nobles? ¿Habríais corrido tantos riesgos para protegerme como habéis hecho, os habríais jugado la vida por mí?

—Sí.

Ilargia reuló involuntariamente ante la franqueza contenida en aquella sílaba. Los ojos de Madt la miraban con una expresión que era más de lo que podía soportar en aquel momento. Volvió el rostro para ocultar su reacción.

—Más mentiras; ya basta, no puedo soportarlo más.

Se levantó, presta a abandonar la tienda. Madt la sujetó por el brazo.

—Princesa, no debéis marcharos.

—Soltadme, por favor. Si en algún momento os he importado algo, liberadme.

Tras unos instantes de incertidumbre, Madt abrió la mano y el brazo de Ilargia quedo colgando, inmóvil como el resto de su cuerpo.

—Entiendo que os sintáis utilizada, e incluso que nos odiéis, pero pensad en vuestra seguridad. Medio reino os persigue, si permanecéis con nosotros al menos estaréis a salvo.

Sin girarse, sin hablar, Ilargia reanudó su marcha sintiendo la mirada de Madt sobre ella. Fuera de la tienda, alzó su rostro hacia el cielo estrellado.

Diosa, ayuda a tu hija, ¿qué debo hacer?

El viento secó la humedad de sus ojos. Restregándose los con la manga, emprendió el camino de vuelta a su lecho cuando una figura salió a su encuentro.

—Ya me pareció que eráis vos. —La voz de Darigaaz sonaba pastosa—. ¿Disfrutando de un paseo nocturno, señora?

—Sí... No. Acabo de visitar a vuestro amigo, Madt.

La actitud del hombre pasó de la sorpresa a la complicidad. Ilargia se ruborizó.

—¡No, no me refiero a...! —se apresuró a aclarar— He ido a hablar, hemos hablado. Sobre mis padres.

El rostro de Darigaaz perdió su brillo risueño. Le indicó un banco sobre el que se sentaron.

—Entonces ya lo sabéis —le dijo.

—Sí. Me contó cómo mi familia corrió el mismo destino que la vuestra a manos del Rey.

—Ese carnicero. —Darigaaz cerró los puños—. No os preocupéis, señora, le haré pagar por el sufrimiento que ha causado a nuestras casas.

—En realidad no es eso lo que busco.

Él la miró sorprendido

—¿No deseáis castigarle por lo que hizo?

—No conocí a mis padres, y ellos me abandonaron siendo una niña. No creo que una muerte más arregle nada, me educaron para defender la vida.

—Sois muy piadosa, una cualidad apreciada en una mujer. —Se aproximó a ella y le posó la mano en el muslo—. No os preocupéis, yo me encargaré de todo.

Ilargia saltó ante el contacto, sorprendida.

—¿Qué os pasa? —preguntó Darigaaz—. Acabáis de decir que no estáis con Madt, ¿cierto?

—No, pero vos sí estáis con alguien, ¿o es que lo habéis olvidado?

—Ah, no necesito que me lo recordéis: la hija de los carroñeros que aprovecharon la caída de mi padre para apropiarse de mi legado. No debéis preocuparos, ella no significa nada para mí, vos sois una pareja mucho más deseable. Y de sangre real, además.

—No puedo creer lo que oigo, estáis borracho.

—No lo bastante como para no cumplir con una mujer, si vos accedéis. —Se aproximó e intentó besarla; ella se lo sacudió de un empujón.

—Soltadme ahora mismo. Ya he tenido suficiente, de vos y de todo vuestro grupo.

—¿Suficiente? —La neblina que enturbiaba sus ojos pareció escampar de repente—. ¿Qué estáis diciendo, acaso pensáis abandonarnos?

—Yo... no lo sé.

Darigaaz le agarró la muñeca.

—¿Qué significa que no lo sabes? Nosotros te sacamos de aquella prisión y te salvamos la vida. Nos lo debes, joder.

Ilargia trató de liberarse pero era demasiado fuerte para ella. Su mano incrementó la presión, forzándola a levantar una mirada suplicante hacia el rictus de furia que deformaba la cara de Darigaaz hasta hacerle irreconocible.

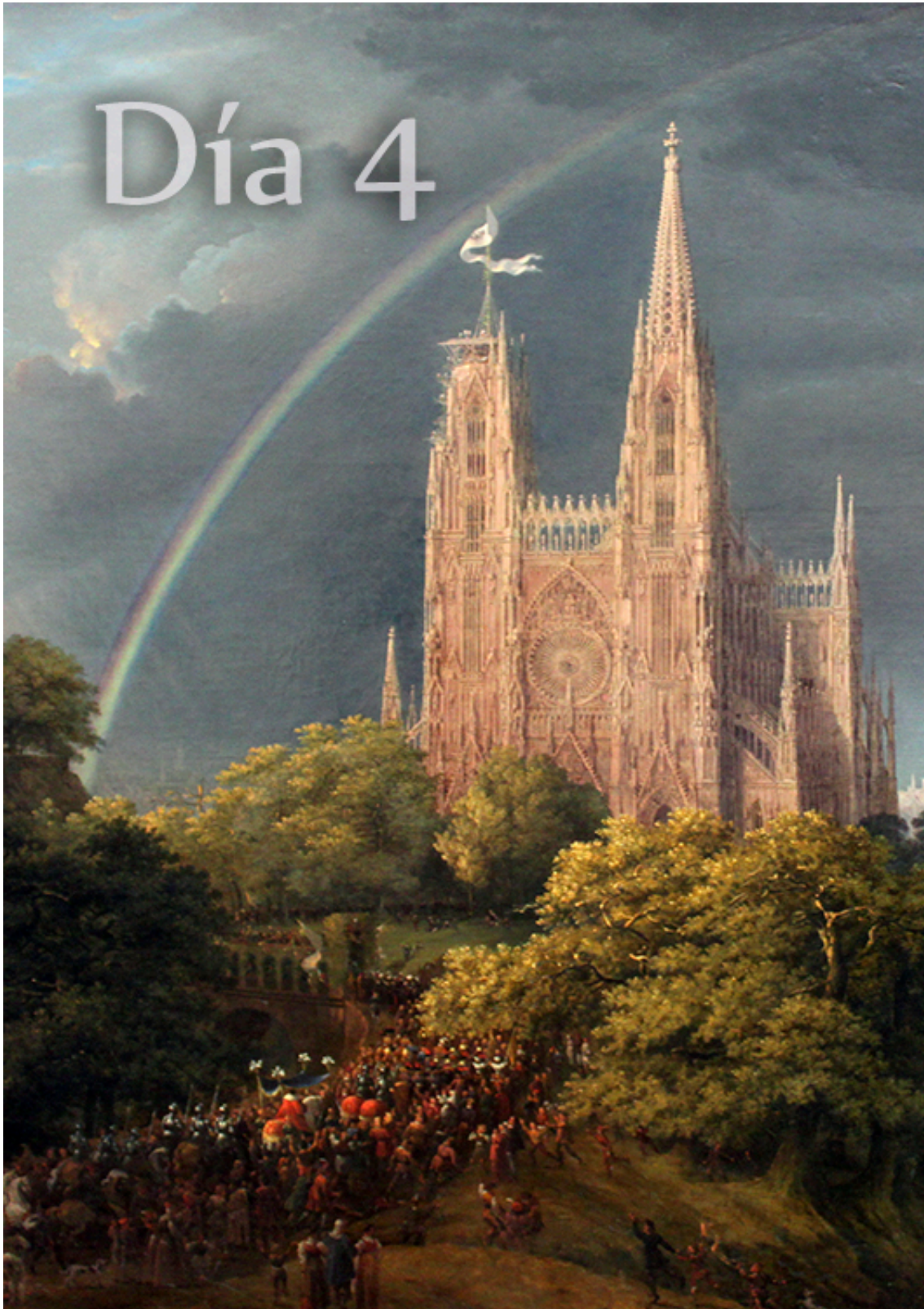
—Mi muñeca, me estáis haciendo daño.

Ilargia buscó instintivamente el puñal oculto bajo su ropa, pero antes de decidirse a usarlo su captor la liberó.

—Vamos, no os pongáis así. Reconozco que he sido un desconsiderado, pero el alcohol nubló mi juicio. No hagamos una montaña de esto, ¿de acuerdo? —sonrió, conciliador.

Ilargia le abandonó sin contestar, regresando a su tienda. Una vez dentro, aseguró las cuerdas de la entrada, se metió en lo más profundo

de su camastro y apretó la cara contra la almohada, ocultándola al mundo.



24. Reconocimiento

Cuando despertó hubo dos hechos que llamaron su atención: la cama donde estaba no era la suya, y se encontraba completamente desnudo. Localizó al instante su ropa amontonada en el suelo, pero al intentar recogerla todas sus heridas reclamaron atención a la vez. Observó con alivio que las menores habían sanado y las más aparatosas estaban tratadas. Bajo el vendaje del brazo, el profundo corte infringido por uno de los hombres de Sergen había sido cerrado con precisos puntos. Las uñas de la mano continuaban mudando de color, pero la presión que había sentido bajo ellas desde que el elfo oscuro las atravesara había desaparecido. Examinándolas con más detenimiento, descubrió los pequeños agujeros por los que había sido drenada la sangre.

Se incorporó como si aquella noche hubiera consumido varios años de su vida en vez de unas horas, y al recoger las ropas encontró una nota entre ellas:

Buenos días. Lamento no haber esperado a vuestro despertar pero mis deberes me reclamaban. Espero que mis torpes remiendos os ayuden a sentirlos mejor, ayer debíais estar realmente agotado para desfallecer de esa manera delante de una dama, pero no os guardo rencor. Quizás a mi vuelta podamos disfrutar de un momento de tranquilidad.

Saludos, Kera.

PD: No debéis inquietaros por vuestra honra, yo dormí en el sillón.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de Elandir fue sustituida por la sorpresa al comprender que había sido Kera quien le había desnudado. Se vistió y abandonó la casa.

En la calle se respiraba la emoción ante los festejos de aquel día, el día del torneo. Todo el mundo ansiaba ver a los mejores caballeros del reino, protagonizando las justas que constituían el pasatiempo favorito de una población demasiado carente de ellos. Incluso en una zona como aquella, cuyos habitantes no podían ni soñar con hacerse un sitio entre las gradas, la excitación era contagiosa: los niños corrían y chocaban entre ellos, empuñando bastones a modo de lanzas, mientras los adultos cruzaban apuestas sobre los favoritos a hacerse con el torneo.

Elandir emprendió la subida hacia el castillo ajeno al entusiasmo general. Los últimos acontecimientos le habían provisto de unas expectativas con respecto al torneo muy distintas de las del resto de ciudadanos: donde ellos esperaban disfrutar de un espectáculo recreativo, él temía ser testigo de un baño de sangre. Apartando distraído a unos críos que chocaron contra su cadera, discurrió un modo de abortar el complot contra el Rey y vengarse de los culpables de su sufrimiento. *Va a ser complicado* —pensó mientras se estabilizaba tras el encontronazo con un ciudadano que corría en dirección opuesta—: *la mayoría cuenta con la protección de palacio, y el único al que podría encerrar sin problemas, ese maldito elfo, dudo mucho que se deje ver hasta la hora del ataque. Quizás debería...*

Su pensamiento se interrumpió cuando la cabeza de un niño a la carrera se le incrustó en el estómago.

—¿Es que en esta ciudad nadie mira hacia dónde va? —Elandir cogió al pequeño por la manga para evitar su huida mientras recuperaba el resuello para continuar increpándole—. ¿Qué tienes que hacer con tanta urgencia que no te permite siquiera fijarte en tu camino?

—Lo siento, señor —contestó el niño mientras trataba de zafarse de su captor—, es que tengo que coger rápido un buen sitio, o no podré verle bien.

—¿Verle? ¿A quién?

—Al Caballero Dragón, señor. Dicen que ha llegado a la puerta sur, y si no me doy prisa los otros niños me quitarán el sitio.

Con un ligero manotazo el niño se sacudió una mano debilitada por la sorpresa. *¿Qué te parece? Quizás todo se resuelva más fácilmente de lo previsto* —pensó Elandir, uniéndose a la muchedumbre en dirección a la puerta sur.

Si la ciudad de Hyrdaya fuera una posada, habría colgado el cartel de «No hay habitaciones» a primera hora de la mañana, y en lo que restaba de día se esperaba la llegada del grueso de visitantes. En las puertas de la muralla exterior se formaban colas inmensas donde se mezclaban por igual pobres y ricos, nobles y campesinos, todos ellos reducidos excepcionalmente al estatus de visitantes en espera de que el dictamen de los centinelas les facilitara o no la entrada. Como era de esperar, la mayoría debían su presencia al torneo que honraba la boda del príncipe heredero. Decenas de caballeros guardados por su escolta, escuderos y familiares aguardaban en el interior de sus engalanados transportes. Era a su alrededor donde las filas se engrosaban con curiosos deseando ver de cerca a los que hasta ese momento solo conocían por leyendas, guiando su avance gracias a los blasones que presidían las carretas: leones dorados sobre campos azules, osos castaños sobre fondo sinople, o un dragón negro sobre fondo rojo sangre.

Los hombres que formaban la escolta personal de Darigaaz de Rhean mantenían a los espectadores apartados del vehículo que transportaba al Caballero Dragón junto a algunos de sus colaboradores más cercanos: su prometida, Shira, un joven fornido de pelo rizado hasta los hombros, y una mujer de pelo castaño, piel lechosa y ojos pardos. Vestían elegantes atuendos que, en el caso de las dos mujeres, iban combinados con abundante pedrería y complejos peinados, complementos lucidos por una de ellas con una naturalidad que su compañera no era capaz de emular, aflojándose constantemente el recogido cabello y despojándose poco a poco de las joyas.

Mientras el resto de pasajeros permanecían sentados en actitud sombría, la prometida de Darigaaz miraba entusiasmada entre los visillos.

—Es impresionante. Querido, deberíais asomaros y ver cómo os jalean vuestros futuros súbditos.

Darigaaz miró hacia el exterior con gesto hosco.

—Más me jalearán esta tarde, cuando sostenga la cabeza del Rey entre mis manos. ¿Cuánto más debemos esperar para entrar, Marion?

—Poco ya, mi señor, apenas quedan unos carros delante de nosotros —contestó uno de los escoltas desde el exterior.

Él refunfuñó y volvió a sentarse. A pesar del corto período de tiempo pasado en él, el habitáculo se le antojaba asfixiante.

—Relajaos, amado mío. No debéis agotaros en demasía antes de vuestra hora de gloria —dijo Shira cogiéndole la mano.

—Haz caso a la dama —apuntó Madt—, túmbate y disfruta del viaje. Si algo he aprendido estos días es a apreciar al máximo los

momentos de calma, ya que no suelen abundar. —Se giró hacia la mujer sentada en el lado contrario de su banco—. ¿No estáis de acuerdo?

El blanco de la pregunta fingió no haberse percatado de la misma y continuó mirando distraída por la ventana. En la noche precedente, Ilargia había pasado largas horas replanteándose su alianza. La perspectiva de ser parte en lo que iba a pasar aquel día no le agradaba en absoluto, pero no parecía tener elección. El otro bando de la contienda la había retenido en una celda durante ocho años sin motivo aparente, y ahora la buscaba para volver a encerrarla. Por ello, y a pesar de lo sucedido aquella madrugada, sus razonamientos alcanzaban una y otra vez la misma conclusión: apoyar la rebelión era su mejor opción de mantener la libertad, por lo que accedió de mala gana a sumarse a la comitiva.

—Bien hablado, señor —intervino Shira tras unos instantes de silencio—; disfrutemos de la dicha que nos hemos ganado. —Se abrazó a un Darigaaz que le devolvió el gesto con escasa efusividad.

—Por supuesto, mi amor. Espero que nuestro nuevo hogar sea de tu agrado —dijo él, señalando el castillo que se adivinaba a través de los cortinajes.

Ilargia estudió con seriedad a la princesa termiense. Había sopesado compartir con ella los auténticos sentimientos de su prometido, pero eso podría hacer peligrar sus planes, por lo que al fin decidió guardar silencio y odiarse aún más por ello.

Observaban todos el castillo cuando éste fue borrado por una estructura que bloqueó la luz exterior.

—Por fin atravesamos la puerta —explicó Madt al resto del pasaje—. Ahora hemos de esperar que nos den acceso a la ciudad y en breve llegaremos a los jardines del castillo.

—¿El resto de casas estará ya allí? —preguntó Darigaaz.

—Es lo más probable, han tenido más tiempo que nosotros para prepararse. Relájate, todo estará listo para esta tarde.

—Cuanto más me pedís que me relaje más se crispan mis nervios. —Se levantó y trató de escrutar el exterior sin abrir los visillos—. ¿Qué están haciendo ahí fuera? Ya llevamos parados un buen rato.

—Nada importante, seguro. Relajaos, «alteza».

En sus miradas pudo leer Ilargia con facilidad los sentimientos que su comentario había despertado: sorpresa en Shira, furia en Darigaaz e inquietud en Madt. Éste último parecía dispuesto a decir algo cuando alguien golpeó la ventana.

—Señor, me temo que tenemos un problema —volvió a sonar la voz de Marion.

—¿Problema?

—Es mejor que salgáis.

Darigaaz salió, seguido de Shira, Madt y una curiosa Ilargia. Su aparición fue celebrada por una oleada de vítores. El gesto del Caballero Dragón se suavizó inmediatamente: rodeó a su prometida con la mano izquierda mientras con la derecha lanzaba saludos a una audiencia que coreaba su apodo.

—¿Este es el problema? —dijo sonriendo a Marion.

—Señor, los hombres del Rey se niegan a dejarnos pasar.

Alargando el cuello, Darigaaz observó a una fila de soldados bloqueando el paso de la caravana. Uno de ellos discutía con Heken. Al oír el bullicio, ambos se giraron y Heken se le acercó.

—¿Qué motivos han dado para impedir nuestro avance? —le preguntó Darigaaz.

—No me lo dicen, insisten en que hemos de esperar hasta que venga el comandante.

—Eso es ridículo, llevamos documentos oficiales de Termin que nos garantizan el acceso al torneo. No pueden impedirlo.

—Y no lo hacen, no directamente.

—Esto no me gusta —intervino Madt—, parece que han descubierto tu identidad.

—Lo que no cambia nada, no tienen motivos para detenernos —dijo Darigaaz.

—No creo que eso importe a su Majestad —concluyó Heken—. Por ahora, volved a entrar en el carruaje mientras intentamos convencerles: vuestra presencia aquí fuera está atrayendo a más curiosos.

Darigaaz regresó al interior del transporte mientras Madt e Ilargia permanecían en el exterior. El antiguo cazarrecompensas observaba preocupado cómo Heken retornaba a la cabeza de la expedición.

—Da igual lo que hagamos, no nos van a dejar pasar —le dijo a su acompañante.

—¿Pueden negarse, aun llevando a nobles de Termin con nosotros? —preguntó ella.

—En teoría no, pero debemos estar preparados para cualquier cosa. Pase lo que pase, no os separéis de mí. Y tratad de no mostraros en demasía: sería extraño que vuestros captores os reconocieran con vuestro aspecto actual, pero no forcemos nuestra suerte.

Heken y el representante de las fuerzas palaciegas endurecieron el tono de su conversación, hasta el punto de que Ilargia fue capaz de oírles sobre el clamor de la multitud. Tras ellos sonaron unas trompetas y un grupo de jinetes se abrió paso entre el gentío. El comandante descabalgó y relevó al contendiente dialéctico de Heken.

—Buenos días —saludó.

—No, hace tiempo que dejaron de serlo. —El cambio de interlocutor no apaciguó al jefe de armas—. ¿Puede vuestra merced explicarme el motivo de que retengan contra su voluntad a la noble comitiva de Termin?

—Nada tenemos contra nuestros aliados del norte, pero nos han llegado rumores de que en vuestra caravana se oculta un impostor.

El veterano termiense no era fácil de amilanar.

—¿Sois consciente de lo mucho que insultáis a nuestra casa con ese tipo de acusaciones?

—No acuso a nadie, no he afirmado nada, lo único que pedimos es que nos permitáis registrar los transportes.

—Ese es el carruaje privado de la princesa Shira, las mínimas normas de la decencia os deberían hacer recapacitar sobre lo que estáis pidiendo.

—Tenemos clara la naturaleza del vehículo, y aunque guardamos el máximo respeto al reino de Termin, debemos cumplir con nuestro deber.

—Esto es una ofensa imperdonable, no cederé de ningún modo a vuestras pretensiones.

—Lamento que lo veáis así, ya que en ese caso no puedo dejaros pasar. Quizás vos queráis acompañarme a palacio mientras vuestra gente os espera aquí.

Heken calló, preocupado por cómo el tiempo jugaba en su contra: debían atravesar las puertas o el torneo empezaría sin ellos y todo se iría al traste. Madt navegaba una corriente de pensamiento similar.

—Malo. Debemos entrar y debemos hacerlo ahora.

—Pero no podemos atravesar la guardia —dijo Ilargia.

—Hay una opción: ellos no conocen el rostro de Darigaaz, puedo hacerme pasar por él, entregarme y conseguir que paséis. Una vez todo acabe podréis liberarme.

—¿Os parece juicioso? ¿Y si los planes no salen como esperamos, o en palacio alguien os identifica como el preso fugado y os ejecutan?

—La vida no está constituida por certezas, princesa, sino por riesgos e incertidumbres —le dijo—. No os preocupéis por mí, estaré bien.

Ella bajó el rostro, incapaz de aceptar de buen grado la sonrisa que se le brindaba.

—Como gustéis, señor. Buena suerte.

Tras apretarle amistosamente el hombro, Madt se dirigió hacia Heken y el comandante. Estaba a punto de alcanzarles cuando cientos de voces se unieron en un potente bramido. Siguió las miradas a su alrededor para encontrar la causa: Darigaaz se había subido al techo del carruaje.

—¿Me buscabais, perros reales? Pues aquí me tenéis —gritó—. Soy Darigaaz de Rhean, príncipe de Termin, Caballero Dragón y legítimo

dueño del trono de Hyrdaya; os conmino a que os apartéis y nos dejéis pasar.

Madt y Heken compartieron una silenciosa maldición mientras el comandante desenvainaba.

—Darigaaz, en representación de su Majestad os ordeno que me acompañéis a palacio para ser interrogado.

Las palabras del soldado fueron recibidas por un sonoro abucheo. Desde su posición elevada, Darigaaz pidió silencio a sus simpatizantes para poder responder.

—¿Y en virtud de qué cargos, si puede saberse? ¿De haber sobrevivido a la traición del Rey y al asesinato de mi familia? ¿De ser una amenaza para su ilícito gobierno? Decid, decid delante del pueblo.

La multitud fue un clamor. Tras el comandante, sus hombres se preparaban para el combate.

—Solo queremos hablar con vos, os prometo que nadie os dañará.

—¿Lo promete? Me quedo más tranquilo. —Darigaaz abarcó a la concurrencia con un gesto del brazo, riendo—. Todos aquí sabemos lo fiables que son las promesas de su Majestad. Mi padre es un buen ejemplo de las consecuencias que el confiar en ellas acarrea, y si pensáis que yo...

Al mirar de nuevo a su interlocutor Darigaaz enmudeció de golpe. En su cara se dibujó una expresión de perplejidad que encontró un reflejo en el rostro del comandante, súbitamente pálido y con los ojos totalmente abiertos fijos en Darigaaz.

—Ilahe me valga, no puede ser. —El comandante alzó el arma y exhortó a sus hombres—. ¡Soldados, atrapad al rebelde!

Los soldados reaccionaron a las órdenes de su superior, orientando sus alabardas hacia los termienses que protegían la comitiva con sus propias espadas. Heken les mandó retroceder para reagruparse alrededor del carro. Madt regresó junto a Ilargia.

—Pegaos a mí, a la mínima oportunidad atravesaremos los soldados para mezclarnos con los espectadores.

—¿Y vuestros amigos?

—Estarán bien, me aseguraré de ello una vez estéis a salvo.

Los hombres de Darigaaz bajaron a su líder del techo, demasiado desconcertado para comandarles. Fue Heken quien tomó el mando.

—¡Hombres de Termin, proteged a vuestra princesa!

—Entregad a Darigaaz y todo acabará —gritó el comandante.

—Tocadlo y son vuestras vidas las que acabarán.

—Es vuestro funeral. ¡Guardias, a mi señal!

Un impacto en la parte derecha de su casco abortó el gesto del comandante. En el suelo, identificó el proyectil como una calabaza que yacía destrozada. Al buscar a su agresor, una aglomeración de rostros encolerizados le enfrentó.

—¡Dejadles pasar!

—¿Por qué no os largáis de aquí?

—¡Caballero Dragón! ¡Caballero Dragón!

Los hombres del Rey rodearon a su superior mientras éste trataba de aplacar el tumulto entre una lluvia de objetos.

—Ciudadanos, ese hombre es un traidor a nuestra ciudad, y debe ser llevado palacio.

—¡Eso es una mierda!

—¿Es que el principito tiene miedo?

—¡Dejadles pasar!

Entre termienses y soldados se formó un muro de ciudadanos enfurecidos. Los hombres del rey, nerviosos ante su repentina inferioridad, recularon aún más hacia su superior, que a empujones los conminaba a mantener la formación.

—Es el último aviso, todo el que se interponga será ejecutado por entorpecer la justicia del Rey.

Al verse frente a los filos de las alabardas algunos empezaron a amedrentarse, pero la crispación general no disminuía. Uno de los soldados hacía retroceder a un chico que le increpaba cuando una ola de empujones recorrió la multitud y alcanzó al infortunado joven, impulsando su cuerpo hacia delante y ensartándolo en la hoja.

Siguió un silencio sepulcral que fue interrumpido por Heken.

—¡Asesinos! ¡A ellos!

La fila de Termienses avanzó hacia los soldados, secundada por una turba armada de cuchillos, palos y piedras. Los guardas trataron de rechazarlos, pero sus filas pronto se vieron desbordadas.

El comandante logró regresar a lo alto de su caballo y trató de alejarse de la contienda, pero se vio retenido por el gentío. Blandiendo su espada a la desesperada, podó varias ramas del bosque de manos que trataba de agarrarle, entre gritos de furia y dolor, con su armadura amortiguando los golpes que le impactaban. Su montura, por desgracia, no contaba con defensa parecida, y fue apuñalada con saña hasta que sus tripas se extendieron sobre el empedrado. Descabalgado, el comandante mantuvo a los atacantes a raya trazando furiosos arcos de

espada, mientras buscaba refugio en un callejón. Aprovechó su angostura para defender la posición hasta que vio con alivio cómo la calle comenzaba a despejarse: los refuerzos habían llegado y desperdigaban al enfurecido populacho. Se disponía a salir a recibirlos cuando una mano en su espalda lo estrelló contra la pared, y una afilada hoja se posó sobre su barriga. Frente a él, el rostro de Darigaaz lo observaba con rabiosa alegría.

—Los dioses sean loados, parece que mis plegarias no cayeron en saco roto, al fin y al cabo. ¿Quieres decir algo mientras todavía seas capaz, Brein?

El comandante observaba a su antiguo compañero con incrédulo terror.

—Dazua, ¿cómo es posible? Creía que habías muerto en Lewe — le dijo.

—Estoy seguro de ello, tanto como de que no es gracias a ti que conservo la vida. Veo que tu traición al menos te ha salido rentable: comandante real, nada menos; un bonito título que poner en tu lápida. — Darigaaz separó el arma para ejecutar un golpe fatal.

—¡No, no fue así, yo no te traicioné! —gritó desesperado Brein.

—Nada conseguirás con mentiras, mi venganza me ha proporcionado un presente inesperado. Di tus oraciones, traidor.

—¡Espera! Sí, lo reconozco, te traicioné, pero no fue idea mía, sino del elfo oscuro.

La maniobra de Darigaaz se vio abortada por la sorpresa.

—¿De qué estás hablando, qué elfo oscuro?

—Drave, me dijo que se llamaba Drave. La noche en que íbamos a robar el collar vino a verme y me dijo que si te delataba se aseguraría de que fuera bien recompensado.

La firmeza desaparecía de los miembros de Darigaaz conforme su dueño perdía la determinación inicial.

—Mientes, víbora embustera, eso no es posible —escupió con rabia al tiempo que aplastaba al prisionero contra la pared—. Me vendiste, y ahora tratas de salvar la vida con embustes.

—Es la verdad, me dijo que si lo hacía me conseguiría una buena posición en palacio como recompensa, pero que me mataría si rehusaba. Tienes que creerme, Dazua. ¡El elfo me obligó!

Los dos hombres se observaron en silencio mientras a su alrededor la revuelta era sofocada bajo las cargas de los soldados. Los gritos de Heken sacaron a Darigaaz de su estupor.

—¡Darigaaz! Ven, maldita sea, tenemos que huir y reagruparnos en palacio. —El norteño le cogió del brazo y lo sacudió con fuerza—. ¿Me estás oyendo? ¡Vámonos!

Darigaaz le miró sin dar muestras de haberle entendido. Al mirar de nuevo hacia delante únicamente encontró un muro desnudo, consecuencia de haber aprovechado Brein la llegada de Heken para escabullirse.

25. Introducción

Arrastrado por el gentío que huía de los jinetes, Elandir intentaba con escaso éxito evitar morir aplastado. A su llegada, la vía adyacente a la puerta sur ya estaba impracticable por la cantidad de curiosos que en ella se agolpaban; trató de abrirse paso para ver al desconocido que había protagonizado los rumores de la ciudad los últimos días, pero apenas consiguió distinguir una indeterminada figura sobre un carruaje, antes de que el conflicto estallara y se propagara con rapidez. En su calidad de Jefe de la Guardia intentó poner orden entre los que lo rodeaban, pero fue inútil. No pasó mucho tiempo para que los gritos dieran paso a los proyectiles, y éstos a las escaramuzas. El caos se adueñó de aquella reducida porción de la ciudad, hasta que el retumbar de los cascos heló la sangre de los participantes en la refriega.

—¡Viene la caballería! ¡Corred por vuestras vidas!

Se produjo en ese instante un cambio en el flujo humano, filtrándose su caudal de la calle principal hacia vías de drenaje en forma de callejones y rúas secundarias. Cogido en pleno centro de paso, Elandir trataba de unirse a alguna de las corrientes de salida, pero el pánico reinante hacía que éstas cambiaran de sentido constantemente, entre gritos y empujones.

Quedaban muchas personas en la calzada cuando los temidos jinetes aparecieron, enfilándola hacia la entrada sur y atravesando el gentío como una quilla la superficie del mar. Las mareas humanas recibieron así el estímulo necesario para terminar de definirse, huyendo de las cargas hacia los lados del camino, lo que permitió a Elandir obtener refugio en una pequeña callejuela.

Aprovechó el respiro para recomponer sus ropajes y pertrechos antes de dirigirse a palacio: el tumulto había dispersado la comitiva de Termin, así que ahora debía tratar de adelantarse a su próximo movimiento y esperarles allí. Ninguno de los bandos se había ganado sus simpatías en el conflicto, y alertar a la guardia de todo lo que sabía podría decantar definitivamente la balanza en favor del Rey, pero su honor se lo exigía, a pesar de la nota que le entregó Kera. Cuando ajustara cuentas con quienes le habían utilizado y torturado, llegaría el momento de pedir explicaciones a su padre y su desconcertante sentido de la oportunidad.

El ambiente en los alrededores de palacio era sosegado, la gente accedía a los vastos jardines y ocupaba sus sitios alrededor de la pista de justas. Las gradas destinadas a la plebe estaban repletas desde primera hora del día, con cientos de individuos en busca de un sitio desde el que disfrutar de las acciones de sus caballeros preferidos. Por su parte, las destinadas a la nobleza permanecían desiertas, al estar sus dueños atendiendo diversos actos sociales en los exteriores del castillo.

Alrededor del circuito se erigían las tiendas de los participantes, con los blasones identificativos ondeando orgullosos al viento de la mañana. Ocultando sus rasgos élficos bajo una capucha, Elandir las recorrió hasta localizar el que había visto sobre el carro del Caballero Dragón. Fingiendo ser un asistente más del torneo, la rondó a una distancia prudencial mientras forzaba los oídos para captar la conversación mantenida en el interior.

—¿Cómo llegarán, entonces?

—No lo sabemos, el incidente provocó que nos separáramos de ellos.

—Quizás deberíamos salir y buscarlos.

—Imposible, la guardia está alerta a todos los movimientos de nuestra casa, y la puerta del palacio se ha vuelto infranqueable.

—No solo la de palacio: muchos de los caballeros de Lewe y Khus se han visto privados de sus escoltas, y hay comitivas enteras retenidas a las puertas de la ciudad.

—Debemos esperar, seguro que lo conseguirán.

—Estamos muertos, todos nosotros, muertos del primero al último. El representante de Lewe lleva desaparecido desde ayer, y ahora los hombres del Rey interceptan nuestros refuerzos. Todo se ha terminado.

Las otras voces le eran desconocidas, pero Elandir no pudo reprimir una sonrisa al reconocer el tono aflautado del comerciante de tejidos Sergen Ylan.

—Tranquilizaos, el torneo todavía no ha comenzado, y hay tiempo de sobra para que lleguen. Confiad en nosotros, tenemos más recursos de los que pensáis.

—Esos recursos nos serán muy útiles cuando nos conduzcan al cadalso.

Abandonó la escucha y el campo de justas para dirigirse a palacio. Con el aspirante al trono a la fuga, y la guardia dándole caza, solo restaba encontrar al elfo oscuro. Su destreza para el camuflaje le hacía una presa difícil, pero Elandir había captado su olor en la celda donde le torturó y conocía a sus asociados. Solo necesitaba acceso a las comitivas diplomáticas, y para ello debía compartir con su Majestad toda la información de que disponía, por poco que le agradara la idea.

En la entrada al edificio principal fue retenido por los centinelas.

—Quiero pensar que es el ajetreo de hoy lo que os impide reconocerme. Dejadme pasar, rápido.

—Te conocemos de sobra, elfo: es a ti a quien tenemos órdenes de detener.

Elandir le miró sorprendido.

—¿Detener? Debe tratarse de un error.

—Eso tendrás que discutirlo con su Majestad, no con nosotros — respondió el guardia.

—Perfecto; llevadme con él, tengo noticias importantes que comunicarle.

—Su Alteza está demasiado atareado, así que te escoltaremos a las mazmorras hasta que pueda interrogarte.

Los dos hombres le rodearon, instándole a acompañarles con un brusco empujón.

—Esto es una locura, no he hecho nada.

—Como soldado, debo avisarte que cualquier tipo de resistencia será correspondido con el uso de la fuerza por nuestra parte —dijo el hombre—. Como humano que lleva años viéndote mancillar nuestros colores, te invito a que lo hagas.

Elandir se zafó a un lado mientras los soldados echaban mano a las espadas. No le sería difícil vencerlos, pero hacerlo implicaría enfrentarse al resto de guardas y su más que probable derrota. Mientras maquinaba una ruta de escape, Rishen apareció.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el criado.

—Cumplimos órdenes, el Rey ha ordenado que encerremos a este traidor —contestó un soldado.

—Soy consciente de los mandatos de su Majestad, pero veo arriesgado que abandonéis vuestros puestos en la actual situación. Yo acompañaré al señor Elandir.

Con una mirada contrariada, los soldados regresaron a sus puestos mientras Rishen conducía a Elandir hacia las mazmorras.

—Te lo agradezco, Rishen, pero no puedo perder más tiempo, debo hablar inmediatamente con su Majestad —le dijo cuando estuvieron más alejados.

—Lo lamento, señor, pero el Rey está...

—... ocupado, me hago cargo, pero traigo información de la máxima importancia: se está maquinando un complot contra la corona.

El criado se detuvo al oír esas palabras. Por señas, guió a Elandir hasta un cuarto de servicio donde, tras confirmar que nadie les acompañaba, correspondió su confidencia.

—Creo que el Rey ya lo sabe: ha pasado la noche reuniéndose con nobles y caballeros, y la mañana inspeccionando las defensas del castillo. También ha encargado que se detenga a los jefes de la guardia.

—Pero eso es ridículo, ni Dunrel ni yo tenemos nada que ver con...
—Elandir recapacitó antes de continuar—. Muy bien, entiendo por qué puede desconfiar de Dunrel, pero todo tiene una explicación. Debo hablar con él y aclararlo.

—Lo siento, pero no puedo... Es imposible, debéis acompañarme a las celdas y allí...

Elandir le cogió el hombro.

—Rishen, si no puedes conseguir que vea a su majestad, permite al menos que salga de aquí y busque a los traidores por mi cuenta. La vida de todos en palacio corre peligro.

El criado se estremeció ante sus palabras; miró a todos lados antes de volver a hablar.

—Señor, no puedo hacer lo que me pedís, pero nada impide que escapéis a mi vigilancia, digamos, en un sitio sin testigos.

Elandir no tardó en comprender el significado de esas palabras.

—En efecto, nada lo impide, pero no quiero ponerte en una situación difícil ante el Rey.

—No lo haréis: si vuestra búsqueda fracasa, su Majestad tendrá problemas más graves de los que encargarse; si triunfáis, estoy seguro de que se mostrará comprensivo con nosotros. Aun así —añadió Rishen dándose la vuelta—, no estaría de más contar con una coartada.

Elandir asintió. Tratando de ser lo más rápido y eficiente posible, le rodeó el cuello con el brazo y apretó, hasta que los signos vitales del criado se ralentizaron y éste se desvaneció. Ocultó el cuerpo y abandonó la habitación con sigilo. Desligado de su guardián, aprovechó su presencia en los cuarteles para hacerse con un uniforme que le ayudara a pasar desapercibido.

Con la guardia tras él, y Dunrel en paradero desconocido, el único curso de acción que le restaba era tratar de interceptar a Darigaaz antes de que se uniera a su destacamento. Volvió a camuflar su rostro entre las sombras de la capucha y se dirigió raudo hacia su destino cuando una nueva sorpresa le hizo detenerse: en los alrededores de la hace poco desierta carpa de Termin reinaba ahora una gran actividad, con decenas de personas arremolinándose alrededor del hombre más buscado de Hyrdaya, que en aquellos momentos los atendía en el interior de la misma.

¿Cómo demonios lo ha hecho? —pensó Elandir. Entre aquellos jardines y la ciudad se levantaba el muro medio, infranqueable salvo por

la puerta principal, bajo fuerte vigilancia tras los disturbios de la mañana. Saltar la muralla se le antojaba una locura, y excavar un túnel precisaría de mucho tiempo. Elandir no conocía más modos de entrar, salvo uno, pero dicho acceso presentaba dos inconvenientes: pocos eran los que conocían su existencia, y solo con las llaves adecuadas y desde dentro de los muros podía abrirse. Aunque supieran dónde se encontraba, ni los hombres de Termin ni sus aliados podrían utilizarlo.

Una aciaga sospecha se gestó a mitad de su razonamiento, haciéndose más fuerte conforme sus dudas la alimentaban hasta que, echando mano a su bolsa y registrándola a fondo en busca de sus llaves, eclosionó en forma de sonora maldición en los labios de un furioso Elandir.

—Este sitio valdrá, desde aquí podremos observar las justas sin llamar la atención.

Ilargia asintió y se acomodó contra uno de los postes que sostenían los toldos, sin dejar de mirar a su alrededor. Desde el tumulto desatado a la entrada a la ciudad, la sensación de que alguien les vigilaba se había adueñado de ella, acompañándola durante el frenético recorrido que, junto a Madt y Darigaaz, realizó desde los carruajes hasta la muralla media. Una vez la alcanzaron, se cobijaron al resguardo de una torre de vigilancia adosada a la estructura principal.

—No podemos permanecer aquí, si alguien nos viera no tendríamos hacia dónde huir.

—Relajaos, princesa, solo debemos esperar unos instantes.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando una de las secciones laterales de la torre se deslizó hacia un lado, y en la abertura resultante apareció Heken.

—Creí haber oído voces —dijo—. Rápido, entrad.

Los tres fugitivos obedecieron, traspasando la puerta que el maestro de armas volvió a cerrar usando un voluminoso manajo de llaves.

—¿Qué clase de entrada era esa? —preguntó Ilargia a Madt mientras éste la guiaba por los jardines de palacio.

—Una puerta de escape; muy útil en asedios prolongados, ya que permite abandonar el castillo sin ser visto y partir en busca de refuerzos, o simplemente partir para no volver.

—Bajad la voz —chistó Darigaaz—, si nos descubren antes de que lleguemos a la tienda estamos perdidos.

Avanzaron entre una muchedumbre sazonada de malabaristas, titiriteros y juglares en busca de la recaudación de su vida hasta alcanzar la lona de Termin, donde fueron recibidos con grandes muestras de alegría. Los heraldos partieron en busca de un juez para tramitar la inscripción de los caballeros termienses, Darigaaz entre ellos, mientras Madt sugería a Ilargia buscar un sitio para ver los juegos con tranquilidad.

—Vigilad vuestros pasos, alteza: las letrinas están retiradas y aquí hay gente guardando el sitio desde hace mucho tiempo.

Ilargia observó asqueada la hierba sembrada de residuos orgánicos.

—Es increíble semejante pasión.

—Hay que ponerse en su lugar para entenderlo: cuando tu existencia se reduce a trabajar como una bestia, a cambio de unas monedas que te mantengan a duras penas apartado de la miseria, es normal aferrarse a cualquier tipo de evasión.

—Es un motivo, pero no justifica esta expectación ante tan brutal forma de entretenimiento.

—¿No aprobáis las justas? Trataré de contener mi asombro —rio Madt.

—Me educaron como sanadora, no puedo aprobar un espectáculo basado en dañar a otros seres humanos. Y agradecería que os ahorrarais la sorna. —Ilargia le miró severa—. Si no os veis capaz, absteneos de dirigirme la palabra y disfrutemos en silencio de los juegos.

—Los viejos hábitos son difíciles de controlar. Me disculpo.

—No es necesario, solo evitad la condescendencia al dirigiros a mí.

—Prometido. Entonces, ¿nunca habéis visto unos juegos?

—Nunca. En el templo llevábamos una vida recogida y limitábamos las salidas a la ciudad para avituallarnos y poco más.

—No os preocupéis, yo os haré de guía. En realidad no hay mucho que explicar. —Madt señaló al óvalo central, recorrido a lo largo por una barrera que lo dividía en dos mitades—. A lo largo de aquella pista cabalgarán dos jinetes cada vez, hasta que al encontrarse crucen lanzas y traten de derribarse el uno al otro. Quien toque el suelo, pierde.

—¿Y si no cae ninguno?

—Repiten. Si después de tres cargas ninguno ha sido derribado, pasan a combatir en el suelo. Aparte de eso, las reglas son simples: no atacar al caballo, no atacar al contrario excepto en la zona del pecho y cabeza, y no atacar al contrario que se alce la visera del yelmo, ya que ese gesto indica su rendición.

—Había oído que se usaban armas romas.

—En la mayoría de casos, pero no en éste. Veréis, una boda es un acto de amor y vida, considerado tradicionalmente como una ofrenda a Ilahe, y debe ser compensada con otra a Ölün. No sería una verdadera ofrenda al Dios de la Muerte si las armas fueran de juguete.

Ilargia notó un reflujo ácido ascendiendo por su garganta.

—Esperemos no tener que lamentar ninguna desgracia.

—No en nuestro bando, al menos —finalizó Madt, acomodándose sobre la valla que les separaba de la pista.

Alrededor del circuito, los participantes formaban sobre sus caballos, comenzando una vuelta de honor que cosechó los aplausos del público. Al acercarse Darigaaz, la gente aplastó a Ilargia contra la valla en su ansia por ver de cerca al afamado Caballero Dragón. A su pesar, ella tuvo que admitir que la estampa era formidable: la armadura de placas negras destellaba al sol del mediodía, y la expresión de su cara, enmarcada por el yelmo labrado en formas draconianas, parecía dispuesta a protagonizar alguno de los cantares que tanto agradaban al pueblo.

Mientras los caballeros desfilaban, los jueces de paz trataban con los séquitos los detalles concernientes al comienzo de los duelos. Heken mantenía una muy acalorada discusión con uno de ellos, que el juez clausuró encogiéndose de hombros antes de darse la vuelta y continuar su tarea. Cuando Darigaaz regresó a su puesto, las nuevas le enfurecieron hasta el punto de oírse sus maldiciones desde donde Ilargia le observaba.

—Algo pasa.

—¿Um? —Madt miró hacia la tienda de Termin, que en aquel momento izaba una bandera con el número dieciocho—. Nada que no pudiéramos esperarnos, aunque Dari quisiera creer lo contrario —dijo a

su compañera—. Los jueces emparejan a los participantes atendiendo a su clase social, de forma que empiecen justando con alguien de su misma o parecida condición. Por el número que nos han otorgado, se ha hecho oídos sordos a la reclamación de Darigaaz sobre su pertenencia a la casa Rhean y su estatus de heredero de Termin, y se le ha asignado el número más bajo.

—¿Y qué quiere decir?

—Que correspondiendo a su alteza el primer puesto, es muy difícil que lleguen a cruzarse, a no ser que ambos se conviertan en los últimos contendientes en pie. Un pequeño revés, pero nada de lo que preocuparse.

—¿Porque confiáis en que Darigaaz pueda vencer a sus enemigos sin problemas?

—Claro, ¿por qué no? Aptitudes tiene, y no olvidemos que la mitad de los caballeros están de nuestra parte, con lo que muchos cruces serán un paseo. —Las fanfarrias ahogaron sus últimas palabras—. Veamos el lado positivo: gracias a esa clasificación le veremos justar el primero, y su adversario será bastante accesible.

—¿Lo conocéis?

—No hace falta —Madt señaló hacia la pista—. No porta estandarte, lo que indica que no posee títulos ni tierras, y explica también que no haya podido armarse siquiera con una armadura de placas; con esa cota de mallas, el impacto de la lanza va a ser tremendo para su organismo. Con que Darigaaz mantenga la postura hasta el envite, tiene el combate ganado.

La multitud se sumió en un murmullo respetuoso mientras al fondo de la pista las gradas reales eran ocupadas. Madt escupió al suelo.

—Su Majestad ha tenido a bien hacer acto de presencia; pueden al fin comenzar los juegos.

Saludando cordialmente hacia todos los frentes mientras intentaba no volcar ningún asiento en su avance a ciegas, el Rey alcanzó su trono en la tarima y se sentó con rigidez, incapaz de apoyarse en el mullido respaldo. Su comandante se situó a su lado mientras el sonido de las fanfarrias perdía ímpetu hasta extinguirse con un par de notas desgastadas. Los encargados de pista revisaban que todo estuviera en orden, mientras los integrantes de la primera justa eran inspeccionados por sus escuderos, para asegurarse de que ninguna correa estuviera falta de fuerza y pudiera ocasionar una desgracia. Con un gesto furtivo, el Rey hizo que Brein le acercara el rostro.

—Parece que el participante sorpresa ha conseguido inscribirse sin precisar nuestra ayuda.

—Lo lamento mucho, Alteza. El tumulto fue algo imprevisible y muy inoportuno, justo cuando estábamos a punto de apresarlos.

—Esforcémonos en encontrar soluciones, no excusas. ¿Los emparejamientos han finalizado ya?

—Sí, Majestad, y todos los caballeros pertenecientes a la nobleza de Hyrdaya han sido informados de las instrucciones que se acordaron anoche. Es dudoso que pase de la primera ronda, impensable que salga con vida.

—No escatiméis en incentivos, no hay cantidad de dinero demasiado grande por la cabeza de ese traidor. ¿Alguna noticia de los capitanes de guardia?

—Ninguna por el momento.

—¿Y dónde está mi criado?

—Me temo que tampoco lo sé.

—A veces me pregunto si no debería invertir vuestro salario en mantener una familia de chimpancés: serían igual de efectivos, y al menos me distraerían.

—Averiguaré el paradero de todos ellos —dijo Brein agachando la cabeza.

—Aprovecha para revisar las defensas —añadió el Rey—. El muro interior debe permanecer cerrado a cal y canto. Si algo ocurre, mi hijo y yo lo atravesaremos tan pronto podamos, tras lo cual el castillo debe quedar preparado para repeler cualquier ataque, ¿entendido?

—Así se hará. —Con una breve reverencia, Brein abandonó la tribuna real.

Mientras los preliminares concluían y los jinetes tomaban posiciones, el Rey inspeccionó a los espectadores más cercanos: a su izquierda, el noble Usmen Bayani correspondió su mirada con un leve asentimiento. Detrás, los diplomáticos de los reinos menores contemplaban la pista tratando de aparentar tranquilidad. A la derecha, los representantes de la burguesía le saludaron con la cabeza, nerviosos, mientras la esposa de Sergen Ylan lo hizo con una sonrisa abierta y sincera, que él devolvió sin enseñar ni una porción de dentadura.

Con los participantes lanzas en ristre, el Rey se levantó, alzó el brazo y, al dejarlo caer, los cascos de las monturas hostigaron el suelo como réplica al espoleo de sus jinetes. Cuando habían recorrido un cuarto de la distancia que les separaba, ambos bajaron sus armas y dirigieron las puntas hacia el escudo del rival. En la tensa atmósfera, el retumbar del galope fue un suave preludio al enorme estruendo que se

produjo cuando una de las astas se reventó contra el metal, mientras la otra atravesaba carne y hueso.

El ruido del golpe desconcertó a Ilargia, pero el griterío posterior la aturdió por completo.

—¿Qué ha pasado? —gritó a su compañero.

—No lo sé —contestó Madt tratando de apartar a la gente que se apretaba contra la valla—. Su contrincante ha caído, pero no veo a Dari.

Los silbidos e imprecaciones ganaban intensidad mientras los jueces se dirigían al centro de la pista, donde ambos contendientes yacían en tierra.

—Están levantando al chico. Parece que está bien, pero ha sido descalificado.

—¿Y Darigaaz?

—Continúa en el suelo, y con este griterío no logro averiguar... Maldita sea, está herido. Están tratando de levantarlo, Heken está allí y... —Madt se ayudó de la valla para alzarse y ver por encima de la barrera central del circuito—. El caballo. Ese hijo de perra ha tirado contra el caballo y le ha atravesado el cráneo. Parece que Dari se ha hecho daño en la caída y lo trasladan a la tienda. Vamos para allá, puede que necesiten nuestra ayuda.

—¿No estaba prohibido dañar a la montura? —preguntó Ilargia mientras abandonaban aquella furiosa aglomeración.

—La importancia de lo que hay en juego reclama nuevas reglas —dijo un lacónico Madt—. Su Majestad ha sido el primero en darse cuenta, espero que no nos haya dejado fuera de combate antes de comenzar.

—Mi amor, ¿estáis bien?

Ayudado por sus hombres, Darigaaz se tumbó en el camastro y tomó a su prometida de la mano.

—No os preocupéis, no creo que debamos temer nada; si acaso el golpe y poco más.

—Si no te importa, me gustaría ser yo el que haga el diagnóstico —dijo un preocupado Heken mientras despojaba a Darigaaz de las capas de acero que le recubrían—. La zona del costado se ha llevado la peor parte, pero el acolchado interior ha prevenido las perforaciones. —Pasó la mano por la superficie golpeada y apretó—. ¿Duele?

Darigaaz contuvo un gesto de dolor mientras su cuerpo trataba de alejarse de la inspección del veterano termiense.

—No, no duele —dijo entre dientes—. Molesta un poco, pero se pasará. Recubridlo de unguento y volved a colocarme la armadura, debo regresar al torneo.

—No tan deprisa, chico, a lo mejor es una costilla rota o fisurada; un nuevo golpe podría hacer que se moviera de su sitio y te destrozara por dentro, debes quedarte aquí.

—Prefiero morir allí fuera que sobrevivir aquí dentro. Véndala si te hace sentir mejor, pero voy a volver aunque sea desnudo y a pie.

La entrada de Madt e Ilargia pasó desapercibida entre la actividad de la tienda.

—Buen comienzo, Dari, solo podías haberlo mejorado cayéndote del caballo al montar —saludó Madt.

Al verlos, Heken pasó de la preocupación al alivio.

—La sanadora, esa es la solución. Curadlo, señora, necesitamos que se recupere cuanto antes.

Acercó al camastro a una llargia que se dejaba guiar con resignación.

—Por supuesto, será para mí un placer ayudar.

—¡No! —Todas las miradas confluyeron en Darigaaz mientras éste se incorporaba—. No necesito sus curas; remendadme y devolvedme al campo.

—¡Pero es una locura! —le gritó Heken—. ¿Por qué no aceptar su ayuda?

—Porque el resto de combatientes no la tendrán. Si de verdad quiero ser digno de mi trono, he de ganármelo. —Se apoyó en su prometida para andar hacia Heken y poder hablarle cara a cara—. Cúrame tú.

La tienda quedó en silencio. llargia agradeció quedar relegada a un segundo plano para que así su turbación pasara desapercibida; el rechazo a su ayuda había sido incomprensiblemente doloroso.

Darigaaz permanecía en pie con el brazo alzado mientras Heken terminaba de vendarle.

—¿Hay noticias de los hombres retenidos en las puertas?

El termiense anudó el vendaje con fuerza antes de contestar.

—Siguen fuera, y las puertas de la ciudad fueron cerradas al comenzar el torneo. No podremos contar con ellos.

Darigaaz indicó a su escudero que le ayudara a equiparse.

—¿De cuántos hombres estamos hablando?

—Contando todas las comitivas, hemos perdido la mitad de nuestros efectivos.

Darigaaz asintió apesadumbrado mientras su escudero, tras ajustarle la armadura, le tendía las armas. Cogió la espada rúnica y la observó meditabundo para, al fin, tirarla a un rincón de la tienda y sustituirla por un acero vulgar.

—¿Pero qué mosca te ha picado? —dijo Madt—. ¿Intentas suicidarte?

—Puede que nuestro adversario no respete las más elementales normas de la caballería, pero eso no significa que debemos rebajarnos a su nivel. —Darigaaz besó a su prometida antes de abandonar la tienda sin mirar a nadie más—. No preciso brujerías de elfos oscuros: gane o pierda hoy, lo haré por mis propios medios.

Su marcha devolvió la voz a los ocupantes de la tienda.

—¿Qué diablos le pasa ahora? —lamentó Heken—. Ese golpe ha debido afectarle el cerebro, además del costado.

—No tengo ni idea, esta reacción también es una sorpresa para mí —replicó Madt—. Acaba de rechazar dos de nuestras mejores bazas, pero por suerte contamos con una a la que no podrá renunciar: los siguientes combates le cruzarán con aliados, por lo que no deberemos lamentar más incidentes.

—A menos que él también contenga sus golpes y fuerce desempate en tierra.

—No es tan imbécil como para hacer algo así. —Una mirada cargada de significado llegó a Madt desde el rostro de Heken—. O eso espero. Vamos, princesa, recuperemos nuestro sitio e intentemos disfrutar del resto de la jornada.

La ausencia de dos cuerpos más acentuó la sensación de frialdad en el interior de la carpa. Sus ocupantes lidiaban con la actual situación de distintos modos: Heken miraba al suelo cariacontecido, el escudero se aprestaba a salir tras su señor, y Shira se cruzaba de brazos hasta que una súbita chispa de lucidez le hizo separarlos y preguntar al jefe de armas:

—¿Por qué le ha llamado princesa?

En el exterior, el torneo había regresado a la normalidad tras la accidentada apertura. De los siguientes cruces, cuatro se resolvieron en el primer encontronazo, siete en el segundo, y cinco más tuvieron que ser dirimidos en tierra al retener los participantes su condición de jinetes durante los tres lances. El duelo final de la primera ronda lo protagonizaban los caballeros de más alto rango, el príncipe contra Goran Bayani. Ambos se colocaron en sus puestos, cargaron, y su encuentro se saldó con el noble tocando tierra en una postura poco agraciada, mientras el heredero real apuraba su carril entre tímidos vítores.

En la grada real, el padre del derrotado se giró hacia el del vencedor.

—Bien jugado, señor. Vuestro hijo sabe moverse sobre un caballo.

—No más que el vuestro, quien ha sido un formidable oponente.

—Halagador, y no del todo inmerecido. Es una lástima que nuestra elevada condición haya generado tan prematuro encuentro entre los mejores caballeros del reino.

—No debéis preocuparos —le tranquilizó el Rey—; aunque no tan buenos, creo recordar que aún os quedan un buen puñado de

participantes en liza, y que todos ellos se ceñirán a las directrices de vuestra casa.

—Ayer pasamos una larga noche repasándolas, vuestra alteza no debe temer por ello. En cuanto al contendiente inesperado...

—Ha tenido un mal comienzo, pero parece haberse recuperado.

—Vergonzoso lo de ese desharrapado: atacar así al caballo debería ser causa de deshonor y destierro, en caso de poseer unas tierras de las que ser despojado.

—No os preocupéis, se están tomando las medidas que semejante comportamiento merece —sonrió el Rey.

—Aun así, en estos combates todo puede ocurrir, más si se llega a un combate en tierra.

—Oh, sin ninguna duda. Ilahe no lo quiera.

El Rey inclinó la cabeza, finalizando la conversación. A su derecha, los burgueses parecían haber recuperado el color que había abandonado sus rostros al ser descabalgado el Caballero Dragón. Observar por el rabillo del ojo sus expresiones de angustia le había procurado unos momentos de puro deleite, pero recuperaron el humor al retornar su campeón a la pista. No le preocupaba, no tenía ninguna prisa: cualquier cosa podía suceder de ahora en adelante. Cruzó las manos sobre el regazo y se reclinó sobre el respaldo.

26. Por tierra

A lo largo de la historia de la humanidad, todo logro o acontecimiento importante ha precisado de la colaboración de individuos dispuestos a anteponer el beneficio de la mayoría al suyo propio; sin su sacrificio, esas hazañas habrían sido irrealizables. No existe patrón para identificar a estos anónimos benefactores, ya que dicho papel ha correspondido a personas de todo tipo y condición con el transcurrir de las épocas, pero sí podemos encontrar una particularidad que los hermana: pocos ofrecieron su ayuda por propia voluntad.

En el torneo homenaje al enlace entre el príncipe de Hyrdaya y la heredera de Mirtis, esa función correspondió a los guardias encargados de vigilar las instalaciones de palacio mientras toda la ciudad disfrutaba de los juegos. Con actitud marcial, ejecutaban sus rondas frente a las entradas o sobre los muros mientras, a sus espaldas, el griterío del público celebraba los momentos más espectaculares de los lances. Eran tantas y tan continuadas esas celebraciones que los centinelas no podían evitar, de cuando en cuando, ceder a la tentación y girarse para tratar de captar algo de lo que sucedía, descuidando temporalmente su vigilancia. Esos eran los momentos que una sombra encapuchada escogía para moverse entre ellos sin ser vista.

Con el clamor muriendo en la distancia, Elandir burló al último soldado y alcanzó el patio de armas. La desaparición de sus llaves le había enfurecido de tal manera, que a punto estuvo de abandonar toda precaución y saltar a la búsqueda del elfo oscuro que había jugado con él esos últimos días. Por suerte, pudo más su autocontrol: su objetivo poseía un juego de llaves completo y la habilidad de camuflarse propia de su raza, por lo que podía estar en cualquier lugar de palacio. Elandir

decidió organizar la búsqueda dando prioridad a los lugares desde los que un hombre (o elfo oscuro, dado el caso) podría hacer más daño.

Inspeccionó la puerta de escape que, sospechaba, había servido para que Darigaaz y su séquito atravesaran la muralla media; no encontró a nadie, pero huellas recientes confirmaron su presentimiento. Revisó las entradas principales de los muros pero todo parecía en orden. Descartando el campo de juegos por la gran concentración de soldados que acumulaba, solo restaba el complejo palaciego circundado por el muro interior que constituía el centro de poder del reino. Los almacenes de comida y los aljibes podían ser una posibilidad tentadora si los atacantes contemplaban un asedio prolongado, ya que privar a los defensores de provisiones lo acortaría de manera notable. Era un buen comienzo para su búsqueda.

Elandir se encaminó hacia los depósitos de cereal, mientras una nueva ola de entusiasmo surcaba el aire en forma de vítores.

En las gradas, el público recuperaba sus asientos mientras los jinetes continuaban la carrera hacia el final de la pista. El choque había sido violento, provocando que ambas lanzas se astillaran, pero los contendientes habían permanecido en la silla, indemnes a primera vista. Lo que podía ser cierto en caso del caballero de Lewe, pero no en el de Darigaaz de Rhean, que bajo la coraza se encogía sobre su costado dolorido. Cada encontronazo generaba ondas de impacto que recorrían madera, hierro y carne hasta llegar a la herida, más y más sensible en cada ocasión. Manteniendo la compostura mientras agradecía que el yelmo le ocultara el rostro, giró grupas y se preparó para el segundo asalto. Desde la barrera, Madt le miraba preocupado.

—No está bien, baja el escudo en cada carga y descompensa su postura, desequilibrando la lanza. Si delante tuviera un adversario competente, su participación en el torneo habría finalizado.

—¿Y por qué su adversario...? Bueno... —Ilargia bajó la voz para concluir la pregunta—. ¿Por qué no se deja caer?

—Porque debe resultar creíble, y ese golpe no habría derribado ni a un mozo de cuadras. Estamos teniendo suerte con los emparejamientos, pero cuando se cruce con un hombre del Rey podemos darlo por acabado.

—¿Y si lo curo? Quizás haya recapitado.

Madt resopló.

—Lo dudo, reconocí la mirada en sus ojos: ha tomado su decisión, y Ölün me libre de llevar la contraria a un jodido heredero del reino. No nos queda más remedio que permanecer aquí y esperar, puede que tengamos suerte y todo salga bien.

—No lo creéis, ¿cierto?

—No soy hombre de mucha fe, princesa, ya lo sabéis.

Ambos regresaron la mirada a la pista justo cuando los caballeros se cruzaban por segunda vez. El arma del lewenio impactó en la zona exterior de la rodela termiense y resbaló hacia fuera, lo que permitió a Darigaaz mantener un buen empuje sobre su propia lanza y alcanzar el centro del escudo de su rival, descabalgándolo. Concluido el lance, el perdedor se dirigió a la tienda de su oponente para ofrecer armas y caballo en prenda, mientras dos nuevos participantes ocupaban la pista.

—Nuestro amigo común aguanta.

El Rey se ayudó del vino para tragar la carne que masticaba y así poder contestar a Usmen.

—Eso parece, aunque diría que su forma ha ido deteriorándose en cada justa.

—Concuerdo —asintió el noble—. No puede decirse lo mismo de vuestro hijo, su participación está siendo extraordinaria: aunque fuera descalificado en esta ronda, ser parte de los ocho guerreros supervivientes es muy meritorio.

—A lo mejor para otro, pero no para él. Todo resultado que no sea ganar este torneo provocará una profunda sensación de fracaso y un enervante enclaustramiento en sus aposentos. Por fortuna, en esta ocasión le tocará a su mujer aguantarlo.

—Una noche de bodas envidiable —dijo el noble antes de que un golpe devolviera su atención a la pista—. Terrible, no entiendo como ese muchacho ha logrado superar tantas eliminatorias.

El Rey imitó a su interlocutor para ver cómo el vencedor de la justa saludaba al público alzando la lanza mientras su oponente era retirado, inconsciente.

—Sed justo, su verdugo es uno de los mejores caballeros del reino, campeón de Mirtis y un adversario muy correoso.

—Vaya, ¿y no acaba de convertirse en el próximo contrincante de ese Caballero Dragón?

—Así es. —El Rey bebió un nuevo trago, saboreando el regusto dejado por el licor en su paladar—. Sin duda que sí.

Los almacenes de grano estaban intactos, sus puertas cerradas y nada fuera de lugar. La inspección de los aljibes había arrojado un resultado similar. Elandir revisó las dependencias de la soldadesca y

establos sin encontrar nada raro. Descorazonado, se apoyó en un muro mientras reunía fuerzas para su siguiente y desalentador objetivo.

La inmensa masa del castillo se alzaba solemne ante él, la construcción más grandiosa en la historia de la humanidad: una mastodónica mole rodeada de edificios secundarios, alas y torres unidas entre sí por pasadizos elevados o subterráneos, e interminables corredores que comunicaban cientos de estancias. Y él debía registrarla sin ser visto antes de que la caída de un cada vez más deslucido sol anunciara el fin de los festejos. Elandir crujió el cuello, tomó aliento y se dirigió a la entrada principal.

—Soy consciente de que es mi primer torneo, pero el príncipe parece bastante diestro.

—Ojalá no lo fuera, pero es uno de los mejores duelistas de Vitalis —respondió Madt, mientras el objeto de su análisis saludaba a la multitud. A sus pies, su adversario yacía con el escudo y yelmo desprendidos por el golpe—. Ese khusiano era una de nuestras mejores bazas, y lo ha limpiado a la primera.

—Lo que deja cuatro participantes.

—Neófita pero observadora —sonrió Madt—. Darigaaz abrirá la penúltima ronda contra ser Gulli de Mirtis, el primer desafío serio que encara. Podéis empezar a rezar a vuestra diosa.

—Creía que no erais hombre de fe.

—Solo un imbécil desprecia una colaboración altruista, por absurda que le pueda parecer.

Con la penosa retirada del caballero derrotado, la pista quedó lista para el siguiente duelo. Darigaaz se encaminó a su posición, tratando de

aliviar el hormigueo de su brazo izquierdo frotándolo contra el interior de la armadura; la tensión de aguantar tanto dolor de forma tan continuada estaba haciéndole mella. Fijó las correas del escudo de forma que la mayor parte de la tarea de sujeción recayera sobre ellas, y no sobre el brazo. Mientras, al otro lado de la pista, su adversario aguardaba. Ambos bajaron los visores de los yelmos, bascularon sus lanzas y cargaron. El ruido de los cascos, el chirrido de la madera contra el acero y un grito desgarrador se turnaron en el ambiente, antes de que los dos caballeros prosiguieran su camino, alejándose el uno del otro.

—¡Darigaaz! —se le escapó a llargia.

—Terrible, ha recibido el impacto de lleno; si aguanta sobre el caballo es por pura cabezonería. —Madt se había incorporado sobre la valla para observar mejor a su amigo—. Por suerte, es una de sus mejores cualidades.

El brazo del arma empezó a temblar. Darigaaz encaró de nuevo a su adversario, apretó los muslos contra su montura y picó espuelas. Cada galope se le clavaba en las heridas como una aguja al rojo vivo. Comenzaba a colocar su lanza en horizontal cuando el caballo dio un ligero traspiés: un incidente fácil de contrarrestar en circunstancias normales, pero que en aquella tesitura abrió su guardia instantes antes del choque. El campeón mirtense lo notó y pivotó la punta de su arma, buscando el tórax. Consciente de que no se recompondría a tiempo, Darigaaz cargó todo el peso a la derecha y sacrificó la defensa para emplear las energías que le restaban en un último y desesperado ataque. Al cruzarse, la postura adelantada propició que su asta golpeará primero, pero al no estar bien afianzada, la madera resbaló sobre la superficie del escudo hasta llegar al yelmo, que golpeó de refilón. A continuación, un volcán de dolor erupcionó en su costado al encajar de pleno el ataque de su adversario, al que siguió una leve sensación de ingravidez y el paralizante impacto que le recorrió la espalda al aterrizar en el suelo.

El Rey dejó de prestar atención a la pista y se centró en los rostros que a su alrededor quedaron como si un trapo les hubiera despojado la energía vital, dejando una colección de máscaras inertes a su paso. Por desgracia, la alegría duró poco, ya que en ese momento el caballo del mirtense levantó sus patas delanteras, impelido por un jinete que, desestabilizado por el golpe recibido, se aferraba a las riendas para no perder la verticalidad. Finalmente, su guante resbaló sobre el cuero de la brida y siguió el mismo camino que su oponente.

El entusiasmo viajó entonces de la grada noble a la humilde, haciendo una parada en la zona donde Ilargia agarró por impulso la camisa de su acompañante.

—¡Han caído los dos! —gritó—. ¿Tienen un tercer intento?

—Me temo que no, solo uno de ellos volverá a montar en el torneo —contestó Madt—. Deben decidir cuál será luchando en tierra.

Darigaaz temía moverse, ya que presentía que, de hacerlo, su cuerpo se descompondría dentro de la armadura. El acolchado había vuelto a ser providencial, impidiendo que los encajes metálicos le horadaran la carne. El reducido campo de visión de su yelmo se fue poblando de caras conocidas que lo miraban con preocupación.

—Señor, ¿os encontráis bien?

—Darigaaz, ¿puedes oírnos? Vamos, chico, contesta.

Darigaaz alzó pesadamente los brazos hasta conseguir que alcanzaran una inestable perpendicularidad respecto al suelo.

—Estoy bien —reptó por su garganta—. Ayudadme a levantarme.

Entre varios hombres consiguieron que el magullado caballero se incorporara. Con la visera alzada para recuperar el resuello y refrescar el interior de la armadura, Darigaaz bebió de la copa que le tendían.

—Debes cesar esta locura —le dijo Heken—. Deja que esa mujer te cure, empuña a Plaga y liquida el combate.

—Ya cerramos esa discusión, no necesito su ayuda. —Escupió y devolvió la copa al escudero, que preparaba las armas para la lucha cuerpo a cuerpo—. Además, en este tipo de combate tengo ventaja, soy más joven que él.

—Lo que significa que él ha sobrevivido a más enfrentamientos.

—¿De verdad vas a hacer repetirse a tu señor?

Heken bufó y regresó a la tienda sin añadir nada más. Darigaaz observó su partida antes de bajar la visera y dirigirse hacia su adversario.

Ambos coincidieron en elegir espada y escudo, lo que era un alivio ya que con el costado atrofiado por el dolor habría sido incapaz de empuñar un arma a dos manos. Se colocaron a la distancia reglamentaria y comenzaron a rondarse, lanzando tímidas acometidas para descubrir puntos débiles en el adversario. Darigaaz sentía la espada desacostumbradamente pesada en su brazo.

Tras el tanteo inicial, el mirtense pasó a descargar golpes fuertes y directos, tratando de explotar el deterioro físico de su adversario, o simplemente abrir su guardia. Consciente de su limitado abanico de recursos, Darigaaz se limitó a levantar el escudo para repeler los ataques sin devolver ninguno, reservando sus fuerzas. Uno de ellos le impactó contra la armadura del brazo, haciendo que todo su cuerpo se tambaleara ostensiblemente hasta que consiguió estabilizarse de nuevo.

Notando la precaria fortaleza del rival, el mirtense redobló la fuerza de sus embestidas. Darigaaz encajaba la lluvia de mandobles mientras recorría desesperado la figura de su oponente, en busca de un resquicio al que agarrarse, y creyendo encontrarlo en el desgarrón que presentaba una de las cinchas del casco, producido seguramente por el impacto de

lanza que le descabalgó. Continuó cediendo terreno, aumentando así la confianza de su contrincante, y provocando que pusiera más énfasis en los ataques que en la defensa, ansioso de finiquitar el combate. Darigaaz esperó hasta que el veterano caballero alzara de nuevo el arma, y lanzó entonces un rápido tajo oblicuo con la punta de su espada contra su yelmo, que hizo que la cinta se tensara y cediera, con lo que el casco quedó ladeado y la visión de su oponente se nubló. Aturdido por la repentina ceguera, el mirtense trató de recomponer la armadura antes de que fuera demasiado tarde, lo que aprovechó Darigaaz para golpear de nuevo, esta vez con el escudo. El yelmo salió impulsado hacia los cielos, dejando la canosa cabeza de Ser Gulli desprotegida frente a la cuchilla que le apuntaba a la cara.

—Me rindo —dijo lo suficientemente alto como para ser oído en todos los graderíos. El semblante del Rey reflejó su disgusto, compartido por su acompañante.

—Buen combate, aunque quizás el resultado no era el que deseábamos.

—Quizás; no debemos quitar mérito a su esfuerzo.

El público aplaudía a los combatientes mientras Heken y el escudero ayudaban a Darigaaz a desprenderse de la armadura.

—Impresionante.

—Eso te enseñará a no dudar de tu señor.

—Lo que es justo es justo —sonrió el jefe de armas—. Aprovecha para descansar un poco, solo queda el último paso.

—Señor, estáis herido —dijo el escudero al retirar una de las piezas de la abollada coraza.

Darigaaz alzó el brazo y un hilillo de sangre varió su dirección hacia la axila.

—Nada grave, parece que uno de los golpes traspasó las juntas del brazo, pero es un corte superficial. Sellad la herida y quedaré como nuevo.

Y en la grada real, ante la visión de la sangre, una terrible sonrisa se formó en la cara del Rey.

Elandir se apoyó en la mesa de banquetes y miró al suelo, desolado. Se agotaba el tiempo y apenas había registrado una ínfima porción del castillo; si su enemigo se ocultaba allí dentro podía darle por perdido. Aceptando a regañadientes ese hecho, buscó otra manera de aprovechar su escasa ventaja: conocía los planes de sus enemigos, sus rostros e intenciones, pero ellos ignoraban que él estuviera allí. Debía encontrar una posición desde la que poder infringirles el mayor daño posible.

La pista de duelos estaba descartada, y el castillo era demasiado grande para que su presencia allí marcara alguna diferencia. Las puertas del muro interior eran un buen lugar, pero estaban ya guardadas: un numeroso grupo de soldados custodiaba la entrada y sus alrededores, vigilando que nadie las traspasara sin permiso. Además, si estos hombres fueran eliminados, la misma puerta se encontraba cerrada y el rastrillo bajado. Esas medidas adicionales eran claves en caso de ataque, ya que de no funcionar correctamente dejarían franca la entrada a los invasores, convirtiendo en inútiles el resto de defensas. Sus mecanismos de control se encontraban en una pequeña habitación situada justo encima de la puerta, donde un ingenioso sistema de contrapesos permitía que sus tornos fueran operados por un solo hombre.

O elfo oscuro, dado el caso —pensó Elandir, empuñando su daga y dirigiéndose hacia la puerta principal.

27. Resolución

Esta es la historia de un hombre que vivió tres vidas, y de su amargo destino.

Todo comenzó del modo más ordinario posible: con un parto relativamente plácido, un sonrosado cuerpecillo envuelto en fluidos corporales abandonó el útero materno, expresando su desacuerdo con toda la potencia que los pequeños pulmones le permitían. De esta forma tan poco glamurosa, Darigaaz de Rhean, heredero de Termin y decimoséptimo en la línea sucesoria al trono de Vitalis, llegó al mundo. De todas sus vidas fue la inicial, creciendo en palacio rodeado de su familia y súbditos, la que mayores placeres le proveyó, lo que hace aún más dolorosa su fugacidad: cuando su incipiente madurez le permitía apreciar los privilegios de su existencia, ésta le fue arrebatada junto a las vidas de sus seres queridos.

Los recuerdos palaciegos comenzaron a desvanecerse por su forzada transformación en fugitivo de la corona; su nueva realidad demandaba distintos conocimientos para subsistir, con lo que las clases de geografía y urbanidad dieron paso al estudio de otras disciplinas, como la pericia en el arte de la estafa o la mejor manera de cocinar una rata. Tras un durísimo proceso iniciático, por fin comenzaba a aceptar aquella existencia e incluso, con la ayuda de su amigo y compinche Brein, a disfrutarla.

Y, como no podía ser de otra manera, fue entonces cuando su segunda vida concluyó. Pero en esta ocasión un nuevo componente se añadió al proceso: la noche en que la traición de Brein le condujo hacia Drave y éste a Madt, a su espada y su entrenamiento, era la esperanza lo que le guiaba, sensación que se incrementó con el tutelaje en Termin y el compromiso nupcial con la hija de su regente.

Parecía que los malos tiempos quedaban superados para siempre, la etapa de formación se cerraba y de ella iba a surgir un nuevo hombre, suma de todas sus vivencias, que recuperaría con intereses todo lo que le fue sustraído. Ésta es la historia del día en que esa vida llegó a su fin.

Mientras el escudero ajustaba las protecciones, Heken le inspeccionó las heridas.

—El corte no parece grave —dijo—, pero el costado está cada vez peor. ¿Sigues sin querer que esa mujer te vea?

—Ahora más que nunca —contestó Darigaaz mientras intentaba que el rostro no reflejara el dolor que el contacto de la armadura sobre su cuerpo le producía—. Mi momento ha llegado.

—Por fin. —Su prometida le abrazó y besó en la barbilla—. Por fin vais a vencer a los usurpadores y a recuperar vuestro trono, mi amor.

Darigaaz devolvió el beso distraído mientras reflexionaba sobre esas palabras. Años, había pasado años preparándose para aquello. El premio final estaba tan cerca que casi podía tocarlo, y en todo este tiempo no habría titubeado un instante en recurrir a cualquier método necesario para hacerse con él, hasta que el inesperado reencuentro de esa mañana con su antiguo camarada trastocó sus convicciones.

«El elfo me obligó». Desde el primer momento, Darigaaz había confiado instintivamente en el elfo oscuro que le había salvado la vida y proporcionado los medios necesarios para alcanzar su venganza, considerándolo una compensación de los dioses por su torturada existencia; ahora ya no estaba tan seguro.

Montó a caballo y, al acomodarse sobre la silla, un vahído casi le hizo caer por el lado contrario al usado en la subida.

—Eh, tranquilo —dijo Heken ayudándole a mantener el equilibrio—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió Darigaaz mientras la visera al caer en posición confería ecos cavernosos a su voz—. Me he distraído un momento, nada más.

Cuando abandonó la tienda, un muro sónico de vítores y aplausos a punto estuvo de barrerle de la montura. La muchedumbre celebraba así la aparición de su héroe.

—El pueblo le quiere, está claro. Estad alerta, es imperativo que al final del duelo permanezcáis a mi lado. —Madt se giró y dio un ligero codazo a su compañera—. ¿Me habéis escuchado?

—¿Cómo? Ah, sí, perdonad, es solo que vi... Creí ver algo raro en Darigaaz, pero puede que lo imaginara.

Ilargia parpadeó, intentando retener el efecto contemplado sobre el combatiente, pero no lo logró. Por un momento había creído distinguir un conjunto de manchas rojas extendiéndose por su figura, pero lo atribuyó a la poca experiencia que poseía sobre aquellos extraños poderes.

El adversario de Darigaaz salió a la pista, desatando una competición de gritos y abucheos entre partidarios y detractores.

—El pueblo ha elegido a su favorito —dijo Usmen Bayani.

—Y la opinión del pueblo tendrá sobre este asunto la relevancia que históricamente ha tenido siempre —respondió el Rey—. Tal y como está nuestro apreciado Caballero Dragón, es complicado que resista siquiera el primer envite.

—Bueno, puede que haya sido más castigado en los enfrentamientos precedentes que vuestro hijo, pero aun así no deberíais subestimarle.

—No lo hago, expongo los hechos: si hay alguna persona en el reino que desee su derrota más que yo ése es sin duda mi hijo, por lo que podemos contar con su entrega incondicional. Además, su experiencia y entrenamiento le habrán hecho percatarse de que, desde su primera caída, ser Darigaaz ha estado cubriendo insistentemente la zona izquierda de su torso, y su escudo ha carecido de la firmeza que un campeonato como éste precisa.

Por no hablar de las consecuencias que su cruce anterior le reportará —añadió para sus adentros.

—Así pues —continuó el Rey, elevando el tono ante el estruendo de las fanfarrias que preludiaban el comienzo del combate—, la suma de tales circunstancias hace que pueda apostar sin riesgo alguno mi fortuna a que este duelo quedará decidido antes de...

El Rey calló, sorprendido de que su interlocutor no pareciera prestarle atención. Molesto ante una circunstancia tan poco usual, siguió su mirada hasta descubrir lo que estaba sucediendo en la pista de duelos. O, más concretamente, lo que sucedía a su hijo.

—¿Pero qué hace ese imbécil? —escapó de su cuerpo mientras veía cómo el Príncipe desmontaba voluntariamente, cediendo así la justa.

Ésta es la historia de un hombre que nunca dispuso de una vida que considerar como propia.

Casi desde su nacimiento, el príncipe Jared fue consciente de que la suya no era una existencia ordinaria. Otros niños eran buenos o malos, inteligentes o estúpidos, vivarachos o introvertidos; él era un príncipe. Su día a día venía determinado por una interminable sucesión de sabios e instructores, encargados de prepararle para adoptar el destino al que

estaba encomendado. Los juegos infantiles y los compinches de correrías no eran necesarios en dicho proceso, y su condición de hijo único le privaba de compañeros de su edad con el estatus necesario para compartir sus vivencias. Día y noche rezaba a los dioses para que le otorgaran un hermano que alterara la situación, hasta que esas plegarias encontraron una inesperada respuesta en el accidente que le arrebató a su madre.

Ese acontecimiento redujo aún más su mundo, al arrancarle su parte más cálida y tierna, y enranciar el alma de su padre. También le hizo comprender que nadie aparte de él mismo podría variar su situación, y decidió volcar todos sus esfuerzos en aplicarse en su adiestramiento. Habría quien lo interpretara como el deseo de un hijo por hacer sentirse orgulloso a su progenitor, y aunque dicha afirmación poseyera parte de verdad, su principal objetivo era conseguir el poder necesario para regir su propia vida.

Jared caminó con tranquilidad hacia el centro de la pista, entre un mar de murmullos que murieron al alzar el brazo y dirigirse a sus futuros súbditos:

—Pueblo de Vitalis, os habla vuestro príncipe. En este día feliz, en este anticipo a la ceremonia que mañana unirá mi destino con el de mi amada, han desfilado ante vosotros las mejores espadas del reino. Se os ha recompensado por vuestro servicio y fidelidad a la corona de la que formo parte con el mejor espectáculo que se puede presenciar en esta tierra. Es por ello que considero un insulto a vosotros, pueblo mío, que dicho homenaje finalice con una simple carga; vosotros os merecéis más, merecéis que los dos mejores luchadores del reino demuestren sus habilidades como auténticos caballeros. Invito así a mi oponente a que

abandone su montura y cruce aceros conmigo sobre el campo de batalla, hasta que uno de los dos ceda o muera. Por vosotros. Por mi pueblo.

La última frase fue enfatizada por un teatral alzamiento de puño, que tras unos instantes de incertidumbre fue correspondido con la aclamación más estruendosa del día.

Fue tal la fuerza del griterío que estuvo a punto de provocar que hasta Elandir estirara su cuello en dirección al campo de justas, pero supo contenerse y proseguir el sigiloso ascenso por la escalera que conducía a la cámara de tornos. En la cúspide se alzaba la puerta tras la que, sospechaba, se ocultaba su esquivada presa. Pegó la oreja a la madera, y ésta le devolvió el silencio más absoluto. Si Agural estaba al otro lado, lo angosto de la sala, y el más que probable chirrido de la puerta al girar sobre los goznes, hacían inviable una entrada furtiva. Elandir tragó aire, afianzó el agarre sobre su daga, y entró en la habitación como un golpe de viento.

Trató de asimilar con rapidez las primeras impresiones para aprestarse al combate: el pequeño recinto, ventanucos a los jardines, los tornos anclados al suelo; pero el proceso se interrumpió al descubrir dos elementos que diferían con el recuerdo que tenía de aquella estancia: el cuerpo de Dunrel, que desde una esquina le devolvía la mirada con ojos fríos, y la espigada silueta de piel oscura que, reaccionando a su tormentosa entrada, cargaba contra él estilete en mano.

La vacilación provocada por la contemplación del cadáver de su amigo le arrebató el elemento sorpresa; por fortuna, pudo reaccionar a tiempo y esquivar la mortal acometida moviéndose hacia el interior del cuarto. El elfo oscuro pivotó y reanudó su envite, decidido a conservar la iniciativa. Elandir trató de lanzar algún ataque que atemperara el ímpetu de su rival, pero Agural no daba tregua: variando constantemente la cadencia y dirección de sus golpes, le impedía afianzar la postura para

contraatacar. El reducido habitáculo tampoco ayudaba, dificultándole el tomar distancia del pegajoso asedio de impredecibles navajazos. Elandir fue entonces consciente de una aterradora evidencia: su rival era superior a él. La hoja enemiga pasaba cada vez más cerca de su piel, la distancia entre ambos menguaba, y con su daga apenas había conseguido rasgar más que aire en un par de ocasiones.

Desquiciado ante su inminente derrota, proyectó la mano armada como señuelo, mientras con la izquierda trataba de inmovilizar el estilete de su oponente. Por desgracia, éste se percató del ardid y lo retiró lo justo para que Elandir agarrara la hoja y se la hundiera hasta el hueso. La mano herida se retiró instintivamente y Agural aprovechó su temporal indefensión: con un solo movimiento hizo que el arma de Elandir sacara chispas al estrellarse contra la pared, al tiempo que la suya hacía brotar sangre al hundirse en el cuerpo de su rival.

No muy lejos, Darigaaz observaba perplejo la volubilidad de las masas: los mismos que hace unos instantes coreaban su nombre unían ahora las gargantas en honor a su oponente. Su imprevisible gesto y posterior discurso le habían colocado en una situación comprometida, ya que aunque según las reglas se había convertido en el campeón del torneo, el verdadero premio le estaba siendo arrebatado. Solo le quedaba una opción: requiriendo la ayuda de su escudero, desmontó para rearmarse y responder al desafío lanzado, alentado por una multitud embargada por el éxtasis. En la grada real la estupefacción reinaba.

—Permitidme deciros que habéis concebido un hijo digno de su padre —dijo un Usmen conmocionado por los últimos acontecimientos.

—Os lo agradezco —contestó el Rey, deseando por su parte que su hijo hubiera elegido un mejor momento para hacerle sentir verdaderamente orgulloso por primera vez en su vida.

En las gradas plebeyas, Ilargia defendía su posición frente a las enfervorizadas hordas que se apiñaban contra ella, tratando de no perder de vista a los contendientes.

—¡Allí está! —gritó a Madt—. Lo veo de nuevo, la mancha ha vuelto.

—¿De qué mancha estáis hablando? —preguntó Madt mientras usaba los codos para repeler a los espectadores que se interponían entre ellos.

—Mi poder. Cuando os hirieron a vos, la zona dañada se me mostraba envuelta en una neblina roja, como un patrón luminoso superpuesto a vuestra imagen. Estoy viendo lo mismo sobre Darigaaz.

—Bueno, no es del todo extraño, desde el principio del torneo ha estado recibiendo un severo castigo.

—Sí, pero ha sido ahora cuando la luz se ha expandido. —Ilargia trató de aproximarse a su compañero para hacerse entender—. Quiero decir, antes veía una zona concreta, o algún golpe ocasional, pero ahora toda su figura está cubierta de un rojo cada vez más brillante y definido.

—¿Y qué significa?

—Esperaba que vos me lo aclararais. Es como si todo el cuerpo estuviera siendo dañado a la vez.

Madt alternó su ceño fruncido de Ilargia a Darigaaz, hasta que un destello de claridad se lo alisó de golpe al desentrañar el enigma.

El combate dio comienzo, y como poseedor del rango más alto correspondió a Jared abrirlo. Lanzó un exultante espadazo contra el escudo rival mientras todo su ser se estremecía de alegría. La aclamación del pueblo, por inusual, había inflamado el ansia por demostrar su valía.

Enfrente, su contrincante encajó el golpe deslizándose a un lado. Cualquier otro día, habría correspondido con un ímpetu equivalente e incluso superior, pero esa tarde solo pudo ejecutar un tímido ataque, que apenas hizo saltar la pintura de las defensas de su oponente. El desarrollo de la lucha no varió en demasía, logrando Darigaaz sacudirse las acometidas de Jared, pero sin asestar buenas respuestas en su coraza. A pesar de lo sucedido en el anterior combate, ese tipo de luchas se resolvían más por desgaste que por la acción de un golpe certero; era consciente de la importancia de mantener un castigo constante sobre la protección del rival, pero había algo que se lo impedía.

—Veneno. —Madt cerró los ojos—. Esas hienas le han envenenado. Puede que la comida, o la bebida... —Cuando los párpados volvieron a separarse, un caudal de pura furia se desbordó hacia su objetivo, que en aquel momento observaba con expresión satisfecha los progresos de su vástago—. El corte del brazo; ese bastardo había envenenado el filo de su espada.

—Pero eso es ilegal, ¿no es cierto? Debemos parar la lucha y denunciarlo.

—Poco importa ya la legalidad: el combate va a decidirse en breve, y no podemos hacer nada.

—Yo sí puedo hacer algo, puedo curarle. —Ilargia cerró los ojos y extendió su mano, pero volvió a abrirlos sorprendida cuando Madt le agarró de la muñeca.

—Si lo hacéis os descubriréis, y los soldados os matarán.

—Pero debo hacerlo, si no elimino el veneno morirá, y ya no podré ayudarle.

—Y si lo elimináis seréis vos quien perezca. No voy a permitirlo.

—Si muere, todos vuestros planes fracasarán.

—Que fracasen. Vuestra vida es un precio demasiado alto a pagar.

Quedaron mirándose, sorprendida ella, resuelto él, hasta que una excitada algarabía rompió el contacto. En la arena, uno de los combatientes había soltado el escudo y se agarraba el hombro. Su oponente bajó la espada y alzó el visor.

—Recogedlo, no quiero que digan que mi victoria se debió a una injusta ventaja.

—No lo necesito —respondió Darigaaz recomponiéndose—. Fue perdido en buena lid, continuaré sin él.

—Sea pues —concluyó Jared levantando de nuevo el arma—. Aprestaos a morir como un hombre.

El silencio reinante permitía oír el rechinar de la armadura de Darigaaz al rozarse las partes abolladas entre sí. Dentro, a pesar del sofocante calor, su dueño tiritaba afligido por intensos escalofríos. En ese momento, los años pasados, el entrenamiento, las personas que le apoyaron, no significaban nada; su consciencia había renunciado a cualquier tipo de refugio, temor o esperanza. Con la determinación abandonando su mente y las fuerzas su cuerpo, Darigaaz solo sentía tristeza ante el rotundo fracaso en que había convertido su anhelada oportunidad. De sus tres vidas había sido esta, la más prometedora, la que a la postre le había causado mayor sufrimiento.

Su brazo se movió con escaso convencimiento y la espada apenas llegó a rozar a su oponente, quedando después sobre la tierra, inerte. Ni siquiera hizo amago de levantarla cuando el príncipe descargó sobre él un enérgico espadazo que le derribó, dejándole tumbado boca arriba, inmóvil e indefenso. Su contrincante se aproximó y apoyó la punta de su acero en el lugar donde la coraza protegía el corazón del rival abatido.

Agarrando el arma con ambas manos, dobló las rodillas y dejó que el peso de su cuerpo empujara la espada contra la armadura, que comenzó a hundirse hasta finalmente ceder. Con un estremecedor chirrido de metal arañándose entre sí, la hoja atravesó con parsimonia piel, esternón y hueso hasta alcanzar su objetivo, que con un último latido cesó su labor al tiempo que la vida abandonaba el cuerpo de Darigaaz.

Revolviendo el arma para liberarla, Jared alzó la punta escarlata a una audiencia demasiado impactada para reaccionar. En las gradas nobles nacieron aplausos que encontraron tímidas réplicas aquí y allá, mientras el príncipe se despojaba del yelmo para observar mejor su entorno. Apenas podía andar. Los años de disgustos y sinsabores, el duro trabajo, todo había fructificado al fin. Repasó las caras de los nobles, que durante toda su vida habían respondido a todos y cada uno de sus logros con miradas paternalistas para el pobre niño condenado a vivir bajo la extensa sombra de su padre. Su padre, él era el broche de oro. Jared lo buscó entre la multitud, anhelando la aprobación tantas veces imaginada, y al fin lo encontró, de pie, mirándole.

Pero no obtuvo lo que esperaba. No era orgullo lo que veía en su mirada, ni siquiera el familiar desdén: sus ojos estaban abiertos como nunca le había creído capaz, y su hijo no era el motivo. Jared buscó el origen de su desconcierto y cayó en la cuenta del resplandor que le bañaba. Tras él, el cuerpo de su rival parecía generar una poderosa luz azul que dañaba los ojos de los que la observaban.

—¡No! ¡Deteneos ahora mismo! —Madt abrazaba a la generadora del resplandor, que yacía encogida sobre sí misma—. No podéis hacer nada por él, está muerto.

Sus sacudidas no encontraron respuesta. Su compañera continuaba en silencio, envuelta en una luz que ascendía por el espectro lumínico, más próxima ahora al blanco que al brillante azul inicial. El

público observaba hipnotizado cómo el balbuceante Príncipe se aproximaba al cuerpo de su víctima. Cuando alargó la mano para inspeccionarlo, el cadáver alzó la suya y le agarró.

—No es posible —gritó al retroceder, contemplando aterrorizado cómo un incandescente Darigaaz se alzaba de entre los muertos.

—No puede ser, yo os maté. Estáis muerto. —Darigaaz miró sus manos, al público, le miró a él y, con una tranquilidad irreal, recogió su espada y se aproximó.

—Esto no debería ser así —siguió balbuceando el príncipe mientras su contrincante le introducía la hoja entre las junturas de la armadura y alcanzaba la carne de su axila. Sangre oscura manó a borbotones de la boca, ahogando sus palabras.

—Por favor, esto no es justo. No quiero morir.

—Nadie quiere. —Darigaaz aproximó el rostro hasta que los ojos de ambos quedaron separados por un puño—. Tampoco mi familia quería.

Giró la mano, y la hoja desgarró órganos hasta que los ojos de Jared se apagaron y el joven se desplomó. El resplandor azulado se había extinguido y ahora un sol crepuscular teñía la escena de rojo. Nadie en todo el terreno parecía armado del valor suficiente para romper el encanto. Fue el Rey el primero en reaccionar, poniéndose en pie y señalando a Darigaaz.

—Ese hombre es un asesino, ha matado al Príncipe. ¡Guardias, prendedlo!

Rota la ensoñación, los soldados comenzaron a avanzar hacia el centro de la pista; su movimiento fue correspondido por los hombres de Termin y sus aliados. En la grada, Madt trataba de devolver la vida a una

inerte llargia. A su alrededor, la estupefacción daba paso a la sorpresa y ésta al delirio.

... *Dragón...*

... *un milagro, ha resucitado...*

... *Caballero Dragón...*

... *Ilahe le protege...*

... *Caballero Dragón...*

—¿A qué estáis esperando? ¡Matadlo!

Cuando los guardias cercaban a Darigaaz, una presa invisible se rompió alrededor del campo de justas, permitiendo a la enfervorizada multitud invadirla echando mano de cualquier arma a su alcance.

28. Conflicto

... trató de detenerlo pero la mano aferró la hoja desnuda, perdiendo los dedos en el momento en que ésta se impulsó hacia delante y le atravesó el corazón, empujándole junto a un joven que trataba de sacudirse el acoso de dos soldados desviando sus golpes con una estaca cuando la cabeza de uno de ellos se desgajó en dos mitades por la acción del hacha cuyo dueño cargó contra el segundo soldado, dándole espacio al joven para encajarle un estacazo en la mandíbula inferior y partirla en tres pedazos, mientras un hombre marchito con la oreja colgando de un hilo de carne se aferraba a él y hundía sus escasos dientes en un trozo de cuello no cubierto por la cota de mallas, manteniendo la boca alrededor de la copiosa hemorragia hasta que una oleada de flechas les atravesó a ambos, pecho y brazo al anciano, ojo derecho al guardia, salpicándole en la cara y cegando así a un combatiente con la camisa estampada en barro y sangre que intentaba eludir a un grupo de soldados corriendo entre la multitud, alabarda en ristre, segando trece vidas a su paso y convirtiéndose en el blanco de las iras de cuantos contemplaron la acción, que se abalanzaron sobre ellos y los hicieron desaparecer bajo un furioso amasijo de cuerpos ahogando sus gritos con manos, palos y piedras en un salvaje linchamiento abortado por salvas de virotos hostigando a amigos y enemigos por igual, despejando el terreno para el avance de una mesnada de termienses y khusianos sobre los ballesteros aprovechando la temporal indefensión que les suponía el recargar las armas, seguidos de ciudadanos con cualquier rastro de humanidad borrada de sus desencajados rostros, al tiempo que...

La cordura había abandonado la pista de justas, cuyo suelo iba adquiriendo tonalidad granate conforme se empapaba de la sangre derramada. La explosividad del conflicto hacía imposible que algo

parecido a una estrategia se estableciera, durante unos primeros compases sustentados por odio reprimido durante años. Los combatientes hundían sus armas en cualquier cuerpo cercano, sin distinguir bandos en su sangriento frenesí, y en esos aciagos instantes se produjeron la mayor parte de las bajas.

Conforme descendía el número de sus componentes, las facciones reorganizaron filas, en líneas de contención frente a su Monarca y las entradas a palacio los hombres del Rey, y en pelotones distribuidos por casas y reforzados por improvisados milicianos los insurgentes. En pleno eje de la contienda, Darigaaz de Rhean, embutido de pies a cabeza en su armadura de motivos draconianos, arengaba a los suyos. Alzaba y bajaba sin cesar su espada rúnica, y no había descenso que no se cobrara al menos un miembro o vida enemiga e inflamara así la moral de sus simpatizantes, convencidos del respaldo de los dioses a su líder.

Los soldados cedían cada vez más terreno ante el ímpetu de los rebeldes y, tras ellos, el Rey y sus nobles emprendían la retirada hacia palacio. Su Majestad observaba con preocupación la batalla mientras cabalgaba.

—El frente no aguantará mucho tiempo, debemos atrincherarnos en el castillo.

—¿Ordeno retirada, señor? —dijo el comandante, cabalgando a su lado.

—No, su sacrificio nos dará tiempo a organizar las defensas; si lograran alcanzar los muros con demasiada presteza nos veríamos comprometidos. Una vez atravesemos las puertas ordena que las sellen: aunque en campo abierto puedan presentarnos batalla, un asedio es cosa bien distinta.

—Así se hará. —Brein dudó antes de añadir—. Majestad, sobre vuestro hijo...

—No ahora, ni después; puede que nunca. —Alzó la cabeza al atravesar la puerta del muro interior para gritar con todas sus fuerzas—. ¡Cerrad las puertas, bajad el rastrillo!

Elandir reconoció la voz de su Majestad en la perentoria orden. Abrió los ojos y observó la habitación desde un ángulo extraño: a la derecha de su campo visual se alzaba un suelo perpendicular en el que continuaba tendido el cadáver de Dunrel, con la mitad del rostro sumergido en la sangre que encharcaba su contorno y descubría en su recorrido diseños ocultos en la superficie de las piedras. Desafiando las leyes de la física, el causante de su desvanecimiento flotaba horizontalmente por la habitación, manipulando los tornos entre un estruendo de cadenas moviéndose sobre raíles. Elandir se incorporó y, al recuperar su cabeza la verticalidad, se restableció la perspectiva del entorno.

—Ah, ya estás despierto —le dijo Agural sin dejar de operar el mecanismo—. Si fuera tú evitaría levantarme: la herida buscaba incapacitar, no matar, pero la pérdida de sangre podría intensificarse, sobre todo si persistes en tu intención de atacarme.

Elandir no contestó, concentrado en que la vida dejara de escapársele por la brecha abierta en el pecho y evitar así acabar como Dunrel.

—Sé lo que estás pensando —dijo el elfo oscuro siguiendo su mirada—, pero fue él quien se lo buscó. El doble juego le salió mal y también él subestimó mis habilidades en combate. —Bajado el rastrillo, Agural bloqueó los tornos y se acomodó en uno de los ventanucos para observar el exterior—. Da igual lo que puedas pensar de nosotros, no tomamos una vida a no ser que se nos obligue.

—¿Qué está pasando ahí fuera?

—El destino —sonrió su agresor—. Puedes contenerlo un tiempo, pero tarde o temprano reanudará su avance y te arrollará si te interpones en su camino.

—Poética forma de justificar un genocidio.

—No justifico nada, lo que sucede hoy está más allá de cualquier juicio humano. Último aviso, detén tu empeño.

Desoyendo la advertencia, Elandir comenzó a avanzar, arrastrándose pesadamente contra la pared.

—Tantas molestias, tantos planes, ¿para qué? —dijo con la voz entrecortada por el esfuerzo—. ¿Qué importa a un elfo oscuro la justicia de los humanos?

—Sólo un suicida menospreciaría el poder que los humanos están alcanzando en esta tierra —contestó él con un ojo en el exterior y otro en su debilitado oponente—. Su superioridad sobre el resto de razas comienza a ser tan abrumadora que hace peligrar el equilibrio, una opinión que vuestro padre comparte.

Elandir sintió ante aquellas palabras un dolor más punzante que el de la puñalada.

—Supongo que por ello me habéis tratado con tanta deferencia, como gesto de buena voluntad hacia él. —Un esputo sanguinolento descendió por un hilo de saliva de su boca al suelo—. De ahí que en vez de matarme directamente y robarme las llaves, requirierais los servicios de una de mi raza.

Agural abandonó la vigilancia para mirarle burlón. Los contornos de su figura se difuminaron para ser sustituidos por unos más curvos y agradables a la vista.

—No oí ninguna queja por vuestra parte cuando os quité la ropa —
rio Agural con la voz y forma de Kerajêen.

El orgullo de Elandir estaba recibiendo un severo correctivo aquella tarde.

—Si no hubiera estado distraído, cansado o herido cada vez que te veía, no me habría costado mucho descubrirte, a pesar del perfume que usabas para enmascarar tu olor.

—O quizás las fosas nasales no te funcionaban correctamente, al concentrarse toda la sangre en otro lugar de tu anatomía.

—¿Y ahora qué? —Se apoyó en la pared para tomarse un descanso en su lastimero avance—. ¿Esperas a que vuestros hombres masacren a los guardias y, una vez cerca de los muros, abres las puertas?

—Bien expuesto —contestó el elfo oscuro mientras observaba de nuevo el exterior—. Por el aspecto de la batalla, no debe quedar mucho.

—Tiempo suficiente —dijo Elandir separándose de la pared y tambaleándose hacia su enemigo, daga en mano— para que acabe contigo.

—Deberías reconsiderarlo, nuestro anterior encuentro demostró que no eres rival para mí, y eso fue antes de perder una generosa cantidad de sangre.

—No necesito vencer, ni siquiera salir vivo de esta habitación: me conformo con mantenerte ocupado mientras tus amigos son masacrados a las puertas de su triunfo.

Elandir se lanzó hacia su contrincante, que lo esquivó con facilidad. Con un chasqueo fastidiado, Agural mostró su aguijón.

—Sea pues, si tan ansioso estás de hacerle compañía a tu amigo no seré yo quien se interponga.

En los jardines, la masacre continuaba. La mayoría de los improvisados milicianos, con el cuerpo recubierto únicamente por algodón y lino, habían sucumbido al acero de los acorazados guardias o pasado a la retaguardia. Por su parte, las tropas leales a Darigaaz, Termienses, Khusianos y Lewenios, mantenían un aceptable porcentaje de bajas. Sus filas se mantenían juntas y hostigaban las murallas humanas que el enemigo había dispuesto en su camino. Las malas noticias les llegaban en forma de granizadas de virotes y flechas, cuyas trayectorias parabólicas nacían en lo alto del muro interior y cosechaban órganos y vidas en su descenso.

—Esos proyectiles van a diezmarlos antes de poder poner un pie en el castillo —dijo Darigaaz a Heken, mientras con su espada quebraba los mástiles de las alabardas que frenaban su avance.

—Deberíamos aprovechar nuestra superioridad y cargar por el centro mientras las alas nos protegen con sus escudos —contestó a gritos el jefe de armas.

—Es una buena opción. Organiza la cobertura, yo mantendré la presión en el frente.

—Espero que las puertas se abran, o seremos alimento para cuervos.

—Se abrirán. Concentrémonos en nuestra parte y dejemos a nuestros aliados hacer la suya.

El combate se desplazaba hacia las murallas del castillo, marcando su recorrido con un reguero de despojos sanguinolentos, la mayoría aglomerados allí donde se originó la revuelta. Entre los cadáveres esparcidos por el campo de justas rondaban familiares y amigos de los

combatientes, enfrascados en la penosa tarea de buscar caras conocidas. Rodeado por un mar de lamentos e imprecaciones, Madt trataba de reanimar a Ilargia.

—Por favor, no me hagáis esto. —Sus manos bombeaban rítmicamente el pecho del, a primera vista, indemne cuerpo—. Vamos, princesa, hemos pasado demasiado para que acabéis así.

Posó los dedos sobre el cuello de la mujer, buscando signos de vida en vano.

—No os saqué de aquella celda para dejaros morir. Lanzaron un ejército tras nosotros y sobrevivimos, nos capturaron y escapamos; somos supervivientes, chiquilla, vos y yo.

El sudor recorría su rostro hasta acumularse en la punta de la nariz, donde el rítmico movimiento lo liberaba sobre la inexpresiva cara de la joven. La desesperación desincronizaba el compás de sus bombeos, hasta que fueron sustituidos por secos golpes de puño.

—¡Vamos, Ilargia, arriba! ¡Arriba, maldita sea! No podéis acabar así, no después de todo lo que hemos pasado. Esta no es vuestra lucha, no debí mezclaros en ella, ni dejar que usarais vuestros poderes. No debí perderos tan pronto. No debí...

Derrotado, Madt se dejó caer sobre el cuerpo, sintiendo cómo el calor lo abandonaba. Apartándole el cabello, le besó la frente mientras articulaba su despedida con un hilo de voz.

—Adiós, princesa. Debería haber sido yo.

Sabía que era extrañado en la batalla, pero se resistía a dejarla allí como un cadáver entre muchos. La cogió en brazos para transportarla a la tienda de Termin. Conforme avanzaba, el cuerpo de ella se le antojó cada vez menos pesado, y la frialdad parecía atenuarse. La devolvió al

suelo, pegó la oreja contra su pecho y los ojos se le humedecieron al notar un reconfortante latido. Le envolvió la cara con las manos y la besó. Un resplandor azulado le envolvió, erizándole la piel y llenando el aire de aroma a tormenta. Mantuvo sus labios sobre los de ella, hasta que un espasmo sacudió el cuerpo de Ilargia al hinchársele los pulmones en una profunda inspiración.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con suavidad al abrir los ojos.

—Lo conseguisteis, chiquilla. —Madt la observaba con exultante alegría en los ojos—. Le revivisteis, y yo os he revivido a vos.

—Oh. Me pareció que soñaba, creí notar... —dirigió la mirada hacia la pista y la apartó enseguida, horrorizada por la carnicería—. ¿Dónde me lleváis?

—Fuera. Habéis hecho vuestra parte, la batalla acabó para vos.

—Pero me necesitan, debo ayudarles. —Ilargia trató de levantarse y andar por sí misma.

—Estáis muy débil, casi morís. —Madt le pasó el brazo bajo el hombro para ayudarla—. En vuestro estado no podríais curar ni un rasguño.

—Una condición propicia para un duelo justo —dijo Grillete, saliendo de la tienda a recibirles—. Me satisface que la dama sobreviva, pero no supondríais que un cazarrecompensas de mi grado extraviaría su trofeo.

—No digas tonterías, todo ha terminado. —Madt señaló a la lejana batalla—. Su Majestad tiene preocupaciones más importantes que tu piojoso encargo.

—La compensación es irrelevante, la sangre exige retribución. Abandonad a vuestra compañera y aprestaos a responder por el mío. —

La espada del cazarrecompensas reflejó con ansia la luz del atardecer al abandonar la oscuridad de su funda.

La situación empeoraba por momentos: no importaba la forma en que embistiera o las tácticas que empleara, su contrincante las neutralizaba sin aparente esfuerzo. Por mucho que a Elandir le costara asumirlo, Agural había expuesto un hecho irrefutable: era muy superior a él. Mientras recuperaba el aliento malgastado en la última acometida, su adversario le aguardaba henchido de confianza, la mano izquierda adelantada mientras con la derecha ocultaba el estilete tras su espalda, en espera del momento oportuno para dirigirlo contra su rival. Éste amagó un ataque por la derecha para, antes de terminar el golpe, fintar hacia el muslo. Agural ladeó el cuerpo y la daga rasgó el aire una vez más. Sus escasas fuerzas impidieron a Elandir compensar la inercia del movimiento y quedó inclinado sobre su oponente, que le agarró el cabello y le echó la cabeza hacia atrás, arañándole la mejilla con su arma.

—Tus esfuerzos son inútiles: tan pronto vea que mis compañeros se aproximan, finalizaré esta parodia de combate y abriré las puertas. — El estilete hizo brotar un hilillo de sangre que bajó hacia la garganta—. Y por mucho que pueda afectar a tu padre, no dudes que acabaré con tu vida si me obligas.

Como respuesta, Elandir levantó con rabia la daga hacia Agural, que saltó hacia atrás, liberándole.

—Como quieras; de todas formas, no seré yo quien le dé la noticia —dijo el elfo oscuro, incitándole al quite.

Elandir avanzó lentamente hacia su adversario, trazando con su hoja espirales en el aire entre ellos, buscando una apertura en su guardia. Agural le correspondía con movimientos espejados de su mano libre, tratando de capturarle el arma mientras retrocedía, cauteloso.

—Me he divertido, pero debemos concluir nuestro baile —le dijo sin dejar de sonreír—. Además, empieza a ser aburrido; con sinceridad: ¿cómo pretendes...?

Elandir lanzó un ataque a mitad de la frase que contestó su rival saltando de nuevo hacia atrás y esquivándolo con facilidad. Pero algo cambió esta vez, ya que la expresión de autosuficiencia se desvaneció cuando su pie no se estabilizó correctamente, resbalando sobre el a priori firme suelo. Agural buscó el motivo y lo encontró en el rastro húmedo que había dejado al deslizarse sobre la sangre que escapaba del cadáver de Dunrel. Con reflejos felinos, se equilibró de nuevo y retornó la atención hacia Elandir, pero éste ya saltaba sobre él. El impacto le derribó, golpeándose la nuca con el torno antes de estamparse contra el suelo y sentir cómo el peso de su enemigo lo inmovilizaba.

—Con la ayuda de un amigo, así es cómo —dijo Elandir mientras con la daga perforaba el estómago de Agural y rajaba sus entrañas.

A pesar de que aquella batalla parecía ganada, Darigaaz observaba los muros de palacio con preocupación.

—Esos arqueros nos están masacrando —dijo Heken a su lado—. Debemos retroceder y buscar refugio.

—No, si lo hacemos estaremos perdidos. —Ambos hombres se protegían tras sus escudos de los mortíferos proyectiles—. No contamos con las tropas o los materiales necesarios para un asedio, debemos atacar ahora.

—Pero las puertas están cerradas. Si nos lanzamos contra ellas lo único que lograremos será una muerte temprana.

—Se abrirán, debemos tener fe en que así será. Debes tener fe. — Darigaaz levantó la espada y miró a su alrededor—. ¡Hombres libres de

Vitalis, oíd mi llamada! Nuestro triunfo nos aguarda: carguemos contra el símbolo del poder que durante años nos ha oprimido, y derribémoslo sobre las cabezas de los que nos tiranizan. Que sus cadáveres cimenten nuestra libertad.

La soldadesca cercana alzó entusiasmada las armas en respuesta. Darigaaz, llevado en volandas por la energía que se respiraba, lideró entre una lluvia de flechas la acometida contra las cada vez más cercanas puertas.

Se abrirán, deben abrirse —pensaba mientras la distancia que les separaba de su objetivo se acortaba con rapidez. Sobre los muros, los soldados se apiñaban alrededor de la entrada, apoyando sus ballestas sobre las almenas para saludar la inminente llegada del enemigo.

Pero sus dedos no llegaron a apretar los gatillos. Su atención fue reclamada por un extraño punto de luz que apareció detrás de los atacantes y comenzó a crecer en un aire cargado de electricidad, con relampagueantes descargas enrollándose sobre sí mismas más y más deprisa cada vez, más y más brillantes. Los asaltantes habían frenado la embestida y también miraban a la ahora gigantesca bola cuando, con una explosión muda, la concentración de energía perdió su forma y se expandió en todas direcciones, desvaneciéndose y dejando en su lugar una imagen de pesadilla: un gigantesco lagarto que se alzaba sobre las patas traseras, con la boca abierta en un escalofriante rugido mientras su cola barría cuerpos y construcciones en su distraído balanceo.

29. Alternativas

—¿Qué mierda es eso?

La irrupción del escamoso gigante en mitad de la batalla hizo que Brad se apartara de la ventana como si hubiera aparecido frente a él. No tardó en recuperarse de la impresión y ser consciente de que, a esa distancia y protegido por los muros de la casa de Sergen, era difícil que la colosal bestia reparase en su presencia. Avergonzado de sí mismo, regresó a su puesto de vigilancia.

—¿Ha funcionado? ¿Qué ves?

—Depende —contestó el chico sin apartar los ojos de la criatura—, si lo que pretendías con esos cánticos era que un gigantesco monstruo apareciese en mitad de los jardines, sin duda lo has conseguido.

Ámbar recibió la noticia con perceptible alivio. Desde que empezara la invocación, le había atenazado la tensión ante la imposibilidad de cometer el más mínimo error: un gesto mal ejecutado, una palabra arrastrando las guturales consonantes un poco de más o de menos, y la retroalimentación mágica les habría borrado de la existencia. Más relajada, destensó el cuerpo cuidando de no rebasar el círculo de runas en cuyo interior estaba sentada.

—Pero no está haciendo nada —dijo el joven sacando la mitad superior del cuerpo por la ventana para ver mejor la escena—. Está parado en mitad de la hierba con todo el mundo mirándole. Es algo irreal, como si alguien pintara un cuadro y todos posaran.

—No durará. —Ámbar regresó su atención hacia la pequeña figura sentada entre sus piernas—. Dem, ¿me estás escuchando? Lo has hecho muy bien, ahora debes conseguir que se mueva.

La niña mantenía los ojos cerrados y el cuerpo encogido por indicación de la elfa que le servía de asiento.

—Pero no sé cómo hacerlo. —La voz le sonó demasiado gritona y carraspeó antes de volver a hablar—. Lo estoy intentando pero no...

—Tranquila, observa lo que tienes alrededor. No, no abras los ojos. —Ámbar posó su mano sobre los ojos de la enana—. Verías doble. Tienes que controlar la invocación, abrir sus ojos y mirar a través de ellos; mirar con tu cerebro.

—Pero no sé cómo...

—Concéntrate. —La elfa buscó una forma de traducir sus pensamientos a un lenguaje que la niña pudiera entender—. Imagínate el castillo, ¿vale? ¿Recuerdas la vista que se observaba por la ventana, la hierba, la puerta, los muros? Mantén los ojos cerrados y trata de imaginártelo.

Brad abandonó su puesto y se dirigió hacia Ámbar con urgencia.

—Sigue sin moverse, esto no funciona.

—No estás ayudando —contestó ella entre dientes.

—A lo mejor es porque desde el principio te dije que era una mala idea. Dem es solo una niña, no puedes exigirle...

—No voy a perder el tiempo discutiéndolo de nuevo —cortó la elfa, furiosa—. Ninguno deseaba esta situación, pero al empapar el pergamino con su sangre su alma quedó ligada al hechizo, y no podemos hacer nada para cambiarlo. Ahora puedes ayudar a que esto termine de la mejor manera posible, o puedes hacernos un favor a todos y utilizar esa ventana para ahorrarnos la agonía de tu presencia.

Brad aguantó la réplica en su lengua unos momentos, hasta que finalmente decidió tragársela y extendió la mano hacia la niña.

—¡Cuidado con el círculo!

—Lo sé, no soy imbécil. —Brad se inclinó sobre los símbolos del suelo con cuidado de no pisarlos y agarró a Dem de la mano—. Hola, pequeñaja; soy yo, Brad. Escucha: ¿recuerdas cuando jugábamos a inventarnos cuentos, cuando uno decía lo primero que se le ocurriera y el otro tenía que imaginar una historia con eso? Muy bien, pues mis elementos son un dragón gigante, un castillo y dos ejércitos. Piensa, ¿qué se te ocurre?

Dem obedeció y pensó, y pensó, y cuanto más le repetía el joven los componentes de la historia, más claros aparecían en su mente: los dos ejércitos, el castillo, un muro rodeándolo; pero lo veía todo desde una perspectiva lejana, como un pájaro sobrevolando el campo de batalla. La sensación de vértigo le paralizaba los miembros, así que pensó en cambiar el punto de vista y el mundo osciló y se emborronó, dando paso el verde y el marrón a un azul más oscuro conforme su visión se elevaba. El rápido barrido le provocó un leve mareo; se mordió la lengua para combatirlo y trató de dirigir, muy, muy lentamente, la vista de nuevo hacia abajo. Recuperó la imagen inicial del campo de batalla, con un sorprendente añadido.

—Veo mi cuerpo. —La excitación impregnaba su voz—. Mis manos son oscuras y tienen garras, y escamas. Y soy gigante, todo se ve muy pequeño.

Brad se dejó caer hacia atrás, suspirando aliviado. Ámbar se inclinó sobre la niña y le habló calmadamente al oído mientras le agarraba el muslo.

—Muy bien, cielo, ya has entrado en él; ahora vamos a moverlo.

En el campo de batalla persistía la espontánea tregua provocada por la aparición. Parecía que hasta los heridos habían cesado sus

lamentos y, en leguas alrededor, todos observaban sobrecogidos el fenómeno.

—De justicia reconocerlo, no escaseáis en recursos.

Madt dejó de prestar atención a lo que acontecía a las puertas del castillo y bajó la espada antes de dirigirse a su enemigo.

—Tú lo has dicho: si lo ocurrido hasta ahora no te ha convencido de lo estúpido de tu actitud, quizás esto lo haga. Tu patrón está a punto de ser depuesto, no verás mucho dinero por nuestras cabezas.

—No es solo dinero lo pendiente de trámite.

—Siento lo de Espolón, pero matarnos no le devolverá la vida. Seamos razonables, achaquémoslo a gajes del oficio y olvidemos el tema.

El bigote de Grillete se contorsionó alrededor de su boca.

—Si no os conociera mejor diría que intentáis eludir la lucha.

—Lo único que digo es que no hay necesidad de derramar más sangre.

—Comprendo, más de lo que os gustaría. —El cazarrecompensas miró a la caída llargia—. Simplifiquemos: o combatís, o me cobraré mi deuda de sangre con la suya.

El cuerpo de Madt fue recorrido por una descarga al oír la frase.

—Como prefieras, sangre será —escupió antes de cargar contra él entre un sonoro retumbar.

—¡Se está moviendo! —gritaron desde el interior de los muros cuando la bestia adelantó uno de los pies e hizo vibrar el suelo circundante. La parálisis que atenazaba a los defensores del castillo pareció curarse mágicamente, soltando todos sus armas y dirigiéndose

hacia las salidas más cercanas. Desde el adarve del muro, su comandante los observaba indeciso. También él sentía la urgencia de abandonar al Rey y salvar la vida, aunque tuviera que salir de la ciudad solo con lo puesto. Pero Brein contaba con un incentivo para permanecer allí del que carecían sus hombres: ya había experimentado esa situación, durmiendo en la calle y jugándose la vida por un trozo de pan. Le llevó la mitad de su existencia escapar de la miseria, y no iba a dejar que nada le devolviera a ella, ni siquiera una abominación como aquella.

—¡Quietos! Al que abandone su posición lo colgaré de la muralla por los intestinos —bramó.

—Pero señor, no podemos hacer nada contra ese monstruo —alegó uno de los soldados.

—Ese Darigaaz es un elegido de los dioses: primero resucita y luego invoca a un dragón —añadió otro, generando tímidas expresiones de conformidad.

—Tonterías —acalló Brein a sus tropas—, ese Darigaaz es tan elegido de los dioses como vosotros o yo. No es más que un traidor y un cobarde, como lo fue su padre.

—Pero ha invocado un dragón.

—No ha hecho una mierda, nunca lo hizo. —Los argumentos eran generados a la carrera por su mente mientras hablaba—. ¿Sabéis cómo lo sé? Porque yo lo conocí. Lo acogí de pequeño y lo instruí, hace mucho tiempo, en Lewe, cuando los dos éramos proscritos. Nunca ha sido otra cosa que un charlatán.

—Señor, no dudamos de vuestra palabra, pero tampoco podemos negar lo que ven nuestros ojos.

—¿Eso? —El comandante señaló al gigante, evitando mirarlo para no poner a prueba su determinación—. Un truco, ilusiones, magia barata de elfos oscuros.

—¿Elfos oscuros? —La sorpresa mitigó en parte el miedo entre la audiencia; Brein trató de usarlo en su favor.

—Exacto, elfos oscuros. No solo ha traicionado a su rey, también a sus congéneres aliándose con la escoria de Vitalis para conseguir un trono que no le pertenece. Ese es nuestro enemigo: un ladrón, un estafador, un traidor, lo más bajo que se puede encontrar. ¿Un elegido de Ilahe? Compartí habitación con él durante meses: ¿un elegido de los dioses mojaría la cama con catorce años?

Los hombres comenzaron a reír y a responder con gritos a su comandante, que sentía la confianza crecer en su interior.

—No se trata de una lucha por el trono —continuó—. Es un ataque a nuestra raza, y vamos a demostrarles quién tiene las mejores armas. ¡Prended las vasijas de brea! ¡Cargad balistas, escorpiones y catapultas! ¡A mi señal, fulminemos a esa bestia!

Una primera salva partió como una bandada de aves para estrellarse contra la criatura que, parsimoniosa, iniciaba un segundo paso hacia las murallas. Darigaaz observó aliviado cómo los proyectiles se partían contra las escamas del coloso para delirio de sus hombres, que jaleaban el avance.

—Necesitarán algo mejor para detenerlo —apuntó Heken.

—Puede que ya lo estén preparando —respondió su líder mientras aleccionaba a las tropas cercanas—. Ahora, aprovechemos que ya no contamos con su atención para derribar a tantos soldados de las murallas como podamos.

—¿Por qué preocuparnos? Retrocedamos fuera del alcance de los proyectiles y aguardemos a que nuestro amigo destruya sus muros y aplaste sus tropas.

—Porque por muy imponente que sea, no es invulnerable, y su conjuración no es infinita.

La expresión del jefe de armas cambió.

—Lo que quiere decir...

—Que en breve desaparecerá, y si no ha logrado derribar los muros para entonces podemos despedirnos.

El termiense tragó saliva al tiempo que un extenso arpón surgía tras los muros y volaba hacia el brazo del engendro, donde se clavó con un chasquido.

—¡Me duele! —dijo Dem agarrándose el brazo.

—No, cariño, no te duele de verdad, es solo tu imaginación. —Ámbar le apartó la mano y la sustituyó por la suya—. ¿Lo notas? Es mi mano, ¿ves como no hace daño? Tranquila, yo te protejo, tú sigue moviéndolo. Brad, ¿a qué distancia está? ¡Brad!

El chico despertó de su pasmo y regresó a la ventana.

—Está a... No sabría decir, dame un segundo. —Se agarró al marco, al tiempo que la vibración que recorrió la habitación anunciaba un nuevo contacto del pie del monstruo contra el suelo—. Unos cuatro pasos, cinco tal vez. ¿No puede ir más rápido?

—Imposible, si forzara los movimientos su organismo se colapsaría por el esfuerzo. Debemos mantener el ritmo y rezar por que el tiempo no se agote antes de que llegue.

—¿Y por qué no lanza fuego? Es un dragón, ¿no?

—No digas tonterías —finalizó Ámbar antes de abrazar con más fuerza el cuerpo de Dem.

—Mantened el fuego, ese último lo ha notado. —Brein observaba aliviado cómo el ánimo mejoraba entre sus hombres conforme avanzaba la batalla—. Recargad y disparad, derribaremos esa abominación y luego ajustaremos cuentas con su amo. ¡Ballesteros! Id adelantando tarea, barred a esos rebeldes.

Los virotes parecieron desaparecer de la boca de las ballestas y aparecer instantáneamente en el suelo exterior. Su paso entre los insurgentes causó estragos.

—Tenemos que retroceder, a esta distancia esas ballestas nos destrozarán sin importar nuestros escudos o armaduras.

—Alejémonos de la puerta y quizás podamos dividir su atención, atrayendo parte del fuego hacia nosotros —dijo Darigaaz frotándose el brazo del arma—. ¡Hombres, mantened los escudos altos y seguidme!

—Señor, estáis sangrando.

—Nada grave. —Al atender su arañazo reparó en los hombres que gritaban desde el suelo—. Necesitamos curar a los heridos, ¿dónde están Ilargia y Madt?

La fuerza del golpe hizo saltar pequeñas esquirlas del metal de las espadas. Madt sintió cómo el impacto recorría su brazo hasta el hombro, lastimando las articulaciones a su paso.

—Quizás os maljuzgara, aventuré que apreciaríais más a la hembra como para ofrecer tan pobre defensa. ¿Dudáis de la veracidad de mi advertencia?

Madt saltó hacia su adversario, que optó por esquivar la acometida en vez de enfrentarla.

—Os conozco lo suficiente como para saber guardar las distancias —dijo mientras con otro espadazo obligaba a su contrincante a recular—. Puede que estuviera errado, y sea la edad el germen de tan triste actuación. O quizás mi apreciación inicial fuera certera y lo que os abigarra sea la estima a vuestra compañera, pero no por carencia, sino por exceso.

Madt hacía oídos sordos mientras trataba de recortar la distancia entre ambos y contrarrestar así el mayor alcance y potencia que la envergadura de Grillete confería a su espada, pero todas las tentativas eran abortadas por golpes de amplio arco que minaban su fortaleza. Como el que en ese momento casi le parte la espada y se hunde en su cráneo.

—¿Acierto? —continuó el cazarrecompensas—. ¿Es ese pensamiento el que os motivó a tratar de anular el combate? ¿Planeáis complacer a vuestra consorte arrebatando a Ölün su parte en este drama?

Madt apretó dientes y ceño, tratando de hollar con la mirada donde no alcanzaba con el acero. Su contrincante respondió con una carcajada.

—Nobles sentimientos, lástima que hablemos de una quimera. Puede que ahora vuestras miradas se estimulen al cruzarse, pero ¿qué pasará cuando ella os conozca como yo lo hago? ¿Cuando las historias de vuestro pasado os conviertan en un desconocido a sus ojos? ¿Creéis que os perdonará, que podrá olvidar vuestras acciones y amaros como si aún conservarais algo de humanidad? Quizás cuando acabe con vos le cuente los momentos que compartimos en la frontera de Las Fauces y así lo comprobaremos. ¿Qué os parece?

Grillete acompañó su última frase con un golpe oblicuo al que Madt, sorprendentemente, correspondió con un espadazo a ambas manos en el que puso todas sus fuerzas. El encuentro entre los aceros se saldó

con la espada de Madt saltando en pedazos y generando una paralizante perplejidad en Grillete; Madt, por su parte, aprovechó el impulso para girar sobre sí mismo y, al encarar de nuevo a su enemigo, rasgarle el brazo extendido con el trozo de hoja que conservaba su empuñadura. La sangre brotó del profundo corte, al tiempo que el lamento de Grillete era sofocado por el impacto de la rodilla de su adversario contra su estómago. Ambos quedaron tumbados en el suelo, con Madt sentado sobre el musculoso pecho del cazarrecompensas.

—Reconozco mi error, advierto la vuelta del viejo asesino.

—Enhorabuena —contestó Madt mientras apuntaba la astillada espada hacia el rostro de Grillete—. Y ahora, morid de una vez.

—No, no lo matéis.

La voz de Ilargia sonaba debilitada por el esfuerzo de caminar hacia ellos.

—No miréis, señora. No va a ser agradable.

—No, Madt, no lo permitiré. Ya basta de muertes.

—Es necesario, es un asesino. Si lo dejamos vivir hoy, matará de nuevo.

—¿Y nosotros somos mejores? ¿Cuántas muertes ha provocado nuestra fuga? ¿Cuántas vidas he extinguido al salvar la de vuestro amigo Darigaaz? Se acabó, basta de sangre.

Ilargia le puso una mano en el hombro y Madt se incorporó, dejando caer los restos del arma.

—Es una locura salvarle.

—Supongo que es mi naturaleza —dijo ella con una sonrisa.

Le apartó del gigante caído, se arrodilló y posó sus manos sobre el brazo ensangrentado. Cerró los ojos y una familiar luz azul pasó de su cuerpo al de Grillete, cerrando las heridas en su recorrido. La práctica lo hacía más fácil.

El cazarrecompensas miró su brazo con incredulidad antes de levantarse, recoger el arma y dirigirse a Ilargia.

—Signad nuestra cuenta como saldada, señora. —Se giró hacia Madt—. Pero no la vuestra; día zanjado, por respeto a la dama, pero nuestro próximo encuentro solo será recordado por uno de los dos.

—Sin problemas —escupió Madt a la marcha de Grillete. Su ausencia generó un ambiente extraño entre los compañeros. Ella iba a decir algo para romper el silencio cuando dicho silencio saltó en mil pedazos.

El aullido era sonido blanco puro que cortaba el aire hasta clavarse en los tímpanos del oyente, provocando una contracción que forzaba al máximo la elasticidad de la membrana. Todos los habitantes del campo de batalla y la mayor parte de la ciudad trataron de proteger sus oídos, sin éxito. Cuando el dolor cesó, buscaron aturcidos la fuente.

—¡Se está muriendo! —Brein señalaba con euforia hacia el coloso, alentando a sus tropas: en su cuerpo sobresalían decenas de púas artificiales generadas por los proyectiles lanzados contra él—. Mantened el ritmo, está tambaleándose.

—Está tambaleándose. —Brad combatía la impotencia que sentía lanzando aspavientos en todas direcciones—. Joder, maldita sea, se va a caer.

Ámbar agitaba la cabeza a los lados, tratando de mantener el sudor fuera de sus ojos mientras infundía ánimos a la niña entre sus brazos.

—Continúa avanzando, pequeña, ya casi hemos terminado.

—No puedo, intento moverme pero las piernas no me obedecen — se excusó Dem.

—Brad, ¿a qué distancia está?

—No lo sé, a unos... dos pasos. ¡No, no, no, no, no...! Se está cayendo. Está desplomándose hacia atrás, se muere.

La elfa apretó el rostro mientras su cerebro trataba desesperadamente de alcanzar una idea; estaba a punto de ceder cuando ésta apareció.

—Dem, su cuerpo no es como el tuyo, no solo tiene brazos y piernas, también tiene una cola, ¿la sientes? —Ámbar casi notó la perplejidad de la niña a través del contacto. Le colocó el puño derecho en la zona baja de la espalda y apretó—. ¿Sientes esto? Dem, quiero que te concentres en esa sensación, empuja contra mi mano, aprieta tu cuerpo contra ella. ¡Vamos!

La niña obedeció y contrajo los músculos al final de su columna en respuesta a la presión de Ámbar. Fuera, la tierra bajo la cola del monstruo se comprimió cuando dicho apéndice se tensó a lo largo, haciendo que la caída del cuerpo se ralentizara hasta frenarse, estabilizando así su inmensa masa antes de reconducirla en un descenso hacia los muros.

—No me jodas. —El comandante trató de eludir la caída de la bestia, pero la sombra se extendía hasta cubrir un terreno demasiado vasto para recorrerlo en el tiempo que restaba. Brein fue consciente de este hecho, justo antes de que el impacto del gigantesco ser confiriera a su organismo el espesor y consistencia de un charco gelatinoso.

El monumental golpe resonó en los ya castigados oídos de los asaltantes, levantando una polvareda que obligó a Darigaaz a protegerse los ojos con el brazo. Cuando lo apartó, el monstruo había desaparecido, llevándose una buena porción del muro y varios guardias con él. El Caballero Dragón alzó a Plaga y guió a sus hombres hacia la abertura.

—Acabemos con esto de una vez.

30. El Rey IV

Los incendios comenzaron al poco de que las puertas de palacio cayesen. Brillantes masas rojizas brotaban anárquicamente en la oscuridad de la noche, mientras los sublevados aprovechaban la confusión reinante para ajustar cuentas o, los más, obtener el mayor beneficio personal posible. A su posición apenas llegaban los sonidos, pero sí los olores: olores de humo y llama, de clausura y transformación. Olores que se mezclaban en su nariz con el del vino que ingería, transmutándolo en un amargo brebaje al descender por la garganta.

El Rey agitó la copa mientras observaba, desde su atalaya en la torre del homenaje, el campo de batalla que otrora fue su ciudad. La postura alicaída podría interpretarse como una expresión de duelo por lo sucedido aquel día, pero sería correcto solo en parte: no le afligía tanto la derrota sufrida como el modo en que se había producido. Los planes y conjuras de toda una vida desmontados en una tarde de milagros e improbabilidades, todos conspirando contra él y anulando sus intentos de contrarrestarlos, como si hubieran sido orquestados por una mano sobrenatural. Alzó la copa al cielo.

—Si no soportáis perder no deberíais otorgarnos la libertad de jugar —dijo—. Si lo que deseáis es una realidad regida tan solo por vuestros deseos, podéis coger vuestro precioso libre albedrío y metéroslo por donde os quepa.

Vaciló al recuperar la postura y fue consciente de cuan borracho estaba. *Si es así como he de abandonar este mundo, cuanto más borracho mejor* —pensó. Vestía su mejor armadura de placas, con el ornamentado escudo tirado en el suelo y la espada sobre la mesa. De vez en cuando miraba hacia la puerta que en cualquier momento se

abriría de par en par, dando acceso a sus estancias a un tropel de rebeldes ansiosos de cobrarse su cabeza.

Aquí os espero; éste es mi castillo, si queréis mi corona deberéis arrancarla de mi cadáver.

Cortó el aire un par de veces con su arma antes de que una arcada le hiciera soltarla y regresar al balcón, en busca de aire.

—Aquí os espero, bastardos —repitió en voz alta—. Venid y os mostraré cómo muere un Rey.

—Necesitaríamos a un auténtico rey, primero, para poder presenciar tal acontecimiento.

El Rey se giró, sorprendido de oír una voz en sus aposentos. La extrañeza se acentuó al ver que, aunque la puerta seguía atrancada, ya no estaba solo: sentado en una silla como si aquella habitación le perteneciera, un encapuchado le observaba con un largo báculo apoyado en el regazo. La cara del Rey pasó de la palidez inicial a un furioso escarlata cuando identificó al extraño.

—¡Tú! ¡Mago demoníaco! —Las venas de su cara se hincharon mientras gritaba—. ¡Simiente corrompida de mil engendros depravados! ¡Gusano intestinal de una rata sifilítica!

Los movimientos del Rey recuperaron la templanza cuando tiró la copa y la sustituyó por la espada.

—Los dioses me conceden una última gracia, después de todo. —Rodeó la mesa que les separaba y apuntó la hoja hacia el rostro que le mostraba una sardónica sonrisa.

—Desde que oí los rumores sobre la presencia de un elfo oscuro en la ciudad —continuó—, recé, por primera vez en años recé, supliqué

que fueras tú. Que me permitieran obtener mi venganza y podrían arrebatarme a cambio cualquier cosa, todo lo que quisieran.

—Alegraos, pues van a concederos vuestro deseo. —Drave abandonó su asiento e, ignorando a su furioso oponente, caminó con calma hacia el balcón—. No parece que quede mucho para que, efectivamente, todo os sea arrebatado.

—Puedes estar orgulloso de ello: tu marioneta interpretó el papel a la perfección, los hechizos se ejecutaron en el momento preciso, y cientos de humanos perdieron sus vidas. Cuando regreses a tu madriguera serás el orgullo de los tuyos.

—¿Lecciones de moralidad, Majestad? —La túnica se fundía con la noche mientras Drave hablaba desde el exterior del balcón—. Creía que dos... personas como nosotros podrían omitir cierta clase de hipocresía.

—Me niego a ser juzgado por alguien de tu especie. —La cara del Rey pareció relajarse pero su expresión conservaba la dureza—. Todas mis acciones para conseguir la corona, y aquellas que las siguieron, tenían como objetivo la persistencia de mi raza.

—Su hegemonía, más bien. —Drave se acomodó en la balaustrada—. Sed sincero, abandonad la pose altruista y reconoced que os guiaba lo único que un ser como vos puede entender: el poder. Poder sobre vuestros semejantes, y sobre todos aquellos que tuvieran la mala fortuna de vivir dentro de vuestras fronteras.

—¿Y qué, si fuera así? Mi pueblo está seguro y mi raza prevalece, ¿por qué no podría yo también beneficiarme de la situación, máxime habiendo sido su principal impulsor?

—Y si unas cuantas vidas se pierden en el proceso, ¿qué importancia tiene, cierto?

—No te atrevas a equipararnos. —Señaló a su interlocutor a través de la neblina que le empañaba la visión—. Mis actos beneficiaron a la mayoría de los míos. Las vidas perdidas fueron sacrificios necesarios para la consecución de un bien mayor.

—¿Incluís en ese grupo a vuestra esposa?

Los tendones del cuello de su Majestad se tensaron, dándole una apariencia arbórea. La espada volvió a brillar amenazante en la penumbra de la habitación. Sus colmillos asomaron entre unos rígidos labios al replicar.

—Sabes muy bien la respuesta: su muerte tiene un motivo muy concreto, y estoy hablando con él en este momento.

—Erráis a medias, ya que la responsabilidad de su fallecimiento debe ser repartida entre ambos. No era la suya la vida que buscaba aquella mañana, fue mi juventud e inexperiencia la que hizo que mi hechizo fallara, y su muerte el trágico fruto de un accidente.

—¿Accidente? —Los ojos del Rey se humedecieron mientras su mente recreaba la escena contra su voluntad: el carruaje recorriendo un sendero boscoso bajo el sol primaveral, la reina a su lado, las flores engarzadas en la cascada de pelo rizado, la incomparable sensación de felicidad al saberse el causante de la sonrisa que adornaba su rostro perfecto. Y de repente, un brillo cegador; el súbito calor chamuscando las ropas, consumiendo el pelo y ampollando la piel; el furtivo ser de tez oscura que le miraba aturdido desde la espesura; el girarse hacia su amada y encontrar en su lugar un amasijo de huesos calcinados recubiertos de carne goteante, con cualquier facción remotamente humana borrada de su superficie; su incomprensión ante lo que estaba viendo, hasta que observó que el amorfo bulto estaba envuelto en una tela carmesí con el escudo de su casa bordado: su vestido preferido, el

que le regaló en su luna de miel, el que ella llevaba puesto cuando salieron a pasear aquella mañana.

El Rey se inclinó sobre la mesa mientras se sacudía los recuerdos como si fueran lluvia en el pelo—. ¿Accidente? —repitió, endureciendo el tono.

—Era joven, entonces. Impulsivo. No contaba con la destreza y serenidad de las que ahora dispongo. —Drave le señaló con su bastón—. Cuando os vi aparecer por el camino mis manos temblaron por la excitación, y marré el objetivo de mi hechizo. Vuestros guardas salieron enseguida en mi busca, privándome de un segundo intento y forzándome a huir.

—Una habilidad en la que tu raza destaca. —El Rey rodeó la mesa para abrir un cajón de la cómoda—. Mis hombres pasaron días recorriendo los alrededores sin encontrar nada, salvo esto. —Sacó del cajón un trozo de tela con los bordes rasgados y lo mostró a su interlocutor: llevaba bordada la figura de un dragón negro.

Drave sonrió.

—Joven, como digo. Pensé que mi gesto ganaría en grandeza con un símbolo que lo respaldara, que lo justificara.

—No podrías haber errado más. —El Rey arrojó la tela a las brasas de la chimenea—. Lo único que conseguiste fue segar la vida de una inocente.

—Era una noble que accedió al trono tras casarse con un usurpador. Era consciente de dónde se metía.

—Falso, mi poder no le importaba. Su único pecado fue amarme, ver dentro de mí algo que nadie más encontró ni encontrará jamás: el día que ella murió, esa parte de mi ser la acompañó.

—Muy conveniente, el virtuoso gobernante que se ve abocado a un sendero tenebroso por acontecimientos ajenos a su voluntad. —Drave abandonó el balcón y caminó hacia su interlocutor—. Os engañáis: la época oscura conocida como la Purga, la pena de muerte sobre mi raza, acciones tan monstruosas no pueden justificarse por un incidente aislado.

—¿Justificarme? —La carcajada resonó en la habitación—. ¿Ante quién? ¿Los dioses, los hombres? ¿Tú, acaso? Que os jodan, a todos. Hice lo que todo el mundo en su interior juzgaba necesario pero temía externalizar. ¿La purga? Prohibir la magia y las manifestaciones religiosas no fue solo consecuencia de tu atentado contra mi persona, esas supercherías entorpecían el desarrollo de mi raza. El hombre debe ser consciente de que solo puede depender de una cosa: él mismo. Y en cuanto al edicto contra tu sucia raza, no era más que un adelanto de lo que os esperaba cuando consiguiera reunir a elfos y enanos bajo mi mando.

—Vuestro mando, vuestro poder. —Drave se apoyaba en el bastón para desplazarse alrededor de su interlocutor—. Vuestra ambición se convirtió desde el principio en un peligro para el resto de razas.

—Hice lo necesario. —El Rey tragó saliva para borrar el sabor a bilis de su boca—. Las vidas que arrebaté aquel día fueron un nimio coste por las que he salvado todos estos años.

—Eso, Majestad, es cuestión de perspectiva. —Drave se detuvo, recortándose su encorvada silueta contra la chimenea—. La vida, aún la de un único individuo, no debe relativizarse, ya que se trata del más precioso de los dones y cometeríamos el error de menospreciar su importancia. Por ejemplo, en vuestro alzamiento hubo una víctima que pasará desapercibida para los libros de historia: una joven, la amante de

un escudero al servicio del señor de uno de los reinos menores. Una existencia minúscula, como veis, en el amplio esquema de las cosas.

—¿Y qué puede importarnos la vida de una golfilla de establos?

—Quizás lo entenderéis mejor si os cuento cómo acabó allí, cómo el amor le llevó a traicionar a su familia y trasladarse al mundo de los humanos, en pos de su hombre. Y cómo éste tuvo que mantener su relación en secreto, ya que los romances entre miembros de vuestra raza y elfos oscuros no están bien considerados.

Una chispa de entendimiento brilló en los febriles ojos del Rey mientras el elfo desgranaba su relato.

—Tras vuestro alzamiento, mi esposa y yo fuimos a las fosas abiertas en los alrededores del castillo, para dar un descanso apropiado a sus restos. Cuando encontramos el cadáver... —Drave tragó saliva antes de continuar—. Su madre no pudo mirarlo, vuestros hombres parecían haberse tomado la presencia de una elfa oscura entre sus víctimas como un regalo inesperado. Envolvimos el cuerpo en una túnica y regresamos a casa, a llorar a nuestra hija y pensar en su venganza.

—No fue intencionado, la suya fue una baja accidental.

—Como la de vuestra esposa. —Drave clavó su mirada en la del Rey—. Decidme, si hubierais sabido esto tras el accidente que le costó la vida, ¿os habríais considerado resarcido de su pérdida y abortado vuestra venganza?

La respuesta fue instantánea.

—No.

—No. —Los ojos de Drave se transformaron en dos rendijas brillantes—. Nada de lo ocurrido desde entonces, ningún precio a pagar,

por alto que fuera, importaba a ninguno de los dos. Solo nuestra muerte puede romper este ciclo de violencia.

—Eso tiene fácil arreglo. —El Rey empuñó de nuevo la espada y encaró a su enemigo. El acero le resultó extraordinariamente pesado—. Desenfunda tu arma, recita tus hechizos o lo que quiera que hagas, y pongamos punto final a esta historia.

Drave permaneció en silencio sin variar su postura. Con la mano derecha extendió el bastón, pero para sorpresa de su enemigo no le apuntó a él, sino al yacente cáliz.

—Nuestra confrontación me ha permitido estudiaros a fondo y anticipar vuestras acciones. ¿Creíais que había entrado a vuestros aposentos para abriros mi alma? Sabía que vendríais aquí a aguardar vuestro fin, satisfaciendo a vuestro ego siendo el último en caer. Sabía también de vuestro gusto por el buen vino. —Su mano abarcó la pequeña bodega que adornaba uno de los muros de la estancia—. Y no se necesita mucha perspicacia para reconocer la copa de un Rey.

El Rey siguió la dirección que apuntaba el bastón, hacia el lugar donde su copa de oro incrustada de rubíes había sido lanzada. Las últimas gotas se deslizaban hacia el suelo desde su interior. Volvió a tambalearse, pero esta vez fracasó en su intento de mantenerse erguido y resbaló por el borde de la mesa hasta caer pesadamente al suelo.

—Vos no sois el único versado en venenos —sentenció el elfo oscuro, mientras los ojos de su enemigo se desorbitaban y sus dedos arañaban la garganta en un desesperado intento de extraer el líquido ingerido. El Rey se convulsionó y su rostro se retorció en una grotesca mueca de dolor hasta que, con una última expiración, yació inerte. Sin dejar en ningún momento de mirarle a los ojos, Drave se acercó al monarca y dejó caer un escupitajo sobre su cara. La saliva resbaló por la superficie del globo ocular hacia la oreja.

Unos pesados golpes combaron la puerta hasta que ésta cedió, levantando una ráfaga de aire que hizo oscilar todas las luces de la habitación. En el umbral apareció Darigaaz, rodeado por sus secuaces. Todos se detuvieron y bajaron las armas ante la inesperada escena. El elfo levantó con calma la cabeza y miró a Darigaaz. Éste indicó a sus seguidores que esperaran fuera y cerró la puerta tras de sí al entrar.

—El Rey ha muerto... —comenzó Drave con una sonrisa. Recogió la corona caída con la punta del bastón y se la tendió—. Felicidades por el ascenso.

Darigaaz cogió la corona y la contempló ausente. Su otrora reluciente armadura estaba recubierta de abolladuras y manchas húmedas. Las runas de su espada brillaban amortiguadas bajo la sangre que la empapaba.

—Era mío —dijo al fin, señalando al caído monarca—. Su vida me pertenecía.

—Me disculpo, pero no hubo otro remedio: me atacó y tuve que defenderme.

Darigaaz contempló el cuerpo mientras hacía girar la corona en su mano.

—De todas formas, quién lo matara no tiene importancia. Hemos terminado, ganamos —continuó Drave.

—No estoy tan seguro de que deba ser incluido en esa afirmación.
—Sin mirar a su interlocutor, Darigaaz buscó el aire fresco del balcón.

La sonrisa se borró de la boca del elfo.

—Quizás quieras explicarte mejor.

—¿Para qué? —dijo el otro, mirando la ciudad—. ¿Qué puede importarte ya lo que yo piense? «Ganamos», has dicho; «ganasteis», pienso yo.

—Nuestros objetivos eran los mismos, desde el principio sabíamos lo que estábamos buscando.

Darigaaz se giró con furia.

—No, desde el principio tú sabías lo que estabas buscando. Los demás no éramos más que herramientas para facilitar tu camino.

—Tus recelos llegan un poco tarde. Durante estos años has tenido tiempo de sobra de reconsiderar nuestra alianza y anularla si así lo deseabas.

—Quizás, pero eso no justifica las manipulaciones. No soy tan ingenuo como para creerme tu amigo, pero sí al menos tu socio; alguien a quien tratar con respeto y sinceridad, no un idiota al que manipular a sus espaldas.

—Tu voluntad ha sido tan libre como la mía.

—¿Lo ha sido? Explícame, entonces, como sabías que aquella noche yo pasaría por ese bosque, tan desesperado por salvar mi vida que aceptaría cualquier ayuda sin cuestionarme los motivos de mi benefactor.

—Creo que eso ya lo expliqué, te seguíamos desde que escapaste de Lewe.

—Cierto, lo explicaste. Lo que nunca conseguí explicarme yo es cómo mi en otro tiempo mejor amigo y mentor pudo de repente traicionarme por un simple colgante. Esta mañana al fin he recibido la respuesta. —Darigaaz levantó la vista y estudió los ojos de Drave.

—No entiendo tus palabras, pero me disgusta el tono —dijo el mago—. Si quieres acusarme de algo, hazlo con claridad.

—No es necesario. Hemos ganado, ¿no? Celebrémoslo. —El humano sirvió dos copas de vino y tendió una al elfo oscuro. Éste continuó mirando a su interlocutor hasta que se cubrió de nuevo con la capucha.

—Lo lamento, pero debo partir. Mi esposa y yo deseamos regresar a nuestro hogar cuanto antes.

—Por supuesto, con la partida finalizada las piezas dejan de ser necesarias. —Darigaaz alzó una de las copas, la apuró y la estrelló contra la pared—. Buen viaje, pues, que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse.

Sin contestación de ningún tipo, Drave se encaminó hacia la puerta. Cuando estaba a punto de desaparecer tras ella, escuchó a su espalda las últimas palabras de Darigaaz.

—Y procurad manteneos lejos de ojos indiscretos. Recordad que existe pena de muerte contra vuestra raza, y como Rey me vería en la obligación de asegurar su cumplimiento.

Mientras la puerta se cerraba, Darigaaz regresó al balcón. Respiró profundamente cuando una corriente de aire le indicó que la puerta había sido abierta de nuevo: era Heken quien la cruzó esta vez, guiando del brazo a un delgado joven.

—La toma del castillo se ha completado. Las pocas tropas leales al Rey se han rendido o han pasado a engrosar nuestras filas. La victoria es total.

Darigaaz continuó mirando al exterior sin volverse. El veterano soldado aguardó unos segundos antes de volver a hablar.

—También hemos capturado a este sirviente que pidió veros de inmediato. Dice ser el criado del antiguo Rey, y cree poder seros de utilidad.

—Gracias, Heken. Reúne a las tropas en el patio, me reuniré con vosotros en cuanto pueda.

Con un leve asentimiento el jefe de armas abandonó la habitación, dejando allí a un asombrado Rishen cuyos ojos no se habían apartado del cadáver del antiguo monarca.

—¿Cómo te llamas, chico? —le preguntó Darigaaz.

—Rishen, Señor.

—Rishen. ¿Sabes quién soy?

—Sí, Señor: sois Darigaaz de Rhean. Vuestra familia fue asesinada en la toma de poder del anterior rey.

Darigaaz bajó la mirada.

—Lo-lo lamento, Señor —se excusó el criado—. No pretendía... Mi familia también pereció aquella noche; yo tenía ocho años.

El nuevo Monarca estudió al joven.

—¿Y has estado aquí desde entonces? ¿Sirviendo al verdugo de tu familia?

—Sí, Señor. —Ahora tocó a Rishen contemplar el suelo—. No es algo que deseara, pero a veces la única alternativa que nos da la vida es encajar los golpes con los que nos hostiga, y perseverar en nuestros esfuerzos con la esperanza de alcanzar, algún día, un destino mejor.

Darigaaz asintió con una sonrisa triste en la cara.

—Rishen, ¿eres, o mejor dicho, eras su criado personal?

—Sí, Señor.

—¿Cuáles eran tus deberes?

—Cubría sus necesidades personales; además, estudiaba los informes financieros, militares, prácticamente todo el papeleo administrativo de la ciudad pasaba por mis manos. —Ante la mirada sorprendida de Darigaaz, Rishen se apresuró a explicarse—. Al crecer huérfano en el castillo dediqué toda mi vida al servicio, incluida la biblioteca, donde aprendí todo lo necesario para ayudar a mi señor de la mejor manera posible.

—Rishen, a partir de mañana afronto la tarea de dar a mis súbditos el gobierno que merecen, y necesitaré toda la ayuda posible; trabajarás a mi lado, como asistente personal y gestor del reino.

El criado miró sorprendido a su nuevo Señor.

—Gracias, mi Rey, pero no sé si sabré.

—Por lo que acabas de contarme, sabes más acerca de ser rey que nadie que yo conozca. Retírate ahora, seguiremos hablando mañana.

—Sí, Señor. Gracias, Señor.

Con tres reverencias y el chirrido de las bisagras, Darigaaz quedó a solas en la habitación, mirando pensativo la corona en su mano y el cadáver en el suelo. Apuró la copa y se apoyó en la balaustrada para contemplar el panorama nocturno. Era dueño y señor de todo lo que alcanzaba su vista. Apartó la mirada y apretó el puño hasta que sintió cómo los bordes de la corona se hundían en su carne.

Epílogo I Conclusiones

Cuando un organismo siente cercano el final, emplea sus últimas fuerzas en expulsar los deshechos de su interior, quizás con la intención de presentarse ante su creador lo más purificado posible; mientras el corazón del imperio moría, hacia sus salidas se dirigían cientos de personas que veían el inminente cambio de poder como un peligro para sus vidas: partidarios del Rey, nobles y antiguos gentilhombres emparentaban su reacción con la de las proverbiales ratas ante el barco que se hunde. Moviéndose entre ellos con la destreza que caracterizaba a su raza, Elandir se las ingenió para sortear las aglomeraciones que colapsaban los accesos y abandonar la ciudad de Hyrdaya.

Se internó en la espesura, donde leyó los secretos del bosque y atravesó una línea de maleza para acceder a un sendero escondido. Recolectó hierbas, las masticó y aplicó un emplasto sobre el corte de su pecho. Mientras esperaba que el efecto coagulante aminorara el flujo de sangre, se paró a recuperar fuerzas, observando las llamas que consumían la ciudad y teñían de cobre su piel. Lo que más le sorprendía, después de unas jornadas tan alejadas de la normalidad, era la ausencia de un sentimiento claro en su interior. Durante sus años de cautiverio había dedicado largas horas a imaginar ese momento, a recrear de la manera más vívida posible la incontenible alegría que sentiría al ser liberado. Y ahora que la muerte del Rey era una realidad, y nada le impedía regresar a los bosques de Qite, su corazón se mantenía impasible.

Metió la mano en su bolsa y desdobló el mensaje que la supuesta Kera le había entregado días atrás. Observó las runas élficas a la luz de la destrucción del antiguo orden, estudiando sus curvas, rectas y puntos. No había duda: la nota llegada a sus manos por medio de un cambiante

elfo oscuro había sido escrita por su padre. Uno de los Altos de Qite, dirigentes de su raza, estaba al corriente del complot que había acabado con el Rey humano, al que anteriormente había cedido un hijo como parte de unas negociaciones diplomáticas. Puede que no fuera culpable de todo lo sucedido pero, como mínimo, le debía una explicación, y Elandir estaba ansioso por oírla.

«Regresa», decía la nota; devolviéndola a la bolsa, Elandir obedeció sin mirar atrás ni una sola vez.

Cuando el elfo desapareció en la espesura, Ámbar anuló su encanto y su estilizada figura volvió a hacerse visible bajo la luz de la luna. Apenas había podido levantarlo a tiempo, ya que no esperaba visitas en aquel pasaje oculto a las percepciones humanas.

Sola de nuevo, vigiló el camino mientras abrazaba contra el pecho un oscuro bulto. No tuvo que esperar mucho más para que una nueva sombra apareciera en el camino y se dirigiera hacia ella. En esta ocasión, Ámbar permaneció tranquila, esperando paciente que la figura envuelta en una túnica llegara a su lado, ayudando su trabajoso avance con un largo báculo de madera rematado por un cristal azul. Una vez juntos, la pareja quedó mirándose en silencio hasta que Drave le dedicó una sonrisa triste.

—Se ha acabado —le dijo. Ámbar trató de contener la humedad en los ojos mientras le abrazaba con fuerza. Tras el breve momento de intimidad compartida, la pareja se separó.

—Regresemos a casa. —Ella asintió, echando un último vistazo al objeto que colgaba de su mano, antes de besarlo y dejarlo caer. Rodeó a su marido por la cintura y juntos se internaron en la oscuridad. Detrás de

ellos, en las sombras del camino, quedó abandonado el negro muñeco de trapo de largas alas y cola puntiaguda, ajado por el uso y el tiempo.

A pesar de los muros que le protegían, Brad habría jurado que las llamas ardían a su lado, atendiendo al asfixiante calor que le envolvía. Antes de partir, Ámbar les había indicado que no abandonaran la casa, por lo menos hasta que el amanecer calmara los ánimos y el orden se restaurara en las calles. El dueño de la misma, devoto a la causa, se encontraba en el patio de armas del castillo, donde en breves momentos se celebraría una rápida ceremonia para coronar a Darigaaz de Rhean, el Caballero Dragón, regente de Hyrdaya y, por tanto, de todos los humanos que en Vitalis residían. Ahora que por fin todo había terminado, Brad podía pensar en su futuro, comenzando por cómo invertir las cuantiosas ganancias que su colaboración les había proporcionado.

Se aseguró que nadie entrara a la habitación, antes de volcar el contenido de la bolsa sobre la mesa, y recrear la vista en el brillo dorado que se derramó como miel sobre la madera. Con aquella fortuna podía pasar el resto de su vida haciendo lo que le viniera en gana; comprar un palacio, quizás, donde habitar sin más ocupación que satisfacer sus deseos. Y los de la niña, por supuesto.

Brad era consciente de que, a ojos de un observador poco informado, su importancia en lo ocurrido podía ser juzgada como escasa, atribuyéndole a Dem la mayoría del mérito. Pero eso no quitaba para que él hubiera ayudado, manteniéndola calmada en el momento más crítico. Sin él, Dem no habría sido capaz de guiar al monstruo contra las paredes del castillo, y las tropas de Darigaaz habrían quedado indefensas en el lado equivocado del muro. En realidad, podría decirse que su participación había sido, al menos, tan importante como la de la niña.

Devolvió las riquezas a la bolsa y comenzó a prepararse para pernoctar allí. Dudaba que el sueño pudiera vencer a la excitación que le recorría, pero apostaba a que la niña caería rendida nada más tocar las sábanas. Llamó a la puerta del cuarto donde ella se estaba enfundando la ropa para dormir.

—Date prisa, pequeñaja, mañana tenemos que madrugar mucho.

Al otro lado, Dem permanecía de pie en mitad de la estancia, vestida de calle y con una bolsa al hombro. Miraba distraída al círculo del suelo desde el que, no hace tanto, había invocado y controlado una asombrosa criatura transdimensional. Tocó con el pie parte del dibujo y lo deslizó adelante y atrás hasta que finalmente habló en un tono demasiado bajo como para que se oyera desde fuera.

—No quiero ir, tengo miedo.

Es normal que lo tengas, Dem, pero no va a pasar nada.

La niña dudó. Levantó el pie y observó el trozo de círculo que había estado frotando con la suela del zapato. La fricción había transformado el enrevesado diseño en un alargado borrón.

—¿Veré al abuelo?

A su tiempo, Dem, todo a su tiempo.

—¿Por qué no puede venir Brad?

Brad tiene que seguir su propio camino, vuestras vidas no volverán a cruzarse nunca más.

Dem miró hacia la puerta. Una lágrima descendió por su mejilla antes de ser interceptada por la manga de su camisa.

Es la hora, Dem. Debemos irnos.

—Adiós, Brad —dijo la niña en tono más alto mientras sus rasgos eran engullidos por un etéreo resplandor azul; las velas del cuarto titilaron cuando el aire relleno el vacío dejado por su masa corpórea al desaparecer.

—Dem, ¿has dicho algo? —Brad abrió la puerta y quedó bajo el dintel, observando sorprendido el interior de la estancia—. ¿Dem? ¿Dónde te has metido? —Comenzó a mover los muebles, revisando uno tras otro los posibles lugares que ella podía haber usado como escondrijo—. ¡Dem, no estoy jugando, sal ahora mismo de donde quiera que estés! —gritó a las inmutables paredes. Tras unos momentos de espera, solo el silencio respondió a su llamada.

—Bien, esto es genial, es... —Brad descolgó la bolsa de su cinturón y la sopesó varias veces, pensativo—. A la mierda —dijo al fin—. A la mierda los hechizos, los dragones y las putas luces azules; que os den, a ti y a tu abuelito. —Y con un portazo, abandonó la habitación.

En una bóveda más allá del tiempo conocido, una pequeña figura se dibujó en brillantes líneas color cobalto. Cuando la claridad murió, Dem abrió los ojos y sonrió ante el familiar entorno. Un foco de luz bajó flotando a su encuentro.

—pEQUEÑA dEM, ES UN EXTRAÑO PLACER CONTAR DE NUEVO CON TU PRESENCIA. —La esfera detuvo su rítmico pulsar cuando la niña le dirigió una mirada cargada de perspicacia.

—¿qUIÉN ERES TÚ? —preguntó—. nO ERES LA ENTIDAD CONOCIDA COMO dEM.

—Eso no es correcto, sí que lo soy —dijo ella con un tono de voz ajeno—. Mira mejor.

Kor navegó silencioso el aire alrededor de la enana. La cara que se reflejaba en su curva superficie poseía los rasgos que en la anterior visita

había catalogado como pertenecientes a «pequeña Dem», pero sus ojos parecían haber presenciado una cantidad de tiempo muy superior a la transcurrida entre ambos encuentros.

—eNTIENDO —dijo al fin.

—Me alegro —respondió resuelta la niña, mientras le rodeaba con su bolsa al hombro—. Como recordarás, una vez estuve aquí de visita y, si no me equivoco, eso me otorga el privilegio de formularte tres preguntas, ¿cierto?

—cORRECTO.

—Y recordarás también que solo llegué a usar dos de ellas, quedándome el derecho a formular una más.

—cORRECTO. FORMULA, PUES, LA TERCERA PREGUNTA PARA PODER HONRAR EL PACTO QUE NOS UNE.

Dem se paró, dejó caer la bolsa en el suelo y, señalando al pasillo sembrado de estancias que una vez recorriera, dijo con sorna a la esfera:

—¿Me indicas cuál es mi habitación, para que pueda dejar mis cosas?

El patio de armas estaba atestado por una multitud expectante. Pareciera que todo el que no estuviera huyendo de la ciudad se había dirigido al recinto donde, en breves instantes, se iba a proclamar un nuevo rey. No muy lejos, se concentraba un tercer grupo de individuos, aquellos a los que el combate había dejado privados de la posibilidad o el deseo de tomar ninguna de aquellas alternativas, debiendo permanecer en la enfermería improvisada bajo las carpas del circuito de justas. Allí, utilizando cualquier recurso a su disposición, los curanderos y médicos de la ciudad se encargaban de aliviar sus sufrimientos o, en caso de no

ser posible, de extinguirlos para siempre antes de pasar a un nuevo paciente.

—Use vino y narcóticos y duérmalo, poco más podemos hacer por él —dijo un médico ante el camastro donde yacía un hombre que había detenido una flecha con el vientre; la punta barbada del proyectil hacía imposible la extracción, ya que sus púas desgarrarían la pared del estómago, volcando el contenido a la corriente sanguínea y corrompiendo el organismo. Solo aguardaba para el desdichado una muerte lo más indolora posible.

La ayudante esperó a que el médico se alejara para introducir el somnífero por la inerte garganta. Tras asegurarse de que el herido permanecía inconsciente y nadie les miraba, le metió el brazo bajo la camisa y agarró el mástil, del que tiró con fuerza. Con un carnosos desgarrón y un súbito manantial de sangre, la flecha se liberó. La mujer posó la mano sobre la herida y un brillo azulado delineó sus dedos contra la barriga del hombre. Al retirarla, descubrió una piel de la que se había borrado cualquier rastro de lesión. Mientras la respiración del moribundo recuperaba la regularidad, la mujer se dirigió hacia un banco, agarrando su propio estómago. Yacía encogida sobre sí misma cuando un hombre se aproximó.

—Deberíais descansar, todavía no estáis recuperada —dijo Madt en voz baja.

Ilargia fue enderezándose conforme sus dolores internos remitían.

—No podría aunque quisiera. ¿Cómo descansar sabiendo que aquí hay gente que perecerá si no la ayudo?

—De nada les serviréis si morís de agotamiento.

Ella se enjugó el sudor con un paño mugriento y trató de sonreír.

—Gracias por vuestra preocupación, pero creo que podré apañármelas.

Él la ayudó a levantarse y le acompañó fuera de la tienda, donde el frescor de la madrugada mitigó el hedor del pus y la sangre.

—Tampoco entiendo vuestro empeño en no ser reconocida — continuó Madt mientras se echaban sobre la hierba—. Si no estuvierais pendiente de ocultar vuestra identidad, podríais moveros con más libertad y atender mejor a los pacientes.

—No creo que la gente esté preparada para estos poderes, no después de todo lo ocurrido. Además, no quiero que se me idealice como una especie de curandera milagrosa; solo soy una sirviente de Ilahe aplicando sus enseñanzas, nadie especial.

—Os equivocáis, sí que lo sois. Sois excepcional.

Quedaron unos segundos en silencio, sentados uno al lado del otro. Tras el muro interior se oía un estruendoso jolgorio.

—Vuestro amigo está a punto de ser coronado. ¿No queréis verlo?

—No quiero tener que hacer cola con el resto de aduladores. Cuando la ceremonia termine me reuniré con él.

—¿Y después?

Madt se echó hacia atrás y apoyó los codos en el suelo.

—Partiré, tengo que arreglar algunos asuntos. De todas formas, mi trabajo aquí ha terminado.

—Oh. —Ilargia ocultó la expresión de su rostro mirando hacia la ciudad—. Ya veo.

El bullicio acentuaba por contraste los silencios en su conversación.

—¿Y vos?

—Lo he estado pensando y creo que regresaré al templo, a buscar a mis hermanas.

—El templo fue destruido, vuestras hermanas están muertas. No es una buena idea.

—Eso no lo sabemos con seguridad. Mientras haya una posibilidad, debo intentarlo. Se lo debo.

—Podrías quedaros en palacio; Darigaaz es consciente de vuestra parte en su triunfo, y el origen noble os garantiza un buen acomodo.

Ilargia sonrió mientras acariciaba la hierba con la mano.

—He sido hija de Ilahe toda mi vida, curé a mis semejantes y pasé ochos años en una prisión por ello. —Acercó la cara a una brizna para olerla—. He sido princesa menos de un día y he provocado más dolor y sufrimiento del que jamás podré compensar. Creo que la nobleza podrá sobrevivir sin mí.

—Estoy convencido de que vuestra diosa sabrá valoraros como os merecéis.

Ilargia se giró hacia él con una sonrisa.

—¿Es mi imaginación o eso ha sonado casi sincero? ¿Qué ha sido de vuestro pertinaz escepticismo?

—No os apresuréis en reclutarme para la causa, pero tampoco puedo negar lo que mis ojos han contemplado. Que hayáis resucitado a Dari y sigáis viva es un milagro. No hablo figuradamente: deberíais estar muerta.

—Quizá. O quizá nuestra voluntad influya más en la determinación de lo que es o no posible de lo que el frío intelecto pueda hacernos creer

—Como decía, excepcional.

Los sonidos de la celebración empezaban a apagarse, cediendo terreno a los lamentos procedentes del interior de la carpa.

—Creo que ya estoy lista para continuar. —Cuando Ilargia hizo amago de levantarse, Madt se alzó con rapidez para ayudarla—. Supongo que aquí nos despedimos.

—Eso parece. —Tras ponerla en pie, él se demoró un poco en liberarle el brazo—. Si al final decidís partir, pedid a Dari una buena escolta, los caminos van a ser peligrosos una temporada.

—¿Peligrosos? ¡Ja! —Los ojos castaños brillaron con picardía cuando alzó la barbilla—. Señor, sabed que habláis con la temeraria Ilargia, la fugitiva más famosa de todo Vitalis; si un ejército de guardias no pudo derrotarme, dudo mucho que unos salteadores de caminos lo consigan.

Las risas tuvieron un efecto tonificante sobre sus envarados cuerpos. Mitigada la tensión, Ilargia sofocó su primer impulso de despedida y en su lugar tendió la mano a su compañero.

—Muchas gracias por todo, os debo mucho —le dijo.

—Y yo a vos, os deseo lo mejor. —Madt le devolvió un indeciso apretón—. Quizás cuando haya finalizado mis asuntos pueda visitaros. ¿El templo de Ilahe, a las afueras de Mirtis?

—Esa es la dirección —finalizó ella—. Estaré encantada de recibirlos.

Ella demoró su partida unos momentos, observándole expectante. Él alternó la mirada del suelo a su rostro con visible incomodidad, hasta que finalmente Ilargia le sonrió y regresó al interior de la tienda. Madt observó en silencio cómo se alejaba. Amagó seguirla un par de veces

hasta que las palabras de Grillete volvieron a resonar en su memoria. *¿Podrá ella perdonar tu pasado?* Maldijo con furia y se giró, contemplando la masa de gente que, acabada la coronación, se dirigía hacia la puerta del muro medio.

Quizás haya llegado la hora de afrontar ese pasado y averiguarlo —pensó antes de unirse al gentío que se dirigía hacia la ciudad, lejos de palacio.

Adjudicada la corona, no tardaría en restaurarse la normalidad en la ciudad. El proceso había comenzado ya en palacio, donde las víctimas eran retiradas por los hombres del rey, la sangre limpiada por los criados, y los daños reparados por el personal del castillo. Entre la vorágine de actividad, Rishen se movía de un lado a otro del edificio coordinando las tareas. La confianza que el nuevo monarca le había otorgado se había hecho pública en la ceremonia de coronación, permitiéndole presenciarla como miembro de su personal más cercano. De ahí que ahora todos le miraran como si un desconocido hubiera sustituido al antiguo criado, convirtiéndole en el receptáculo de nuevos odios y envidias.

Él pasaba entre ellos fingiendo ignorancia, pero era consciente del resentimiento que generaba a su alrededor. El personal que llevaba más tiempo en palacio no entendía cómo un don nadie, que había pasado su infancia paleando estiércol en los establos, estuviera ahora al cargo de los asuntos más importantes de la ciudad. El antiguo criado comprendía los celos, por lo que intentaba no despertar más animadversión, suavizando el tono al pedir cosas o camuflando sus órdenes en forma de educadas propuestas.

Cuando estimó que ya no era necesitado, se tomó un solitario descanso en la biblioteca que tan bien conocía. He ahí una parte que los envidiosos omitían deliberadamente y que les ayudaría a comprender

mejor su situación actual: al paso por los establos le siguió una juventud como ayudante del bibliotecario. Debido a la pobre afluencia de lectores, Rishen disfrutó de incontables momentos de ocio para estudiar cuanto manuscrito o libro encontrara interesante; así aprendió todo lo necesario para desempeñar sus funciones. No obstante, los más reacios habrían alegado que dichos conocimientos eran tan solo uno de los requerimientos para su actual cargo, y que él carecía del resto. Y en ese punto, Rishen no habría tenido más remedio que darles la razón.

Avanzó con deleite entre las interminables estanterías, rozando con la yema de los dedos los libros con los que tantas horas había compartido. Cuando llegó a una balda en particular, detuvo el paso, se giró para comprobar que nadie le observaba, accionó un resorte y desapareció tras una entrada secreta.

Y es que discutir con otros sus credenciales para el cargo habría implicado revelar su mayor secreto: el pórtico descubierto por casualidad en una de sus numerosas inspecciones de las estanterías, un misterioso pasaje que le dio acceso a una serie de increíbles oportunidades.

La escalera situada tras la entrada estaba iluminada por un fantasmagórico resplandor azul de origen desconocido. A los lados del camino, la luz era engullida por un vacío infinito. Al finalizar el descenso, Rishen se adentró en una estancia repleta de tomos.

Las preguntas que podía generarle a cualquiera la naturaleza de la habitación obtenían rápida respuesta en alguien con la erudición de Rishen: durante los tiempos de la Purga, los practicantes de disciplinas sobrenaturales tuvieron que buscar escondites seguros donde almacenar su saber, a la espera de tiempos mejores para practicarlos. ¿Y qué mejor lugar que una sala oculta en un edificio tan vasto que no había nadie en todo Vitalis que pudiera dibujar un mapa completo del mismo?

El centro de la habitación estaba ocupado por una vieja mesa con un enorme tomo desplegado en su superficie; en las hojas se alineaban runas de ignoto significado. De todos los tratados mágicos de la habitación, aquél había sido el que más a fondo había estudiado Rishen. El resto de libros trataban sobre formas de magia increíblemente potentes y espectaculares, y en consecuencia susceptibles de ser detectadas con facilidad, lo que suponía un riesgo inasumible. Aquel libro versaba sobre una magia en apariencia menos poderosa, pero idónea por su naturaleza furtiva: la magia de los sueños.

El poder de los Caminantes de Sueños era algo risible en una batalla, pero combinado con determinación y paciencia podía proporcionarle un poder inimaginable. Gracias a las enseñanzas de aquel libro podría acceder a los sueños de otras personas, y desde allí influenciar sus mentes.

Por temor a despertar sospechas, comenzó practicando sus nuevas aptitudes sobre individuos que, en caso de que algo fallara, no pudieran delatarle, y no halló mejores candidatos que los prisioneros de las celdas. Por las noches, sin nadie que le echara a faltar en los alojamientos de los criados, Rishen acudía a aquella habitación y se introducía en las mentes de sus cobayas, un entorno opaco y amedrentador al principio, pero que con la práctica aprendió a conocer y dominar. Descubrió cómo afectar los recuerdos manipulando los sueños, y que gracias a eso podría hacer que la gente recordara decisiones que en realidad no habían tomado, como el día en que el Rey se levantó convencido de la buena idea que sería nombrar criado personal al asistente del bibliotecario.

Conseguida una posición de mayor influencia, Rishen comenzó a forjar su plan. Era obvio que debía moverse con discreción, ya que un solo error despertaría sospechas entre el personal de palacio. También descubrió que habían mentes que eran más difíciles de afectar que otras,

y que repetidas incursiones reforzaban la voluntad de los durmientes y les hacía más susceptibles de notar su presencia, como comprobó aquella ocasión en que el Rey gritó su nombre en sueños. Debía ser muy sutil, y debía trabajar duro en afinar sus habilidades.

Fue practicando sus poderes como se llevó la mayor sorpresa. Los calabozos habían recibido aquel día la incorporación de una joven sacerdotisa; durante la noche, cuando Rishen accedió a sus sueños, descubrió un entorno onírico extraño y poderoso. Estudiando los arcanos tomos identificó la fuente de ese poder y, lo que era aún mejor, la forma en que podía potenciarlo y hacerlo suyo.

Lo primero fue conseguir que en los registros de las mazmorras se perdiera toda referencia a la prisionera, dejándola olvidada en las celdas a su completa disposición. Noche tras noche, Rishen accedía a su mente, tratando de canalizar sus dones hacia sí mismo, pero la fortaleza de la joven se lo impedía. Así transcurrieron varios meses, hasta que algo trastocó la rutina: otra energía, más oscura y aterradora, había contactado con ella. Rishen siguió el rastro del extraño poder y descubrió su origen, un mago llamado Drave. Trató de entrar en su mente, pero sus defensas mágicas le impidieron extraer gran cosa de él, excepto un nombre: Darigaaz de Rhean. Con la soltura que le daba su cada vez mayor dominio mágico, no tardó en localizar la consciencia del dormido Darigaaz, y desentrañar el plan que se estaba gestando contra el Rey.

Esos conocimientos le colocaban en la tesitura de ver cómo un levantamiento sustituía al actual Monarca por un títere a las órdenes de un poderoso mago que no tardaría en descubrirle, o tratar de sabotear dicho complot. Poco le costó alcanzar una decisión.

Localizó al antiguo compañero de Darigaaz, Brein, y usó todos sus recursos para que encontrara una posición ventajosa en palacio. Una vez allí, un encuentro casual con el aspirante al trono, y la revelación de un

distorsionado recuerdo del día de su traición, propiciaría que las dudas devoraran la lealtad de Darigaaz hacia su supuesto benefactor. El resultado había sido mejor de lo esperado: no solo el mago oscuro había sido eliminado de la ecuación, sino que ahora era él la mano derecha de un Rey mucho más susceptible a su sugestión que el anterior.

Rishen se sentó a la mesa para retomar el estudio del tomo, mientras con el rabillo del ojo vigilaba el reloj de arena que había enlazado con los biorritmos de Ilargia, aguardando con anhelo que se vaciara la sección marcada con un sol.

Epílogo II Legado

Tras tres días con sus noches de correr sin descanso decidió detenerse. No se trataba de ninguna herida en los pies desnudos, ya que sus plantas habían adquirido la resistencia del cuero curtido tras una vida de soportar el peso de su inmenso cuerpo. Tampoco fue por hambre o sed, en los días previos a su partida había ingerido carne y líquido suficientes para no precisar de ninguna fuente de energía adicional durante al menos un par de semanas. Y, por supuesto, no se debía de ninguna manera al cansancio. ¿Qué era él, acaso? ¿Un patético humano?

No, el motivo de la pausa era algo mucho más prosaico: la visión, extendiéndose a sus pies, de su tierra natal. Tras tantos días en territorio enemigo, transitando terrenos esquilados de vegetación, atravesar al fin las Fauces hacia las salvajes llanuras de H'Jmanhr le proveyó de un espectáculo que bien valía una pequeña parada. Desde aquella altura la vista era esplendorosa, incluso a la luz de una menguante luna podía distinguir cada detalle, cada árbol, cada animal durmiente. Inspiró una buena bocanada de aire exento de los hedores propios de las construcciones humanas, y reanudó la marcha.

Existía un motivo adicional para su detención, pero un auténtico orco jamás lo admitiría: disfrutar de la sensación de seguridad que produce el arribar a territorio conocido. Atrás quedaron largas jornadas acampando en las praderas de Shydan, lejos del ojo humano; procurando no internarse demasiado en el bosque de Gartien para no alarmar a los elfos que lo habitan; o remontando el Llanto de Ölün desde el lago Goriel, atento a la presencia de un asentamiento de elfos oscuros que pudiera amenazar su integridad. Una vez alcanzado el paso de las

Fauces pudo relajar el ritmo, convencido de que los enanos ni arquearían una ceja ante la visión de un orco errante.

Pero todo eso había quedado atrás, aquella era la última etapa de su viaje, y aquel su territorio: en esos caminos eran los demás los que debían evitar cruzarse con él.

Apenas había sustituido el tacto de la roca por el de la tierra bajo sus pies cuando una patrulla le salió al encuentro. Aquella era una de las zonas más vigiladas de los alrededores, debido a su importancia estratégica: era la desembocadura de la principal ruta de tránsito de las Fauces, ruta que los humanos usaron para acceder por primera vez a aquellas tierras.

De esos primeros encuentros entre humanos y orcos nacen la mayoría de relatos sobre las animadversiones compartidas por ambas razas. Él, por supuesto, solo conocía la única versión merecedora de crédito, la que se había ido transmitiendo en su tribu de generación en generación: la crónica de cómo una raza avara y mezquina trató de engatusar a los ingenuos salvajes con regalos y amabilidad para, tras ganarse su confianza, atacarles a traición y casi exterminarles. Pero es en los tiempos más oscuros cuando surgen las más brillantes leyendas, y esa narración engendró la más rutilante en la historia de su pueblo, aquella a la que él debía su nombre.

—Hueso —dijo uno de los tres miembros que conformaban la patrulla.

—Pájaro —contestó él, reduciendo el paso y cruzando una mano sobre el pecho.

—Tiempo sin verte, hermano, ansiábamos tu regreso. —Los tres orcos cambiaron las armas de mano para agarrarle el hombro a modo de

recibimiento—. En el campamento estarán preparando la cena, servirá como ofrenda a los Jinetes de la Brisa por tu regreso.

—Me alegra saberlo, hermanos; traigo buenas noticias.

—Parte, pues, mientras nosotros nos aseguramos de que nadie te haya seguido.

—Nadie lo hizo, creedme.

—Lo hacemos, pero nuestro deber nos lo exige. —La patrulla se rearmó, presta a reanudar su tarea—. Buen destino, Osado.

—Buen destino, hermanos.

«Osado». No era aquel su nombre de nacimiento, pero sí su Nombre de Sangre, el adjudicado a un orco cuando alcanza la madurez necesaria para matar con las manos desnudas a una presa de su elección. Dependiendo de la magnitud de la hazaña, el consejo de ancianos se encargaba de escoger el nombre por el que desde entonces sería conocido en la tribu. En su caso, el linaje familiar le motivó a elegir la más grande y feroz bestia conocida.

Cuando llegó el día se situó frente a la cueva, desnudo como vino al mundo, y hacia su entrada gritó, hasta que una sombra más oscura que el resto ganó tamaño y definición conforme el propietario de la madriguera salía a responder el desafío. Un tigre de roca es siempre un mal adversario, pero cuando siente que su territorio está siendo amenazado existen pocas criaturas capaces de sobrevivir a su furia.

Al oír el rugido del felino, Osado flexionó su inmensa figura, anticipando el salto. Cuando éste se produjo, aferró las abiertas fauces en pleno vuelo y, pivotando sobre sí mismo, volteó a su presa para caer sobre ella. Su envergadura le permitía mantener inmovilizadas las garras del tigre bajo su peso, pero una de ellas consiguió liberarse, golpeándole

de pleno en el tórax. Si en ese momento hubiera cedido, aunque hubiera sido por un instante, a la súbita impresión del dolor estallando en la base del cráneo, habría muerto sin remisión. Pero en vez de como distracción, el dolor ejerció de acicate: en respuesta a su presencia, Osado flexionó los músculos de los brazos con todas sus fuerzas, separando las mandíbulas del animal hasta que éstas rebasaron sus límites con un escalofriante crujido.

El peludo cuerpo quedó inerte al instante, permitiéndole levantarse. En su pecho se dibujaban ahora cuatro surcos oscuros, que el tiempo reforzaría con duro tejido cicatrizado que lucir como recordatorio de su hazaña. Entre los asistentes, su padre se abstuvo de ser el primero en salir a su encuentro, ya que a pesar de ser el jefe de la tribu esa función no le correspondía a él, sino al miembro más anciano del consejo. Éste untó sus dedos con la sangre del enemigo abatido y dibujó sobre la frente del nuevo miembro adulto de la tribu el glifo de su nuevo nombre.

«Osado». Cuando escuchó al anciano pronunciarlo hubo de controlar el impulso de gritar a los cielos su alegría. Ese nombre acarreaba el mayor honor al que podía aspirar un orco, así como la mayor responsabilidad. Desde los tiempos oscuros, desde las primeras guerras entre su raza y la humana, toda tribu había contado con un miembro que ostentara dicho título, en memoria del Osado original: el guerrero que supo ver las sibilinas intenciones de los humanos y pudo así escapar de la masacre que acabó con sus congéneres, advertir a las tribus vecinas, y organizarlas para la guerra. Él fue el que lideró el ataque en represalia por tan despreciable traición, y bajo su lanza perdieron la vida innumerables humanos.

Conforme se acercaba al poblado, las sensaciones familiares vigorizaron su organismo. En las cabañas solo encontró nodrizas amamantando bebés; era en la explanada mayor, donde el fuego ardía

con fuerza y el aire transportaba el olor de la carne asada, donde se concentraba su pueblo.

Cuando penetró en el círculo de luz generado por la hoguera, cientos de conversaciones murieron al tiempo que un número muy superior de ojos se clavaban en él. Osado golpeó su mano derecha contra el pecho y un rugido enfervorecido le contestó. Enseguida se vio rodeado por un enjambre de manos ansiosas por darle la bienvenida. Él correspondió las muestras de afecto con amabilidad, mientras continuaba avanzando hacia la mesa donde su padre le aguardaba en pie.

—Bien hallado, hijo, esperábamos impacientes tu regreso. Descansa, come algo y cuéntanos tu historia.

—Gracias, padre. Aunque no creo necesario el descanso, acepto encantado la comida. —Cogió la silla a la derecha de su padre, desplazando un puesto a su hermano—. Saludos, Dereth.

—Bien hallado, hermano —le contestó éste sin levantar los ojos del plato.

Si tuviera que aventurar una persona que no aguardara su regreso con sincera alegría, ese sería por desgracia su hermano mayor, Dereth. Desde pequeños habían competido por los afectos de su padre, y como hijos del jefe de la tribu eran conscientes que solo uno podría optar a sucederle. Dereth partía con la ventaja de la edad, pero Osado fue revelándose como más activo y belicoso, mientras su hermano, de constitución más débil, aprendió a hacer de la astucia su mejor arma. Por desgracia, en el rito de madurez dicha cualidad era inútil sin fuerza bruta que la respaldara, por lo que Dereth no pudo igualar la proeza de su hermano, viendo cómo el derecho de nacimiento le era arrebatado. Desde entonces, la relación entre ambos se había tornado glacial.

—Observo con tristeza que vienes solo —interpeló su padre.

Osado arrancó un trozo de carne de un largo fémur y asintió lentamente mientras masticaba.

—Por desgracia. Lakay y Duurma murieron.

Su padre asintió con gravedad. Unos sitios más allá, un par de comensales bajaron la mirada, recibiendo palmadas de ánimo de sus compañeros de mesa.

—Lamentamos oírlo. Cuéntanos lo sucedido.

—Poco puedo añadir pues no estaba con ellos cuando ocurrió. Al poco de llegar a la capital humana nos separamos en busca de un buen lugar para nuestra vigilancia. Cuando dejé nuestro mensaje a los pies del gran muro y volví a buscarlos, encontré sus cuerpos inertes.

—¿Y los asesinos?

—Por las huellas fueron dos, un hombre y una mujer.

Una ola de indignados comentarios recorrió la mesa.

—¿Un hombre y una mujer mataron a dos de los nuestros? ¿Estás seguro?

—Lo estoy. Recibieron ayuda de un felino salvaje; seguramente emboscaron a mis hermanos y los masacraron a traición, como es costumbre en su raza.

Los agrios murmullos variaron el tono mientras Osado continuaba su narración.

—Encontré refugio en una granja cercana, pero tuve que abandonarla debido a la gran cantidad de humanos que recorrían la zona. Cuando los alrededores recuperaron la quietud, pude regresar y completar mi misión.

En la inmensa pradera solo se oía el crepitar del fuego. Todos los comensales habían cesado cualquier tipo de actividad, pendientes del narrador.

—¿Y bien? —preguntó al fin el jerarca de la tribu.

—Los rumores eran ciertos, padre. En los días siguientes se produjo una cruenta lucha en el interior de los muros y el Rey humano fue asesinado.

La tensión que flotaba sobre la mesa fue rota espontáneamente por gritos de celebración.

—¿Y su sustituto?

—Nadie de su familia: su linaje ha sido extinguido, el ejército diezmado y las defensas de la ciudad aplastadas.

El puñetazo de su padre derribó unos cuencos. Se levantó y acalló las muestras de júbilo con las manos. Cuando se hubo restaurado el orden, pidió a Osado que se pusiera en pie junto a él.

—¿Cuál es tu opinión, hijo?

—Padre, hermanos. —Osado levantó la voz para que hasta el último ocupante de la explanada le oyera—. Nuestro enemigo está herido, y con su debilidad se nos presenta una oportunidad que no podemos desperdiciar: ha llegado el momento de atacar.

—Bien hablado, hijo. —El patriarca relevó a su vástago ante la audiencia—. Hermanos, desde tiempos inmemoriales vivimos en guerra. Nuestros abuelos, nuestros padres, nosotros mismos hemos sufrido una abrumadora cantidad de dolor por un conflicto que se alarga innecesariamente; un conflicto que no empezamos, pero que debemos a nuestra descendencia finalizar, para que así ellos puedan disfrutar de la paz que a nosotros se nos ha negado. Como ha dicho mi hijo, nuestro

enemigo atraviesa un momento difícil, debe lamerse las heridas y recomponer sus defensas; antes de que eso suceda, acabaremos con sus vidas. Hoy nuestras copas están llenas de licor, mañana lo estarán de sangre humana.

Los comensales estallaron en vítores. Los platos golpearon las mesas, hueso contra madera.

—¡Muerte a los humanos! —Osado alzó el puño y los integrantes de la mesa le imitaron enfervorecidos—. ¡Guerra!

Cientos de gargantas corearon el fúnebre canto. Los gritos viajaron en la quietud de la noche, recorriendo la silenciosa llanura como un oscuro presagio.



CLAUDIO VOSCO (Cartagena, 1977). Informático de nacimiento, narrador circunstancial, autodidacta convencido y defacador de entuertos. En la actualidad, reside junto a su pareja en un refugio campestre de localización desconocida donde come, lee, escribe y muerde a las visitas.